

*Vida y hechos de Estebanillo
González, hombre de buen humor*

Compuesta por el mismo



Lectulandia

Esta novela, considerada la culminación de la novela picaresca, apareció impresa en Amberes en 1646, obra de autor desconocido. Pretendió ser la autobiografía verdadera de un bufón de la corte, pero por históricos que fuesen los personajes de esta novela, y por biográficos que pareciesen los hechos de su vida pasada, la estructura autobiográfica de la obra es una imitación consciente de la narración episódica de las novelas picarescas: como con Lazarillo de Tormes...

La obra relata las aventuras y desventuras de Estebanillo González, un siervo y bufón de distintos caballeros que tiene un papel destacado de mensajero en el Guerra de los treinta años que se desarrollo en Europa. El personaje se caracteriza por su falta de principios morales, así como la afición a la bebida y a las riquezas que acumula por los regalos que a él le conceden los aristócratas para los que trabaja y que será preferentemente dinero y objetos de oro. Lo que Estebanillo pretende es poner una casa de juegos en Nápoles, que consigue al final de sus aventuras. En estas aventuras, además de servir a distintos caballeros, entre los que destacan el Cardenal Infante Don Fernando y el General Ottavio Piccolomini, se relata el paso por distintos países europeos, estando los primeros desplazamientos dentro de Italia, por Roma, Liorna, Mesina, Palermo, Nápoles o Lombardía, para pasar luego a España, en ciudades como Zaragoza, Madrid, Santiago o Sevilla, así como por Portugal, Francia, Flandes, Polonia y vuelta a Italia, donde termina en Nápoles, como él deseaba, para instalar una casa de juegos. Se pueden distinguir tres partes en la obra, la primera en la que su actividad es básicamente la de hurtos y otras trampas, como las cartas; la segunda en que entra a formar parte de la servidumbre del Virrey y la tercera parte en la que ya está con el General Piccolomini.

Lectulandia

**Vida y hechos de Estebanillo
González, hombre de buen humor**

Compuesta por el mismo

ePub r1.0
emiferro 30.12.14

Título original: *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*

Anónimo, 1646

N. sobre edición original: Edición de Enrique Suárez Figaredo, 2009

Imagen de cubierta: *La gitana* (1628-1630), Frans Hals

Ilustraciones: Edición de D. F. de P. Mellado, Madrid, 1844

Capitulares y cabeceras capítulos: edición

Diseño/Retoque de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

APAB.

LA

J. Smith.

VIDA, Y HECHOS
DE ESTEVANILIO GONZALEZ,
HOMBRE DE BVEN HV MOR.

COMPVESTO POREL MISMO:

A DON GERONIMO DE TOLEDO,
y Prado, Cauallero del Abito de Santiago,
Scñor de la Villa de Belmonte, &c.



Con privilegio en Madrid, Por Melchor Sanchez
Año de 1652.
Wendese en casa de Gabriel de Leon, Mercader de libros, en la Puerta del Sol,

ADVERTENCIA

COMO en otras ocasiones, para preparar el texto he contrastado minuciosamente dos ediciones, resolviendo cualquier discrepancia entre ellas —y mis propias dudas— compulsando ejemplares originales. Las ediciones de partida han sido las de Madrid-Narcea-1971 (A. Carreira y J. A. Cid) y Madrid-Castalia-1978 (N. Spadaccini y A. N. Zahareas). No es ésta mi práctica habitual: prefiero ediciones mucho más separadas en el tiempo, incluso de distinto alcance crítico, para no encontrarme con lo que creo haber topado en este caso. Y es que, no obstante que ambas ediciones muestran haber compulsado detenidamente ejemplares de la princeps de Amberes-1646, la notable coincidencia en la puntuación —y algún otro detalle— sugiere que ambas emplearon como borrador la de J. Millé y Giménez (Madrid-1934), con lo que pueden coincidir en haber metabolizado inadvertidamente alguna de sus alteraciones voluntarias, erratas de imprenta o errores de copia que, por hacer sentido, resultan poco menos que indetectables. Lo he visto en otros casos. Toda precaución es poca; pero, lamentablemente, no he localizado en Barcelona ejemplar alguno de la princeps al que dedicar las 30-50 horas necesarias para su compulsación completa, así que me he limitado a un par de tardes en la BNE para comprobar la larguísima lista de discrepancias y dudas. Lo que a tantos ojos se haya escapado será intrascendente, y yo cumplo con mi modesto objetivo de ofrecer la versión digital de esta excelente novela.

He llevado a la portada el grabado que en el original figura detrás de la *Dedicatoria* con el siguiente pie: «Retrato / De Esteuanillo Goncalez [sic] hombre de buon vmor / Autor y Conpositor deste libro». Muy probablemente no sea más que un adorno gráfico, no un verdadero retrato.

En los *Preliminares* he colocado la Aprobación de la edición de Madrid, 1652, firmada nada menos que por Calderón de la Barca. Decía la original: «APPROBATIO. Liber iste nihil continet contra orthodoxam fidem, aut bonos mores. Ita censeo hac. 28 Iunii, 1646. HENRICVS CALENVS, Archidiac. & Vicarius Generalis».



*Defenestración de los Delegados Imperiales (Praga, mayo de 1618),
espoleta de la Guerra de los Treinta Años.
Grabado de Matthäus Merian the Elder (1593 – 1650)*

Aparte de mejorar la puntuación del original, ¿qué hacer con las infinitas singularidades ortográficas que contiene el texto? Spadaccini y Zahareas modernizaron más de lo necesario (comigo -> conmigo, efeto -> efecto, recibir -> recibir...), en tanto que Carreira y Cid lo respetaron prácticamente todo (Flandez, Gonzales, guzano, arrezgar, quisá, pescueso, ausilio, agradezca, serrar por «cerrar»...). Si el texto a reproducir aún estuviese en manuscrito sería muy didáctico y casi obligado mantener «todo tipo de vacilaciones e irregularidades gráficas... con la esperanza de que... puedan ser de alguna utilidad al lingüista»; pero tratándose de un trabajo de imprenta y dándose el caso de no haberse estampado en España, menos que nunca podemos estar seguros de qué cosas correspondan al autor y qué cosas a los cajistas. La fidelidad a la princeps puede llevarnos a traicionar al autor. Un autor que, por lo general, al llevar su criatura a la imprenta esperaba de ésta que la estampase sin erratas y con la ortografía al uso, llegando a los lectores en las mejores condiciones posibles.

En mi opinión, la solución para *Estebanillo* está en considerar la grafía que le habría aplicado una imprenta española. Y aquí no habría que abismarse en la elucubración: tenemos las siguientes eds. de Madrid (G. Rodríguez, 1652; M. Sánchez, 1655). No se pierde nada con ello: ahí están los ejemplares de la princeps, y en las bibliotecas y archivos no faltan textos autógrafos que permiten a los lingüistas estudiar las variantes ortográficas de la época. ¡Mal andaríamos si *Estebanillo* fuese

la única referencia! Pero, por tampoco encontrar en Barcelona ejemplares de aquellas ediciones, he seguido la línea de Carreira y Cid (la excesiva modernización que aplicaron Spadaccini y Zahareas resta encanto al texto), pero corrigiendo lo que puede confundir (serrar por «cerrar», etc.) y las excepciones (quisá, etc), y siempre dejando constancia de ello. Dejo, pues, inacabado este trabajo, según mi criterio.



*El Cardenal Infante Don Fernando de Austria, (1609-1641), hermano de Felipe IV y de la Emperatriz María, uno de los amos de Estebanillo González.
Pintura al óleo de Gaspar de Crayer, 1639.*

El aspecto más inquietante del relato es dilucidar en qué medida es pura ficción y en qué medida es una verdadera auto-biografía. Ya sabemos que el truco de la novela picaresca consiste precisamente en que la supuesta biografía del pícaro parezca del todo verosímil; pero ello no es nada fácil: se requiere imaginación para idear las situaciones, talento para desarrollarlas, gracia para resolverlas, y, sobre todo, saber narrar desde el punto de vista del protagonista. Lo bueno del caso es que el autor de *Estebanillo González* da tantos datos (personas, lugares, acontecimientos) y cuenta las cosas con tal naturalidad y tan soberbia desfachatez, que el lector llega a asumir que el protagonista existió efectivamente, que es verdad que trató a tan campanudos personajes, que ejerció tantos oficios, que estuvo en todos los lugares que menciona y que le sucedieron todas y cada una de las vivencias del relato.

En la *Dedicatoria* dice el autor haber escrito un «libro de chanzas» y llevándolo a la estampa «queriéndome hacer memorable», y que lo ofrenda a Ottavio Piccolomini para que éste le continúe haciendo «el favor y merced que hasta aquí he recibido»; y en el Prólogo califica la relación de su vida de «no... fingida... ni... fabulosa», sino «verdadera, con... testigos de vista... y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de día, mes y año; y antes quito que no añadido», y que el libro «lo doy a la imprenta... sólo para que sirva de presente y regalo a los príncipes y señores y personas de merecimiento; y no... encogeré el brazo a los premios que me dieren». En fin, que imprime el libro a su costa [y, efectivamente, no se menciona librero en la portada], deseando «dar gusto a toda la nobleza» y con la esperanza de recaudar fondos al entregarlo en mano a tales personajes.

¿Para qué esos fondos? Se explica hacia el final del texto: «y por ver que se me va pasando la juventud y que me voy acercando a la vejez, propuse... irme a retirar... en... Nápoles... Para cuyo efeto traté al instante de hacer este libro [y, efectivamente, parece escrito de un tirón], por hacerme memorable y por que sirva de despedida de mi amo y señor, para que... acordándose de la palabra que me dio..., me dé licencia para retirarme a disponer de la merced que Su Majestad me hizo» [abrir allí una casa de conversación].

Todo destila credibilidad: el libro forma parte de un proyecto, no es un fin, sino un medio, y Esteban González es un autor ocasional y oportunista, no un profesional; pero ¡cuidado! ¿Acaso don Francisco de Quevedo y Villegas fue alguna vez *El buscón llamado don Pablos*?

Y, así, ¿existió Estebanillo González? ¿Pudo permitirse ser tan bellaco como nos cuenta? ¿Vivió en sus carnes los sucesos que cuenta el libro? No lo creo. Al menos no al ciento por ciento. Hay episodios en que se ve a la legua que son pura invención; otros no son sino versiones libres de cuentecillos al uso, y cuesta creer que se confiasen ciertos correos (por su relevancia, por la de los destinatarios) a alguien como Estebanillo: sin grado militar, sin alcurnia, cobarde, irresponsable, alcohólico, y en todo incorregible. Finalmente, nada en la vida del protagonista justifica su gusto por escribir y por componer poemas, ni tampoco su familiaridad con las fuentes

literarias que maneja. Si el abogado Joan Josep Martí, el funcionario Juan Cortés de Tolosa, el médico Jerónimo de Alcalá, no resistieron la tentación de escribir novelas de pícaros (muy mediocres, por cierto), no es imposible que el autor de *Estebanillo González* fuese un acompañante del Duque de Amalfi, leído, observador y ocurrente, que, gustoso del género, acertase plenamente con la fórmula de mezclar burlas y veras, vivencias propias y ajenas, reales y librescas, en un relato fascinante. En cualquier caso, el mérito de este «padrastró de las [obras] ajenas» es indiscutible.

E. S. F.

Barcelona, mayo 2008

Post scriptum

Acabo de conocer dos trabajos del Sr. Jesús Antonio Cid que creo fundamentales en cuanto a determinar la posible autoría de este libro: «La personalidad real de Stefaniglio. Documentos sobre el personaje y presunto autor de *La vida y hechos de Estebanillo González*» y «“Centauro a lo pícaro” y voz de su amo: interpretaciones y textos nuevos sobre *La vida y hechos de Estebanillo González*» (*Criticón*, núm. 47-1989, pp. 7-28 y 29-76). No he leído aún otros dos trabajos suyos: «Historia, pseudo-autobiografía, estilo: Gabriel de la Vega, *alias* Estebanillo González y su narración picaresca» (1979) y «Máscaras y oficio en un autor del Antiguo Régimen: Estebanillo González = Gabriel de la Vega» (1981). En resumen, dice el Sr. Cid: «Hubo, sin lugar a dudas, un Estebanillo González, hijo de un pintor español establecido en Roma, criado del Virrey de Sicilia, servidor y correo del general Piccolomini... Ahora bien, no creo que Estebanillo sea *Estebanillo*, si por este último queremos designar al narrador de la *Vida y hechos*. Y estoy igualmente convencido de que el autor real de la obra... es un oscuro pero prolífico escritor que respondía al nombre de Gabriel de la Vega, “escribano público, aprobado por el Rey nuestro Señor y Señores de su Supremo y Real Consejo, y natural de la ciudad de Málaga”».

Barcelona, mayo 2009

LA

VIDA, Y HECHOS DE
ESTEVANILLO GONZALEZ,
HOMBRE DE BUEN HUMOR.

COMPUESTO POR EL MISMO.

A DON GERONIMO DE TOTEBO
y Prado, Canallero del Abito de Santiago, Se-
ñor de la Villa de Velmonte, &c.



Con priuilegio en Madrid, por Melchor Sanchez
Año 1655.

Vendese en casa de Gabriel de Leon, Mer-
çader de libros, en la calle Mayor en frente
de la calle de la Paz, y en Palacio.



*Ottavio Piccolomini (1599-1656), primer Duque de Amalfi
Cuadro de Anselm van Hulle (1601 – after 1674), Deutsches Historisches Museum*

L A
VIDA I HECHOS
D E
ESTE VANILLO GONZALEZ,
Hombre de buen humor.

Compuesto por el mesmo.

Dedicada à el Excelentissimo Señor OCTAVIO
PICOLOMINI DE ARAGON, Duque
de Amalfi, Conde del Sacro Romano Impe-
rio, Señor de Nachot, Cavallero de la Orden
del Tufon de oro, del Consejo de Estado i
guerra, Gentilhombre de la Camara, Capi-
tan de la guardia de los archeros, Mariscal de
campo General, i Coronel de Cavalleria i In-
fanteria de la Magestad Cesarea, i Governador
General de las armas i exercitos de su Magestad
Catholica en los Estados de Flandes.



EN AMBERES,
En casa de la Viuda de Iuan Cnobbart. 1646.

Dedicatoria de la edición princeps de Amberes, Viuda de Juan Cnobbart, 1646

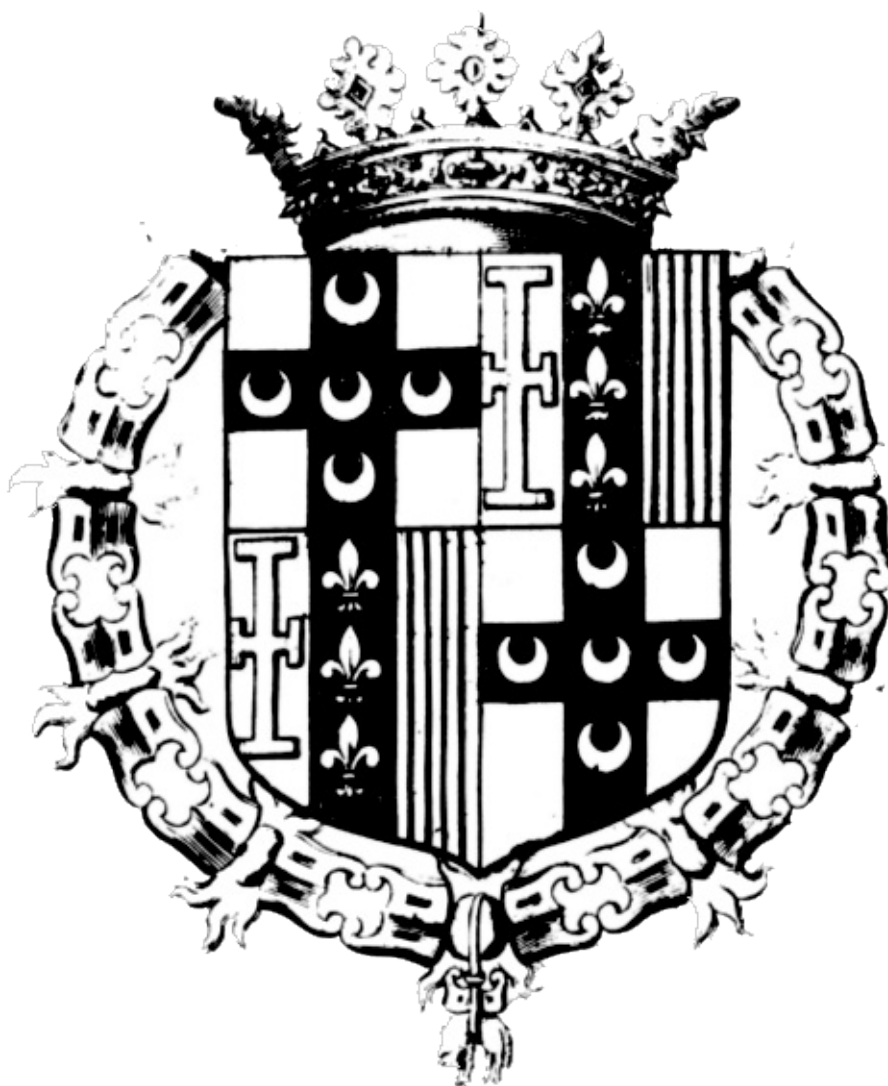
SUMA DEL PRIVILEGIO

EL Consejo, ordenado en Brabante, concedió Privilegio a Estebanillo González, su data en la villa de Bruselas a veinte y ocho de junio de mil seiscientos y cuarenta y seis, dándole licencia y facultad para poder hacer imprimir, vender y distribuir un libro intitulado *La vida y hechos de Estebanillo González, compuesto por él mismo*, sin que otra persona alguna lo pueda imprimir, vender o distribuir en el Ducado de Brabante y ultra Musa^[1], si no fuere con poder y licencia del sudicho Estebanillo González, durante el tiempo de nueve años, que se han de contar desde el día de la data en adelante, so pena que le serán confiscados los dichos libros y, además, de incurrir en la amienda^[2] de doce florines por cada ejemplar, como consta del original que queda en su poder, firmado por el Rey en su Consejo y sellado con el sello de Su Majestad, pendiente en cera roja.

APROBACIÓN^[3]

POR mandado de V. A. he visto un libro intitulado *El entretenido*^[4], en que su autor, Estebanillo González, hombre de placer y chocarrero^[5], cuenta graciosamente los discursos de su vida: está impreso en Flandes, con las aprobaciones de su Estado y Vicario General, y, a mi juicio, no tiene inconveniente que disuene a la pureza de la Fe y decoro de las costumbres, porque no toca materia que exceda al ocioso divertimiento de quien le leyere. Éste es mi parecer, salvo, etc. En Madrid a 24 de julio de 1652 años.

D. Pedro Calderón de la Barca



Armas del Excelentísimo Señor Ottavio Piccollomini de Aragon^[6], Duque de Amalfi, Conde del Sacro Romano Imperio, Señor de Nachot, Caballero de la Orden del Tusón de Oro, del Concejo^[7], de Estado y Guerra, Gentilhombre de la Cámara, Capitán de la Guardia de los Arqueros, Mariscal de Campo General, Coronel de Caballería y de Infantería de Su Majestad Imperial, y Gobernador General de las armas y ejércitos de Su Majestad Católica en los Estados de Flandes^[8].

LA VIDA , Y HECHOS

D E

ESTEVANILLO

GONZALEZ,

HOMBRE DE BUEN HUMOR.

COMPUESTA POR EL MISMO.

NUEVAMENTE CORREGIDA,
y enmendada en esta última
impresión.

QUE SE DEDICA

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
*Marquès de Cuellar , Primogenito del
Excelentissimo Señor Duque de
Alburquerque.*

— CON LICENCIA: —

En Madrid : Por Juan Sanz, Portero de Ca-
mara de su Magestad.

Hállase en su Imprenta , en la Plazuela de
la Calle de la Paz.



DEDICATORIA

EXCELENTISIMO SEÑOR,

Y O, Estebanillo González, hombre de buen humor, hijo de mis obras y padraastro de las ajenas, y menor criado de Vuecelencia, quiriéndome hacer memorable, fiado en haber merecido ser el menor criado de V. Exc., me he puesto en la plaza del mundo y en la palestra de los combates dando a la imprenta este libro de mi vida y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos zoilos^[9] ignorantes y de tantos émulos mordaces, y por no hallar otro más valiente general que lo defienda dellos ni otro más valeroso soldado que lo preserve de tan ponzoñosos venenos ni otro más generoso príncipe que me ayude y ampare, me prostro a los pies de V. Exc. suplicando humildemente se digne de admitir esta pequeña ofrenda, para que mi varia peregrinación y ridículo^[10] discurso llegue con tal auxilio a merecer aplauso y me sirva de alcanzar de V. Exc. la merced y favor que hasta aquí he recibido y de aquí adelante me prometo de su acostumbrada y conocida magnificencia, para que, demás de los laureles que V. Exc. ha ganado con admiración del orbe y espanto de los enemigos, cante la invencible Fama, entre la multitud de sus proezas, el ser honrador de sus criados y amparo de los que poco pueden; que con esto quedarán los curiosos alegres de tener un libro de chanza con que entretenerse, y yo desvanecido^[11] de tener tan poderoso dueño de quien poder ampararme y favorecerme.

El más humilde y menor criado de V. Exc.
Estebanillo González

HISTOIRE
D'ESTEVANILLE
GONZALEZ,
SURNOMMÉ
LE GARÇON
DE BONNE HUMEUR;
TIRÉE DE L'ESPAGNOL,
PAR LE SAGE.
AVEC FIGURES.



A AMSTERDAM,
& se trouve à PARIS,
RUE ET HOTEL SERPENTE.

M. DCC. LXXXIII.



A EL LECTOR

CARÍSIMO o muy barato lector o quienquiera que tú fueres, si, curioso de saber vidas ajenas, llegares a leer la mía, yo me llamo Estebanillo González, flor de la jacarandaina^[12]; y te advierto que no es la fingida de *Guzmán de Alfarache*, ni la fabulosa de *Lazarillo de Tormes* ni la supuesta del *Caballero de la Tenaza*^[13], sino una relación verdadera, con parte presente^[14] y testigos de vista y contestes^[15] (que los nombro a todos para averiguación y prueba de mis sucesos), y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de día, mes y año; y antes quito que no añadido.

Por tres causas debes aplaudirla y estimarla: la primera, por ir dedicada a el más prudente general y valeroso soldado que han conocido nuestras edades, y por ser yo una humilde hechura^[16] suya y que^[17] sólo pretendo con este pequeño volumen dar gusto a toda la nobleza, imprimiéndolo en estos Países^[18] con fiado solamente en el amparo de mi amo y señor, el excelentísimo Duque de Amalfi^[19], que, como primero y sin segundo Alejandro^[20], me ha amparado y favorecido, mostrando los preciosos quilates^[21] de su grandeza, valor y generosidad en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido y del inútil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy a la imprenta para hacer mercancía dél, sino sólo para que sirva de presente y regalo a los príncipes y señores y personas de merecimiento; y no volveré la cara ni encogeré el brazo a los premios que me dieren, porque soy hombre que, por tomar, tomaré unciones^[22], y, por recibir, recibiré un agravio.

Tengo por imposible que te deje de agradar, si acaso no estás dejado de la mano^[23] del gusto o hecha la cara a el desaire de andar corto^[24] en alabar lo que es bueno por dar muestras de entendido. Aquí hallará el curioso dichos agudos^[25]; el soldado, batallas campales y viajes a Levante^[26]; el amante, enredos amorosos; el alegre, diversidad de chanzas y variedad de burlas; el melancólico, epitafios fúnebres a los tiernos mal logros^[27] del Cardenal Infante, de la Reina de España y de la Emperatriz María; el poeta, compostura nueva^[28] y romances ridículos; el recogido en su albergue, las flores^[29] de la fullería, las leyes de la gente de la hampa, las preminencias^[30] de los pícaros de jábega^[31], las astucias de los marmitones^[32], las cautelas de los vivanderos^[33] y, finalmente, los prodigios de mi vida, que ha tenido más vueltas y revueltas que el laberinto de Creta. Donde^[34], después de haberla leído y héchote más cruces^[35] que si hubieras visto a el Demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido a luz. Dios te saque de las tinieblas della con bien, para que tú quedes contento y yo pagado^[36] y libre de tu censura.

OTRO PRÓLOGO, EN VERSO

Lector pío como pollo,
O piadoso como Eneas,
O caro como el buen vino
O barato cual cerveza,

Señor en lengua española,
Monsieur en lengua francesa,
Domine en lengua latina
Y *min Heer* en la flamenca,

Yo, Estebanillo González,
Que fui niño de la escuela,
Gorrón de nominativos^[37]
Y rapador de molleras,

Romero medio tunante^[38],
Fullero de todas tretas,
Aprendiz de guisar panzas^[39],
Sota alferez de banderas^[40],

Criado de un Secretario,
Marmitón de una Eminencia,
Barrendero y niño rey^[41]
De un príncipe de la Iglesia,

Barbero de mendigantes,
Cirujano de apariencia,
Maestro de mancar^[42] brazos
Y enfermero sin conciencia,

Mozo de plata^[43] de un Grande,
Alguacil de vara enhiesta^[44],
Amparador de garduños^[45],
Residente de las trenas^[46],

Menino^[47] de un pretendiente,
Peregrino con cautelas,
Bohonero con engaños,
Brandevinero^[48] con tretas,

Mandadero de prisiones,
Vendedor de tabaqueras,
Cómplice de la temblona^[49],
Trasegador de bodegas^[50],

Nuevo peón de albañil,
Joven faquín^[51] de mareas,
Moderno pastor de cabras,
Tierno limpiador de cuevas^[52],

Aguador con tres oficios^[53],
Sirviente de la comedia,
Tornillero^[54] entre españoles,
Soldado de sus galeras,

Vendedor de agujas finas,
Rezador de coplas nuevas,
Pícaro de la marina^[55],
Gavilán de la pesquera,

Navegante fugitivo,
Sinón^[56] de la gente hebrea,
Inventor de lamparones^[57],
Paje de rumbo^[58] y librea,

Mercadante de millares,
Don Monsiur de la Alegría,
Torbellino de provincias,
Cosario de todas levas^[59],

Sentenciado a ser racimo,
Mondonguero de plazuela,
Patrón del malcocinado^[60],
Faraute^[61] de todas lenguas,

Zurcidor de ajenos gustos^[62],
Trainel^[63] de toda braveza,
Mandil^[64] de toda hermosura,
Casamentero de a medias,

Cocinero de portante,
Tratante de hierro a secas,
Valiente sobre montañas^[65],
Gallina en campaña yerma^[66],

Pastelero de caballos^[67],
Gorgotero^[68] de a dos cestas,
Distilador a el aurora,
Y vivandero a la siesta^[69],

Mosquito de todos vinos,
Mono de todas tabernas,
Raposa de las cantinas,
Cuervo de todas las mesas,

Grande de España en cubrirme^[70],

Caballero en preminencias,
Hidalgo de todas chanzas,
Infanzón^[71] de todas muecas,

Menor criado de un Duque
Que es el Marte de la guerra,
El Aquiles en las armas
Y el Alcides^[72] en las fuerzas,

Entretenido burlesco^[73]
De un Infante, cuyas huellas
Entre alcatifas^[74] de luces
Pisan tapetes de estrellas,

Gaceta^[75] común de todo,
Postillón^[76] de buenas nuevas,
Correo de Majestades,
Y embajador sin grandeza,

Enamorado y celoso,
Siendo, a costa de mi hacienda,
Asistente de Jarama
Y hombre bueno de Cervera^[77],

Con gota por mis pecados^[78],
Por mi gran culpa poeta,
Y por mi desdicha auctor
De historias y de tragedias,

De parte de Dios^[79] te pido,
Amigo lector, que leas
Hasta el fin aquestas burlas,
Pues van mezcladas con veras^[80],

Pues en ellas hallarás
Donaires, chistes, destrezas,
Enredos, embustes, flores,
Ardides, estratagemas,

Quietudes, sosiegos, paces,
Temores, recelos, guerras,
Victorias, aplausos, triunfos^[81],
Pérdidas, desdichas, penas,

Suertes, venturas, bonanzas,
Combates, males, tormentas,
Ingratitudes, mudanzas,
Amor, lealtad y firmeza.

Y si te cansa vida tan molesta,
Cuando tú escribas otra, di mal ésta.

DE FRANCISCO DE LA CRUZ,

criado de Su Alteza,
a Estebanillo González

Hoy califican tu ciencia
Los trabajos^[82] que has pasado,
Pues por ellos has mostrado
Lo que vale la experiencia:
La elegancia y suficiencia
Juntas se llegan a ver,
Estebanillo, en tu ser,
Pues que has sido tú el primero
Que has sabido (¡chocarrero!)
Chancear y componer^[83].

DE FRANCISCO DE ALI,

criado de Su Alteza,
a Estebanillo González

Las Gracias^[84] te den laurel,
Pues que dellas eres suma,
Y el dios delfio^[85] por tu pluma
También te adorne con él.
Si en el decir tienes miel
Bien se puede colegir
Que el hacer sigue a el decir,
Y es muy digno de alabar
Que quien tan bien sabe obrar
Sepa mejor escribir.

DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ,

auctor deste libro

Diéronme ser los montes de Galicia,
La sacra Roma en sus escuelas ciencia,
La libertad de Génova conciencia,
El regalo de Nápoles malicia,

La intratable Calabria el avaricia,
El poder limitado la paciencia,
Los trabajos del mundo la experiencia
Y los Estados Bajos la codicia.

Experto en tales dones, he quedado
En lances y donaires tan curtido,
Que si llegase a el fin que he deseado^[86],

Pondré todas las chanzas en olvido;
Y si no estoy del mundo retirado,
Me hallo de no estarlo arrepentido.

DEL ALFÉREZ

DON MARTÍN FRANCISCO CHILLÓN Y ALIENDE,
a Estebanillo González

Pues tus Hechos
An dado
Rayos
Tendiendo
Oy la Galicia,
Deseos den
En que se vee
Grabando
A tu *Vida* se
La *pícaro*
Ia no garle
Calle la envidia
I sólo tú
Aplaudido,

Insignes
De tu ser,
Esclarecidos
Resplandores
Oy Roma,
Memoria a tal
Apurada la
Cobres
Rindan
Iustina sea
Alfarache
Necia y
Campea en los
Alabado,

I graciosos
De tu agudeza,
En fineza,
Luminosos,
Oy los curiosos
Riqueza
Biveza,
En labor vistosos.
Cortadillos,
Huyente^[87],
A los pardillos^[88],
Negligente,
Corrillos^[89],
Alegremente.

DEL CAPITÁN JERÓNIMO DE BRAN,

General de los Víveres^[90] en los Estados de Flandes,
a Estebanillo González

Eterno te	Harás por lo	Gracioso,
Sin igual	O primero en lo	Entendido,
Tiniendo	Nombre, por lo	Entremetido ^[91] ,
En todo el	Orbe ilustre y	Generoso ^[92] .
Venus hermosa y su	Rapaz	Donoso ^[93]
Ayuda te han de	Dar, si tú,	Atrevido,
No empleas mal	El tiempo	Entretenido
Granjeando ^[94]	Ganancias de	Ingenioso.
Oy imitas a	Apolo en lo	Eminente,
Niegas tu ser y	Luces	Señalado ^[95] ,
Con prosa dulce	I verso	Inteligente,
A cuyo acento ^[96] el	Coro más	Nombrado ^[97]
Lauros ofrece ^[98] ,	I tú, por	Diligente,
EZepto ^[99] quedas	A vivir	Honrado.



CAPÍTULO I

En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente y el viaje que hizo de Roma a Liorna^[1]

PROMÉTOTE, lampiño o barbado letor, o quienquiera que fueres, que, si no lo has por enojo^[2], sólo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo González; tan hijo de mis obras que, si «por la cuerda se saca el ovillo», por ellas sacarás mi noble decendencia^[3]. Mi patria es común de dos, pues mi padre, que esté en gloria, me decía que era español trasplantado en italiano y gallego enjerto^[4] en romano, nacido en la villa de Salvatierra^[5] y bautizado en la ciudad de Roma: la una cabeza del mundo y la otra rabo^[6] de Castilla, servidumbre^[7] de Asturias y albañar^[8] de Portugal, por lo cual me he juzgado por centauro a lo píc aro, medio hombre y medio rocín: la parte de hombre por lo que tengo de Roma y la parte de rocín por lo que me tocó de Galicia.

Ello^[9], si va a decir verdad, aunque sea en descrédito de mi padre, jamás me he persuadido a que esto pueda ser como él lo afirmaba, porque no tuvo mi madre tan depravado^[10] el gusto que me había de abortar del derrotado bajel^[11] de su barriga en el aguanoso margen del Miño, entre piélagos^[12] de navíos y promontorios^[13] de castaños y en esportillas^[14] de Domingos, Brases y Pascual es, pudiéndome parir muy a su salvo en las cenefas^[15] y galón de plata^[16] de la argentada orilla del celebrado Tíber, entre abismos de deleitosos jardines y entre montes de edificios insignes y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltea^[17], cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y cuando^[18] tuviera tan mal capricho y tan hecha la cara al desaire que me bostezara de su gruta oscura a ser, con perdón, gallego, y a que perdonara a Meco^[19] como todos sus pasados, echaría la sogá tras el caldero^[20] y donde me parió me daría bautismo; si ya no es que soñase, como Hécuba, reina de Troya^[21], que de su vientre había de salir una llama que fuese voraz incendio de Galicia, y después, viendo el monstruo que había vaciado del cofre de su barriga, se acogiese «a Roma por todo^[22]», para que Su Santidad, en pleno consistorio, a fuerza de exorcismos, sacase de mi pequeño cuerpo las innumerables legiones^[23] que tenía este segundo Roberto, que presumo que han sido y son tantas que quedaron el día de mi nacimiento escombradas^[24] las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida.

Y, finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad ni ande mi patria en opiniones ni pleiteen Roma y Galicia sobre quién ha de llevar^[25] mi cuerpo cuando llegare su postrimero fin, convidó a los curiosos al valle de Josafad^[26] el día que el ángel, pareciendo viento de mapa^[27], tocó la tremenda trompa, a cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pepitorias de huesos y armaduras de tabas^[28]; que entonces, por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres, con que todos saldrán de sus dudas y yo sabré si soy vasallo de un Sumo Pontífice o de un Rey de España Monarca de un Nuevo Mundo; y «a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga». Y en el ínterin haré como hasta aquí he hecho, que ha sido a dos manos, como embarrador^[29], siendo español en lo fanfarrón y romano en calabaza^[30], y gallego con los gallegos y italiano con los italianos, tomando de cada nación algo y de entrambas no nada^[31]; pues te certifico que con el alemán soy alemán; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy voy, y con quien vengo vengo^[32].

— o O o —

Mi padre fue pintor *in utroque*^[33], como doctor y cirujano, pues hacía pinturas con los pinceles y encajes con las cartas, y lo que se ahorra en la pasa se perdía en el higo^[34]. Tenía una desdicha (que nos alcanzó a todos sus hijos, como herencia del pecado original), que fue ser hijodalgo, que es lo mismo que ser poeta, pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna o de una hambre perdurable. Tenía una ejecutoria^[35] tan antigua, que ni él la acertaba a leer ni nadie se atrevía a tocarla, por no engrasarse en la espesura^[36] de sus desfloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones a roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos estando preñada de mi padre, según ella decía: quedose en el lecho como un pajarito. Y pienso, conforme el alma que^[37] tenía la cordera, que pasó de sólo^[38] Roma a una de las tres Moradas^[39]; porque no era tan inocente que al cabo de su vejez y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro^[40] y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al Limbo a ver tantos niños sin bragas. Dejó dos hijas jarifas^[41], siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles, y yo quedé con pocos mayos y muchas flores^[42], pues no ignorando la de Osuna no se me ha ocultado la del berro^[43].

Después de haber hecho las funerales, ahorcado los lutos y enjugado las lágrimas (aunque no fueron más que amagos, pues se quedaron entre dos luces), volvió mi padre a su acostumbrada pintura, mis hermanas a su almohadilla^[44] y yo a mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagaban mis cortas asentaderas. Era mi memoria tan feliz que, venciendo a mi mala inclinación (que siempre ha sido lo que de presente es), supe leer, escribir y contar; lo que me bastara a seguir diferente rumbo y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso; pues te puedo

asegurar, a fe de^[45] pícaro honrado, que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio, y, con no haber, por mis travesuras, llegado a la Filosofía, salí tan buen bachiller^[46] que puedo leer cátedra^[47] al que más blasona dello. Traía tan enredados a los maestros con enredos y a los discípulos con trapazas^[48], que todos me llamaban el *Judas españolito*. Compraba polvos de romero y revolvíalos con cebadilla^[49], y, haciendo unos pequeños papeles, los vendía a real^[50] a todos los estudiantes novatos, dándoles a entender que eran polvos de la nacardina^[51] y que, tomándolos por las narices, tendrían feliz memoria, con lo cual tenía yo caudal para mis golosinas y ellos para inquietar el estudio^[52] y sus posadas y casas.

Escapábanse pocos libros de mis manos y pocas estampas de mis uñas, sobre lo cual cada día andaba al morro^[53] o había quejas a mi padre y hermanas. Tenía a cargo la mayor dellas el castigarme y reprehenderme, y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodón y otras me decía que era afrenta de su linaje; que por qué no acudía a quien era y por qué no procedía como hijo de algo; que atendiera a que nuestra madre le decía que yo era mayorazgo^[54] de su casa y cabeza de su linaje y descendiente del conde Fernán Gonzales, cuyo apellido me había dado por línea recta de varón^[55], y, por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatonos^[56], cuyos varones insignes fueron conquistadores de Cuacos y Jarandilla y los que en batalla campal prendieron la serrana de la Vera^[57] y descubrieron el archipiélago de las Batuecas^[58]; y que una tía mía había dado leche al infante don Pelayo antes que se retirara al valle de Covalonga^[59], y otra había amortajado al mancebito Pedrarias^[60] siendo dueña de honor de la Infanta doña Urraca^[61].

Reíame^[62] yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprehensión y por otro me salía; y, finalmente, fueron tantas mis rapacerías^[63] y inquietudes, que me vinieron a echar del estudio poco menos que con cajas destempladas^[64]. Por cuya causa mi padre, después de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó a casa de un amigo suyo llamado Bernardo Badía, que era barbero del Duque de Alburquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz; y después de haber hecho el entrego de la buena prenda se volvió a su casa sin hijo y yo quedé sin padre y con amo.

El cual me dijo que me quitase el sombrero y la capa y entrase a ver a mi ama, lo cual hice al instante; y entrando en la cocina la hallé cercada de infantes, y no de Lara^[65]. Diome una rueda de naranja para cortar la cólera^[66] y un mendrugo de pan, abizcochado^[67] de puro duro, para secar los malos humores; y después del breve desayuno y después de haber lavado cuatro docenas de platos, escudillas^[68] y pucheros y ollas, y puest o la ordinaria^[69] con poca carne y mucha menestra^[70], me dio una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de los niños, y, abriéndome la puerta de un patio y dándome dos dedos de jaboncillo de barba, me

enseñó un pozo y una pila^[71] y me dijo:

—Estebanillo, manos a labor, que este oficio toca a los aprendices, y por aquí van allá; que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca.



Estebanillo, manos a labor, que este oficio toca a los aprendices...

Bajé la cabeza y, orejeando como pollino sardesco^[72], desembanasté^[73] los

pañezuelos de narices del puerto del muladar^[74], henchí^[75] la pila de sus menudencias y, después de haber sacado más de cien cubos de agua y dádoles^[76] con cincuenta manos, y no de jabón^[77], jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos, y supe hacer muy bien los míos^[78], pues me eximí con brevedad del tal oficio; que a estar mucho en él no hubiera Estebanillo para quince días.

Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales hubo de más en los mandados de casa y fuera della; y al tercero, al tiempo que me había dado mi amo una libranza^[79] para ir a cobrar seis ducados a la Judería, entró en la tienda un valiente^[80] cuyos mostachos unas veces le servían de daga de ganchos y otras de puntales de los ojos^[81], y siempre de esponjas de vino. Díjole a mi amo que se quería alzar los bigotes; y por ser tan de mañana que aún no habían venido los oficiales que tenía, trató de alzárselos él. Mandome a mí, aunque ya tenía el ferreruelo^[82] puesto para ir a ver a los hidalgos del prendimiento de Cristo, que encendiese unos carbones y calentase los hierros. Ejecutose su precepto, y, habiéndole alzado al tal temerario^[83] la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, a cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro a la puerta y, viendo que en ella había algunos criados del Duque su amo, se arrojó a la calle a ver si la podía apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba a remontación y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia y hacer tardanza mi amo, no cesaba el matasiete de echar tacos y *porvidas*^[84].

Preguntome muy a lo crudo si era oficial; y yo, pareciéndome caso de menos valer^[85] decirle que no lo era, le respondí que sí. Díjome:

—Pues vuesa merced, señor chulo^[86], me alce este bigote, porque, donde no^[87], saldré como estoy a la calle y le quitaré a su amo los suyos a coces y a bofetadas.

Yo, por no alcanzar algo de barato^[88] de aquel repartimiento y por que no me cogiera en mentira y parecerme cosa fácil levantar un bigote sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios^[89], sin quitarme el ferreruelo ni dar muestras de turbación, saqué un hierro de los que estaban al fuego (que se había estado escaldando desde el principio del rebato^[90] y escaramuza) y, por no tener en qué probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajéselo en aquella selva de clines^[91], arrimele el hierro y, levantándose una humareda horrenda, al son de un sonoro chirriar y de un olor de pie de puerco chamuscado, le hice chicharrón^[92] todo el pelamen.

Alzó el grito diciéndome:

—¡Hijo de cien cabrones y de cien mil putas! ¿Piensas que soy San Lorenzo, que me quieres quemar vivo?

Tirome una manotada con tal fuerza que, haciéndome caer el peine de la mano, me fue fuerza, con la turbación, arrimarle el molde a todo el carrillo y darle un cauterio^[93] de una cuarta^[94] de largo; y dando un ¡ay! que estremeció las ruinas del

Anfiteatro o Coliseo romano, fue a sacar la daga para enviarme con cartas^[95] al otro mundo.

Yo, aprovechándome del refrán de^[96] «a un diestro^[97] un presto», me puse con tal presteza en la calle y con tal velocidad me alejé^[98] del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté^[99] cuando me hallé en menos de un minuto a la puerta de la Judería, habiendo salido de junto a la Trinidad del Monte (pero una cosa es correr y otra huir), y esto sin dejar el hierro de la mano; y al tiempo que lo fui a meter en la faltiguera^[100] hallé pegado a él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan descomunal que podía servir de cerdamen a un hisopo^[101] y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y, dando la libranza que llevaba a un hebreo que se llamaba David, me despachó^[102] con toda brevedad. Salime al instante de Roma, contento por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama y del poder de Faraón del zaino^[103] sin bigote.

Determineme de ir a visitar a Nuestra Señora de Loreto^[104], por la fama que tenía de aquella santa casa; y habiendo caminado alguna media legua^[105] con harta pesadumbre de dejar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atrás a contemplar y a despedirme de aquella cabeza del orbe, de aquella nave de la Iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas reliquias, de aquella urna de tantos mártires, de aquella^[106] albergue de tantos sumos pontífices, morada de tantos cardenales, patria de tantos emperadores, madre de tantos generales invencibles y de tantos capitanes famosos. Miré la gran circunvalación de sus muros, la altura de sus siete montes, Alcides de sus edificios^[107]; reverencié sus templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines y, considerando lo mucho que perdía en dejarla y lo mal que me estaba volver a ella, derramando algunas tiernas lágrimas proseguí con mi viaje; y al cabo de algunas jornadas llegué a ver aquel celestial alcázar, aquella divina morada, aquella cámara angelical, paraíso de la tierra y eterno blasón de Italia.

Visitaba una vez cada día este pedazo de cielo, y infinitas a un convento que está muy cercano, de padres capuchinos, por razón que me ponían bien con Cristo con lindas tazas de *Jesús*^[108] llenas de vino y con muy espléndida pitanza^[109]. Quiso mi desgracia que reñí^[110] un día con un pobre mendigante por haberme querido ganar la palmatoria^[111] al repartir de la sopa, y, bajándole los humos^[112] con mi hierro de abrasabigotes, lo dejé con dos dientes menos; y dejando la quietud de aquella santa vida, me fue forzoso poner tierra en medio.

Fuime al Santo Cristo de Sisa^[113], y, desde allí, a la famosa villa de Siena. Llegué a ella en tiempo de feria y hallela toda llena, así de gentes de varias naciones como de diferentes mercancías; y andándome paseando por ella me llegaron a hablar dos mancebos muy bien puestos^[114], los cuales, habiéndose informado de mi patria y nombre, me dijeron que si los quería servir, puesto que estaba desacomodado.

Yo, pensando que eran algunos mercadantes ricos, les dije que sí; y llevándome a

su posada, después de haberme dado muy bien de cenar, me dijo el uno dellos, que era español:

—Estebanillo, tú no tienes más a quien servir ni contentar que a mí y a mi camarada, y ayudarnos a llevar adelante nuestra antigua tramoya^[115]. Y comer y beber, oír y callar, y antes ser mártir que confesor^[116].

Yo les^[117] prometí tener ojos de alguacil cohechado, orejas de mercader y habla de cartujo^[118]. Y abriendo un escritorio sacó de un cajón un mazo de doce barajas de naipes nuevos, y el otro camarada, que era napolitano, un balón^[119] de dados y los instrumentos necesarios; y asentándose en dos sillas bajas junto al fuego hiciéronme avivar la lumbre con un poco de carbón, a cuya brasa puso el italiano un crisol con un poco de oro y una candileja^[120] con plomo.

Desempapeló mi español sus cartas, y no venidas por el correo, y, sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tijeras, empezó a dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando^[121] faldas de sotas por vergonzoso lugar^[122] y desjarretando^[123] caballos, señalando las cartas por las puntas para quínolas y primera^[124], dándoles el raspadillo para la carteta^[125] y echándoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El italiano, en una cuchara redonda de acero, empezó a amolar^[126] sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras, haciéndolos de mayor y de menor^[127], de ocho y trece, de nueve y doce y de diez y once; y después de haber hecho algunas brochas^[128] dando barreno a dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y los otros de plomo, haciendo fustas^[129] para juegos grandes y para rateros^[130].

Dijéronme que tuviera atención en aprender aquel arte, porque con él sería uno de mi linaje^[131]. Puse tanta atención en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro dellos, porque siempre se inclinan los malos a aquello que les puede perjudicar.

Después de haber acabado el español de cercenar naipes falsos y el italiano de amolar huesos de muertos para dar sepulcro con ellos a los talegos^[132] de los vivos, nos fuimos a reposar lo poco que quedaba de la noche.

Desde allí adelante me llevaban todos los días por su paje de flores, cargado de naipes y dados^[133], que era su aderezo de reñir. Campeaban los dos a costa de blancos^[134] en esta forma: íbanse a las casas de juego, concertábanse con los gariteros, prometíanles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y adonde no consentían su contagiación, hacían tener de respeto^[135], cuando jugaba el español, media docena de barajas, a las cuales yo y el italiano le^[136] dábamos con la de Juan Trocado, y al garitero y a los tahures con la de^[137] Juan Grajo^[138]; y cuando jugaba el italiano hacíamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla y acercando los dados a nuestras pertenencias y llevando de reserva entre los dedos una fusta para valerse della cuando la hubiese menester.

Doblábanse^[139] con personas de cantidad, y a veces de calidad, las cuales hacían tercio^[140] adonde quiera que jugaban; cargábanles las ganancias en virtud de sus ayudas y destrezas. Salían mis amos siempre perdidosos, al parecer de los mirones, por lo cual todos los tenían por buenos jugadores y solicitaban de jugar con ellos. Sabían las posadas más ricas, teniendo en todas, a costa de buenos baratos, quien les daba aviso de cuándo había huéspedes de buen pelo^[141]: acudían a ellas, trataban amistad con los que hallaban, quedábanse a comer con ellos a escote^[142], y por sobremesa, en achaque^[143] de entretenimiento, dábanme dineros y enviábanme por lo que yo traía, y empezando por poco acababan por mucho, dejando a los pobres forasteros en cruz y en cuadro^[144].

Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante a su flor, nos moríamos de hambre, porque lo que ganaba el español a las cartas lo perdía a los dados (porque, además de no conocerlos, no se sabía aprovechar de lo poco que alcanzaba a entender); y lo que el italiano ganaba a los dados perdía a los naipes (que, aunque tenía en casa el maestro, no había aprendido a leer en libro de tan pocas hojas^[145]). Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor y, por cómplice en ella, en lugar de enviarme a Galicia me enviaran a Galilea^[146] o, por ser muchacho, me diesen algún estrecho jubón^[147] no necesitando dél.

Mas quiso mi fortuna que estando una noche los dos cenando y algo tristes y recelosos, porque uno de los perdidosos le había ganado a el^[148] italiano, me enviaron a llamar a unos amigos suyos para que se informasen si los había reconocido o sospechado algo.

Yo, pensando que ya se había descubierto la maula^[149] y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intención de no volver y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me había puesto a tanto riesgo, salí fuera a un antesala y, tomando el ferreruelo del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mío, que estaba bien raído, y saliendo a la calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas; y al cabo dellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré a ella, adonde fui acogido y pude con sosiego descansar hasta tanto que el alba se reía^[150] de ver al Aurora^[151] llorar a su defunto amante, siendo mujer y no fea ni mal tocada^[152]; que a este tiempo, dejando la pastoril cabaña y prosiguiendo mi comenzado camino, me di tanta prisa a alejarme de mis amos que otro día^[153] al anochecer llegué a Liorna.

Y metiéndome en una posada a descansar de la fatiga que había pasado, supe otro día cómo las galeras del Gran Duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse a juntar con las de España y Nápoles y con otras muchas que habían ocurrido^[154] para agregarse con la Real, estando por príncipe de mar y tierra y por general de aquella naval el Serenísimos Príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi tosca pluma, las remito al silencio.

Y habiendo alcanzado licencia de un capitán de galera, me embarqué en la que llevaba a su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros sus defensores, de la orden de San Esteban, dan terror al Turco y espanto a sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos a quien han dado amada libertad, añadiendo cada día a las historias nuevas proezas y eternizadas vitorias.

CAPÍTULO II

En que refiere su embarcación y llegada a Mesina y viaje de Levante, y lo que le sucedió en el discurso dél y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó della.

SALIMOS una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena. Y con todos los amigos que requiere una feliz navegación, estuve tres días tan mareado que, al compás que daba sustento a los peces del mar, ahorraba raciones de biscocho a los caimanes^[1] de galera. Alenteme cuanto pude, sirviéndome de antídoto para volver en mí el ser asistido del dicho capitán con animados sorbos de vino y tragos de malvasía^[2]; que tengo por cosa asentada que est os licores me volvieron a mi primer ser, y que si después de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto o embudo me lo echasen por su acostumbrado conduto, me tornaran el alma al cuerpo y se levantara mi cadáver a ser esponja de pipas^[3] y mosquito de tinajas.

En efeto, llegamos a Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del Planeta y Rey Cuarto^[4], defensor de la fe y azote de los enemigos della. Y al^[5] contemplar tanta gente de guerra de tan estrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados^[6] y la variedad de tantos estandartes, pareciome que estaba en otro mundo y que sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promisión^[7]: alegrábanme los acentos de los bodegones marítimos, apellidando^[8] los unos ¡*Tripa, tripa!* y los otros ¡*Folla, folla!*, repitiendo en mis oídos los ecos arábigos que decían: ¡*Macarone, macarone!* ¡*Qui manga uno manga dos*^[9]!, pero entristecíame de ver que todos comían y yo solo los miraba.

Arrimeme a un esclavo negro, tan limpio de conciencia^[10] que lavaba media docena de menudos^[11] con una ración de agua^[12]. Hícele mil zalemas^[13] y sumisiones por saber que era mercadante de panzas y por verme racional camaleón^[14]. Ofrecile mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los revoltillos^[15] y en el ajilimoje^[16] de los callos. Él, agradándole más el verme desbarbado que no el ser buen cocinero, me recibió, haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca cargado de patas de vaca y manos de vitela^[17]; y dándome, después de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con perejil rumiado^[18], por ver la brevedad del despacho y el

despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese a traer mi ropa y a buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegón, porque de otra suerte no me recibiría, porque no había muchas horas que se le había ido un criado con un cuajar^[19] cocido y una media cabeza sancochada^[20]; y que, así, más quería estar solo que mal acompañado.

Yo, dando gracias a Dios de salir de la espesura de su malcocinado, me planté en la playa, y el primer español que encontré en ella fue un alférez del tercio^[21] de Sicilia, llamado don Felipe Navarro del Viamonte^[22], el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y preguntó que si estaba con amo o lo buscaba, y si tenía padre o hermanos o algunos parientes o conocidos en aquella ciudad. Respondile que no tenía dueño y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago^[23] y del tiempo de Adam^[24], que no usaban parientes.

Contentole mi agudeza, y díjome que su oficio era vigilia de ayudante y víspera de capitán^[25], que si lo quería servir, sería uno de los de la primera plana^[26], y que *esguazaría a tutiplén*^[27]. Yo, ignorando esta jerigonza avascuenzada, por no ser práctico en ella, y por ser tan joven, que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados pero mal servidos, pensando que la *primera plana*^[28] era ser de los guzmanes^[29] de la primer hilera, y el *esguazar* darme algún poco de dinero, y el *tutiplén* a llegar, con el tiempo, a ser plenipotenciario^[30], concedí en quedarme en su servicio; y, diciéndole mi nombre, le fui siguiendo a su posada, adonde en los pocos días que estuvimos en ella lo pasamos con mucho regalo.

Había ido el capitán de nuestra compañía a la ciudad de Palermo a ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alferes^[31], metía^[32] la guardia, llevando yo su bandera con más gravedad que Perico en la horca^[33], porque es muy propio de hombres humildes ensoberbecerse^[34] en viéndose levantados en cualquier puesto o dignidad. Persuadime que todos los que quitaban el sombrero^[35] a la real insignia me los quitaban a mí, por lo cual hacía más piernas que un presumido de valiente y me ponía más hueco y pomposo^[36] que un pavón indiano^[37]. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas y en parte que no podían ver el hijo y hermano que tenían y al oficio que había llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños.

En esta ocasión nombró Su Alteza Serenísima el^[38] Príncipe Filiberto Manuel de Saboya, Generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso^[39] la vuelta de^[40] Levante en busca de navíos y galeras de turcos, yendo por cabo^[41] dellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leyva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegación. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles^[42], reino de aquel apóstol calabrés^[43] que por quitarse de ruidos^[44] y malas lenguas se hizo morcón de un saúco, a la mañana zarpamos, encomendando a Dios nuestros buenos sucesos y rogándole nos volviese vitoriosos.

Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogón^[45] y de aderezar la comida para nuestro rancho^[46]; y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella in geniosa glosa de:

Acordaos, flores, de mí^[47].

Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez a cocinero, por reparar que era oficio socorrido y de razonables percances^[48] no le repliqué ni me di por sentido, antes en pocos días salí tan buen oficial de marmitón que podía ser archipreste^[49] de la cocina del Gran Tamorlán^[50].

Pasamos el mar de Venecia^[51], reconocimos el cabo de Cuatro Colunas^[52], y al cabo de cuatro jornadas surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de griegos a vista de Puerto-Maino^[53]. Yo iba a esta guerra tan neutral que no me metía en dibujos^[54] ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga, siendo mi ballesterá^[55] el fogón, mi cuchara mi pica, y mi cañón de crujía^[56] mi reverenda olla.

Usaba, en habiendo algún arma^[57] o faena, de las siguientes chanzas: iba siempre apercebido de una costra^[58] de biscocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo; procuraba poner mi olla en la mejor parte y en medio de todas las demás (y para no hallar impedimento madrugaba y les ganaba a todos por la mano), y cuando la galera andaba revuelta, chirreando el pito y zurreando los bastones^[59], quitaba^[60] la gordura^[61] de las más sazonadas ollas y traspasábala a la mía con tal velocidad que aun apenas era imaginado cuando ya estaba ejecutado; y por hacer salva^[62] a algunos púlpitos relevados^[63] (*piñatas*^[64] de respeto de oficiales de marca mayor), en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba^[65] mi costra en el golfo^[66] de sus espumosos hervores y, en viéndola ca lada^[67], sin ser visera, la volvía a su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante que al principio fue toda mi barriga un piélagos de vejigatorios; pero después que me hice a las armas^[68] estaba toda ella con más costras que cien asentaderas de monas: más lo tenía por deleite que por fatiga. Esta empapada y avahada^[69] sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos ajenos, más ganados a fuego y cuchara que no a sangre y fuego.

No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos, despedía su cólera y yo guardaba mi costra; porque en este mundo no hay gusto cumplido ni se pescan truchas a bragas enjutas.

Andando, como dicen los poetas,

*entre rumbos de cristal
rompiendo cerúleas ondas*^[70],

y fatigando con pies de madera y alas de lino^[71], campañas de sal y montes de armiños^[72] cogimos diez y siete caramuzales y una urca^[73], ellos llenos de colación de los llagados del mal francés^[74] y ella ballena de ricas mercancías; y aunque no tuve dellas parte, con ser de los de la primer plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y higo^[75] que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos postres. Volcose uno de los caramuzales por la codicia del asalto y competencia del saco^[76], quedando los cudiciosos hechos sustento de tiburones y alimento de atunes. Yo, que jamás me metí en ruidos ni fui nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, a la cual llamaba el *cuarto de la salud*^[77].

Fuimos a Castel-Rojo^[78] a hacer aguada^[79] y salimos rabo entre piernas^[80] por la fuerza de los turcos de tierra, y así, nos retiramos a la mar, de quien éramos señores. Enderezamos las proas^[81] a San Juan de Pate^[92], tierra de Grecia, donde nos hablaban en griego y nos chupaban el dinero en ginovés; que yo reniego de la amistad del mejor país de contribución. Dígolo por éste, que es contribuyente del Turco, que los demás, «su alma en su palma^[93]».

Volvimos a Puerto-Maino, donde cargamos de codornices o coallas^[84], saladas y embarriladas como si fuesen anchovas, trato^[85] y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde, siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como a indio caribe^[86]; y fue en esta forma:

Diome mi amo media docena de pesos mejicanos y mandome saltar en tierra a meter algún refresco. Salté en ella, y hallé junto al puerto una gran cantidad de villanos, cada uno con un carnero y todos ellos con cien manadas de malicias. Pareciome que me estaría más a cuento comprarles uno, por estar más a mano la embarcación, que irlo a buscar a la villa, que está de allí una gran milla, y volver, cuando no cargado, embarazado. Llegué a un villano y concerté el que tenía, que me pareció de tomo y lomo^[87], en una pieza de a ocho. Pescome el taimado la pieza con la mano derecha y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso; y al tiempo que fui a asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de San Marcos^[88] y dejó en libertad el origen del vellocino de Colcos^[89]. Empezó el tal animal a dar brincos y saltos la vuelta de la villa, partiendo el amo más ligero que un viento^[90] en su alcance, dando muestras de quererlo coger; y yo con más velocidad que una despedida saeta fui en seguimiento del amo, por cobrar mi real de a ocho: el carnero huía, el dueño corría y yo volaba.

Fue tanta mi ligereza, que lo vine a alcanzar en un bosque frondoso que estaba en la mitad del camino que había de la villa al puerto. Preguntele por el carnero; díjome que se había metido por la espesura del bosque y que no sabía dél. Pedile mi dinero, a lo cual alegó que lo vendido vendido y lo perdido perdido; que ya él había cumplido con entregármelo; que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad y ponerlo en buen recado.

Yo, movido a ira de la sinrazón del villano, por verlo solo y sin armas, me atreví a

meter mano a una espadilla vieja y mohosa que había sacado de la^[91] galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo y reducirlo a que me volviese mi dinero; pero me sucedió muy al contrario de lo que yo imaginé, porque apenas el tal borreguero vio en cueros y sin camisa el acero novel, cuando empezó a dar infinitas voces, diciendo:

—¡Favor, que me matan! ¡Socorro, que me roban!

A cuyos gritos salió de lo más intrincado del bosque una manga suelta^[92] de tosco villanaje (que Dios me libre por su santísima pasión de semejante canalla). Venían todos cargados de chuzos^[93] y escopetas, y antes que fuesen descubiertos de mí ya me habían atajado los pasos; y quedé en manos de villanos, que de las desdichas que suceden a los hombres ésta es una de las mayores^[94].

Llegó uno que parecía cabo de cuchara^[95] de los demás; preguntole a mi inocente Judas la causa de su lamento, y él le dijo que, después de haberme vendido un carnero y dádole ocho reales por él, le había ido siguiendo con intención de quitárselos, y que alcanzándolo en aquel puesto se lo había pedido con muchos retos y amenazas, y que porque me los había negado había metido mano a la espada para matarlo y robarlo. Ellos, sin oír mi disculpa (que bastaba a Inés ser quien es^[96]), llegaron a mí y, despojándome de la durindana^[97], me dieron tantos cintarazos^[98] con ella y tantos palos con los chuzos, que después de haberme abarrado^[99] como encina, me dejaron hecho un pulpo^[100] a puros golpes.

Fuéronse todos haciendo grande algazara y dando muchas muestras de alegría; y yo, viéndome solo y tendido en tierra y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada que me dejase sin despojos, ya que la pasada me dejaba sin espada y sin costillas, me levanté como pude, y desgajando de un sauce un mal acomodado bastón, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abordonando con él^[101] me volví a mi galera, adonde conté todo el caso, el cual fue celebrado y juzgaron a buena suerte haber salvado los cinco de a ocho.

Contonos el patrón de la galera que él había llegado allí diversas veces y que había visto hacer la misma burla a muchos soldados, y que todos los carneros que conducen a aquel puerto los tienen adestrados a huirse en viéndose sueltos y volverse a sus casas; y que descogen los mozos más ligeros de aquella cercana villa para venirlos a vender, tiniendo de retén^[102], para los que los siguen, una cuadrilla de villanos armados a la entrada de aquel bosque; y que, aunque se han querido vengar algunos soldados de su engaño y villanía, no se habían atrevido, por el bando que echan los generales de pena de la vida a^[103] el que les hiciere mal ni daño; porque temen que ponga en arma la tierra y les impida aquel retiro de cualquier tormenta y el hacer aguada y tomar algún refresco. Di gracias al Cielo de haber escapado con la vida y de haber llegado a tiempo en que no sólo los hombres engañan a los hombres, pero enseñan a los animales a dejarlos burlados. Yo tuve qué rascar algunos días y de qué acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo puerto una procelosa^[104] tormenta, llegando a pique^[105] de perderse toda el armada, porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las soberbias y encumbradas ondas, rompiendo cabos y despedazando gúmenas^[106], se encontraron y embistieron unas con otras y, como si fueran dos enemigas escuadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones y se maltrataban las popas; y mientras unos llamaban a Dios y otros hacían promesas y votos y otros acudían a sus menudas faenas, mi merced, el señor Estebanillo Gonzales, estaba en la cámara de popa haciendo penitencia por el buen temporal con una mochila de pasas y higos, dos panecillos frescos y un frasco de vino que le había soplado al capitán, diciendo con mucha devoción:

—¡Muera Marta y muera harta^[107]!

Cesó la tormenta, remendáronse las galeras lo mejor que se pudo y volvimos atrás, como potros de Gaeta^[108], cuando pensábamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos patrones, porque aseguraron a los generales que llevaban bastimento para tres meses, no llevándolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas vitorias y se mal lograron muchas ocasiones. ¡Qué dello^[109] pudiera decir cerca^[110] desto y de otros sucesos que han pasado y pasan desta misma calidad, no sólo a patrones de galera, sino a gobernadores de villas y castellanos^[111] de fortalezas y a municioneros^[112] y proveedores, en quien puede más la fuerza del interés que el blasón^[113] de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades.

Pasamos por entre turcos y griegos; después de haber descubierto con turbantes de nubes y plumas de celajes^[114] el altivo y celebrado Etna (el ardiente volcán y el fogoso Montgibelo^[115]), llegamos a Mesina llenos de banderolas, flámulas y gallardetes^[116]; saludamos la ciudad con pelícanos de fuego, y ella con neblíes^[117] de alquitrán hizo salva real^[118] a nuestra buena venida y publicada vitoria.

Saltamos en tierra, adonde los dos generales fueron bien recibidos de Su Alteza Serenísima el Príncipe Filiberto Manuel, el cual, saliendo a ver su vitoriosa armada, honró a todos los capitanes y soldados particulares^[119], así con obras como con palabras; porque sólo dan honra los que la poseen y deshonra los que carecen della, porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner a la urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus cuatro ruedas^[120] andaba sobre el agua, caminando a todas las partes que la querían llevar sin velas y remos ni timón (que a todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios y todo esto puede la fuerza del oro). Retirándose a sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del Gran Duque de la Toscana, quedando en Mesina sola una escuadra de veinte y cinco galeras, en las cuales embarcándose Su Alteza y dejando aquella ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo a gozar de su cocaña^[121].

Detuvímonos veinte y un días en Melazo^[122], por falta de buenos temporales^[123]. Hay en este puerto una iglesia de la avocación de San Fanfino^[124], abogado de gomas

y lapas^[125], adonde cualquiera persona que llega a encomendarse a este bendito santo padeciendo destas enfermedades, metiéndose en el arena de su marina y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinidades de gusanos^[126] de sus llagas antiguas o modernas, y queda bueno y sano de su pestífera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño o vino de Pedro Jiménez^[127] no necesité deste santo milagro (y cuando acaso necesitara, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que más aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedara hecho otro Lázaro leproso), si este divino santo convirtiera este milagro en el de la boda de Architriclino^[128] y volviera aquel agua del puerto de San Fanfino en vino de San Martín^[129], te aseguro que dejara de seguir las galeras, y que, dejando el mundo, me retirara a este sagrado^[130] a hacer penitencia de mis pecados en el húmedo yermo^[131] de su bodega o cantina.

Prosiguiendo el viaje de aquella fértil y abundante corte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fogón, con que di con los huevos en la ceniza^[132]; y fue que, yendo una mañana a querer poner la olla con una poca de carne que había quedado en mi rancho, por ser el último día de la navegación, al tiempo que la metí en un balde^[133] y largué el brazo al mar desde la proa para coger un poco de agua para lavarla, llegó una soberbia onda, fomentada de una mareta sorda^[134], y cargó con la carne y lavadero y me dejó mojado y descarnado^[135].

Yo, por no dejar a mi amo sin comer, ni hallar por mis dineros con qué encubrir el robo marítimo, arrimé al fogón la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando que en virtud del ajaso^[136] y pimentón supliera la falta del sucedido fracaso; y habiendo espionado una olla de un capitán (pienso que podrida^[137], pues tan hedionda fue para mí) y visto que el guardián della se entretenía en la crujía en el juego de dados, le di a^[138] el gatazo^[139] y a su olla asalto, pues yendo a mi rancho y trayendo un pequeño caldero vacío, trasasé el bacalao a él y la olla del capitán a la mía.

Hecho este trueque sin partes presentes^[140], zampé el pescado del caldero en la olla capitana^[141] y, volviéndolas a tapar a las dos, volví el caldero a su lugar, y poniendo la mesa y llamando a mi amo y a sus camaradas, aparté la piñata y híceles que comiesen temprano, por estar a cuatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmándome por el mejor cocinero de la armada.

Levantose nuestra tabla al tiempo que se puso la del capitán, y que el guardián y maestro de cocina, habiéndole hecho dejar el juego, venía muy cargado con su olla vitoriana^[142]. Desembarazose della, quitole la cobertera, y al quererla escudillar^[143] se quedó hecho una estatua, de piedra, sin menear pie ni mano. El capitán, viendo su elevación y que apenas pestañeaba, le preguntó la causa pensando que le había dado algún accidente. Él le respondió, viendo aquella transformación de Ovidio^[144] en su olla, que sin duda aquella galera se había vuelto palacio de Circe^[145], pues a él lo habían convertido en mármol frío y a la carne de aquella olla en bacallao.



... si él no se hubiera puesto a jugar, ni nadie se hubiera atrevido a tales transformaciones ni él se quedara burlado y sin comer...

Viendo el capitán el suceso tan en su daño, echó a rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dijo al cocinero soldado que si él no se hubiera puesto a jugar, ni nadie se hubiera atrevido a tales transformaciones ni él se quedara burlado y sin comer; que echase el pescado a la mar y que de allí adelante no se encargase de

guisar su comida, que él buscaría quien acudiese con más cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre soldado, con muy grande flema, llevó a un banco la encantada olla y dio lo que estaba dentro a los forzados dél; y teniendo su piñata vacía en la mano derecha, al quererse ir a^[146] llegar a su rancho, un esclavo a quien tocó parte de las tajadas de bacallao, quizá^[7] agradecido de la limosna que le había hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña y el varón santo que convertía la carne en pescado para mortificación y continencia del capitán, y que él me había visto hacer el milagro y la trasladación de un sepulcro a otro.

Yo, que estaba receloso de ser descubierto y andaba nascondido^[148] para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca del bando contrario bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputación puso por obra la venganza, y llegándose a mí y alzando el vaso y olla muy airosamente, rompió los cascós della en los de mi cabeza, diciéndome:

—Señor sotoalférez, quien goza de las maduras, goce de las duras; y quien come la carne, roiga los huesos.

Yo caí sin ningún sentido sobre la crujía, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su capitán; informáronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el capitán a mi amo que me despidiese luego que llegase a Palermo, porque quien hacía un cesto haría ciento, el cual le prometió de hacerlo así. Fuéronse los dos a la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo o letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones^[149] que me habían sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajándome^[150] muy bien la cabeza me fui poco a poco a mi rancho.

Leyome la sentencia mi amo, dándome (aunque sobre peine^[151], por haberle sabido bien la olla) su poquita de reprehensión. Díjele que supuesto que me despedía, habiéndome sucedido aquella desgracia por acudir a su regalo, que me pagase lo que me debía, conforme al concierto que hizo conmigo en Mesina cuando me recibió. Preguntome que si desvariaba con el dolor de la cabeza, porque él no había concertado nada conmigo ni de tal se acordaba, ni que a los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber y un vestido cada año. A estas razones le respondí, algo enojado, que él no me había recibido para abanderado, sino para estar en la primera plana y para esguazar, y que no sólo no me había dado el sueldo de la primer^[152] plana, ni los provechos del esguazo ni puéstome en el avanzamiento que me había prometido, pero que en lugar de cargo tan honroso me había obligado a ser lamedor de platos y marmitón de cocina, por lo cual me había venido a ver en el estado en que estaba.

Mi amo, después de haberse reído un gran rato, me dijo:

—Señor Estebanillo, vuesa merced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primer plana, cuyo sueldo tira^[153] el alférez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que comer y beber, será el^[154] ollazo que le han dado sobre la

cabeza. El tutiplén^[155] es que vuesa merced es en todo y por todo^[156] otro Lazarillo de Tormes; mas porque no te quejes de mí ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ve aquí dos reales de a ocho para ayuda de tu cura y para que esguaces en saltando en tierra y bebas un frasco de vino a mi salud.

Yo los recibí y le agradecí la merced que me hacía, y me fui previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estar ya cerca de tierra.

Tenía la ciudad y corte insigne de Palermo hechos grandes apercebimientos para recibir a Su Alteza Serenísima, por dar muestras de su valor y grandeza y por significar el gusto que tenía de^[157] que la viniese a mandar y a gobernar tan gran príncipe y tan lleno de perfecciones y excelencias; y así, al tiempo que llegó cerca de su playa colmó el mar de balas, el aire de fuegos, la esfera de humos y la tierra de horrores. Desembarcose de su real al son de bélicos instrumentos de guerra, y, acompañado de la nobleza ilustre de aquel reino y aplaudido de los habitantes, entró en una de las mejores ciudades que tiene el orbe y en uno de los más abundantes y fértiles reinos de cuantos encierra la Europa. Tomó pacífica posesión de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hostería, adonde en pocos días quedé sano de la cabeza y enfermo de la bolsa.

Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, así tras de una desgracia suele venir una dicha (que, a haberla sabido conservar, harto feliz hubiera sido la que hallé a los ocho días de mi desembarcación), pues yéndome una tarde paseándome por el Cásaro^[158] de Palermo, admiración del presente siglo y asombro de los cinceles, me llamó un gentilhomme que servía de secretario a la señora doña Juana de Austria, hija del que fue espanto del Otomano y prodigio del mar de Lepanto^[159]. Díjome que me había encontrado tres o cuatro veces en aquella calle, y que le había parecido ser forastero y estar desacomodado; que si era así, que él me recibiría de buena gana, y que me trataría como si fuera un hijo suyo, en el regalo y en el traerme bien puesto.

Pareciéndome el partido^[160] más claro y menos sin trampa que el del esguazar, díjele que le serviría con mucho gusto, y dándole el nombre como a soldado que está de centinela, y negándole el tener padre ni ser medio romano, me vendí por gallego (y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le di y en la que le quise dar). Fuilo siguiendo hasta su aposento, adonde, después de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baúl que tenía, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros; que el hombre que llega a hacer confianza de quien no conoce, o está jurado de santo o graduado de menguado. Y como mi amo me puso el cabe^[161] de a paleta, y yo tenía, tras^[162] de jugador, un poquito de goloso, fue fuerza el tirarlo, dándole toque y emboque^[163] a el baúl; el cual quedó libre de no hacer dos de claro por ser las sangrías pequeñas y de no mucha consideración, por no darme lugar a mayor atrevimiento mi poca edad y el buen tratamiento que me hacía mi amo.

Estuve con él cerca de un mes, que te certifico que no fue poco para quien está enseñado, como yo lo estoy, a mudarlos cada semana como camisa limpia. Llegó un

día de fiesta; aderezábale una conocida suya las vueltas^[164] y valonas^[165] (y aun pienso que le almidonaba las camisas^[166]), siendo yo el portador de llevarlas y traerlas; madrugó a oír misa, por ser día de correo, y vio que yo me había descuidado en no traerlas un día antes, como siempre acostumbraba a hacer; diome media docena de bofetadas muy bien dadas, pero muy mal recibidas, diciéndome:

—¡Pícaro gallego! ¿Es menester que ande yo siempre tras vos diciéndoos lo que habéis de hacer? Como tenéis habilidad para comer, ¿por qué no la tenéis para servir, teniendo cuenta, pues no sois de los que buscaba Herodes^[167], de lo que yo necesito, para hacerlo sin que yo os lo mande?

Y diciendo esto se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato, muy alborotado, diciéndome que recogiera toda su ropa blanca y que me apercibiera, porque otro día nos habíamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al Príncipe de Botera^[168], yerno de su ama, que iba a aquella corte a ver el Condestable Colona, su padre. Yo salí fuera a hacer lo que me mandaba, con doblado disgusto del que había tenido, por no atreverme a volver a Roma y perder tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas.

Encontré en la calle a un jornalero matante que, por haber gastado con él algunas tripas del baúl, se había hecho mi amigo, y lo era de taza de vino y de los que agora se usan. Conte todo mi suceso y pedile que me aconsejase en aquello que me estaba bien. Y después de haber reportado^[169] el bigote y arqueado las cejas, acriminó^[170] mucho lo que mi amo había hecho conmigo, diciéndome que no me tenía por mancebo honrado ni por hijo de hombre de bien si no me vengara. Y persuadiéndome que no fuese a Roma ni tratara de darle más disgustos a mi padre, se resolvió en que me fuese con él a Mesina, y desde allí a Nápoles, y que para el viaje cargara con todo cuanto pudiera, que él me lo guardaría en su posada y a mí me tendría oculto en ella hasta que se embarcase mi amo y los dos nos pusiésemos en camino.

Pudo tanto conmigo la persuasión deste interesado verdugo, que me obligó a hacer una vileza que jamás había pensado ni pasado por mi imaginación; que tales amigos siempre incitan a cosas como aquéstras, y una mala compañía es bastante a que el hombre más prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta y caiga en un peligro.

Llevé toda la ropa que estaba fuera de casa, entreguéla a mi amo y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en aprestar lo necesario para el viaje. Llegó el día de la embarcación, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba a hurtos de importancia, sino a cosas rateras^[171], no determinaba, temiendo no me cogiesen en la trampa y me diesen un jubón sin costura.

Quiso mi desgracia que, estando ya resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera y de ir acompañando a mi amo, entró en el aposento el Arquitofel^[172]

consejero de mi estado y amigo de mi dinero. Díjome que cómo estaba con tanta flema, habiendo de partir las galeras a prima rendida^[173] y estando mi amo en la marina con el Príncipe y el aposento solo y la noche oscura. Yo, viéndome en tan fuerte tentación y acordándome de lo que le había prometido, le dije que todo lo que había de sacar lo había metido en aquel baúl, y que por pesar mucho no había podido cargar con él ni había hallado quien lo quisiese llevar. Él me respondió:

—No le dé cuidado eso, que aquí estoy yo, que llevaré sobre mis hombros no solamente el baúl, pero el arca de Noé —y, arrimándose a él, el echárselo^[174] a costas y salir del aposento, todo fue uno.

Viéndole cargar con los Penates^[175] de Troya, sin ser piadoso Eneas sino un astuto Sinón, tomé mi ferreruelo, cerré tras mí y fuilo siguiendo. Fue tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba a salir el baúl por la puerta de la calle llegó al lumbral della a querer entrar, y viendo que lo mudaban sin su gusto me dijo:

—¿Adónde vas con este baúl a estas horas?

Yo, con más desmayo de muerto que aliento de vivo, le respondí que a embarcarlo en la galera adonde habíamos de ir. Replicome:

—Y ¿sabéis vos en qué galera me embarco?

Yo respondile:

—Señor, «quien lengua ha, a Roma va^[176]»; demás que me habían dicho que vuesa merced est aba en la playa con Su Excelencia y me mandaría adónde lo había de llevar.

Díjole a mi fingido palanquín^[177] que volviera el baúl a su lugar; hízolo así, y, no viendo la hora de ponerse en salvo por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle.

Díjome mi amo, con rostro airado, ceñudo de ojos y amostazado de narices^[178]:

—¿Quién os manda a vos sacar mi hacienda de mi casa sin tener licencia mía?

Díjele:

—¿Tan flaco es vuesa merced de memoria que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas y el haberme dicho que no había de andar tras de mí diciéndome lo que había de hacer, sino que cuidase yo de lo que vuesa merced necesitaba sin aguardar a que me lo mandase? Pues, siendo esto así, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros y que necesita dellos para este viaje, no pienso que ha sido error hacer lo que vuesa merced me manda.

Pidiome la llave, díselo, abriolo y reconociolo por todas partes, y volviéndolo a cerrar^[179] me dijo:

—Señor Esteban Gonzales, vuesa merced se vaya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados ni sirvientes tan puntuales, y que unas veces pequen de carta de más y otras de carta de menos. Y agradezca que estoy de partida; que, a no estarlo, yo le hiciera cantar sin solfa. Y aun puede ser que lo haga, que no estoy muy fuera dello, si no se me quita de delante.

Yo, temiendo que por haber intentado cazar gangas^[180] no me enviase a cazar grillos^[181], me salí del aposento temblando de miedo. Sin amo, sin dinero y sin haber cenado, porque lo poco que había acaudalado en ser cajero de aquella pequeña tesorería lo había gastado con mi valiente de mentira, viéndome que ya era irremediable lo hecho y que había sido ventura haber hallado tan buena salida habiéndonos cogido las manos en la masa, me fui a la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado^[182].

Contele el despedimiento del cuerpo y el alma^[183], y, después de más de media hora de paseo, dando más bufidos que un toro y echando más tacos que un artillero, vino a parar toda la tormenta en mandarme azainadamente^[184] que pidiese de cenar a la patrona. Yo le dije que^[185] en cuanto a pedirlo yo lo haría con todas veras, pero que en cuanto a la paga había salido de casa de mi amo como niño de dotrina^[186], abofeteado y sin blanca^[187].

Él me respondió:

—Pues, ¡cuerpo de tal con él^[188]!, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empeñado el ferreruelo, que no me he yo de acostar haciendo cruces^[189] por sus ojos bellidos^[190], habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arrezgándome, como me he arrezgado, no debiéndole ninguna amistad ni teniéndole obligación ninguna; que si me ha dado algunos reales, más he hecho yo en pedirselos que él en dármelos. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara^[191], y que ya hubiera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino más tablones que hubo en el templo de Salomón; que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de

Zampuzado^[192] en un banasto.

Fue tanta la risa que me dio el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué a que pensase que hacía burla dél; por lo cual, dejando caer el ferreruelo y habiéndome hecho conde de Puñoenrostro^[193], arrancó de la tizona, quizá por haberle yo negado la colada^[194]; pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del Rey y con presteza la^[195] calle, y, entrándome en casa del Cardenal de Oria, Arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme a firme, tirando^[196] ángulos corvos y obtusos a la puerta de la posada.

Hallé a la entrada de la del palacio al cocinero mayor o de servilleta o manteles de Su Eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado me preguntó que qué era lo que traía. Yo le respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo, porque me habían cogido entre dos para quitarme el ferreruelo, y que me había dado tan buena maña que me había librado dellos, los cuales me habían venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso y saber de dónde era y cómo me llamaba, y si tenía padre o amo, o si era venturero. Satisfícele a sus preguntas y recibíome por su pícaro de

cocina, que es punto menos que mochilero y punto más que mandil. No me descontentó el cargo que me había dado, porque sabía, por la experiencia de la embarcación, que es oficio graso^[197] y, ya que no honroso, provechoso.

Regalábase mi amo a costa ajena, que es gran cosa comer de mogollón^[198] y raspar^[199] a lo morlaco. Tenían cada día pendencies él y el veedor^[200], y a la noche sucedía con ambos aquello de «en la caballeriza yo y el potro nos pedimos perdón el uno al otro^[201]». Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto^[202], la comida de raspatoria a casa de mi amo, y a las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del jifero^[203], al baratillo de la ropa^[204] vieja y usada, y lo restante del día me ocupaba en hacer burro de anoria a un vulteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo de lacerado^[205], boca abajo y sin comer. Hacía de día entierros de leños y carbones, y a la noche sacaba los tales muertos a que fuesen refrigerio de vivos.

Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo^[206] (que desta suerte avanza quien sabe tan bien servir y con tanta satisfacción de sus oficiales). Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, y^[207] con tener de mi parte dos cardenales (que era el uno a quien servía y el otro el que me hizo el rebosado^[208] valiente), ayunaba al traspaso^[209].

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides^[210] para hacerla a los años^[211] de Su Eminencia, y a mí, por ser muchacho, o quizá por saber que era chozno^[212] del conde Fernán Gonzales, me dieron el papel del niño Rey de León. Estudielo, haciéndole al que se hizo autor^[213] de ella que me diese cada día media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colación ligera con las unas y estregarme la frente a el cuarto del alba con las cáscaras de las otras; porque de otra manera no saldría con mi estudio, aunque no era más de media coluna, por ser flaco de memoria, y que esto había visto hacer a Cintor y a Arias cuando estaban en la compañía de Amarilis^[214]. Creyolo tan de veras que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los días, y estudiando todas las noches, mascando pasas, y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas^[215] y haciendo fregaciones de frente.

Llegó el día de la representación; hízose un sumptuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron a la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo había de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros a cautivarme. Convidó el Cardenal mi señor a muchos príncipes y damas de aquella corte; pusieronse mis representantes de aldea^[216] muchas galas de fiesta de Corpus^[217], adornáronse de muchas plumas, y, en efeto, el palacio era^[218] un florido abril. Pusiéronme un vestido de paño fino con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos, que fue lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del común vocablo del juego del ajedrez, por no volverme a ver en paños menores, le dije a mi sayo: «¡Jaque de aquí!»^[219].

Empezose nuestra comedia a las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo^[220] y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título^[221], por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo dél, que no me perdía de vista. Llegó el paso en que yo salía a caza y, fatigado del sueño, me había de recostar en aquella arboleda; y después de haber representado algunos versos y apartándose de mí los que me habían salido acompañando, me entré a reposar en aquel acopado^[222] y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga^[223], pues aún no había entrado en él cuando, siguiendo una carrera que hacía la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo dél llegué a la puerta de la sala, y diciendo a los que la tenían ocupada: «¡Hagan plaza^[224], que voy a mudar de vestido!», me dejaron todos pasar, y menudeando escalones y allanando calles, llegué a la lengua del agua^[225], y desde ella a la sombra^[226] de la mar.

Informáronme otra vez que di la vuelta a esta corte, que salieron en esta ocasión al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino^[227], y llegando a la arboleda a hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno dellos en alta voz:

—¡Ah, niño Rey de cristianos!

A lo cual había yo de responder, pensando que eran criados míos: «¿Es hora de caminar?». Y como ya iba caminando más de lo que requería el paso (no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido), mal podía hacer mi papel ni acudir a responder a los moros estando una milla de allí concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté.

Viendo el apuntador que no respondía, soplabá por detrás a grande priesa, pensando que se me habían olvidado los pies^[228]; y a buen seguro que no se me habían quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan Danzante^[229]. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que había de ser fingido lo había hecho verdadero, entraron en la enramada y ni hallaron rey ni roque^[230]. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos a darme voces y otros a enviarme a buscar, quedando el guardián de mi persona y vestido medio desesperado, y ofreciendo misas a San Antonio de Padua^[231] y a las ánimas de Purgatorio.

Contáronle mi fuga al Cardenal, el cual respondió que había hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la fe y no haberles dado lugar a que me hiciesen prisionero; que sin duda me había vuelto a León, pues era mi corte, y que desde allí mandaría restituir el vestido; y que en^[232] el ínter él pagaría el valor dél, y que, así, no tratasen de seguirme, porque no quería dar disgusto a una persona real, y más en días de sus años. Mandó que le leyesen mi papel y que acabasen la comedia, lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor della por tener tan buen fiador.

CAPÍTULO III

Adonde se declara el viaje que hizo a Roma, lo que le sucedió en ella estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió a huir tercera vez, entró a servir de platicante^[1] y enfermero en el hospital de Santiago, de Nápoles, y cómo se salió dél por pasar a Lombardía^[2] con puesto de abanderado.

A QUELLA tarde iba tan en popa^[3] mi fortuna que todo me sucedía a medida del deseo, pues así que llegué a la marina oí dar voces a un marinero diciendo:

—¡A Napoli, a Napoli!

Preguntele que cuándo se había de partir. Respondiome que ya estaba la faluca^[4] echada a la mar y que sólo aguardaba al patrón, que había entrado en la ciudad a sacar licencia para ello. Estando en esta plática^[5] llegó el dicho patrón, con quien me concerté con brevedad en virtud de una hucha^[6] que había hecho de lo mal alzado^[7] de la cocina, que sería de hasta cuarenta reales; y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes^[8] la cabeza atrás, llegamos a la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis días me hallé en Nápoles.

Me fui aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde, sin acaecerme de qué poder hacer mención, llegué una mañana a una puerta de sus antiguos muros. Y habiendo entrado en ella y considerando en el traje honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fui derecho a su casa, adonde fui muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo.

Preguntome mi padre que dónde había asistido el tiempo que había faltado de sus ojos. Hícele creer que había estado en Liorna sirviendo de paje a don Pedro de Médicis, gobernador de aquella plaza, y que me había venido con su gusto^[9] por sólo verle a él y a mis hermanas^[10] y por tirarme^[11] el amor de la patria. Hizo que me regalasen y, no poniendo en olvido mis buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi ve nida, pero que aquella misma tarde me había de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no quería que durmiese en su casa ni que estuviese en el contorno della; y que pues había tenido tan buenos principios en el de barbero y sabía levantar tan bien un bigote, que quería que prosiguiese^[12] con él; y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas y^[13] irme con ellas, como había hecho con su amigo Bernardo Badía; que ya aquella estaba pagada, pero que si proseguía en mis travesuras, que no lo tuviese por mi

padre, sino por mi enemigo capital.

Comí al galope por temer que me pusiese en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar a su palabra, como al fin hijo de algo, me llevó a la barbería de un maestro catalán, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él y hallolo muy duro y muy lejos de recibirme, por estar informado de mi mala opinión^[14] y poca estabilidad. Salió mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año^[15] le hiciese falta della; pero que si asistiese y cumpliese el plazo, que él me había de dar a mí veinte para que me^[26] hiciese un vestido.

El maestro, contentándole el partido, y que tenía por cosa segura el irme yo y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo dellas escritura por ante notario, yo quedé a ser aprendiz y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fue el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando más cada día que aprendiendo.

Tratome este maestro con más respeto que el primero, pues el otro me enseñaba a lavar pañales y éste a echar barbas en remojo. Servíale, cuando salía fuera a dejar lampiños a^[27] algunos señores, de paje de bacía^[28] y de mozo de estuche, y, en la tienda, de calentar el agua y de atizar la fogata. Hacíame que asistiese todo el día en ella y que tuviese cuenta en aprehender a^[29] rapar zaleas^[20] y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenía de cirugía. Y por no darme a conocer, aunque ya era bien conocido de mi amo, acudía a todo con mucha puntualidad, y más los primeros días, por que se dijese por mí aquello de «cedacito nuevo...»^[21].

Pareciendo al cabo de algunos días a mi amo que ya sabría algo del oficio, por lo atento que me vía^[22] estar siempre a los tormentos de agua y fuego, me mandó quitarle el cabello y barba a un pobre que había llegado a pedirle una rapadura de limosna; que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, por que llueva sobre la poca ropa^[23].

Hícelo sentar sobre una silla vieja reservada y de resp eto para gente de poco pelo^[24], púsele por toalla un cernedero^[25] de colar lejía y, sacando de un cajón de los principiantes unas tijeras poco menos que de tundidor^[26], y un peine, desperdicio de algún rucio rodado^[27], me acerqué a mi paciente, y diciendo «¡En nombre de Dios!» por ser el primer sacrificio que hacía, empecé a tirar tijeradas a diestro y a siniestro. Mas viendo la poca igualdad que llevaba y que estaba el cabello lleno de escalones y con más altas y bajas que alojamiento de capitán^[28], traté de esquilallo como a borrego y a rapaterrón^[29]: él me pedía que fuese sobre peine y yo lo hacía sobre casco.

En efeto, yo lo empecé a trasquilar como a pobre y después lo esquilé como a carnero, y después lo atusé como a perro lanudo. Tentose el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla^[30],

me dijo:

—Señor mancebo, ¿quién le ha dicho a vuesa merced que tengo gana de ser buenaboya^[31] para raparme desta manera?

Respondile que aquello era una nueva moda venida de Polonia y Croacia, con la cual gozaría de más limpieza y se saldrían más bien los malos humores de la cabeza; y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le volverían a crecer a palmos, por habérselos quitado a raíz y en creciente de luna^[12]. Y encajándole otra media luna de la margen de una bacía vieja, llena de agua fría, en el empañado^[33] pescuezo (que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenía a la vergüenza^[34]), después de haber empapado las vedijas^[35] y encajado la barba y héchole mil mamonas^[36], le enjaboné los carrillos tan apriesa y tan apretadamente que en poco espacio pudiera ser, por la abundancia de espuma, o madre de Venus^[37] o mula de doctor^[38]. Sobajele^[39] las barbas, aajele^[40] los bigotes, rasquele las mejillas, lavele los labios y despolvorele^[41] las narices; y mi dos veces pobre, agarrado a su bacía el hocico, cerraba y hacíame más gestos que una mona. Quitele la bacía, sacudile los dedos, y limpiándole más de dos libras de natas o requesones frescos, lo volví de blanco alemán en tostado africano.

Tomé un hocino^[42] o navaja y empecé, no a cortar, sino a desgajar lana de aquel soto^[43] de barba, cuya espesura pudiera ser habitación de silvestres animales. Llevaba hacia bajo los cueros, y no los pellejos^[44]; y como yo no tenía el dolor apretaba más la mano por dar fin a la obra y acreditar me en breve con mi amo, que desde el principio deste prodigio le habían venido a llamar para hacer una sangría y estaba ausente de la tienda.

Era tan mal inclinada^[45] la navaja, que cortaba la carne y no la barba. Yo, viendo que mi perroquiano^[46] tenía todo el rostro como zapato de gotoso^[47] y que estaba teñido en la sangrientalidad, volvíle a dar otra agua por que no se despeñase el rojo licor y se descubriese el defeto del noviejo^[48] y lo botazo^[49] de las armas. Limpielo muy bien, y, por ver que proseguían las corrientes, entré en mi aposento y saqué un gran puñado de telarañas, y muy al descuido^[50] fui tapando las pequeñas grietas^[51] hechas en aquel rostro de peñasco, y las que cada instante le iba haciendo.

Él, no pudiendo soportar el dolor, me dijo:

—¡Mancebito, mancebito! ¿Raspa o degüella^[52]?

Respondile:

—Señor mío, lo uno y lo otro hago; porque la barba de vuesa merced es más dura que una roca, y es menester pasar cochura^[3] por hermosura.

Yo estaba temblando de que viniese mi amo y le viese la horrenda figura que tenía, pues su rostro más era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los lunares que le había puesto que, a habérselos visto a la luna de un espejo, quedara lunático^[4] o frenético. Yo, viendo que mis principios más eran de carnicero que de barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y más cortantes

navajas, con la cual empecé a bizarrear^[55] y a hacer riza^[6] en aquella barba boba^[57] (que harto lo era el dueño pues pasaba tantos martirios a pie quedo sin estar en tierra del Japón^[58]).



... saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y más cortantes navajas, con la cual empecé a bizarrear...

Quiso la mala suerte (que siempre huyendo de los ricos da en seguir a los pobres)

que al tiempo que lo iba enjordanando^[59] y quitándole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos o tacones^[60] que le había puesto y, embazándose^[61] en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo cual me obligó a apretar la no ligera mano; y dando un grito el doliente, quísose levantar, por lo cual fue fuerza y mandamiento de apremio cruzarle no más de la mitad de la cara (que la otra mitad ya la tenía él cortada, y presumo que no por bueno; y así, por verlo pobre, le hice amistad de emparejarle la sangre^[62]). Mas viéndolo en pie y con un *sepancuantos*^[63] como mozo de golpe^[64], y que por el rastro que dejaba podía caminar Montesinos^[65], salime a la calle y^[66] metime en el palacio del sobrino Barberino^[67], diciendo entre mí:

—Agora que estoy libre, ¡ande el pleito!

Llegó mi amo a esta ocasión, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos y la puerta de mequetrefes^[68]. Dijéronle la causa del rumor y lo mal parado que estaba el herido, y él, apartando la gente, se llegó al caballero cruzado, y, viéndole la cara tan llena de pegatostes^[69] que parecía niño con viruelas, perdió el enojo y, rebozándose^[70] con la capa, no se atrevía a acudir al remedio por no descubrir el chorro de la risa; la cual se le aumentó mucho más cuando vio que al ruido había acudido la mujer de aquel sin ventura, que era vecina nuestra, y que, dándole el pésame las demás, decía que sin duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo ni ella había estado tan dejada de la mano del Señor que había de haber escogido tal monstruo por marido.

Dio mi amo fin a sus gorgoritas^[71] de alegría, y desembarazándose del ferreruele zurció el jeme^[72] de abertura; y por no ser hombre que reparaba en puntos^[73] le dio docena y media dellos. Echó toda la gente fuera y, quedándose solo con el herido y con su mujer (que ya lo había conocido por señas que le había dado y por el metal^[74] de la voz), envió a llamar a mi padre. El cual, imaginando que lo llamaba para remediar alguna travesura mía (de que no se engañaba), acudió al momento, y viendo aquel espectáculo horrible, con ser hombre muy severo, no dejó de sonreírse un poco. Trataron los dos de quietar y contentar aquella figura de león de piedra^[75] que tenían delante, por que no se querellase y diese queja a la justicia, y saliendo mi maestro a curarlo y darlo sano, y ofreciéndole mi padre diez escudos, quedó muy contento y se retiró a su casa.

Supo mi maestro adónde yo est aba, y trayéndome a la suya, después de haberme reñido muy bien, me dio por castigo, como al fin mi juez competente, suspensión de oficio en el desbarbar por tiempo de un mes, en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de cirugía, tiniendo de los correspondientes^[76] de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros (para lo cual había comprado una escobilla a mi costa) y quitarles los pelos de las capas (echándoselos yo muchas veces encubiertamente para obligarlos a ofrecer).

Acaeció traer a la tienda, antes que se acabase el mes de la suspensión, un

muchacho, hijo de un mercader, para que le cortaran un poco del cabello y le emparejasen las guedejas^[77]. Díjele a mi amo que, pues no estaba aquel arte en la suspensión de oficio, que decretara en darme licencia y facultad. Vino en ello y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adestrarme empecé con lindo aire a correr la tijera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil y a echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad que mi amo me dio el parabién de ser tan buen oficial. Y apenas se apartó de mí, satisfecho de que ya no erraría en nada, cuando, metiendo todo el cuerpo de las tijeras en una guedeja del tierno infante para despuntársela, no acordándome que tenía orejas y pensando que todo el distrito que cogían las dos lenguas aceradas era madeja de Absalón^[78], apreté los dedos y dejelo hecho un Malco^[79], un ladrón principiante^[80] y una harona^[1] posta.

Dio el muchacho una voz que atronó la tienda, y, tras de mil ayes, un millón de gritos.

Corrile la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada dije:

—¡Cuerpo de tal! ¿Aquí estáis vos, y no habláis?

Preguntome el maestro que qué era lo que había hecho. Yo le respondí que no^[82] era nada; que aquel rapaz se quejaba de vicio; que me dijera en qué parte tenía la cola con que pegaba la guitarra^[83], para pegarle con ella media oreja que le había echado en tierra. Mi amo, oyendo esto y viendo la sangre que le corría, llegose a él, y considerando una tan gran lástima, cerró conmigo^[84] y diome poco más de cien bofetadas y poco menos de cincuenta coces; y pienso que el no aumentar el número fue por dolerle los pies y haberse lastimado las manos.

Curole la oreja y, empapelando el retazo della, lo llevó de la mano a casa de su padre, al cual le satisfizo diciéndole que aquello había sido una desgracia, sin que se hiciese a mal hacer^[85], y que ya me había castigado por ello tan bien que me dejaba medio muerto. El mercadante, viendo que ya aquello no tenía remedio y que era falta que se encubría con el cabello, y que el castigo que él merecía lo había venido a pagar su hijo, despidió a mi amo con mucho agrado y a mí me concedió perdón.

Quedó tan escarmentado mi maestro de ver en mí tan malos principios, que, temiendo que fuesen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dejarme afeitado a ninguna persona de importancia; sólo me empleaba en los de gratis y en los peregrinos pobres, los cuales llegaron a ser pocos y a desminuirse, porque el que una vez se ponía en mis manos no volvía otra, aunque anduviese como ermitaño del yermo.

Y con todos estos defetos me tenía yo por uno de los mejores cirujanos que había en Roma y por el mejor barbero de Italia, y fue tanta mi presunción y desvanecimiento que me persuadió^[86] a que yo solo, con lo que sabía, podría sustentar^[87] mi persona y traerla muy lucida y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio y enfadado del poco caso que se hacía de mí, cogiéndole a mi amo

las mejores navajas y tijeras, y una bacía y los demás aderezos de pelar lechones^[88] racionales, me salí tercera^[89] vez de Roma a la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas dél pasé plaza^[90] de barbero apostólico, examinado^[91] en la corte romana.

En efeto, trasquilando postillones^[92] y rapando *percacheros*^[93], di fin a mi viaje. Llegué a aquella corte, que, por ser primer Chipre y segundo Samos, le dan por renombre *la Bella*. Fuime derecho a Santiago de los Españoles, que, estando a título de hospital, es un auxilio y amparo de los desta nación y un edificio sumptuoso. Hablé con el dotor dél acerca de acomodarme, el cual se llamaba Cañizares, de quien fui remitido a Juan Pedro Folla, que entonces ejercía el oficio de cirujano mayor. Di a entender ser barbero y cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte, el cual me recibió para ser enfermero y uno de sus ayudantes.

Empecé a hacer las guardias a los dolientes conforme me tocaban, tanto de día como de noche, acudiendo a darles lo que les ordenaba el dotor y lo demás que necesitaban. Ofreciose una sangría el mismo día que entré en la dignidad, y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegándome a la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho y, estregándoselo suavemente, le di garrote^[94] con un listón de un zapato que había pescado a una moza de un ventorrillo^[95] en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leído, cuando andaba trashojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia y no de esperiencia, la rompí tan bien que más pareció la herida lanzada de moro izquierdo^[96] que lanceta de barbero derecho. Al fin, salí tan bien della que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo y sano del izquierdo, por no haber llegado a él la punta de mi acero, de que Dios libre a todo fiel cristiano.

Quejose a Juan Pedro Folla, el cual, habiendo reconocido la sangría y visto que dejaba el brazo estropeado, me dijo que si me había examinado de albéitar^[97] o de barbero. Respondile que del cansancio del camino traía alterado el pulso, y que esto había sido la causa de no dar satisfacción de mi persona, pero que a la segunda habría enmienda; porque, como decía el dotor Juan Pérez de Montalbán en su libro cómico, «de dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna». Mas perdóneme su cadáver^[98], que él también se erró en escribir esto; porque a la^[99] diez y ochena sangría hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demás.

Había entrado un soldado de los adonezados^[100] de bravo y rumbo^[101] a curarse de unas tercianas^[102]; y por que le asistiese con cuidado en su enfermedad me había dado un real de a cuatro, y quiso su pecado que me tocó estar de guardia el día de su purga. Viéndose fatigado de sed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto^[103]. Yo, haciendo desvíos de sabio dotor y ademanes de ministro doto^[104], cerré de campaña^[105] a su demanda, y él, representando conmigo el auto^[106] de *Lázaro y del rico avariento* y sacando la lengua como jugador de rentoy y seña de malilla^[107], me tenía fatigadas las orejas; mas viéndome inmóvil a sus voces y endurecido a sus

quejas, haciendo duelo lo que era piedad y pareciéndole descrédito de su persona no darle lo que pedía habiéndome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dijo:

—Señor estornudo de barbero y remendón de cirujano, trate por su vida de mitigar mi sed; porque, si no, yo le prometo que, demás de que no me lo irá a penar al otro mundo^[108], dé cuenta al mayordomo deste hospital de los sobornos que recibe a los que entran a curarse en él.

Yo le respondí que se reportara, que por mirar por su salud me había escusado, pero que yo le compliría de justicia. Bajé abajo, y subiéndole encubiertamente un jarro con cuatro potes^[109] de agua fría y metiéndoselo debajo de la cama, le dije:

—En acabándose ese recado vuesa merced avise, que será servido en todo y por todo.

Tomó al proviso^[110] el cangilón^[111] y, alzando a menudo los codos, a pocas idas y venidas le dio fondo y descubrió el suelo, mirando hacia la parte donde yo me estaba paseando y diciendo:

—¡Dios te consuele, pues me has consolado el alma!

Por cuya consolación dentro de media hora pasó la suya deste mundo al otro. Vive Dios^[112] que reviento por desbuchar^[113] aquí los males que causa el^[114] untar como brujas; pero «allá se lo haya Marta con sus pollos^[115]». Escondí el malhechor; dije que había muerto de repente, pero con todos sus sacramentos; diéronle sepultura: partió contento y yo quedé pagado.

Tenía por flor^[116] que todas las veces que me tocaba repartir los consumados^[117], que de ordinariamente se dan a las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo pecador^[118], que de veinte que me entregaban los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor a los prójimos cobraba contribución de los diez.

Sucedíome una noche que estaba de guardia visitar a menudo a un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado y lleno de bascas^[119]; y como mis ojos eran lince y mis manos barrederas^[120], al tiempo de alzarle la cabeza para que arrimase el cuerpo a ella, por ver si de aquesta suerte podía mitigar una tose^[121] que le ahogaba, columbré una bolsa que tenía debajo del almohada, con doce doblas^[122] por piedra fundamental y cincuenta reales de a ocho por chapitel^[123].

Reconocí que estaba alerta a la buena guardia, y así, dilaté el lance para mejor ocasión. Y por que no se sospechase en mí después de cumplida mi pretensión, me puse a lo largo^[124] como compañía de arcabuceros; y por sobrevenirle unos desmayos mortales me dieron muchas voces los enfermos que estaban más cercanos a su cama, diciéndome que acudiera presto a ayudar a bien morir a aquel licenciado y a traerle un confesor.

Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta a Dios y yo tomase cuenta a su bolsa, envié con un compañero mío a que le trujese el capellán mayor, y yo, haciendo del hipócrita, desalado más por el dinero que por el medio difunto, me eché de buces^[125] sobre la cabecera, y diciendo «*Jesus, Maria, en manos tuas,*

Domine, encomendo spiritu meun» le iba metiendo la mano debajo de la cabecera; y al instante que agarré con la breve mina de tan preciosos metales la fui conduciendo a mi faltiguera, volviendo a repetir:

—Jesús, Jesús, Dios vaya contigo.

Pensaban los circunstantes que el «Dios vaya contigo» lo decía al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decía a la bolsa, por el peligro que corría desde la cabecera hasta llegar a ser sepultada en mis calzones.

Llegó el confesor y, hallándome ronco de ayudarle a bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto y agradeciome la caridad. Sentose sobre la cama del enfermo a oírle de penitencia, porque aún tenía su alma en su cuerpo y sus sentidos muy cabales (porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar muerte a su dinero). Fue Dios servido que estando en la mitad de la confesión le dio un parasismo tan terrible que a un mismo tiempo lo privó de sentido y de vida.

Yo acudí con toda voluntad al difunto cadáver mientras que lo mudaron de la cama de madera a la cuna de tierra, y después le hice decir un par de misas; y por ser (cuando di la limosna para ellas) después de haber almorzado y cargado delantero^[126], mandé que fuesen de salud (que estas obligaciones me corrían por haber quedado su legítimo heredero sin cláusula de testamento). Abrí aquella mañana la bolsa y, habiendo registrado las tripas della, la metí en el lado del corazón y di por bien empleadas las voces y la mala noche.

Viéndome, pues, con tanto dinero y en vida tan estrecha que apenas tenía hora de sosiego ni lugar de echar y derribar^[127] con gente de toda broza, pretendí comodidad con más ensanchas^[128]. Y andando con este presupuesto me salí una tarde a desenfadar al muelle de aquella ciudad, y estando despacio contemplando tan lindo sitio, pasó a este tiempo por junto a mí mi amo, el alférez don Felipe Navarro del Viamonte, a quien serví en la embarcación de Levante. Conocile al punto y lleguele a hablar y a ofrecerme de nuevo en su servicio y a contarle en lo que me ocupaba en aquella corte.

Holgose mucho de verme y díjome cómo era alférez de la compañía del Maestre de Campo don Melchor de Bracamonte y que estaba de partida para Lombardía, para cuyo efeto se había hecho aquel tercio; que si quería volver a ser su segundo alférez y a esguazar como de primero, que me llevaría de buena gana. Yo, por ver a Milán y por salir de la clausura en que estaba y no ser atalaya de muertos y centinela de enfermos, y pareciéndome mucho mejor el son de las cajas que el de las flautas o jeringas^[129], dejé el oficio de arrendajo^[130] de cirujano y tomé el de abanderado.

Embarcámonos en una escuadra de galeras, y sin suceso adverso ni cosa memorable llegamos a Lombardía. Estuvimos alojados en una villa que se llama la Costa^[131] comiendo a costa del patrón y diciendo aquello de «Huésped, máteme una gallina, que el carnero me hace mal^[132]». Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano. Mandaron a mi tercio que marchase a los Países Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento por ser camino tan largo

y que lo habíamos de caminar en mulas de San Francisco^[133].

Estaba en mi compañía un soldado que había servido en aquellos Estados en tiempo de treguas, y, para informarme dél qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé a beber dos frascos de vino en una ermita del trago; y después que estaba como el arca^[134] de Noé, habiéndole yo dicho cómo estaba de camino para ir a ver la gran corte de Bruselas, me dijo lleno de vaguidos de cabeza y de abundancia de erres:

—Camarada del alma, tome mi consejo y haga lo que quisiere; pero a Flandes, ni aun por lumbre^[135]. Porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí a los caballos, y tan helada y fría, que estando yo un invierno de guarnición en la villa de Güeldres^[136] tuve una pendencia con un soldado, de nación albanés, sobre cierta *matresa*^[137]; y habiendo salido los dos en la campaña y metido mano a nuestras lenguas de acero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusión^[138], y con una espada ancha de a caballo^[139] que yo traía entonces le di tal cuchillada en el pescueso, que, como quien rebana hongos, di con su cabeza en tierra. Y apenas lo vi de don Alvaro de Luna^[140] cuando quedé turbado y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo y que la cabeza tremolaba^[141], la volví a su acostumbrado asiento, encajando gahnate con gahnate y venas con venas y helándose de tal manera la sangre^[142] que, sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aún no le había faltado el aliento, volvió el cuerpo a su primer ser y a estar tan bueno como cuando lo saqué a campaña, y la cabeza aun más firme que antes. Yo, atribuyéndolo más a milagro que a la zurjidura^[143] y brevedad de la pegadura, lo levanté de tierra y, haciéndome su amigo, lo volví a la villa y llevé a una taberna, donde, a la compañía de un par de fogotes^[144], nos bebimos teta a teta^[145] media docena de potes de cerveza, con cuyos estufados^[146] humos y bochornos de los fulminantes y abrasados leños se fue deshelandando muy poco a poco la herida de mi compañero. Y yendo a hacer la razón^[147] a un brindis que yo le había hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atrás para dar fin y cabo a la taza, se le cayó en tierra como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla, sin hacer ningún movimiento; y yo, asombrado de ver caso de tanta admiración, me retiré a una vecina iglesia. Diéronle sepultura al dos veces degollado, y yo, viendo el peligro que corría si me prendiesen, me salí de Güeldres en hábito^[148] de fraile, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y pasando muchos trabajos llegué a este país, que, aunque es frío, no tiene comparación con el otro, como vuesa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado.

Agradecile el aviso, y di tanto crédito a su fábula de Isopo^[149] que incité a la mitad de mi compañía a que fuésemos a buscar tierra caliente. Y cargando con quince tornillos, novillos amadrigados^[150] del Cuartel de Nápoles, los llevé la vuelta de Roma a que hiciesen confesión general y a que ganasen indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.

Llegamos a ella, unas veces pidiendo y otras tomando, y las más cargados de

Monsieur de la Paliza^[151]. Aparteme de la tal compañía, y, encontrando con un amigo mío, me informé cómo mi padre había ido a Palermo a cobrar un poco de dinero que le debía un criado del Duque de Albuquerque, que en aquella ocasión era Virrey de Sicilia. Celebré la buena nueva y entreme con mucho desembarazo en mi casa, haciéndome absoluto señor della.

Recibieronme mis hermanas muy tibiamente, mirándome las dos con caras de probar vinagre, dándome cada día en cara mis travesuras y los cien ducados que habían pagado por mí a mi segundo maestro. Hacíame regalar como mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda y respetar por haber nacido varón. Tenía con ellas mil encuentros y rebates^[152] cada día, particularmente porque me aguaban el vino, bebiéndolo ellas puro.

Llegó el rompimiento a tal extremo que, no viendo en su boca enmienda, me resolví a que oliese la casa a hombre^[153] echando el bodegón por la ventana^[154]. Y una tarde que me dieron una folleta^[155] de vino, bebí dél, bautizado en una vecina fuente. Estando la mesa con la vianda y todos sentados a ella, dándole a la mayor con los platos y a la menor con el frasco y echando a rodar la mesa, las dejé a las dos descalabradas y yo me volví a mi hospital de Nápoles, donde, haciendo la gata muerta^[156] y dando por disculpa de mi ausencia cuatro mil enredos, fui segunda vez admitido.

Y teniendo nuevas a los primeros días de mi ejercicio de que mi padre había muerto en la ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos ni dar que murmurar a mis superiores, me embarqué para Sicilia, con más intención de aprovecharme de la herencia que de hacer bien por su alma.

Lleveme bien con los albaceas, y viendo el testamento hice yo mi negocio y ellos su agosto^[157]. Vendí los cuadros^[158] y algunos muebles^[159] que había dejado, y con el dinero que saqué dellos empecé a ser imán de los de la hoja y norte^[160] de la hampa, los unos yesca para galera y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea^[161] para el Infierno. Viendo que me comían de polilla^[162] y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel^[163].

Traté de acomodarme en casa del Virrey, y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudían a verme y darme el parabién toda la amontonada valentía, y yo, por darles a entender lo sobrado que estaba, les sacaba a todos el vientre de mal año^[164]. Fueron tan a menudo estas visitas, que, con andar yo cuidadoso (como aquel que conocía la gentecilla de aquel arte), que en menos de tres meses me faltaron algunos talleres^[165] de plata; y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás.

Sabiendo Su Excelencia la buena cuenta que había dado de lo que se me había entregado, y que a aquel paso presto daría fin de toda su vajilla (habiéndose satisfecho de^[166] no ser yo el que había hecho el tiro^[167], sino aquellos honrados que

me venían a visitar, y que yo no tenía con qué satisfacer la pérdida), mandó despedirme y que me aconsejaran que me apartara de la compañía de gente tan pernicioso.

Salí de Palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenía y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efetivos para entrar la guardia y ciento y cincuenta para el día de la muestra^[168]. Harto pudiera decir acerca desto, pero me dirán que quién me mete en esto, ni en gobernar el mundo, tiniendo^[169] doctores la Iglesia.

En este tiempo estaba de partida un Delegado desta corte a hacer una ejecución sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y, viéndome tan bien adornado y que había sido criado de un Virrey, me nombró por su alguacil y llevó consigo. Saliendo de la ciudad y caminando hasta que llegamos adonde íbamos a caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas y vara alta de justicia (que parecía en mí de varezar bellota), iba delante del tal juez, y de tal suerte llevaba el Rey en el cuerpo, que daba a todos un «vos», y aun un^[170] «¡Ven acá!», y pagaba en las hosterías no más de aquello que me parecía.

Habiendo fenecido nuestro viaje, prendí el primer día que llegamos tres labradores en virtud de mi comisión, con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender; y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadena y meter en calabozo hasta tanto que pintaron^[171] y pidieron misericordia. Banqueteáronme un día los parientes destos prisioneros por que intercediese por ellos con el Legado. Hice en el convite tantas razones^[172] que quedé sin ella, prometiéndolos soltar dentro de una hora. Y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fui a la posada y le pedí a mi juez competente que soltase aquellos desdichados, porque no tenían con qué pagar, y que «el que no tiene, el Rey le hace libre».

Echó de ver el mal que traía y preguntome, por verme inquieto, que si me había picado la tarántula. Yo le respondí que aprendiese a hablar bien o que yo le enseñaría; que él solo era el tarantulero^[173] y el atalantado y el hijo de Atalanta. Él, riyéndose de mí, se me acercó y, alargando la mano, me tomó la barba y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande a un alguacil real, agarrele de los cabezones^[174], y pidiendo favor a la justicia y dándole recios enviones^[175] para llevarlo a la cárcel, le hice tirar la valona y le desabotoné la ropilla^[176]. Él al principio lo llevó en chanza^[177], por ver que no obraba yo, sino mi criado^[178]; mas después, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió a mis voces, se enojó como un Satanás y, quitándome la vara, me hizo pedazos el Rey^[179] en los cascos. Tuve dicha en que fuese delgada, que a no serlo daba fin de su nuevo ministro.

Volvime a pie y apelando a Palermo a acomunarle resistencia^[180]; y advirtiéndome, cuando se pasaron los terremotos de la cabeza, haber sido yo el culpado, me quité de historias y me volví a juntar con mis valientes. Hiciéronme salir una noche en su

compañía (cosa que jamás había hecho), en la cual uno dellos, haciendo el oficio de San Pedro, abrió una puerta^[181] y, por aligerar de ropa a su dueño, lo dejaron sin baúles.

Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques^[182], y, saliendo toda una familia^[183] en su seguimiento, les obligaron a dar con la carga en tierra y a darles a los que los seguían un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo antes del hurto y en el hurto y después del hurto^[184], y siempre apartado dellos y pesaroso de no haber conocido su modo de vivir antes de salir de mi posada para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo a mis compañeros huir y a los heridos volverse a sus casas a curar metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor^[185] no lo siendo, me estuve quedo, y tan cortado que, cuando me quisiera ir, es cierto que no pudiera.

Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baúles en la calle, y cuatro hombres bien heridos y yo no muy lejos, me llegaron a reconocer^[186]. Y confiriendo de mi turbación que era de los que habían hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al Virrey ni sido alguacil ejecutor del Legado, me llevaron por mis pies (que aun no tuve ventura que fuese en volandas) adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecía.



Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baúles en la calle, y cuatro hombres bien heridos y yo no muy lejos...

Tomáronme otro día la confesión y, por variar en las preguntas que me hicieron y contradecirme en los descargos, me sentenciaron a *sursun corda*^[187] y encordación de calabaza. Mas antes que cantase aquello del *potro rucio*^[188], por tener atención que había servido al Duque mi señor me condenaron a salir desterrado, poniéndome en

libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encamineme a Nápoles y, escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa aun peor que la referida.

Fuímonos a bañar una noche al muelle, y a la vuelta, quiriendo dar garrote^[189] a una reja, pasaron dos ciudadanos, y por quererlos descobijar y dejar sin nubes^[190], dieron gritos: «¡Guardia, guardia!». Desmayó toda la gavilla^[191], y viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco^[192], huyó la gente de la carda^[193], y yo en manguardia^[194] de todos. Fuímonos a la posada; hallámosla abastecida de pavos de Indias^[195] que había traído otra patrulla que había salido del mismo Cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y a la mañana echeles la bendición^[196] y, por verme libre de justicia (que cada instante pensaba que me venían a prender para que escotase los pavos^[197]), senté plaza de soldado de a caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo.

Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitán a dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba a entender, para conducirlos, dos mil embelecos, y otros tantos al capitán para encarecerle la cura^[198] y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la corredería, con que, demás de quedar agradecido, añadía nuevos socorros^[199] a lo capitulado. Íbame los viernes y los sábados a la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba a la mayor parte de sus pescadores; traía alborotado el Cuartel con trapazas y enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos y el Chorrillo^[200] y Guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacía conocer y con todos campaba y a todos engañaba.

Y temiendo que se descornase la flor^[201] y se acabase el crédito y dinero, dejando a muchos llorando por mí, y no por finezas de voluntad, hallando embarcación para España, me embarqué secretamente y di con mi cuerpo en Barcelona.

CAPÍTULO IV

De cómo llegó a España, y viaje que hizo a Zaragoza y Madrid y peregrinaje a Santiago de Galicia, y otros ridículos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró a ser mozo de representantes.

DESPUÉS de haber llegado a Barcelona estuve en ella algunos días por descansar de la larga embarcación, y al cabo dellos fui acompañando hasta Zaragoza a una dama con quien había hecho conciencia por haber posado los dos en una misma posada, la cual era en sí tan generosa y tan amiga de agradar a todos y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino comí dos meses de balde^[1] en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los más ricos de España y adonde con más amor y cuidado se asiste a los enfermos y adonde con más abundancia se les regala.

Después de salir de la convalecencia me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir (carga de que jamás han ido ni van faltos^[2]). Fuime con él a Madrid, por la noticia que tenía de ser esta villa madre de todos. Llegué a la que es corte de cortes, leonera del Real león de España, academia de la grandeza, congregación de la hermosura y quintaesencia de los ingenios.

A el segundo día que estuve^[3] en ella me acomodé por paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas: dábame diez cuartos^[4] de ración y quitación^[5], los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del día estaba a diente^[6], como haca de bohonero, siendo, a más no poder, paño veinticuatro^[7]. Comía mi amo tarde^[8], por ser costumbre antigua de pretendientes, y era tan amigo de cuenta y razón, peso y medida, que comía por onzas y bebía por adarmes^[9], y tan amigo de limpieza que pudo blasonar no tener paje que fuese lameplatos, porque los dejaba él tan lamidos y escombrados que ahorraba de trabajo a las criadas de la posada.

Viéndome sin esperanza de librea y con posesión de sarna y las tripas como trancahilo^[10], traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galván^[11], por ir a ver a Santiago de Galicia^[12], patrón de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente por comer a todas horas y por no ayunar a todos tiempos.

Dejé a mi amo, vestime de peregrino con hábito largo, esclavina^[13] cumplida, bordón^[14] reforzado y calabaza de buen tamaño. Fui a la imperial Toledo, centro de la discreción y oficina de esplendores, adonde, después de haber sacado mis recados

y licencia para poder hacer el viaje, me volví por Illescas^[15] a visitar a aquella divina y milagrosa imagen^[16], y, dando la vuelta a Madrid, me parti en demanda del Escorial^[17], adonde se susp endieron todos mis sentidos viendo la grandeza incomparable de aquel sumptuoso templo, obra del segundo Salomón^[18] y emulación de la fábrica del primero, olvido del arte de Corinto, espanto^[19] de los pinceles de Apeles y asombro de los sinceles de Lisipo^[20]. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potaje y caridad de vino: piedad que en ellos hallan todos los pasajeros.

Partí de allí a Segovia, y, habiendo descansado tres días en su hospital, pasé a la ciudad de Valladolid. Junteme en ella con dos devotos peregrinos que hacían el propio^[21] viaje y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés y el otro ginovés, y yo gallego romano, y todos tan diestros en la vida poltrona^[22] que podíamos dar papilla^[23] al más entendido gitano, y, en efeto, trinca^[24] que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas^[25].

A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos, y, a el fin, por conformidad de estrellas o concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monipodio^[26] de ir a pérdida y ganancia en todos los^[27] lances que nos podían suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía. Y para que mejor las observáse mos, el ginovés, como hombre más experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Dorola con tantos epitectos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de la Europa.

Acabó el Cicerón a lo pícaro^[28] su compendiosa oración^[29], que, además de ser gustosa, penetró de tal manera nuestros corazones que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos a repetirlo y ejercitarlo; y principalmente cuando en lugar de *quan mihi et vobis*^[30] nos encargó aquella santa palabra de «quémese la casa y no salga humo^[31]», con que quedó tan pagado como nosotros contentos.

Proveídas las calabazas a discreción, dimos principio a nuestra romería con tal fervor, que el día que más caminábamos no pasaban de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habíamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas solitarias y cogíamos las gallinas huérfanas^[32], y con estas chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las cuales comíamos los canterones^[33] y rebanadas de pan blanco, y lo negro, quemado y mal cocido vendíamos en los hospitales para sustento de gallinas y aumentación de alejur^[34].

Con esta mala ventura con coles^[35] pasamos por Benavente^[36] y llegamos a Orense, adonde mis compañeros, como cosarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban los cuerpos y en Santiago las almas; y es la enigma que hay en esta ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo extremo cálidas, que sirven de baño a los moradores della. Aquí los peregrinos pobres lavan sus cuerpos y hacen colada de su ropa, y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo como

abadejos^[373], y dando envidia nuestras ropas a las de Inesilla, sin gran daño del jabón^[38] sacamos nuestras túnicas transparentes.

Llegamos a la ciudad de Santiago, que, por que no me tengan por parte apasionada por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustamos nuestras conciencias (que bien anchas^[39] las habíamos traído), y, cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir a visitar aquella santa casa, quedamos tan justificados que por no usar de nuestras mercancías andábamos lacios y desmayados. Por cuya causa y por ser muchos los peregrinos que acuden a la dicha ciudad y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas y, con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé a la vuelta del reino de Portugal.

Llegué a Pontevedra, villa muy regalada de pescado, adonde, siendo ballena racional, hice colación con medio cesto de sardiñas, dejando atónitos a los circunstantes. Pasé de allí a Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones y patria de mis padres; que no oso decir que es mía por lo que he referido de mi nacimiento y porque todos mis amigos, llegando a adelgazar^[40] este punto, me dicen: «Antes puto que gallego». Informeme del nombre de un tío mío, y en creencia^[41] de una carta que fingí de mi padre contrahaciendo^[42] su firma, fui ocho días regalado dél, y a la despedida^[43] me dio cincuenta reales y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvía a Roma.

Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy y llegando a Valencia^[44], alcancé en ella la carta de misericordia que se da a todos los pasajeros pobres, con cuya carta se puede marear^[45] muy bien por todo aquel reino, pues en cualquier ciudad o villa que la muestran, juntan y dan con que puede comer cualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con más quilates que hierro de Vizcaya, comía a dos carrillos y hacía dos papadas^[46].

Diome en Coimbra^[47] el obispo della un tostón^[48], que es su acostumbrada limosna, y llegando a Oporto me desgradué de peregrino (y por no colgar los hábitos los di a guardar a la huéspeda de la posada en que estaba), y con los dineros de mi peregrinaje y con los que me había dado mi tío compré una cesta de cuchillos, rosarios, peines y alfileres y otras bohonerías: formeme de peregrino en bohonero.

Íbame tan bien en mi mercancía que iba el caudal adelante, con menudear en visitar las tabernas y mamarme a cada comida un par de tajadas de raya^[49], con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de *mamaraya*. Encontrome una tarde el alguacil de vagamundos y preguntome cómo podía pasar con tan poca mercancía. Yo le respondí: «Señor mío, vendiendo mucho y comiendo poco»; cuya razón le agradó y no trató de molestarme.

Llegó a esta sazón un bajel de aquella ciudad que es flor del Andalucía, gloria de España y espanto del Africa, y, en efeto, la pequeña Sevilla y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus Percheles^[50], que venían a cargar de

arcos de pipas^[51], y, como siempre he sido inclinado a toda gente de heria y pendón verde^[52], al punto que vi esta cuadrilla de bravos hice camarada con ellos. Y como no son nada lerdos convidábanme a beber y llevándome a la taberna hacían quitar el ramo^[53]: colábamos hasta ¡*tente, bonete*^[54]! sin que yo echase de ver, hasta el fenecer de las aceitunas^[55], que era el tal convite el de Cordobilla^[56]. Al fin, unas veces gastando por mi gusto y otras^[57] por los ajenos, di al través con toda mi bohonería y perdí la amistad de mis rajabroqueles^[58], pues así que me vieron descaudalado huían de mí como si tuviera peste.

Viéndome pobre y bohonero reformado me volví a embanastar^[59] mi vestido de peregrino y con mi carta de misericordia me fui a la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí viendo la grandeza de su habitación, lo sumptuoso de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercadantes y lo caudaloso de su sagrado Tajo, sobre cuyas espaldas se veía una copiosa selva de bajeles, tan a punto de guerra que, atemorizando el tridente, hacían temblar el caduceo^[60].

Era la causa del apercibimiento y junta desta armada estar con recelo que el Inglés venía sobre esta ciudad. Empeñé, el segundo día que me ocupé en su admiración, mi vestido de peregrino por un frasco lleno de agua ardiente, por ver si daba mejor cuenta deste trato que del de bohonero. Ganaba cada día dos reales, y, pareciéndome poco por ser mucho el gasto, me iba a los bajeles de la dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavín por bizcocho y a veces por pólvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufría ancas^[61], dábales parte della a los cabos de escuadra y derrengábanse y ensordecían^[62].

Aquí me hacen coxquillas mil cosas que pudiera decir tocantes a lo que pueden las dádivas y a lo que mueve el interés, y lo presto que se convencen los interesados y los daños que resultan por ellos y las penas que merecen; pero como es fruta de otro banasto y no perteneciente a Estebanillo, no doy voces, porque sé que sería darlas en desierto.

Apliqueme de suerte a trabajar, cebado en la ganancia, que, después de haber hecho mil trueques al alba y revendíolos en tierra a las once del día, en dando las doce, horas en que nadie me daba provecho y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los castellanos (que es la cárcel dellos), donde porque les hacía algunos servicios y mandados me daban muy bien de comer y algunos dineros, con lo cual ahorraba el gasto de la comida y llevaba para pagar la cama y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del agua ardiente.

Dividiose el armada, y por ver que ganaba muy poco en la ciudad por haber tantos deste trato, dejándome el hábito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal de que había hecho provisión, y con lo que saqué de la venta y lo demás que yo tenía compré una buena cantidad de tabaqueras y con ellas me fui camino de Setúbar^[63]. Llegué a Montemor^[64], donde, aficionados los vecinos

dellas, por ser curiosas y bien labradas y a moderado precio, en tres días di fin de todas y doblé mi dinero.

Junteme en esta villa con un mozuelo de nación francés que andaba bribando^[65] por todo el reino y era uno de los más taimados y diestros en aquel oficio; que, aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene más malicias y hay en él más astucias y ardiles^[66] y engaños que en un preñado paladino^[67]. Descubriome, por habersele ido un alatés^[68] suyo, el modo de su gandaya^[69], el provecho que sacaba della y de la suerte que disponía su enredo. Pidiome que le ayudase, prometiome el tercio de lo que se adquieriera, después de pagados los gastos, y, al fin, me redució a su gusto.

Llegamos cerca de Évora, ciudad, en tiempo que hacía muy grandes fríos, y antes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y, quedándose en carnes, abrió una talega de motilón mercenario^[70]: sacó della una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzón con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos quedó como Juan Paulín en la playa^[71], entrándose de aquella suerte en la ciudad, habiéndome dejado antes la cumplida talega y advertíome que entrase por otra puerta y le esperase en el hospital. Obedecile y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad^[72] por ser el autor^[73] de aquella máquina^[74] picaril.

Iba por las calles mi moderno camarada haciendo lamentaciones que enternecerían a las piedras, dando sombreradas a los pasantes, haciendo reverencias a las puertas y cortesías a las ventanas y dando más dentelladas que perro con pulgas. Descubría los brazos, echaba al aire las pechugas y mostraba los desnudos pies. Unas veces lloraba, otras suspiraba y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez. Dábanle los caritativos lusitanos limosna de dineros, las piadosas portuguesas camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados, y él, haciendo unas veces la guaya^[75] y otras la temblona, y tendiéndose en tierra haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas^[76], juntando pitanzas y agregando china^[77].

Cargó con todo a boca de noche^[78] y vínome a buscar al hospital, adonde tuvimos una mesa de príncipes y nos dimos una calda^[79] de archiduques. Madrugamos muy de mañana y, saliendo ambos bien arropados del hospital y ciudad, marchamos a buscar nuevos ignorantes. Hacía cada día el tal tunante su compasiva representación, y a la noche vendíamos la variedad de alhajas sin reparar en precios, y esto no en las partes donde se habían juntado.

Con esta guitonería^[80] provechosa anduvimos doce días haciendo lamentaciones y enajenando muebles, hasta tanto que al último dellos, estando mi gabacho^[81] en la plaza de una villa dando más voces que un morabito^[82] al dar los buenos días, llegó a él a darle limosna un ropavejero de otra villa cercana, a quien la noche pasada habíamos vendido y traspasado una carga de baratijas; y habiendo venido aquel día a

esta villa a negocios de sus mercancías nos había visto a la entrada en diferente hábito del que de presente tenía, y, habiéndolo reconocido despacio, dio parte a la justicia; lo cual trocando en ira la piedad que hasta entonces le habían tenido, lo llevaron a la prisión con más voces y algazara que alma de sastre en poder de espíritus^[83].

Hallose en el prendimiento cierto gorrón^[84] que, a título de ir a proseguir sus estudios a Salamanca, ocupaba de día las porterías y las noches los hospitales, el cual me dio aviso dello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenía de barbero, viendo aquella barba pelar eché la mía en remojo, pues, sin reparar en que estaba lloviendo a cántaros o a botijas, cargando con toda la mochila y ropa del que, sin ser Escarramán^[85], habitaba calabozo obscuro, y saliéndome de la ciudad a la hora que peinaban el aire morciégalos y que mochuelos^[86] fatigaban las selvas, y habiéndome informado del camino de Yelves, empecé a marchar a lo de soldado de Orán^[87]. Y después de haber caminado hasta dos leguas sirviéndome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algún pastoral albergue^[88], apresuré el paso a ella con deseo de enjugar mi mojada ropa y tener un poco de descanso; y al cabo de un rato, hollando lodos y enturbiando charcos, llegué, en traje de alma en pena, a donde aligerando mi conciencia pagué todos mis pecados.

Hallé debajo de la clemencia de un desollado^[89] alcornoque (que demás de servir de pabellón el verano servía de resguardo y chimenea el invierno) una cuadrilla de gitanos, más astuta en entradas y salidas^[90] que la de Pedro Carbonero, los cuales aquella misma noche habían hecho, extramuros de la dicha ciudad, un hurto de dos mulas y cinco borricos, y, por no poder caminar por el rigor de la noche y parto de las nubes, habían hecho alto en aquel despoblado sitio y hecho lumbre para enjugar sus mal ganadas vestiduras.

Saludelos de tal manera que excedí los límites de la cortesía, más por temor de haber dado en sus manos que por amor ni afición, que jamás les tuve; porque, «¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio».

Recibieronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba, aun antes de informarse de la causa de mi llegada ni de lo que me había obligado a venir a tales horas a su morada campesina, me empezaron a desplumar como a corneja a título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa por librarme de algún catarro o resfriado; y aunque me quise escusar de dársela, por hacer su robo con rebozo^[91] de tenerme compasión, me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un gitano mozo.

Yo enternecí la soledad de aquel monte y sus robustos árboles con los suspiros que daba de ver mi hacienda en monte tan sin piedad y en banco tan roto^[9], no quitando los ojos de mi amado jubón, compañero en mis trabajos y depositario de mi caudal. Temí que por el peso reconociesen sus colchadas^[93] doblas y sus emboscados reales. Parecíame que, aun siendo insensible, sentía el apartarse de mí, y que me

decía con muda lengua: «¡Adiós, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver más!».

Estaba ocupado todo el rancho^[94] en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego y sitiada^[95] toda la hoguera. Tenían entre ellos una algazara como gitanos, una alegría como gananciosos y un temor como salteadores, pues cada instante volvían las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su botín y cabalgada.

Estando todos de la suerte que he dicho, y yo del modo que he pintado, llegaron de repente a vistas del rancho hasta veinte hombres, que, a lo que pareció y después supe, eran escribas o ministros de justicia, y a la voz de decir: «¡Favor al Rey!», como si fuera nombrar el nombre de *Jesús* entre legiones de demonios, se desapareció toda esta cuadrilla de Satanás, con tanta velocidad que imaginé que había sido por arte diabólica.

Yo, hallándome solo y pensando que venían en busca mía para que acompañase al triste francés en la soledad de su prisión, por saber que tanta pena tiene el ladrón como el encubridor y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando y saltando pantanos me libré de sus uñas, no habiendo podido de las de los gitanos. Y como fui el postrero y la capa^[96] era corta y por debajo de sus harapos daba reflejos la jaspeada camisa, seguían por estrella la que era palomar^[97]: iban todos tras mí implorando el favor de la justicia, y yo con el de mis talones, después de haber corrido más de media legua, los dejé muy atrás, quedando tan rendidos como yo cansado.

Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos días fuera de camino asombrando pastores y atemorizando ermitaños, y al cabo dellos llegué a Yelves, frontera de Estremadura, y valiéndome del poder del corregidor y de la caridad del cura, y contándoles haber sido robado de gitanos, el uno mandó echar un plato y el otro un guante^[98], con que de veras se hizo el juego de *quien viste al soldado*, quedando yo agradecido y algo remediado. Contáronme ambos cómo los dichos gitanos habían hecho un hurto junto a^[99] Alvora, y que había salido la justicia en su seguimiento, y que habiéndolos hallado a todos en la campaña al amparo de un gran fuego, se les habían huido sin poder coger a ninguno; mas que al fin habían dejado el hurto que habían hecho.

Llegose a mí un labrador y preguntome que si quería detenerme allí a coger aceituna, que me daría cada día medio tostón y de comer^[100], con lo cual me podía remediar y tener para hacer mi viaje. Pareciome que era buena conveniencia^[101], y, así, tuve por bien de servirle y estar con él más que veinte días, donde en cada uno dellos hacía tres comidas a toda satisfacción; mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornal más que valía la aceituna que cogía (pues antes servía de estorbo y embarazo a los que me ayudaban), cobré un día de fiesta lo que me debía

mi amo, con lo cual me fui a la vuelta de Sevilla después de haberme fardado^[102] conforme a la posibilidad del dinero.

Llegué a Mérida, puente y pasaje del memorable río de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un convento de monjas de Santa Clara; y por causa de haber falta de peones para su obra y por ir yo algo despedido^[103], me puse a peón de albañil. Dábanme cada día tres reales de jornal, y por juzgarme no tener malicia, no consentía la priora que ninguno sino yo entrase en el convento a sacar la cal que estaba dentro dél para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho convento iba delante de mí la madre portera tocando una campanilla para que se escondiesen y retirasen las religiosas; pero yo imagino que no estaba diestras en el son, pues antes parecía llamada que retirada, pues sin bastar cencerrear^[104], todas, compadecidas de mi gran trabajo y de mi poca edad y de mi agudeza, en lugar de retirarse se acercaban a mí y me daban algunas limosnas, aconsejándome que me volviese a mi tierra y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedíome en esta villa un gracioso caso, y fue que un domingo de mañana me llevó un labrador honrado a una bodega suya a henchir en ella un pellejo de vino para llevar a su casa. Entramos los dos a hacer prueba del que fuese mejor, y, habiendo hecho a puras candelillas un cirio pascual^[105], me hizo tener la empegada^[106] vasija, con un gran embudo que había metido en ella, agarrada con ambas manos. Iba sacando de la tinaja cántaras de vino y vaciándolas en el cóncavo de botanas y engendrador de mosquitos^[107], y mientras él volvía la cara a ir escudillando, me echaba yo de buces en el remanso que hacía el embudo, y en el ínter que él henchía su pellejo yo rehenchía el mío. Atolo muy bien y echómelo a cuestras, para que gozara la bodega de ver cuero sobre cuero^[108] y pellejo sobre pellejo; y apenas lo tuve sobre mí cuando me derrenqué^[109] y eché con la carga, cayendo en tierra a un mismo tiempo dos líos de vino o dos cargas de mosto.

Probó el labrador a levantarme, pero cansose en balde, porque sola la cabeza me pesaba cien quintales^[110], demás de ser mi barriga segunda cuba^[111] de Sahagún. Salió a la calle, buscó un hombre que le sacase el pellejo y cuatro que me sacasen a mí. Pusiéronme, a pura fuerza de brazos, de patas en la calle y, no pudiendo sostenerme sobre ellas por haberme sacado de mi centro^[112], como atún a la puerta de la bodega, adonde, no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos^[113], dormí como un lirón^[114] todo aquel día y toda aquella noche, y tuve a gran milagro despertar el lunes a las once, hallándome lavado de fregados y espulgado de faldiqueras^[115].

Levanteme como pude y, seguido de estudiantes mínimos y de muchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando a los que me encontraban y se reían de mí:

—Camaradas, ¿por dónde va la danza^[116]?

Volví a proseguir el camino de Sevilla. Detúveme una semana en Cazalla^[117]

ayudando a cargar vino a unos arrieros de Costantina, adonde cada día cogía una zorra^[118] por las orejas y un lobo por la cola. Desde allí fui a Alcalá del Río^[119], que está a dos leguas de Sevilla, y al pasar una barca que hay en su rivera, me preguntó un labrador si quería estar con amo; y por responderle que sí me llevó a media legua de allí y me entregó a un cabrero suyo para que le ayudase a guardar un hato de cabras que tenía, y al despedirse de mí me dijo que tuviera buen ánimo y que sirviese bien, que con el tiempo podría ser que llegase a ser cabrero. Y pienso que ya lo hubiera sido muchas veces, si Dios no me hubiera guardado mi juicio y quitádome de la cabeza el no haberme casado.

Comimos al mediodía un gazpacho que me resfrió las tripas y a la noche un ajo blanco^[120] que me encalabrino^[121] las entrañas. Y lo que más sentí fue que teníamos un pollino por repostería^[122], el cual, debajo de los reposteros de dos pellejos lanudos, nos guardaba y conservaba dos botijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia^[123], eran olas del Betis. Y como yo estaba enseñado a diferentes licores y a regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atrás de mi derecho camino; y así, dejando dormido a mi compañero y madrugando dos horas antes del alba, pesqué el mejor cabrito de la manada. Y, echándomelo a cuestras, me hallé avergonzado de que me vieses sólo aquel día con pitones sobre la cabeza, a causa de ser el animalejo de buen tamaño.

Dime tan buena diligencia, que llegué muy temprano a Sevilla, aunque en mala ocasión, por ser en tiempo de la gran avenida de su río^[124], aunque ya había dos días que era pasada. Vendí mi hijo de cabra en cuatro reales, aplaqué el cansancio con ostiones crudos^[125] y camaroncitos con lima^[126], fuime a dormir a la calle de la Galera, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte^[127]. A la mañana visité las Cuevas^[128], diéronme sus santos monjes potaje de frangollo^[129] y ración de vino, y, dándome, demás desta limosna, dos reales cada día, me entretuve algunos en sacar cieno hidiondo^[130] de su cantina, de lo que había traído la creciente; y cansado de andar en bodegas vacías y de sacar ruinas aguadas di la vuelta a Sevilla.

Y encontrando un día un aguador (que me pareció letrado, porque tenía la barba de cola de pato^[131]), me aconsejé con él para que me adestrara cómo tendría modo de vivir sin dar lugar que los alguaciles me mirasen cada día las plantas de las manos^[132] sin decirme la buena ventura. Él, sin revolver libros, me dijo que, aunque era verdad que el vino que se vendía era sabroso, oloroso y sustancioso, que no por eso dejaba de marearse^[133] muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra y haber tanta infinidad de gente en ella; y que era oficio que, con ser necesario en la república, no necesitaba de examen ni había menester caudal.

Di por bueno su parecer y, comprando un cántaro y dos cristalinos vidrios, me encastillé en el oficio de aguador y entré a ser uno de los de su número. Empecé a vender agua fría de un pozo que había en casa de un portugués, en cuyo sencío^[134] parecía, según su frialdad, o que usurpaba los ampos^[135] al Ampo o que robaba los

copos al Apenino. Costábame cada vez que lo llevaba no más de dos maravedís y sacaba dél dos reales.

Hacía creer a todos los que acudían al reclamo del agua fría que era agua del Alameda^[136], y para apoyar mejor mi mentira ponía en el tapador un ramo pequeño (que hacía provisión para toda la semana) y con él daba muestras de venir donde no venía, siendo la mercancía falsa y sus armas contrahechas. Servía el tal ramo de acreditar el trato, adorno, garzota^[137] y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curiosos me preguntaban la causa de tenerla yo más fría que los que la traían de la misma parte, y satisfacíales con decirles que por vender más la tenía toda la mañana en nieve, y que a la tarde, mientras vendía un cántaro, dejaba otro resfriando, y que la ganancia suplía el gasto; con cuyo engaño vendía yo más en un día que los demás desta profesión en una semana, teniendo menos trabajo y más opinión.



Servía el tal ramo de acreditar el trato, adorno, garzota y penacho de mi carambanado cántaro.

Íbame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros, por verme que era agudo y entremetido, me inviaban, en achaque de dar de beber a las damas, a darles recados amorosos. Bebían ellos por agradarme y hacían lo mismo ellas por complacerme, de manera que usaba a un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno ración y del otro gajes^[138], pues, demás de pagarme diez doblada el agua, me

gratificaban el ser corredor de oreja^[139].

Hallábame tan bien en este comercio que jamás lo hubiera dejado, si el cántaro no pesara y fuera verano todo el año. Quejábanse cada día mil perroquianos de que padecían dolor de tripas y mal de ceática, y, atribuyéndolo a otras desórdenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo.

Vendían algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancía, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, o ya fuese de envidia o por que ninguno dellos me echase el pie delante^[140], trabajé de un golpe tres diferentes mercancías provechosas para la bolsa y ocasionadas^[141] a tener entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados a las doncellas más recatadas y muecas^[142] a los maridos más celosos: eran jaboncillos para las manos y palillos y polvos para limpiar los dientes.

Hacía los jaboncillos de jabón rallado, de harina de chochos^[143] y de aceite de espliego, y daba a entender que eran jaboncillos de Bolonia. Cogía raíces de malvas, cocíaslas en vino y sangre de dragón^[144], tostábalos en el horno y despachábalos por palillos de Moscovía. Formaba los polvos de piedras pomes cogidas en el margen de aquella celebrada rivera, y, habiéndolos bien molido, los mezclaba con pequeña cantidad de polvos de minio^[145], en cuya virtud se volvían rojos y pasaban plaza de polvos de coral de Levante. Puse mi mesa de montabanco^[146] y, ayudándome del oficio de charlatán, ensalzaba mis drogas^[147] y encarecía la cura y vendía caro; porque la persona que quisiere cargar en España para vaciar en otros reinos ha de vender sus mercancías por bohonerías de Dinamarca^[148] y invenciones de la Basalicata^[149] y curiosidades del Cusco^[150], y naturalizarse el dueño por grisón o esguízaro^[151]; porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria sólo dan estima a raterías extranjeras.

Vendíalo todo tan caro y tan por sus cabales^[152] que a los compradores obligaba a que lo estimasen y a los que se hallaban presentes a que lo comprasen. Y como todas estas mercancías son cosas pertenecientes a la limpieza de la boca y a la blancura de las manos, eran las damas las que más las despachaban, por ser las que menos las conocían, y particularmente las representantas, por salir cada día a vistas en la plaza del mundo.

Hallábase en esta ocasión entreteniéndose en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce Pares de Francia^[153], por lo menos, uno de los doce de la Fama. Tuve, en virtud destos badulaques^[154], conciencia con sus reinas fingidas y príncipes de a dos horas, y como en ellas no reina la avaricia ni aun han conocido a la miseria, yo cargaba de reales y ellas de piedras pomes; que puedo añadir por blasón al escudo de los Gonzales haber engañado a representantas, habiendo salido los que más presumen de entendidos engañados.

Dellas había una que, por razón de prenderse^[155] bien, prendía las más libres

voluntades. Tenía un marido a quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son: tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes^[156] sobrenaturales, medio motilona o picaseca^[157] de la compañía, porque no hacía en ella más de una parte, que era cantar, pero con tanto extremo que era sirena destos siglos y admiración de los venideros. Tenía la edad de los versos de un soneto^[158] y caminaba a tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de chancillería y lonja de mercadantes, porque siempre estaba llena de visitas y sobrada de letras y memoriales^[159].

Yo, que todo lo tracendía^[160], apenas vi el ramo cuando me entré en la taberna^[161]. Iba siempre apercebido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raíces, y sobre quién se los había de feriar^[162] se alborotaba todo el cónclave; y a^[163] el que después de la competencia salía elegido (el no muy rico^[164] gastó muy bien su bolsa) y quedando ufano, partía^[165] yo satisfecho.

Díjome la tal dama una tarde que se había aficionado de mí por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si quería servir, que me recibiría de mil amores; y que no era uso dar salario a los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada por los provechos que tenían; que si éstos faltaran en su casa, que ella alcanzaría con el autor que tocara la caja^[166] en las villas o que pusiese los carteles.

Yo, pareciéndome ser aquélla una vida descansada y que a costa ajena podía ver las siete partidas del mundo como el Infante de Portugal^[167], no quise hacerme de pencas^[168] ni que me rogasen lo que yo deseaba: dile el dulce fiat^[169] y pedile dos días de término para deshacerme de mi botica y vender los cántaros y vasos, lo cual me concedió muy afablemente, y encomendándome el no faltar a mi palabra me dio un real de a dos para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda^[170] de mis pocos trastes^[171], y, no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fui a casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios, por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático^[172], el cuarto peligroso. Servíale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquín en la calle, llevándole y trayéndole la ropa a la casa de la comedia; de escudero^[173] en la iglesia y en los ensayos; de embajador en todas partes. Tenía cada noche mi amo mil cuestiones con ella sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco y por verme algo bonitillo de cara y no tan muchacho que no pudiera antes calzar que descalzar^[174], por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme a mí.

Eran tantos los que acudían al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimación o celosos de verse desdeñados y juzgar a otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra^[175] de representantes, se había transformado en cuarto de contratación. Contábanme todos sus penas, referíanme sus ansias y dábanme parte de

sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecían promesas y otros me notificaban amenazas y otros me daban billetes^[176] en verso, los cuales amanecían flores del Parnaso y anochecían biznagas del Pegaso^[177]; y yo, como privado de rey o secretario de Estado y Guerra, recibía los dichos memoriales y la untura que venía con ellos por el buen informe y brevedad del despacho.

Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detención de mi ama, los decretaba en esta forma: a los de los miserables o pobres, «no hay lugar»; a los de hijos de familia en vísperas de herencia, «acuerde adelante^[188]», y a los ricos y generosos, «désele lo que pide». Íbalos a todos dilatando el pleito y a ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanzas. Fingía muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular^[179] por hartarme de caramelos y azúcar cande^[180], y otras les hacía creer que tenía convidadas, con que me daba un verde^[181] de confituras, empanadas y pellas^[182] de manjar blanco. El día que jugaba y perdía (porque de pícaro es dificultoso el sentar baza^[183]), al tiempo de abrir los baúles para sacar los vestidos o para meterlos, me henchía la faldiguera de cintas y listones, y, dándolos a los amantes por favor y en su nombre, me satisfacían de suerte que había con qué comprar la cantidad de lo que había sacado y con qué probar la mano^[184] toda la semana.

Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que habiéndose ido mis amos un día que no se representaba a pasear al Arenal en un coche que habían^[185] pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada a limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en víspera de partirnos, entraron a llamarme dos mozos de la comedia y el guardarropa para que nos fuésemos a holgar, por ser día de vacación^[186]. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebímonos seis cuartillos de lo caro^[187], jugamos a los naipes quién había de pagar el escote, y, por ser yo el condenado en costas^[188], quedé tan picado que desafié al guardarropa a jugar a las pintas, el cual, no siendo escrupuloso y teniendo más de negro que de blanco^[189], a cuatro paradas^[190] me dejó sin blanca.

Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me quería aguardar iría por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera a mi posada, y sacando un manteo^[191] cubierto de pasamanos de oro que tenía mi ama, lo llevé a casa de un pastelero conocido mío, al cual pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya que había comprado, y que al instante que mi amo viniera se los volvería, demás de darle su ribete^[192] por el trabajo del contar el dinero. El pastelero viendo la prenda de tanta satisfacción, me dio la cantidad que le pedí, con la cual volví a jugar y a perder como de primero. Tomele dos reales de a ocho al ganancioso por vía de alicantina^[193] y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí a la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas de haber perdido, por dar gusto a las manos^[194] (oficio tan provechoso para el cuerpo) me fui a mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche con

harta inquietud y desasosiego.

CAPÍTULO V

En que hace relación de la ausencia que hizo de Sevilla a ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia y Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado a muerte.

ASÍ que por unas pequeñas celosías^[1] de la misma morada descubrí los reflejos de luz del venidero día, cuando me vestí teniendo el corazón lleno de pesares y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciana^[2] que le había dado a mi ama en satisfacción del buen tratamiento que me había hecho; y considerando el daño que me podía venir en echando menos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor del Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y erario^[3] de un nuevo mundo.

Y tomando el camino de Granada a gozar de su apacible verano, di alcance a dos soldados destos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guías de todas las levass^[4] que se hacen. Dijéronme, después de haber platicado con ellos, que iban a la vuelta de la villa del Arahal, por haber tenido noticia que estaba allí un capitán haciendo gente y que era villa que no perecerían^[5] los que militaran debajo de su bandera. Yo, mudando de propósito y de viaje, los fui acompañando, pagando todos el gasto que se hacía a rata por cantidad^[6].

Llegamos segundo día a la dicha villa y, siendo bien admitidos del capitán y sentado^[7] la plaza, gozamos quince días de vuelo^[8], pidiendo a los patrones empanadas de pechugas de fénix^[9] y cazuelas de huevos de hormigas^[10]. Vino orden de que marchásemos; y saliendo de la villa una mañana, hacía nuestro capitán la marcha del caracol, dejando el tránsito a la mano izquierda y volviendo sobre la mano derecha^[11]. Prosiguió tres días con esta disimulada cautela; pero a el cuarto, enfadados todos los soldados que tenía (que éramos cerca de cincuenta), a la pasada de un bosque lo dejamos con sólo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje^[12]; que mal puede conservar una compañía quien, siendo padre de familia della, trata sólo de adquirir para sí a costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitán y muy dificultosa juntar cincuenta soldados.

Marché con esta compañía sin oficiales a la ciudad de Alcalá la Real, a juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabo don Pedro Osúa^[13], caballero del hábito de Santiago, adonde, demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada día con una docena de

espadachines a caza de corchetes^[14], en seguimiento de soplones y en alcance de fregonas. Hacíamos de noche cacarear las gallinas, balar a los corderos y gruñir a los lechones.

Llegó el tiempo de la embarcación, y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, garduños de los caminos y lobos de las cabañas^[15], pasamos a Monturque^[16], Puente de Don Gonzalo^[17], Estepa y Osuna^[18]. Íbamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardia; embargábamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles^[19] y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía a falta de bagaje^[20], cogía los cohechos, alzaba los embargos y partía la presa, aconsejando a los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores, a fin que no llegase queja a mi capitán.

Llegamos a Cádiz, y al tiempo del embarcarnos me pareció ser desesperación caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga o se volviese patas arriba, por cuya consideración me escondí a lo gazapo y me zambullí a lo de jabalí seguido. Partió la flota al golfo y yo al puerto, pues en el ínter que ella pasó el de las Yeguas^[21] yo senté plaza en el de Santa María^[22]. Y, como mi natural ha sido de quebrantar el séptimo y de conservar el quinto, tuve a dicha ser soldado de la galera *Santo Domingo* en la escuadra de España y debajo del gobierno del Duque de Fernandina, por razón de ser esta galera de las más antiguas (y de ser hospital, cuyo nombre siempre reverencié por la comodidad que continuamente hallé en ellos^[23]), y tan agüela de las demás que estaba sin dentadura de remos y jubilada por ser viejos; con que pensé ser cuervo de la tierra y no marrajo^[24] de la mar.

Serví en ella de tercero^[25] al capitán, de despensero al alférez y de mozo de alguacil. Enviábame el alférez a comprar carne a la carnicería desta villa, donde continuamente abundaba la gente, sobran las voces y faltaba la carne; acercábame al tajón^[26], daba señor al carnicero y atronaba las orejas a los oyentes; recibía la carne, metía las manos en las faldriquetas y los ojos en el rostro del contador^[27], y, en viéndolo ocupado en llamamientos de alguaciles o en partición de tajadas, bajaba todo el cuerpo, encubríame entre la bulla, fingía haber perdido algún dinero y, agachándome, como quien andaba a caza de luganos^[28], salía a lo raso y ganaba los perdones del que hurta a ladrón^[29]. Quedábame con el dinero, sisaba en el camino la tercia^[30] parte de la carne y a mediodía me comía la mitad de la que llevaba al alférez.

Entré un día con un amigo, soldado de la galera *Santa Catalina*, a refrescar en su rancho, y hallé amarrado a un banco y arrimado a su ballestera^[31] a mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes, que dejé en prisión en la ciudad de Évora cuando salí a hurtas^[32] a dar en manos de gitanos. Conociome así que me vio, y, dándome tiernos abrazos al son de duras cadenas, me dijo cómo, después de haberse hecho de pencas y dádole ciertos tocinos^[33] a traición, le habían echado toda la ley a cuestras; mas que estaba consolado, que ya no le

faltaban más de ocho años^[34] y que saldría de aquel trabajo en la flor de su edad para poder proseguir con su industria.

Favorecile con lo que pude, y volviéndome a mi galera supe cómo había enviado a pedir don Antonio de Oquendo al Duque de Fernandina dos compañías prestadas, como libreas^[35], para salir a recibir la flota; y que sin que me preservara a mí aquella siguidilla que dice que

quien no fue hombre en la tierra
menos lo era en la mar^[36],

había tocado a mi compañía ir por una de las llamadas y yo por uno de los escogidos. Embarcámonos en doce bajeles de Nueva España y, apartándonos de la Vieja, seguimos el rumbo de Colón y el camino de la cudicia.

En el poco tiempo que duró esta embarcación no eché menos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas y haberse todos mareado^[37] fue siempre mi barriga caldero de torresnos^[38] y candiota^[39] de vino. Hallábame gordo y sucio, en blanco la bolsa y en oscuro la camisa, los cabellos emplastados con pez y los calzones engomados con brea.

Sobrevinonos una fiera tormenta, y apareciéndonos San Telmo después de pasada, nos volvió al puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia a mi capitán para ir a cumplir un voto que le di a entender había hecho en la tormenta referida, y atribuyéndolo a chanza se sonrió y calló como en misa.

Yo, como había oído decir que «quien calla otorga», me juzgué por licenciado y me determiné como bachiller. Fuime entrando en el Andalucía, y, apartándome de los tránsitos de la venida por no pagar en alguna siesta lo que hice en muchas semanas^[40], llegué a Córdoba a confirmarme por Angélico^[41] de la calle la Feria y a refinarme en el agua de su Potro^[42], porque, después de haber sido estudiante, paje y soldado, sólo este grado y caravana^[43] me faltaba para dotorarme en las leyes que profeso.

Y acordándome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya y colanas^[44] de vino cuando era bohonero, me determiné de volver al trato; mas, por hallarme escaso de caudal, lo empleé en solas mil agujas y me salí de la ciudad a procurar aumentarlo. Y, después de haber corrido a Hernán Núñez y otras dos villas^[45], llegué a la de Montilla a tiempo que con un numeroso senado y un copioso auditorio estaba en su plaza, sobre una silla sin costillas y con sólo tres pies como banquetta, un ciego de nativitate^[46] con un cartapacio de coplas, harto mejores que las famosas del perro de Alba^[47], por ser ejemplares y de mucha dotrina y ser él autor^[48]. El cual, chirriando como carrucha^[49] y rechinando como un carro y cantando como un becerro, se rascaba el pescueso, encogía los hombros y cocaba^[50] a todo el pueblo. Empezaban

las coplas de aquesta suerte:

Cristianos y redimidos
por Jesús (Suma Clemencia),
los que en vicios sois metidos,
despertad bien los oídos
y examinad la conciencia.

Eran tantas las que vendía que a no llegar la noche diera fin a todas las que traía. Fuéronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho autor, y él, apeándose del derrengado teatro, por verse dos veces a oscuras y cerradas las ventanas, empezó a caminar a la vuelta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarillo de Tormes, mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego me aparté de la pretensión y, llegándome a él, le dije que, como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraría una gran cantidad, porque era un pobre mozo extranjero que andaba de tierra en tierra buscando dónde ganar un pedazo de pan.

Enternecióse, y no de verme, y respondiome que la imprenta le llevaba un ochavo^[51] por cada una, demás de la costa que le tenían^[52] de traerlas desde Córdoba; y que, así, para que todos pudiésemos vivir, que se las pagara a tres maravedís. Yo le respondí que se había puesto en la razón y en lo que era justo^[53], que fuésemos adonde su merced mandara, para que le contasen el dinero de cien pares dellas y para que me las entregasen con su cuenta y razón. Díjome que le siguiera a su casa, y alzando el palo y haciendo puntas a una parte y a otra^[54], como ejército enemigo, aporreando puertas y descalabrando paredes, llegamos con brevedad a ella.

Tenía una mujer de tan mal arte y catadura^[55] que le había Dios hecho a él infinitas mercedes de privarle de vista por que no viera cosa tan abominable; y sobre todas estas gracias tenía otras dos, que era ser vieja y muy sorda. La cual, así que vio a su marido, lo entró de la mano adestrándolo^[56] hasta la cocina, quitole el ferreruelo y el talego de las copias y sentolo en una silla. Díjole en alta voz que sacase del arca dos legajos que había de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diese y recibiese el dinero a razón de seis maravedís cada par^[57]. Mas todo su quebradero de cabeza era dar voces al aire, porque, demás de ser sorda, al punto que lo dejó sentado había salido al corral a traer leña para hacerle fuego. Yo, reventándome la risa en el cuerpo, le di parte de la ausencia, el cual me rogó que le avisara cuando viniera, para que tratase de despacharme.

Llegó en esta ocasión, echó la leña en tierra, sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hacia la parte que le pareció estar dio conmigo, y, tentándome el ferreruelo y pensando que eran faldas, volvió a dar el segundo pregón dejándome atronados los oídos, y ella, mirándonos, a los dos, estaba como suspensa. Hícele señas de que llegase a oír a su marido y advertile^[58] a él el engaño; y descolgando

ella un embudo grande de hoja de lata se me tió la punta en el oído, y puniendo la boca dél en la del relator de coplas, le preguntó que quién era yo y que para qué me había traído a su casa.

Él, después de haberle satisfecho, en tono^[59] de predicador de mandato por el cañón de su embudada corneta, volvió a referir tercera vez lo que dos veces había mandado. Sacó ella los legajos y, después de haber recibido el pagamento, hízome el entrego dellos, y yo, cargado de agujas falsas^[60] y de coplas de ciego, me fui a dormir a el hospital.

Salí al amanecer de la villa y, estando algunos días^[61] en la de Aguilar^[63], pasé a las de Cabra y Lucena. Vendía las agujas a las mozas y cantaba las coplas a las viejas; y como se dice que «al andaluz, hacerle la cruz^[64]», a las andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habían de hacer un calvario dellas.

Hurtábanme las redomadas^[65] de aquellas ninfas, mirándome muy a lo socarrón, mis agujas, haciendo ayuntamiento de bellezas y tratos de gitanas. Andaban mis papeles de mano en mano^[65], haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas.

Quedaba pasmado de oír lo donairoso de su ceceo^[66] y de ver el brío de su desgarró^[67], y mientras tenía cuenta con las unas las otras me empanadillaban^[68] la vista y las agujas, pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban y otras me las dezaban^[69], emboscándolas en los tocados y ocultándolas en las bocamangas; de manera que, después de haber cobrado dacio, feudo^[70] y tributo deste pobre bohonero de poquito^[71], después de regatear dos largas horas, me compraban un cuarto dellas, y de cosario a cosario^[72] me dejaban sin barriles. Oían las coplas las viejas, y, después de haberme roto los cascotes y secado los gaznates, con aquello de «a las más maduras^[73]», con sus boquitas papandujas^[74] me las alababan y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par dellas. Por lo cual, y por ser tierra de buenos vinos, llevé tan adelante mi caudal que en pocos días pudiera jugar las hormas^[75]. En efeto, di al traste con todo^[76] y quedé hecho mercadante de banco roto.

Encamineme a la vuelta de Gibraltar con intención de ser pícaro de costa, y estando a vista de sus muros me dieron nuevas de cómo prendían a todos los vagamundos y los iban llevando a la Mámora^[77] para que sirviesen en ella o de soldados o de gastadores. Yo, por ser uno de los comprendidos en aquel bando y por no ir a tierra de alarbes^[78] a comer alcuzcuz, me fui a la Sabinilla^[79] a ser gentilhombre de jábega y corchete de pescados.

Concerteme con un armador por dos panecillos cada día y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire y púseme en lugar de banda un estrobo^[80], insignia y arma de aquella religión; y a el tiempo de tirar la red hacía que echaba todo el resto de la fuerza (y la tiraba con tanto descanso y comodidad que antes era divertimento que trabajo). Y al tiempo que salía el copo^[81] a ser celogía^[82]

de bogas, jaula de sardinas y zaranda^[83] de caballas, por ver el armador con bastón de general de jabegueros mirando a las manos y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de escribano contrahecho^[84], la causa perteneciente a las manos la remetí a los pies (porque donde no alcanzan las fuerzas es menester valerse de la industria). Hacíame Clicie^[85] de aquel sol de bodegón de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los pies, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle cortesía, retiraba con los dedos de los cuartos bajos^[86] angelotes, y con los talones rayas.

Tenía un camarada detrás de mí, el cual recogía los despojos. Sirviéndole^[87] unos de estomaguetes^[88] y otras de ventosas de mal de madre^[89], los alojaba entre la camisa y la barriga y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles^[90], de modo que llegué a tiempo que ejercitaban los pies el oficio de las manos; y, en faltándome sacristán que me ayudase a dejar al armador de *requiem* y dar sepulcro a sus pescados, escarbaba con un pie sobre la arena, como toro en coso, y, formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura a la presa, y con ambos cubría a los difuntos para sacarlos en quedando en soledad.

Venían los arrieros, compraban el lance^[91] y, en corriendo por su cuenta, descansaban los pies y trabajaban las manos; que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de pícaros. Dígolo porque, al instante que no corría el lance por el armador y que volvía las espaldas y desamparaba el montón de escamas plateadas, a bien librar^[92] les hurtábamos a los arrieros más de la tercia parte, por más bellacos que fuesen y por más cuidadosos que se mostrasen.

Con el provecho destes percances, ración y salario que ganaba, comía con sosiego, dormía con reposo, no me despertaban celos, no me molestaban deudores^[93], no me pedían pan los hijos ni me enfadaban las criadas, y, así, no se me daba tres pitos que bajase^[94] el Turco, ni un clavo que subiese el Persiano ni que se cayese la torre de Valladolid^[95]. Echaba mi barriga al sol, daba paga general a mis soldados y me reía de los puntos de honra y de los embelecocos del pundonor, porque, a pagar de mi dinero^[96], todas las demás son muertes y sola es vida la del pícaro.

Habiéndome asegurado que en la ciudad de Málaga hacían levas de mozos de jábega unos pescadores antiguos con patentes de armadores^[97], y que daban cincuenta reales a cualquier bisoño^[98] que se alistase debajo de sus redes, dejé la Sabinilla y me fui al promontorio de la pasa y almendra y al piélagos de la patata^[99].

Senté plaza de holgazán, cobré paga de mandria^[100]; pero, cansado de andar atrás sin ser cabestrero^[101], fingiendo haberle dado a un chulo una mohada^[102] con la lengua de un jifero, me retiré a sagrado y pedí iglesia. Y cuando el armador venía a pedirme el dinero dábale largas diciéndole que el herido había ya pasado del seteno^[103] y que, en habiendo declarado los cirujanos, volvería a trabajar y

esquitar^[104] lo que había recibido y gastado.

Pero viendo que hacía diligencia para buscar al doliente, y que por no hallar rastro ninguno me quería echar en la prisión, y que me andaba acechando para cogirme fuera de sagrado, me fui una tarde al muelle y, hallando de partida un bajel francés que iba a Francia de Poniente^[105] y haciéndole creer al capitán que tenía unos parientes muy ricos en Burdeos y que me habían enviado a llamar, llevándome cosa muy poca por el flete me embarqué en su navío, porque es de hombres como yo el urdir una mentira y es muy fácil de engañar un hombre de bien.

Pasamos el estrecho de Gibraltar (que en lo borrascoso y apretado parece título moderno^[106]), corrimos una tormenta hasta el cabo de San Vincente, y desde allí, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos a San Malo de Lilia^[107], puerto de Francia y provincia de Bretaña.

Hay en esta villa veinte y cuatro perros de ayuda, asalariados, los cuales están a cargo de un soldado que los asiste y cuida dellos (que como hay soldados particulares^[108], hay también soldados perreros). Este tal tocaba cada día, al querer anochecer, una media luna o llave de Medellín o madera de tinteros^[109], a cuyo horrendo son^[110] acudían todos los perros a una puerta sola que tiene la dicha villa, y, echándolos fuera, hacían tal guardia y ronda toda la noche que cualquiera persona forastera que llegase, ignorante de tales centinelas, lo hacían dos mil pedazos, con que estaba asegurada de cualquier antepresa y de cualquiera cautela enemiga; y sin pretender esta escuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayudas de costa^[111], entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta jamás estaban quejosos.

Tocaban caja en esta villa, levantando gente para ir en corso contra el Inglés, y daban a cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra estraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté la plaza y, levantando los talones, amanecí a el tercero día en Lan^[112], puerto y provincia de Normandía, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgándome por espía del Inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones^[113] que fue poco menos que la de Borbón sobre Roma^[114], y por hallar entre tantos malos algunos buenos me dejaron pasar libre y me escapé de una larga prisión.

Y valiéndome de mi acostumbrado oficio, y arrepentido de haber dejado en la ciudad de Lisboa mi socorrido hábito de peregrino, llegué a Ruán^[115], cabeza de Normandía, a quien la caudalosa Sena, después de haber sido cinta de plata de la gran corte de París, es tahalí^[116] escarchado desta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazón me fui a la Bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas^[117] y hombres de negocios. Y hallando un agregamiento de mercadantes portugueses, metiéndome en su corro (y no a escupir en rueda^[118], sino a hacellos escupir en corrillo), les hablé con la cortesía y sumisión que suele tener el que ha

menester a otro, y en su misma lengua por que no escusasen la súplica (porque como mis padres se habían criado en la raya^[119] de Portugal la sabían muy bien y me la habían enseñado). Y, después de haberles dado a entender ser lusitano, les pedí que me amparasen para ayuda a poder llegar a la ciudad de Viena^[120], adonde iba en busca de unos deudos míos, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares^[121] a quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma^[122], y que por lo que sus mercedes sabían habían quemado a mi padre, cuyas cenizas traía puestas sobre el alma y al lado del corazón.

Ellos, con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos (que sin ser medos esperaban partos^[123] de agua), me llevaron a la casa del que me pareció el más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza y, habiéndosela dado, sin ser primer día de Cuaresma^[124], fue cada uno besando el papelón^[125] por su antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir, y yo, mostrando un poco de sentimiento, les di amplia comisión, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que había echado al mar me había librado de una gran tormenta que había corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les había hecho creer, y decían con tiernas lágrimas:



Suspiraban todos por el trágico suceso que les había hecho creer...

—El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir.

Repartieron las cenizas de la dicha posada o bodegón y, mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron a la referida Bolsa, y echando un guante en todos los de su nación me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la corte de París, para que me

socorriese para ayuda a proseguir mi viaje; y, después de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar.

Tomé el camino de París comiendo a pasto^[126] y a tabla de patrón, y apenas llegué a verlo y reconocerlo cuando empecé a dar voces, diciendo:

Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad^[127].

Halleme corrido^[128] y avergonzado, cuando entré y atravesé sus espaciosas calles, de la vaya^[129] que me daban algunos remendones y desculadores de agujas^[130], diciendo a voces:

—¡Señor don Diego, daca la borrica^[131]!

Compré al pasar por una botica unas cantáridas y otros requisitos tocantes a mi oficio de cirugía, y yéndome a posar a el burgo de San Germán^[132], a la posada de uno de los espelidos de España que se llamaban^[133] Granados, aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos o vejigatorios^[134]; y a la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él y me fui a el palacio del Embajador de España, que era el Marqués de Miravel, y, diciendo venir de Galicia a curarme del mal de los lamparones^[135], me dio su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fui sano sin llegar a pies reales^[136]. Di la carta de favor y tuve por ella otro socorro harto razonable.

En esta corte o confusa Babilonia, olvido del gran Cairo y lauro de todo el orbe, gastaba como mayorazgo y comía como recién heredado, con que di fin a la limosna del tribu de Abraham y a la caridad de los lamparones. Y, por no volver a ser seguido de gozques y de andar dando aldabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo y me acomodé por paje de un caballero natural de Roma, dándole a entender ser su paisano y hijo de un caballero romano, caballero de honor de Su Santidad, de los que llaman del *Esperón*^[137]. Tratome a los principios como a hijo de tal, pero en muy poco tiempo conoció del pie que cojeaba, y, descubriendo toda la tramoya, me quitó las calzas folladas^[138] y la procesión de agujetas, y me despidió de su servicio.

Viéndome desamparado y pobre, y tan apartado de mi patria, por tener algún refrigerio para ayuda de llegar a ella, pues ya tenía de ayuda de costa el haber aprendido la lengua francesa, compré seis mil agujas de lo que había buscado en el oficio pajeril, sin acordarme de lo bien que me fue con las andaluzas; y saliéndome de París tomé el camino de León de Francia^[139]. Y vendiendo mi mercancía y gastando lo que sacaba della en los mejores vinos que hallaba (por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas), hallé cerrados los pasos de aquella

villa por causa de la contagión; y así, me fue forzoso buscar nuevas trochas^[134] y seguir modernos rodeos.

Pasé por Montelimar y por Orange^[141], y queriendo entrar por Aviñón me tiraron dos mosquetazos las guardias de sus puertas, y me hicieron volver atrás por no llevar boleta de sanidad. Viéndome imposibilitado de remedio y que sin ser avestruz^[142] me había comido toda la acerada mercancía, y habiendo hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas^[143], por no acordarme de tan ruin bohonería, me encomendé a Dios y, sin ser potro de Gaeta, me aparté reculando de la villa y me volví por el mismo camino que había traído.

Hallé en un villaje^[144] un sargento que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si quería ser soldado y servir al Cristianísimo Rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre y que en aquella ocasión, por sólo mitigarla, serviría al Mameluco^[145], le respondí que sí. Llevome a su cuartel, que era en una villa llamada Sabaza^[146]; entregome a su capitán, cuyo nombre era *Monsieur Juny*, del regimiento del Barón de Monteme. Hízome con él^[147] y, puniéndome un cuarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su compañía, dándome por nombre *Monsieur de la Alegrezza*; porque como el capitán era más fino que un coral, y me vio en la comida alegre de cascos y me conoció el humor, me confirmó sin ser obispo, dándome nombre conforme a mi sujeto.

Marchamos por el Delfinado^[148] haciendo buena chera^[149], y en cada tránsito había avenidas de brindis al tenor de Abú^[150], *monsieur de la Fortuna*, *Abú, monsieur de la Esperanza*. Hallábame más contento que una Pascua de Flores, juzgaba aquella vida por la mejor que había tenido y llamaba a aquella provincia la *tierra del Pipuripao*^[151].

Fuimos a guarnición a la villa de Román^[152], adonde a costa de los patrones comíamos a dos carrillos y pedíamos a discreción y había libertad de conciencia, siendo rey chico^[153] Juan Soldado, adonde, persuadidos de los oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada día cien cubas de vino y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes^[154] que hacíamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia.

Vino el unto a los mayores^[155], recibieron el soborno y, echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos días. Mucho paño tenía aquí adonde poder cortar^[156], pero se embotarán mis tijeras y pensando ganar amigos cobraré enemigos. Diéronnos un «Tapa boca, Bartolo» con darnos cada día medio cuarto de escudo; que para henchir los oficiales las bolsas es necesario que los soldados aflojen las barrigas.

Embarcámonos al cabo de una temporada en una villa del Duque de Guisa llamada Mondragón^[157], y, conducidos de las soberbias corrientes del caudaloso Rin, llegamos a desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos a una armada^[158] que tenía el dicho Duque para socorrer el Casar de Monferrat^[159], a cuya oposición

estaban en Villafranca de Niza las galeras de Nápoles, y por General dellas don Melchor de Borja.

Enfadábame ya de oír tanto ¡*Allon, allon*^[160]!, sin haber algunos de gallinas ni de capones, y el gastarme todos el nombre con *Monsieur de la Alegrezza acá, Monsieur de la Alegrezza allá*; y, sobre todo, estaba temeroso de ver que algunas veces que me había puesto como el arco del iris^[161] cantaba en fino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme espión^[162]; que el hombre que llega a beber más de aquello que es menester no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los ajenos.

Dieron a toda el armada una paga, que es la estremaución de los franceses cuando entran en países estraños, la cual cogí con ambas manos, y apresurando ambos pies fui a resollar^[163] a Villafranca. Hablé a la guardia de la puerta en italiano, por lo cual me dejaron entrar; fui a ver a don Melchor de Borja, y, contándole todo mi suceso, lo celebró mucho, y por parecerle soldado entretenido me mandó dar dos doblas y que acudiese a comer a su casa.

Vínole orden del Duque de Saboya para que marchase con los españoles y dejase los saboyardos y otras naciones que estaban a su orden, y que dejase a los franceses a que siguiesen su camino. Embarcose así que la recibió y, fatigados de una procelosa borrasca, llegamos a Mónaco, y de allí zarpamos a la ciudad de Génova, desde adonde envió nuestro General dos galeras de su escuadra por bastimentos a la villa de Liorna. Embarqueme en una dellas y, habiendo tenido un feliz viaje, al desembarcar en el muelle de la dicha villa supe cómo su alteza el Gran Duque de la Toscana levantaba gente para enviar al Estado de Milán.

Alisteme al instante, por no perder el tiempo ni la ocasión, diéronme ocho ducados de contado y tuve cuatro meses desvedada la bellota^[164] en casa de patrones, adonde daba de puntillazos al sol y me burlaba de la Fortuna. Envió el Gobernador de Milán a dar aviso a Su Alteza de que al presente no necesitaba de aquella gente, por lo cual dieron licencia a muchos soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo y por costarle^[165] a mis superiores no ser grande de virtudes.

Púseme en camino a la vuelta de Sena y, pasando por Viterbo del Papa^[166], llegué cuarta vez a la gran ciudad de Roma. Fui a ver a mis hermanas, de quien fui muy mal recibido; y queriendo hacer del *esmarchazo*^[167], llamaron un vecino suyo, barrachel^[168] de justicia, el cual cantándome aquel verso de

Mira, Zaide, que te aviso^[169],

me puso en la calle, tomando a su cargo el amparo de mis hermanas.

Fuime a el palacio del Conde de Monterrey, que estaba entonces por Embajador de España, adonde me junté con un portugués que era criado de don Juan de Eraso, y volviendo a continuar la vida de los temerarios estafábamos cortesanias y agotábamos

tabernas. Abrile trinchea^[170] a un pintor en la cara sobre ciertos arrumacos que hacía a una conocida mía, por cuyo delito fue fuerza retirarme a el palacio del dicho Embajador; y viendo mi pleito en mal estado y que mis hermanas aun no me daban un «¡Dios te ayude!» (cosa que se da cada instante a uno que estornuda), me ayudé de mi hacienda, trocando secretamente una casa que me había dejado mi padre en la calle Ferratina por una gran suma de pinturas, las cuales envié por la conducta^[171] a Nápoles. Y yendo yo después a tratar de su enajenación, di tan buena cuenta dellas que en menos de un mes la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron rufianes; y algunas cincuenta que me habían quedado las perdí una noche al juego de las pintas, parando^[172] a pintura y pintura, y diez en la quinta^[173].

Viendo que se me había caído la casa por haber perdido (no por falta de ciencia sino por haber encontrado con otro más diestro que yo), senté plaza en una leva que se hacía para España en la compañía, sin caballos y con esperanza de rocines^[174], del Prior de la Rochela, y volví de nuevo a escandalizar con embustes el Cuartel, a alborotar los cuerpos de guardia y a inquietar los bodegones, cargado más de miedo que de hierro y con una letanía de valentía amontonada. Metiome en prisión mi capitán por cabeza destos banderizos^[175], porque temía que me huyese con ellos, y diome en lugar de castillo el alcázar del tarazanal^[176], porque «a gran río, gran puente^[177]».

Embarcámonos en una fuerte armada para ir a España, yendo por generales della el Marqués de Campolátaro y el de Santo Luchito, y por General de la caballería mi capitán, y por Comisario general don Jusepe de Palma.

Arrimeme todo el tiempo que duró la embarcación, por tener razonable pluma y por saber algo de cuenta, a la despensa del bajel adonde iba embarcado, para ayudar a dar ración a la gente de mar y guerra. Y por andar al uso y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el despensero el bizcocho más menudo a los soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Íbales dando raciones de atún de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo que estaba bueno. Metía un punzón en el tocino, y el que estaba oloroso lo iba ocultando, y distribuyendo lo que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino y con lo demás que estaba a su cargo; porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado. Tenía cuidado de regalar al cabo de la guardia y al capitán que venía por cabo del bajel, con que todos callaban y amorraban^[178], y al compás que lo pasaban mal los soldados triunfábamos nosotros.

Llegamos a dar fondo en Rosas^[179], adonde desembarcó^[180] toda la infantería, salimos del puerto la caballería desmontada y tomamos tierra a seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin patrón y hechos lobos marinos^[181] de la playa. A la mañana nos alojaron, donde tuvimos dello con ello, pues detrás de un regalo oíamos un «¡Cap de Deu...!»^[182] y veíamos media docena de pistoletes.

Estaba muy mal mi capitán conmigo por haberme retenido una paga y haber yo

dado queja sobre la restitución. Era yo siempre su ceja, pues que me tenía sobre su ojo^[183]; que el soldado que no se dejare pasar por cima en materia de interés y tratare de dar quejas o capitular^[184] a sus oficiales, su verdad será mentira y, demás de no avanzar^[185], será malquisto^[186] y aborrecible, y en achaque del servicio del Rey le darán con que no quede de servicio.

Pasábalo yo mejor que todos los de mi compañía, por estar alojado en una taberna y ser intérprete con los catalanes y napolitanos, pagándome el corretaje^[187] en ponerme a veces^[188] que por hablar catalán hablaba caldeo y por hablar napolitano hablaba tudesco. Tuve un día una pendencia con un soldado sobre un «¡Mentís por la gola!»^[189], y dándole por debajo della una estocada di con él patas arriba, por haberse él mismo, no haciendo caso de mí, entrado por los filos de mi espada; de manera que le hirió su gran soberbia y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza a mi capitán ni dar lugar a que satisficiese su rencor con hacerme prender y castigar, o querer él mismo abirme de grados y corona^[190], me fui a la ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nació Infante y gobernó Cardenal y murió Santo^[191]. Tomé tierra del Papa y, por no estar a merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced.

Mi capitán, como si yo le hubiera muerto a su padre, robádole su hacienda o quitádole su dama, envió tras mí a hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos^[192] suyo, abanillo^[193] de la compañía y hijo de güevo^[194] de la armada, que sin valerme antana^[195] ni defensa de motilones^[196] ni aquello de «Iglesia me llamo^[197]», me hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de sagrado y meterme en la cárcel del Tarazanal^[198]; que hay soldado que por agradar a su capitán prenderá al mismo que le dio el ser, con razón o sin ella.

Echáronme grillos y cadena y una argolla al pescuezo, con un virote^[199] que siempre señalaba al norte y apuntaba a^[200] las vigas. Fulmináronme un proceso de soldado huido y alborotador del armada; y sin reparar en el dolor que le costé a mi madre cuando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme ni el molimiento que pasó en columpiarme^[201], me dieron un susto con el «debo condenar y condeno», por ser a cosa que tenía con qué pagarla (que a echarme^[202] la ley de la *innumerata pecunia* fuera irremediable el dar satisfacción^[203]).

En efeto, como quien no dice nada o como quien no quiere la cosa, me sentenciaron a oír sermoncito de escalera^[204], a santiguar el pueblo con los talones y a bambolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca^[205], o como si la que yo tenía me la hubiera dado el Pilatos que dio la sentencia. Notificómela un notario, tan buen cristiano que no me pidió albricias^[206] por la buena nueva ni derechos de lo procesado.

Hice algunos pucheros cuando la oí; atraganteme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de lejía de panilla^[207]; díjome el carcelero que me pusiera

bien con Dios (sin haberme dado para aquel último trance con que ponerme bien con Baco), y acordándome del tránsito que había de pasar, para probar si era como los que había hecho siendo *Monsieur* de la Alegrezza, me apretaba con la mano el gaznate, y, con ser sobre peine, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: «Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, ¿qué hará la sogá, siendo de esparto duro?». Hincándome de rodillas pedía misericordia al Cielo; prometíale, si me viera en libertad, hacer penitencia de mis pecados y mudar de vida; mas al cabo vino a ser el juramento de Pelaya^[208].

Pasó la voz por toda la ciudad y acudieron muchos amigos a verme y vecinos della a censurarme. Los amigos me consolaban diciéndome que me animara, que aquel era camino que lo habíamos de hacer todos, que sólo les llevaba la delantera; y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia y ellos han llevado la delantera perdonando verdugos, pidiendo misas y haciendo alzar dedos^[209].

Decían algunos catalanes que era compasión, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mi edad; otros, que tenía cara de grandísimo bellaco; otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró a este tiempo un fraile francisco muy trasudado y fervoroso, preguntando:

—¿Dónde está el sentenciado?

Yo le respondí:

—Padre mío, yo lo soy, aunque no tengo cara dello.

Díjome:

—Hijo, agora es tiempo de tratar de su salvación, pues ha llegado la *intemerata*, y así, esto poco de vida que le queda es menester emplearla en confesar sus culpas y en pedir a Dios perdón de sus pecados.

Respondile:

—Padre mío, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrínseco^[210] que me hizo medio cardenal a costa de un ojo, me decía que «antes mártir que confesor»; demás que, por cumplir los mandamientos de la santa Madre Iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la Cuaresma. Pero si es ley humana que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: «no comerás ni beberás»; y así, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y después trataremos de lo que nos está bien a los dos; que en tierra de cristianos estoy y Iglesia me llamo^[211].

El padre, algo enojado de oírme decir chilindrinas^[212] en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un crucifijo pequeño y empezome a predicar aquello de la ovejuela perdida y lo del arrepentimiento del buen ladrón; y esto dando tantas voces que atronaba todo el Tarazanal y derramando tantas lágrimas que inundaba aquel pequeño retrete^[213]. Yo, que más gana tenía de comer que de oír sermones, por haber veinte y cuatro horas que no me había desayunado, decía entre mí viendo las crecientes de

llantos que desistía^[214] por sus ojos:

aunque más lágrimas déis,
en vano las derramáis^[215].

Mas viendo que alguna razón tenía, pues daba tantas voces, y que sin ser víspera de San Esteban^[216] me querían colgar como racimo de uvas y^[217] alargarme el gaznate como si fuera ganso, despejé el rancho^[218] y, hincando una rodilla y puniéndome en postura de balletero, desembuché la talega de culpas y dejé escueto el almacén de los pecados; y habiendo recibido la bendición y el *ego te absolvo* quedé tan otro que sólo sentía el morir, porque juzgaba, según estaba de contrito, que se habían de tocar de su mismo motivo todas las campanas y alborotarse toda Barcelona y dejar de ganar su jornal la pobre gente por venirme a ver.

Mas por conservar y alargar la vida, como es prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al Marqués de Este, que ejercía el puest o de General de la caballería por haber muerto el Prior de la Rochela, alegando en él ser hijo de algo, y que, conforme los fue ros de los que eran, me tocaba morir en cadahalso degollado como carnero, y no en horca ahogado como pollo. Pensaba que me pediría información dello y que me daría término para enviar a hacer las pruebas a Roma y a Salvatierra, y que en el ínter no me faltaría una lima sorda para limar la cadena y grillos o una ganzúa para abrir las puertas de la prisión; pero saliome todo vano, porque el Marqués respondió que él no pretendía otra cosa sino que yo muriese ajusticiado, que en lo demás escogiera yo la muerte que quisiera.

Agradecile la cortesía, y, tomando una piedra y pareciendo un penitente jerónimo^[219], me daba con ella infinidad de golpes en los pechos, pero con tanto tiento y con tanta blandura que no se rompiera aunque fuera de mantequillas. Perdí el color, faltome el aliento y trabóseme la lengua cuando oí que en mis tristes oídos clamoreaban los ecos de los esquilones^[220] y campanillas de la Santa Caridad^[221].

Estando con este susto (que se lo doy de barato al que lo quisiere) entraron acaso^[222] en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de Cámara de Su Alteza, y Jusepe Gómez, su barbero; y habiéndose informado de todo, mostrando algún sentimiento, llegaron a darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que, como si me hubieran de sacar a bodas, hablaba bernardinas^[223] y echaba chiculíos^[224], y que había convertido la piedra, sin ser domingo de Tentación^[225], en dos libras de pan que me había enviado el carcelero, y que, haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas, volvieron el sentimiento en alegría y me dijeron que cómo no sentía el haber de morir.

Respondiles que harto lo había sentido mientras no me habían dado de beber, pero que tenía para comigo el vino tal virtud que al instante que lo bebía me quitaba y

desarraigaba toda la melancolía. Y que advirtiéndome que aquel día salía de poder de soplones, alguaciles y escribanos daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi General que, debajo de mi palabra, me diese licencia por tres meses para ir a Roma a confesar ciertos pecados reservados a Su Santidad para descargo de mi conciencia y salvación de mi alma, me harían^[226] muy grandísima merced y favor, y que yo les haría pleito-homenaje^[227], como infanzón gallego, de volver, en cumpliéndose el término, a ofrecerme al funesto suplicio y a entregar al trinchante de gargueros^[228] la mejor cabeza que jamás ciñó garzota^[229].

Cayoles tan en gracia mi demanda que, habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba^[230], me prometieron ayudar y le fueron a informar de todo a Su Alteza Serenísima a el mismo instante, por el peligro que corría en la tardanza; el cual, como príncipe tan piadosísimo y por constarle que tenía iglesia^[231], mandó que se suspendiese la ejecución y que se revocase la sentencia de muerte y que me echasen por diez años en galeras.

Estaba tan de mi parte el Marqués de Este (como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando con resfriado), que replicó a la gracia que se me había concedido y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar^[232] sardinas y que, así, era mucho mejor, para que fuese un ejemplar^[233] a toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres o cuatro años antes no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados, y de tal suerte encarecieron a Su Alteza mi despejo y tarabilla^[234] de donaire, que le dio deseo de verme y mandó sacarme de la prisión libre y sin costas, y que yo le fuese a besar los pies por la merced que me había hecho.

Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado a el pueblo, cansados los campanilleros y sin provecho el verdugo, me fui contoneando a Palacio recibiendo parabienes y haciendo pagamento dellos con una pluvia de gorradas^[235]. Echeme a los pies de Su Alteza Serenísima, dile las gracias por la recibida, y, después de haberme oído algunas agudezas y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios haciéndome Grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haría de la llave dorada^[236] de las despabiladeras. En efeto, me trató como a bufón y me mandó dar de beber como a borracho. Pero, aunque estuve a pique de cubrirme y de tomar posesión de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos^[237] y pescozadas^[238] que me dieron sus pajes con manos pródigas y por la grande afición que tenía al hábito de soldado; por lo cual me salí de Palacio y me fui a dar dos sangrías^[239] para atajar el daño que me pudiera venir del susto que había pasado.

CAPÍTULO VI

En que da cuenta del presidio^[1] que tuvo en Rosas, el viaje que hizo a Milán y cómo pasó a la Alsacia y se halló en la batalla de Norlingue.

DESPUÉS de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me vi y recuperado en una taberna la sangre que me había hecho sacar, yéndome un día paseando hacia la vuelta del muelle supe cómo el Duque de Cardona levantaba un tercio para enviarlo a Lombardía, y que era Maestre de Campo don Filipe de Cardona su hijo, y por coger ciertos reales que daban (con que se engañaban muchos bobos), senté plaza de soldado; pero apenas mi capitán me vio tan mozo y nada pesado cuando me metió en galera con los demás de sus soldados, temiendo que me perdería y que necesitase que me pregonasen.

Zarpamos de allí a estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teníamos cada tarde un pequeño socorro; mas, porque era menos que moderado y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valerme de uno de tantos oficios como sabía y había ejercitado; y después de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en cónclave^[2], hacer una buena elección, elegí el de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros a los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades. Para cuyo efeto armé un rancho, que ni bien era bodegón ni bien casa de posadas, pero un bodegoncillo tan humilde que pudiera la guerra dejarlo por escondido o perdonarlo por pobre^[3].

Estaba hecho a dos aguas y no tenía defensa para ninguna; era todo él ventanaje, y necesitaba de ventanas^[4], y con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenía puerta ni cerradura ninguna; eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de grandes y torneadas losas que habían servido de tapaderos de caños^[5], sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro^[6], y su vajilla de pasta del primer hombre. Pusiéronle por nombre la *Plaza de Armas*^[7], por su poco abrigo y menos limpieza, pues no había en toda ella más rodilla^[8] para lavar los platos que mi falda de camisa.

Hacía cada día un potaje que aun yo mismo ignoraba cómo lo podía llamar, pues ni era jigote^[9] francés ni almodrote castellano^[10]; mas presumo que, si no era hijo legítimo, era pariente muy cercano del malcocinado de Valladolid, porque tenía la olla en que se guisaba tantas zarandajas^[11] de todas yerbas y tanta variedad de carnes (sin preservar animal por inmundo y asqueroso que fuese), que sólo le faltó jabón y lana para ser olla de romance^[12] (aunque lo fue de latín, pues ninguno llegó a

entenderla, ni yo a explicarla, con haber sido estudiante). Con esto engrasaba a los soldados y, despachando escudillas de contante^[13] y platos de fiado, ellos cargaban con todo el brodio^[14], y yo con todos los socorros.

Después de haber durado algunos días esta industria o disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel y fuimos a dar fondo junto a la Baía de Génova, adonde aun no hube puesto los pies en tierra cuando traté de escurrirme sin ser anguilla; mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que había hecho a Barcelona, no pude salir con mi intento.

En efeto, marchamos la vuelta de Lombardía teniendo siempre *tapa*^[15] al son del *tapalapatán*^[16] y descubriendo tapaderos de cubas a la sombra de la sábana pintada^[17]. Llegamos a Alejandría de la Palla^[18], adonde, por ir derrotados (y no de batallas ni encuentros), nos dieron vestidos de munición, que en lengua latina se llaman *vestidos mortuorios* y en castellana *mortajas*^[19].

Yo, temiendo vestirme de finado y de hacer mis obsequias^[20] en vida, y por no parecer bisoño siendo soldado viejo y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fees, por ser mercancía que jamás se ha negado a ninguno), me fingí enfermo y me fui a un hospital valiéndome del ardid del diente de ajo^[21], gustando más de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos.

Repartieron toda la gente en castillos y guarniciones, y, al punto que supe me habían dejado solo (que era lo que yo deseaba) saqué la cabeza como galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracol en verano, con toda la casa auestas (cuyo peso era bien ligero), me fui a la ciudad de Milán. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con más soldaduras que una caldera vieja, arrimé a una parte, como a gigante^[22], la milicia, y si guiendo la malicia de la corte reconocí su ventaja y asenté el pie^[23], volviendo de muerte a vida y de pobre a rico.

Salí, el día que llegué, a ver de espacio^[24] aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas había andado, y que, a gozar de mar como muchas dellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Vi que sus templos competían con los de Roma, que sus palacios aventajaban a los de Sevilla, que sus calles excedían a las de Lisboa, sus sedas a las de Génova, sus brocados^[25] y cristales a los de Venecia y sus bordaduras y curiosidades a las de París. Visité el Palacio y corte, habitación de Su Alteza Serenísima el señor Infante-Cardenal, que había acabado de llegar de Barcelona a gobernar tan hermosísima ciudad y a defender tan inexpugnable Estado. Hablé con todos los conocidos y dime a conocer a los que no lo eran.

Y enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuán agradable es el *tropo variar*^[26], me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas; vendime por natural de Alcaudete^[27], picaba a todas horas como alguacil y cantaba a todos ratos como alcaudón; tenía aposentos de congregación de ninfas de cantón^[28], salas de busconas, palacios de cortesanas y

alcázares de tusonas^[29]; vendía sus mercancías a todos precios, vivía siempre con el adelantado, por tener esculpido en la memoria aquellos versos concetuosos que dicen

que quien no paga tentado
mal pagará arrepentido^[30];

señalaba horas sin ser mano de reloj, hacía amistades sin ser valiente y llevaba cada instante a vistas^[31] sin ser casamentero.

Era, cuando me hallaba a solas con ellas, el Píramo de su aldea^[32]; en habiendo visitas era su criado; en habiendo pendencies su mozo de golpe y en hacerles los mandados su mandil. Incitábalas a ser devotas de San Roque^[33] y aconsejábales que siempre que lo visitasen se acercasen al ángel y huyesen del perro^[34]. Campaba como mercader, vivía como Gran Turco y comía a dos carrillos como mona. Llegábame siempre a los buenos por ser uno de ellos^[35], acercábame a los ricos y huía de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones^[36] sin necesitar de aprender lenguas.

Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera decendimientos de manos, rasguños de navajas y sopetones^[37] de machetes; pero viendo que por ciertos estelionatos del signo de Virgo^[38] me querían dar colación de la referida^[39], me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del Príncipe de Roca Romana, caballero napolitano, y, por habersele ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina y empuñé el cetro de la cuchara.



... por habérsele ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina y empuñé el cetro de la cuchara.

Y después de haber estado algunos días en quietud y regalo, complaciendo a mi amo y haciendo alarde de mis estofados y reseña^[40] de mis aconchadillos^[41], marchó Su Excelencia el Duque de Feria con un lucido aunque pequeño ejército, para dar socorro a la Alsacia, yendo mi amo por capitán de una compañía y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo,

abundando siempre de truchas salmonadas y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos, porque como llevaba pella de doblones hallábamnos aun mucho más de aquello que queríamos.

Pasamos el Tirol y juntáronse nuestras fuerzas españolas con las imperiales, que estaban a cargo del Mariscal Aldringer, y hecho de todas un cuerpo, socorrimos a Costanza^[42] y a Brisaque^[43], y volviendo a separarse nos fuimos a hibernar a la Borgoña, adonde me fue fuerza reformarme del oficio de la cocina, por hallarla en todas las visitas que le hacía hecha un juego de esgrimidor^[44], sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas y sus calderos y asadores rompepoyos^[45], siendo causa deste daño la destrucción de la tierra y la falta del dinero.

Viéndome, pues, cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato; y haciéndome merchante^[46] de hierros y clavos de herrar caballos, y marchando a la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desenclavado^[47] y conocí el yerro^[48] que había hecho en emplear mi caudal en cosa que no podía acertar; de modo que lo que fiaba no me pagaban, lo que me estafaban aun no lo agradecían, y lo que me hurtaban jamás me lo restituían; con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi capitán, adonde yo llevaba la indigestible mercancía, muy vacío y mi bolsa muy anublada^[49].

Fuese en esta ocasión mi amo a Italia, a cosas que le importaban, dejándome a mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas y perdido el trato de los hierros. Hallose al presente sin cocinero don Pedro de Ulloa, capitán de caballos, y, por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio, porque «en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey».

Contome mi amo, el pretendiente a quien yo serví de paje en Madrid, que hallándose en una aldea cercana a él una víspera de Corpus, llegó una tropa de infantería representanta, que ni era compañía ni farándula, ni mojiganga ni bolulú, sino un pequeño y despeado ñaque^[50], tan falto de galas como de comedias, el cual, a título de compañía de a legua^[51], pretendió hacer la fiesta del día venidero, ofreciendo satisfacción de muestra; y que, habiéndose juntado todo el Concejo, gustaron de oírlos para ver si eran tales como ellos presumían. Llamáronlos en casa del alcalde, y delante de mi amo y de los jurados^[52] representaron el auto de La locura por el alma^[53], adonde el que hacía a Luzbel, por dar más voces que los demás, pareció mejor que todos, siendo todos harto malos. Acabose la muestra, salió mi amo a la plaza con todo el Ayuntamiento, adonde hallaron al cura (que por haber estado diciendo vísperas no se había hallado en la representación), el cual preguntó a el alcalde que qué tales eran los representantes; satisfízole con decirle que no le habían parecido mal, pero que uno que representaba el Diablo era el mejor de todos. A lo cual le respondió el cura: «Si el Diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás?».

Por lo cual aplico y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército no

sabiendo lo que me hacía, ¿qué tales serían los demás?

En efeto, a falta de buenos, me hizo mi amo alcalde de su cocina y soldado de su compañía.

Prosiguiendo la dicha marcha llegamos a alojar a las tierras^[54] de Baviera, adonde nos dieron por patrón uno de los más ricos dellas, aunque, por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre; mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso dello, porque demás de ser enemigos no escusados^[55] son los pregoneros de los defectos de sus amos.

Hablaba nuestro patrón tan cerrado alemán y ignoraba tanto el lenguaje español que ni él nos entendía lo que nosotros decíamos ni nosotros entendíamos lo que él hablaba. Pedíamosle por señas lo que habíamos menester y él, aunque las entendía, como no eran en su provecho, se daba por desentendido y encogíase de hombros. Díjome el criado que me había advertido de lo demás y entendía un poco la lengua italiana, que su amo era muy buen latino; que si había alguno entre nosotros que hubiera sido estudiante le daría a entender lo que le pedíamos. Alegráronseme las pajarillas^[56], por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña y que podía hacer de las mías sin que nadie me entendiera.

Acerqueme a el patrón y díjele muy a lo grave que yo era furriel^[57], mayordomo y cocinero de mi amo, y que, así, le advertía que tenía un capitán de^[58] caballos del Rey de España en su casa, y persona de mucha calidad; que tratase de regalarle muy bien a él y a sus criados, y que porque venía cansado y era ya hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondiome que le dijera la provisión que había de hacer en la cocina, y que haría a sus criados que lo trujesen al punto.

Díjele que era menester para la primer mesa de los gentileshombres de la boca^[59] y para la segunda de los pajes y meninos y para la tercera de lacayos, estaferos^[60] y mozos de cocina, una vaca, dos terneras, cuatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinte y cuatro palominos, seis libras de tocino de lardear^[61], cuatro de azúcar, dos de toda especia, cien huevos, cincuenta libras de pescado para escabeche, medio pote de vino para cada plato y seis botas de respeto. Él, haciéndose más cruces que hay en el Monte Santo de Granada^[62], me dijo:

—Si para las mesas de los criados es menester lo que vuesa merced pide, no habrá tanta hacienda en este villaje para la del señor.

Respondile:

—Mi amo es tan gran caballero que más quiere tener contentos a sus criados que no a su persona; y, así, él y sus camaradas no hacen de gasto al día a ningún patrón si no es un relleno imperial aovado.

Preguntome que de qué se hacía el tal relleno. Respondile que me mandase traer un huevo y un pichón recién nacido y dos carros de carbón, y mandase llamar a un zapatero de viejo^[63], con alesna^[64] y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabría todo lo que había de buscar para empezar a trabajar en hacerlo.

El patrón, medio atónito y atemorizado^[65], salió en busca de lo necesario al tal relleno, y a el cabo de poco espacio me trujo todo lo que le había pedido, excepto los dos carros de carbón. Tomele el huevo y el pequeño pichón, y abriéndolo con un cuchillo de mi sazónada^[66] herramienta y metiéndole el huevo después de haberle sacado las tripas, le dije desta forma:

—Repárese vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato: este huevo está dentro deste pichón, el pichón ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capón, el capón dentro de un faisán, el faisán dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera y la ternera dentro de una vaca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado, fuera de la vaca, que ha de quedar con su pellejo. Y cuando se vayan metiendo unos en otros, como cajas de Inglaterra^[67], por que ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo a dos cabos, y, en estando zurcidos en el pellejo y panza de la vaca, ha de hacer el sepulturero una profunda fosa, y echar en el suelo della un carro de carbón, y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro, y darle fuego cuatro horas, poco más o menos. Y después, sacándola, queda todo hecho una sustancia y un manjar tan sabroso y regalado, que antiguamente lo^[68] comían los emperadores el día de su coronación. Por cuya causa, y por ser el huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno imperial aovado.

El patrón, que me estaba oyendo la boca abierta y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creído y se persuadió tanto a ello viendo mi entereza y la priesa que le daba a la brevedad de traer todos los requisitos que le había ordenado, que tomándome la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó y me dijo:

—*Domine, pauper sum*^[69].

A lo cual, entendiendo la seña, le respondí:

—*Nihil timeas*^[70].

Y llevándolo a la cocina nos concertamos de tal modo que, restaurando la pérdida de los hierros, me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciéndole a mi amo creer que era el patrón muy pobre y que le habían robado todo el ganado gente de nuestras tropas, por lo cual lo habían dejado destruido; por cuya causa, teniéndole compasión, me mandó, por saber que yo solo lo entendía, que me acomodase con él lo mejor que pudiera, de suerte que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida.

Pero, viendo los criados que me abundaba el vino en la cocina y que me sobraban los regalos que el patrón me enviaba, dieron cuenta a mi amo, recelosos de la cautela. El cual hizo diligencia de saber si era verdad lo que yo le había asegurado; y hallando ser todo al contrario y que estaba alojado en la casa más rica de aquel villaje, llamó al patrón y, con un intérprete borgoñón que entendía las dos lenguas, supo dél la contribución que me había dado y que le había dicho que era su furriel, mayordomo y cocinero, y lo demás que he referido.

Bajó mi amo a la cocina y, tomando un palo de los más delgados que había en ella, me limpió tan bien el polvo que más de cuatro días comió asado y fiambre por falta de cocinero. Yo le dije, viéndome más que aporreado, que si quería servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel, que lo enviase a hacer a Alcorcón^[71], y que se persuadiese a que no había cocinero que no fuese ladrón, saludador^[72] que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina^[73].

Salimos de allí y fuimos a hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligación de ser soldado, una carabina con braguero^[74], por habersele roto caja y cañón, y un frasco lleno de pimienta y sal^[75] para despolvorear los habares; y por armas tocantes a la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano y cuchillo pequeño; que, a tomar transformación y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que llevaba *perri chiqui*, *perri grande*, *perri de tuti maneri*^[76].

Pasamos de la plaza de armas a juntarnos con el ejército que traía Su Alteza Serenísima del Infante-Cardenal para pasar a los Estados de Flandes, y, habiéndonos agregado a él siguiendo la dicha derrota^[77], ganamos algunas villas cuyos nombres no han llegado a mi noticia, porque yo no las vi ni quise arriesgar mi salud ni poner en contingencia mi vida, pues la tenía yo tan buena que mientras los soldados abrían trinchea abría yo las ganas de comer, y en el ínter que hacían baterías^[78] se las hacía yo a la olla, y los asaltos que ellos daban a las murallas los daba yo a los asadores. Y después de ponerse mi amo a la inclemencia de las balas y de venir molido me hallaba a mí muy descansado y mejor bebido, y tenía a suerte comer quizá mis deshechos, y beber, sin quizá, mis sobras.

Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hacia la vuelta de la villa de Norlingue, juntándose en el camino nuestro ejército con el del Rey de Hungría^[79], con lo cual se doblaron las fuerzas y nos determinamos a ir a ganar la dicha villa. Y a el tiempo que la teníamos boqueando^[80] y esperando cura, cruz y sacristán, el ejército sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan como unas nueces, vino por lana y volvió trasquilado.

Yo, si va a decir verdad (aunque no es de mi profesión), cuando lo vi venir me acoquiné y acobardé de tal manera que diera cuanto tenía por volverme Ícaro alado^[81] o por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque sin necesitar de leña ni carbón, y ganándolo a pesar de nuestra gente se hizo señor absoluto dél. Llegó la nueva a nuestro ejército, y exagerando algunos de los nuestros la pérdida pronosticaban la ruina; que hay soldados de tanto valor que, antes de llegar a la ocasión, publican contentarse con cien palos.

Yo, desmayado del suceso y atemorizado de oír los truenos del riguroso bronce^[82] y de ver los relámpagos de la pólvora y de sentir los rayos de las balas, pensando que toda Suecia venía contra mí y que la menor tajada sería la oreja^[83], por ignorar los caminos y haberse puesto capuz^[84] la señora doña Luna me retiré a un derrotado foso cercano a nuestro ejército, pequeño albergue de un esqueleto rocín que, patiabierta y

boca arriba, se debía de entretener en contar estrellas.

Y viendo que avivaban las cargas de la mosquetería, que rimbombaban^[85] las cajas y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiéndome tendido en tierra (aunque vuéltote la cara por el mal olor), que parecíamos los dos águilas imperiales sin pluma^[86]. Y pareciéndome no tener la seguridad que yo deseaba y que ya el contrario era señor de la campaña, me eché por colcha el descarnado babieca^[87]; y aun no atreviéndome a soltar el aliento lo tuve más de dos horas auestas, contento de que pasando plaza de caballo se salvaría el rey de los marmitones.

Llegó a esta ocasión al referido sitio un soldado de mi compañía, poco menos valiente que yo, pero con más opinión de saber guardar su pellejo (que presumo que venía a lo mismo que yo vine), y, viendo que el rocín se bamboleaba por el movimiento que yo hacía y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al centauro al revés, preguntando a bulto:

—¿Quién va allá?

Yo, conociéndolo en la voz, le llamé por su nombre y le supliqué me quitara aquel hipogrifo^[88] de encima, que por ser desbocado había dado conmigo en aquel foso y cogídomo debajo. Hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocín era una antigua armadura de güesos, no pudiendo detener la risa, me dijo:

—Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caída, pues el caballo se ha hecho pedazos y vuesa merced ha quedado libre.

Respondile:

—Señor mío, cosas son que acontecen y aun se suelen premiar. Calle y callemos, que sendas nos tenemos^[89], y velemos lo que queda de la noche a este difunto, por que Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo cuando deste mundo vaya.

Concedió con mi ruego y tomó mi consejo; y al tiempo que el Aurora, tropellando luceros, daba muestras de su llegada, despidiéndome de mis dos camaradas de cama, me fui a una montañuela apartada del campo enemigo, por parecer curioso y no tener que preguntar, y por confiarme en mi ligereza de pies y tener las espaldas seguras.

Empezáronse los dos campos a saludar y dar los buenos días con muy calientes escaramuzas^[90] y fervorosas embestidas en lugar de chocolate y naranjada, y, al tiempo de cerrar unos regimientos del Sueco con uno de alemanes, empecé a dar voces diciendo:

—¡Viva la casa de Austria! ¡Imperio, Imperio! ¡Avanza, avanza!

Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mías y, con menos ánimo que aliento y con más ligereza que valor, llegué a nuestro ejército.

Encontré en su vanguardia con mi capitán, el cual me dijo que por qué no me iba a la infantería española a tomar una pica para morir defendiendo la fe o para darle al Rey una vitoria.

Yo le respondí:

—Si Su Majestad aguarda a que yo se la dé, negociada tiene su partida; demás que yo soy corazo^[91] o coraza y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligacion.

Díjome que fuese adonde estaba el bagaje y tomara un caballo de los suyos, y que volviese presto, porque quería ver si sabía tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales.

Fuime al rancho, metime debajo del carro de mi amo, cubrime todo el cuerpo de forraje sin dejar afuera otra cosa más que la cabeza, a causa de tomar aliento, por que al tiempo de la derrota, que ya la tenía por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña.

Llegó a mí un capitán que estaba de guardia a el bagaje y me dijo que, pues tiraba plaza de soldado, que por qué me hacía mandria y me cubría de yerba y no acudía a mi tropa. Respondile que, por haber hecho más de lo que me tocaba, me había el enemigo muerto mi caballo y metídomme dos balas en un muslo, y que por que no se me resfriase la herida me había metido en aquel montón de forraje. Con esta satisfacción se fue adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza^[92] y de temor el corazón.

Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano a curarme estando sin lisióon o que mi capitán enviase a buscarme viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto^[93] siendo la misma quietud, me volví a mi montañuela a ser atalaya ganada y a gozar del juego de cañas^[94]. Y estando en ella haciendo la consideración de Jerjes (aunque con menos lágrimas y más miedo^[95]), vi que un trozo^[96] del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martín de Idiáquez, y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huída.

Animome esta acción de tal manera que arrancando de la espada, y sacándola mohosa a que le diese el aire, con estar a media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda para que me sirviese de broquel y, dando un millón de voces a pie quedo, empecé a decir:

—¡Santiago, Santiago! ¡Cierra, España^[97]! ¡A ellos, a ellos! ¡Cierra, cierra!

Y presumo que acobardado el enemigo de oírme o atemorizado de verme comenzó a desmayar y a poner pies en polvorosa.

Empezó todo nuestro campo a apellidar: «¡Vitoria, vitoria!». Yo, que no me había hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban a mi madre, que se llamaba Vitoria López, pensando que estaba conmigo y que la había traído en aquella jornada, les respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban que dejasen descansar los difuntos, y que si alguno la había menester que la fuese a buscar al otro mundo.

Y contemplando desde talanquera^[98] cómo sin ninguna orden ni concierto huían los escuadrones suecos, y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los

batallones nuestros, rompiendo cabezas, cortando brazos, desmembrando cuerpos y no usando de piedad con ninguno, me esforcé a bajar a lo llano, por cobrar opinión de valiente y por raspar^[99] a río vuelto. Y después de encomendarme a Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándose^[100] las piernas, habiendo bajado a una apacible llanada a quien el bosque servía de verjel^[101], hallé una almadraba de atunes^[102] suecos, un matadero de novillos arrianos y una carnicería de tajadas calvinas; y diciendo «¡Qué buen día tendrán los diablos!», empecé con mi hojarasca^[103] a punzar morcones, a taladrar panzas y a rebanar tragaderos^[104]; que no soy yo el primero que se aparece después de la tormenta ni que ha dado a moro muerto gran lanzada.

Fue tan grande el estrago que hice, que me paré a imaginar que no hay hombre más cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni más valiente que un hombre de bien cuando riñe con razón.

Sucedíome (para que se conosca mi valor) que llegando a uno de los enemigos a darle media docena de morcilleras^[105], juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, a la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que sólo de oírlo y parecerme que hacía movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la había envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas y a carrera abierta no paré hasta que llegué a la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo.

Compré de los que siguieron la vitoria un estoque de Solíngues^[106] y algunos considerables despojos, para volverlos a revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido rayo de la campaña.

Encontré a mi amo, que lo traían muy bien desahuciado y muy mal herido, el cual me dijo:

—¡Bergante^[107]! ¿Cómo no habéis acudido a lo que yo os mandé?

Respondile:

—Señor, por no verme como vuesa merced se ve; porque, aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercito en la cocina y el de cocinero en la ocasión. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio más que ser soldado y servir a su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo a oficiales mayores o a sus capitanes, ni puede acudir a dos partes ni contentar a dos dueños.

Lleváronlo a la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dio el alma a su Criador. Dejome, más por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le había hecho, un caballo y cincuenta ducados; que cincuenta mil años tenga de gloria por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere agora otro tanto, por el bien que me hará.

CAPÍTULO VII

Que trata del viaje que hizo a los Estados de Flandes, una pendencia ridícula que tuvo con un soldado, la junta que hizo con un vivandero y otros muchos acaecimientos.

DESPUÉS de haber celebrado una de las mayores vitorias que se han visto en los siglos presentes y en la mejor ocasión que han visto los humanos^[1], se despidió Su Alteza Serenísimá de su primo y hermano el Rey de Hungría, y volvió a continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halleme en esta marcha huérfano de amo, viudo de cocina y temeroso de gastar la herencia, todo lo cual me obligó a sustentarme de mi trabajo y a poner nuevo trato.

Di en hacer empanadas alemanas (por estar en Alemaña, que a estar en Inglaterra fueran inglesas^[2]). Buscaba la harina en los villajes donde sus moradores se habían huido, y la carne en la campaña adonde sus dueños della se habían desmontado^[3]. Hacía cada noche media docena, las dos de vaca y cuatro de carne de caballo, echábalas a la mañana a las ancas de la yegua (sin ser ninguna dellas^[4] la bella Tartagona^[5]), y, en llegando la hora del *rendibuy* general^[6], apeábame del dromedario^[7], tendía el rancho sobre mi ferreruelo, sacaba dos ternas de dados y hacía rifar^[8] mis empanadas a escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provisión dellas. ¡Como si la campaña fuese tumba común de caballos muertos!

Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas. Yo les respondía que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla^[9] por ocasión de marchar cada día, pero que como tuviesen despacho y pimienta^[10] no importaba nada la dureza.

Pasamos el Rin y marchamos la vuelta de^[11] Crucenaque^[12], y desde allí llegamos a Juliés^[13], adonde Su Alteza Serenísimá, acompañado de la caballería de Flandes que le había salido a recibir y convoyar^[14], se apartó del ejército y se fue a dar alegrías a la grandiosa corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás muchas de sus tropas, para si se necesitase dellas en Alemania, juntamente con la gente de la liga del Eletor^[15] de Colonia y Maguntia y la de su Majestad Cesárea, yendo Mansfelte^[16] por cabo de todas.

Fueme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme a ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas agua ardiente y tabaco, queso y naipes; y para tener en seguridad mi persona y en guardia mis mercancías, me arrimé a la caballería

española, yendo por cabo della y por su Comisario general don Pedro de Villamor. Pretendía el capitán de campaña que yo le pagase contribución de mi trato, conforme lo hacían los demás que proveían la caballería, y yo me eximí dello de tal suerte que siempre quedé libre como el cuquillo^[17], porque alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando víveres ni gorgotero llevando menudencias, porque ni tenía carreta como el uno ni cesta como el otro, pues en^[18] rincones de ajenos carros llevaba todo mi caudal.

Tuve, por ser entremetido, entrada en casa del Comisario General, y entraba una vez cada día a visitarle en su mesa, porque sabía que gustaba de ver a *Monsieur* de la Alegría, y tres a sus carros y cantinas, por conservar la alegría del nombre. Entremetíame con todos los señores y, como es de los tales perder y de mercaderes ganar, jugaba a los naipes y dados con todos, y haciéndose perdedizos^[19] por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia por mercader de empanadas caballunas.

Estando en Andernaque^[20] encontré un día en una taberna al soldado que me ayudó a velar el difunto caballo junto a Norlingue, y dándome vaya de que me había hallado debajo dél, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que a no haber hallado ocupado aquel sitio, que hubiera él hecho lo mismo. Empezose a correr y a decir que era más valiente que yo (y pienso que no mentía, aunque fuera más gallina que Caco^[21]). Yo, desestimando su persona y encareciendo mi coraje, le desafié a campaña, y descalzándome un zapato le di un escaquin^[22], guante de mi pie izquierdo (por no tenerlo de las manos), en lugar de gaje^[23] y desafío y por cumplir con las leyes de retador.

Estaba él hecho un zaque^[24] y yo una uva, y así, no acertábamos a salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cuál era más valiente o por que tal pendencia se ahogase en vino, nos adestraron a las puertas y nos salieron acompañando hasta fuera de la villa, y después de habernos medido las armas nos dejaron solos y se apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos a un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspies y amagos de dar de ojos^[25]; empezome él a tirar cuchilladas a pie quedo, habiendo de distancia del uno a el otro una muy larga pica. Yo me reparaba^[26] y trataba de ofenderlo a pie sosegado. Decíame de cuando en cuando:

—¡Reciba ésta, señor gorgotero fiambre!

Y yo, metido en cólera, aunque lo veía tan lejos (de que no me pesaba), le respondía:

—¡Déjela voacé venir, seor maltrapillo^[27] aserenado! ¡Y reciba ésta a buena cuenta! —y esto tirando tajos tan a menudo que tenía hecho una criba al prado donde estábamos.

En conclusión, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire, estuvimos un rato provocando a risa a los circunstantes hasta tanto que la descompostura de los

golpes y el peso de las cabezas nos hicieron venir a tierra y nos obligaron a no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demás amigos, y diciendo: «¡Basta, no haya más!, que muy valerosos han andado y ya^[28] los damos por buenos», me asieron dos dellos por las manos y no hicieron poco en ponerme en pie.

Llegó un camarada mío a querer levantar a mi contrario, y a el tiempo que se bajó para ayudarlo, imaginando que era yo y que lo iba a hacer confesarse por mi rendido, alzó la espada y, diciendo «¡Antes muerto que rendido!», le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el Gobernador de la villa y, viendo a mi camarada desangrarse y a los dos con las espadas desnudas, habiéndose informado de que éramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos presos y hacer curar al herido.

Lleváronme a mí entre cuatro esbirros a la prisión, más en volandas que sobre mis pies, por no estar para sufrir la carga; y a mi competidor, porque sólo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de sol a sol.

Yo iba tan herido de las estocadas de vino que ni conocí los que me llevaron preso ni supe si la cárcel era cárcel, mesón o taberna. Estuve en ella cuarenta horas y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al Comisario General de todo el suceso y, compadecido de mí y por hacerme la merced que siempre me hacía, envió un recado al Gobernador pidiéndole que me soltase, supuesto que la pendencia que habíamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fría.

El Gobernador, por complacerle, mandó que al punto me sacasen de la prisión. Llegó con la orden un criado suyo, y habiendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mí, y pareciéndome estar en otro nuevo mundo, estrañaba el lugar adonde me hallaba.

Contome quién había sido la causa de mi libertad, y yo, haciendo cruces y pareciéndome salir de un castillo encantado, fui a toda priesa a darle las gracias del buen tercio^[29] al Comisario General, el cual, después de haberme hecho relatar todo el origen de la pendencia y sucesos della, se rió infinito y mandó satisfaciesen mi traspaso^[30].

Y después de haber sacado el vientre de mal año fui a visitar mi rancho, el cual estaba como casa sin dueño. Hallé el caballo boca abajo y pensativo, y más flaco que caballete de espadador^[31]. Miré los frascos del agua ardiente y hallellos de vacío, como mulas de retorno^[32], y las demás mercancías algunas cercenadas y otras que se habían huido en pies ajenos. No me dio cuidado esta no pequeña pérdida porque eché de ver que con una docena de empanadas de rocines se satisfacía toda.

Llegamos a Chavamburque^[33], villa del Elector de Maguncia, la cual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas y las caballerizas sin ningún sustento para los caballos. Aquí despaché muy bien una nueva provisión que había hecho de agua ardiente, pero no me atrevía a pregonarla por las mañanas por saber cuán bajo es el oficio de pregonero, y así, la vendía cantando por no ignorar cuán honroso es el de

cantor^[34]. Llamábanme todos por ser tan conocido y porque gustaban de oír mis chanzas; brindaban a mi salud, y yo, haciendo la razón, volvíales a brindar a la de *aliquantum*^[35], y a la de sus dineros emborrachábame^[36] brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba lo pagaban los frascos, por lo cual cada día había menester comprarlos nuevos.

Tuve vergüenza a los primeros días de ir a comer continuamente a la posada del Comisario General y a la de don Cristóbal Salgado; pero viendo tantos peinados gorreros acudir con tanta puntualidad y cuidado, pensando que eran tablas de obra pía^[37] y que se comunicaban^[38] con todo particular viviente, acudí de allí adelante a gozar de la limosna o a comer de bonete^[39]; porque si las gorras que se metían fueran lanzas^[40] en Orán ya ha muchos días que estuviera el Africa por nuestra.

Gastaba las horas de el día en esta forma: desde el alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de distilador de aguas (que este título le había dado por que no llamasen aguardentero a quien tenía entrada y amistad con todos los oficiales mayores de el ejército); de las nueve a las once hacía mis empanadas y las vendía, y de las once a la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante^[41] de las ollas, reconecedor de las cazuelas, superintendente de los asadores y pesquisidor de los vinos; de la una a las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños y ejecutor de sus despojos; y de las tres hasta ponerse el sol, merchante de quesos y estanquero^[42] de naipes.

Tuve un día una pendencia con un marmitón sobre quién sabia fregar mejor una olla. Entramos en la cocina a hacer la prueba, y por haber él dado mejor razón de su oficio (siendo él aprendiz y yo maestro) y hacer burla de mí, le di con los cascos de la olla en los cascos de la cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros.

Fuime a amparar de don Carlos de Padilla y de otro capitán de corazas, y estando un día con ellos, pensando tener asegurada mi persona llegó el Comisario General, y por habérsele quejado el que tocó casco, sin ser jugador de espada negra^[43], me dio media docena de palos tan bien dados que me obligaron a tenerlos hasta hoy en la memoria. Viendo que no me valía la^[44] inmunidad de mi sagrado, les dije a los que tenía por mis valedores que, conforme el libro del duelo, aquel agravio no corría por mi cuenta. Ellos, riéndose al compás que yo lloraba, me llevaron a la casa del dicho Comisario General, y haciéndome brindis a su salud hicieron las amistades.

Marchamos otro día de mañana a la vuelta del Rin, en virtud de una orden que había enviado Su Alteza Serenísima para que volviésemos muy apriesa a socorrer a Brabante. Iba yo muy triste, porque me habían informado, entre otras cosas, no ser bueno aquel país para mis mercancías por la sutileza de ingenio y gran trato de su burguesía^[45], pero alegre por la generosidad de sus príncipes y señores, y por ser tierra rica y abundante adonde, si tenía mala venta mi agua ardiente y tabaco, tendría buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos a Juliers^[46], a Estevans-Werta^[47] y Diste, y llegamos a Tirlemón^[48], adonde estaba Su Alteza Serenísima opuesto a los

ejércitos de Francia y Holanda.

Junteme^[49] en la dicha villa con un añadidura de vivandero y una tilde de mercadante^[50]. Puso él de su parte la carreta, tienda, potes y embudos, y yo un caballo y todo aderezo de cocina. Agregué un poco de dinero, que tenía de pequeño caudal, con el que él se hallaba^[51], y habiendo hecho una razonable provisión y una escritura de estar a pérdida y ganancia, él se ocupaba en vender el vino y la cerveza y yo en hacer pulpetas^[52] de oveja y ollas de carne mortecina, por costarnos a precio muy moderado.

Sentía por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina a dejarme desproveído de guisados, porque sin duda, en las muestras que daba, presumo que se había hallado en la rota^[53] del Príncipe Tomás y que los enemigos lo habían tenido alguna semana atado a un árbol de pies y manos sin darle sustento humano. Desbautizábase^[54] él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino (que a la de la cerveza siempre le guardé respeto porque me pareció orines de rocín con tercianas). Iba cada día a menos nuestro caudal porque él comía por ocho y yo bebía por ochenta, sobre lo cual venimos a reñir, y cada uno por su parte nos fuimos a quejar a el Auditor General, el cual, informado de la justicia de cada uno, tiniendo a novedad tan gracioso pleito, nos divorció sin ser obispo mandándonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno había traído, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida y con algunas deudas. No me pareció proseguir más con el dicho oficio y, así, me determiné de ir a ver la corte de Bruselas por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama.

Llegué a Lovayna, insigne universidad de Brabante, y refrescándoseme la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un escolástico tabernáculo, adonde, tomando un calepino^[55] de tragos, en poco espacio, pensando hablar romance, hablaba un latín tan corrompido que ni yo lo entendía ni nadie lo llegaba a entender. Salime fuera de la muralla a desollar en campaña el animal que había cogido en poblado, de raza de las primeras letras de la villa^[56], detúveme en quitarle el pellejo no más de treinta horas, por causa de despertarme las cajas y trompetas de guerra que daban muestras de la llegada de Su Alteza a aquella villa, porque a no servirme de despertador juntamente con la artillería con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el día de hoy.

Levanteme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza y boca de probar vinagre. Llegué aquel mismo día a Bruselas, adonde hallé ser escusada toda alabanza para tan grandiosa población. Contemplela por plaza de armas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad y por pasmo de hermosura. Vi sus altivos muros, puertas y torreones, que, siendo competidores de los pirámides egipcios, son colunas sobre quien el Atlante español fía el peso de su celeste máquina y monarquía; veneré sus campos por Elíseos^[57], sus salidas^[58] por jardines de Venus y sus bosques por recreación de Diana. Hallé toda su

nobleza en campaña, por lo cual y por hallarme sin dineros y ser tierra que «quien no labora no manduca^[59]», me volví a seguir el ejército.

Y después de haber entrado los ejércitos enemigos con pies de plomo y retirándose con pies de paja, me fui a ver la celebrada antepresa del fuerte del Esquenque^[60], adonde hallé a don Carlos de Padilla, capitán de corazas españolas, que por haber conocido mi alegre modo y haberme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado; y como me había visto solícito en el comercio de la bucólica^[61] me hizo vivandero de su compañía dándome carro, caballos y dineros, debajo de palabra de préstamo y con cláusula de darle los víveres necesarios a su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas: costumbre tan antigua en la milicia que se ha establecido por ley inviolable.

Fui a la villa de Calcar adonde cargué de todo lo competente a mi tráfico, y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña: mercadanta en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina y dama en el lecho; de tierna edad, para que no ocupase el carro ni cansase los caballos con el volumen de su persona, y de buena cara para atraer los huéspedes. Volví a mi cuartel, planté el bodega y empecé a hacer lo que siempre había hecho, y lo mismo que hiciera agora si volviera a tal oficio: daba al capitán la mercancía peor y la que menos me costaba y la que se maltrataba por razón de los golpes del carro, contándosela a mucho más de aquello que me costaba.

Acudían a mi tienda infinidad de Adonis^[62] a la añagaza^[63] de la criada, y cayendo en la red sin ser Martes^[64], despachaba ella su mercancía y yo la mía; pero entre tanta abeja que acudía a los panales pegados los panales en la trasera^[65], solían venir unos zánganos y moscones que me llevaban más de una traspuesta^[66] que yo ganaba en veinte asomadas.



Acudían a mi tienda infinidad de Adonis a la añagaza de la criada...

Pero viéndome corrido y enfadado de que a el maestro le diesen cuchillada, me aparté por unos días de mi compañía por gozar del refrán de «quien se muda Dios le ayuda», aunque me ayudó conforme a mi buena intención. Y para llevar más tren^[67] y ostentación le pedí a un capitán conocido mío una carreta prestada, diciéndole no ser más que para un convoy y ofreciéndome al buen tratamiento del caballo; con la

cual y el carro que llevaba me hice vivandero de verdad, habiéndolo sido hasta allí de mentira.

Arrimeme al mayor grueso de la caballería española, adonde cada día iba creciendo el caudal y aumentándose el crédito y la opinión; mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso me incitaban a jugar cada instante con la gente más lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un día (que fue noche para mí, aunque después lo fue de pascua), habiendo perdido con don Pedro de Villamor lo que quizá en la villa, haciendo el amor, había ganado la criada, le supliqué que me jugara la carreta y caballo, que aunque no era mío corría plaza^[68] de serlo. Hizo lo que le pedí y, echando quínolas más que un quebrado y flujes que para mí eran de sangre^[69], me ganó el corto caudal que yo había adquirido y la carreta y caballo que estaban en confianza.

Volvime a mi tendejón cabizbajo y pensativo, adonde pensado hallar consuelo se me doblaron los pesares añadiendo pena a pena y pérdida a pérdida; porque la criada, habiendo tenido noticia de que había jugado lo mío y lo ajeno, había hecho pella, como el escarabajo^[70], de lo mejor que yo tenía y acogídose sin Cañamar^[71], dejándome la tienda sola. Por cuya causa, aprovechándose algunos caballos ligeros de la ocasión, por salir pesados la entraron a saco como si fuera pabellón de enemigos.

Halleme fuera de cuidado de no tener qué guardar, y con sólo el carro y caballos de mi capitán (que por razón de conocer ser suyos no pasaron por la misma rifa). Busqué un pan^[72] fiado para que se desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y hartándolos de agua los volví a la estala^[73] tan tristes que me persuadí que habían sabido mi pérdida; y no la hubieron de ignorar pues ayunaron de sentimiento della a pan y agua.

Venida la mañana me envió a llamar don Pedro de Villamor y, dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me había ganado, dándome de más a más^[74], lo que me alegró el alma, me confortó el corazón y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha^[75], y dándole tras cada alabanza un millón de bendiciones volvime a mi compañía, di la carreta a su dueño, y mi capitán, que ya sabía todo lo que me había pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado que podían saltar por arco, como perros de rezadores^[76], preguntándome si les había dado la ración en dineros, me los quitó tan colérico que, pensando que me quería pagar el porte de habérselos traído, me fui de su compañía antes que él me echara della.

Halleme dos días antes con carro, carreta y criada y mucha mercancía, y en el que de presente me hallaba compré un saco de pan y un rocín viejo y cargado de muermo^[77], el un ojo ciego y el otro bizco a puras nubes^[78], y que se acordaba del asalto de Matrique^[79] por el Príncipe de Parma. Carguelo con el costal y, haciéndome dos mil reverencias^[80] (o por ver que había en el mundo quien se acordase dél o por suplicarme que le quitase lo que no podía llevar), fuime con él al

regimiento de caballos del Marqués Vizconte, llevándolo del cabestro, para servirle de guía, y refrescándolo a cada tiro de arcabuz^[81] y dejándolo descansar todas las veces que él quería.

Vendí mi pan, compré dos frascos de agua ardiente, hice mi barraca, y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas y tener qué dar de comer y beber, embauqué a todo el regimiento sin quedar soldado a quien no pidiese prestado; y como muchos pocos ha cen un mucho, junté una buena cantidad, con la cual me volví a armar de nuevo.

Pero toda la ganancia y los préstamos no fueron bastantes a poder tener aquel oficio en pie, porque era tanto lo que yo bebía que cuando pensaba ir muy adelante me hallaba muy atrás. Apretábanme los deudores, a quien pagaba con buenas palabras pero jamás con buenas obras; pero advirtiéndolos que, a costa suya, por la mañana hasta a mediodía estaba atolondrado de agua ardiente y de mediodía hasta la noche de *puramente capiamus*^[82], dieron al Auditor muchas quejas por debitoribus nostris^[83]; y una mañana, al son de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trébedes y tenazas, y de todos los demás trastes, pareciendo más almoneda de baratillo o mercado viejo que bienes de vivandero. Cada deudor cargó con lo que pudo y ninguno se atrevió a cargar con el caballito de Bamba^[84]. Yo, viendo que, sin valerme las leyes de la espera^[85], me habían dado sentencia de remate, me despedí harto tierna mente de mi querido rocín, y él a disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acompañarme.

Ampáreme de los capitanes y, ayudándome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fui al regimiento del Conde de Fuenclara, el cual había ido a Alemania, con orden de Su Alteza Serenísima, a pedir socorro a la Cesárea Majestad del Emperador para poder echar destos Estados los ejércitos agregados de Francia y Holanda. Fui a hablar a Pedro de Caravajal, su tiniente coronel, el cual anduvo tan bizarro (conociendo mi sujeto) que me prestó con que poder levantar cabeza y encastillarme en la vivandería. Compré una carreta y dos caballos cerrados de edad^[86] y abiertos de espinazo, con más faltas que un juego de pelota^[87], pero animales quietos y sosegados y que siempre buscaban su comodidad.

Marchamos al contorno de Matrique a cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el Marqués de Leyden; y volviéndonos a retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir *nones*, y aunque los mataba a palos jamás tuvieron atrevimiento de tirar coces; y esto viniendo la carreta vacía y yo caminando a pie, que a venir cargada hubiera más de seis horas antes que necesitara de cargar con ellos y traerlos acuestas.

El uno, que era cabezudo^[88] como aragonés, dio en que no había de pasar adelante, y saliose con ello hasta ciento y un año^[89]. Por cuya razón me fue fuerza quedarme muy atrasado de las tropas y venirme en buena conversación con el otro, suplicándole que me hiciese merced, por otra tal, de no dejarme hasta llegar a el

cuartel. Tropecé en el camino con seis soldados de una partida de holandeses que habían salido de Maastricht; y al tiempo que llegaron a despojarme vi más adelante una emboscada de hasta otros veinte, y pensando que eran de nuestra gente les empecé a dar voces para que me viniesen a ayudar. En el ínter procuré de escurrirme de los que me tenían cercado. Acudió toda la emboscada, con lo cual yo cobré ánimo y empecé a dar voces, diciendo:

—¡Viva España y muera Holanda! ¡Ea, soldados, paguen estos luteranos la amistad que me querían hacer!

Llegó toda la tropa y, como me oyeron que, engañado, los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos^[90] y me dejaron tan de

valentía en el donaire
y donaire en el mirar^[91],

que me daba el sol por la parte que le dio a don Bueso^[92].

Lleváronme a mí y al señor mi caballo presos a Maastricht, teniendo a dicha el ser prisionero, por vengarme de el tal rocín viéndolo en poder de enemigos. Diéronme por cárcel una taberna, que era lo que la mona quería^[93]. Pasó la fama que era un vivandero rico, por lo cual esperaban de mí una gran ración^[94], y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio^[95], sino en todo y por todo.

Al cabo de algunos días, viendo que se alargaba la prisión y crecía la costa, pedí licencia para hablar al Duque de Bullón^[96], que era Gobernador en aquella villa, la cual se me concedió, y cercado de chuzos y alabardas, como paso de Prendimiento^[97], me llevaron a casa del dicho Duque, a el cual hallé que estaba comiendo, cercado de camaradas y con grande ostentación.

Hice mil cortesías, dime un centenar de tapabocas puniéndome la planta de las manos en los labios, como besos^[98] de amantes secretos, echeme a sus pies y, que quiso que no quiso, le di un par de paces de Judas^[99] dejándole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hízome levantar y preguntome que cuánto daría por mi ración. Referile muy triste que Su Excelencia me mandara dar de beber para echar aquel susto abajo, y que después trataríamos de cosas de gusto y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un paje, por lisonjearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me trujo la bebida en una taza tan cristalina como penada^[100]. Yo le dije:

—Señor mío, eso es añadir penas a penas; salir yo de las penas de la prisión, y darme a beber en taza penada es querer dar conmigo en la sepultura. Vuesa merced me traiga una taza de descanso y seremos buenos amigos.

Díjome que no había taza tan grande como a él le parecía que yo había menester; a lo cual respondí:

—Tráigaseme un caldero de hacer colada, que, cuando no venga lleno, suelo

tiene.

El Duque, disimulando la risa, le mandó que me trujese una fuente que tenía de vidrio y un frasco grande de vino, y me lo fuesen echando hasta tanto que aplacase la sed. Hízolo así el paje, y yo, hociendo en un artesón que tenía, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, a pocas tiradas dejé la fuente agotada y agostado^[101] el frasco. Díjome el Duque:

—Con esa pítima^[102], aliento tendrá agora para tratar de su ración^[103].

Respondile:

—Excelentísimo señor, de *dinare in fora, quanto volite*. Yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, teniendo más de Galaor que de Esplandián^[104]. Mi nombre es Estebanillo González entre los españoles, *Monsieur* de la Alegría entre la nación francesa; mi oficio es el de buscón y mi arte el de la bufa, por cuyas preminencias y prerrogativas soy libre como novillo de concejo. Si cada soldado de los que se hallaron a hacerme prisionero quiere una gracia por lo que le puede tocar, y Vuesa Excelencia cuatro gestos por lo que le pertenece, júntense todos; que luego de contante serán satisfechos y pagados. Y, donde no, su daño hacen, y mi provecho, porque, habiendo descubierto quién soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la más principal, y en pocos días que entre en ella se encarecerá el vino y en pocos meses se morirán todos de sed.

Holgose el Duque de oírme, riéronse sus camaradas y, mandándome^[105] un plato de la mesa, me brindaron tan a menudo que, a no ser tan buen piloto^[106], les pudiera decir:

¡A espacio^[107], penas, a espacio!

Alzaron la tabla, y llamándome el Duque, me dijo que por postre de mesa me daba libertad, y por principio de conocencia dos doblas para hacer venta^[108] en el camino. Agradecile la merced y, recibiendo las dos doblas, me despedí dél y sus camaradas, suplicándole encarecidamente que por ninguna ración diera libertad a mi rocín, por los mochazos que recibí por su causa. Y saliéndome de la villa tomé el camino de Namur^[109], adonde llegué con harto temor por irme recelando en todo el viaje dar en las leyes de partida^[110], ya que en la pasada^[111] renuncié las de la entrega, prueba y paga.

Fui a visitar a Bernabé Vizconte, capitán de caballos, y contándole mi prisión y la causa de mi libertad, y dándome en poco rato a conocer, le agradaron tanto mis burlerías que, después de haberme reparado la esterilidad del camino y añadir otra dobla a las dos que yo traía, me metió en su coche, adonde, encochinados los dos, me llevó a ver el Conde Otavio Piccolomini, General de la armada imperial, que en aquella sazón estaba en aquella villa. El cual, habiéndose informado del capitán las partes y méritos que en mí concurrían, se holgó de tener un rato con quien poderse

entretener; que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse^[112].

Y por ser hora de cortar capas y de echar bendiciones^[113] le pusieron la mesa perteneciente a tal señor y necesaria a tan gran soldado. Mandome dar silla de la suerte que anda el mundo y honrome con que fuera su convidado. Púsome un criado la silla al revés, cosa que hasta entonces ignoré, y al tiempo que la quise volver me dijo que no tratase dello, porque él me daba aquello que me pertenecía. Y como no iba yo a tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí más de treinta postas camino de Brindis^[114], con estar mal ensillado.

Dio fin lo que empezó en comida y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de «comida hecha, compañía deshecha» quedamos solos yo y Su Excelencia y el capitán que me había conducido a que sacase la tripa de mal año. Desafiáronme a jugar a la primera, y sacando en lugar de tantos^[115] cada uno un puñado de doblas las hicieron de resto, y yo, valiéndome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contáronme tantos y empezamos a jugar un sopapo de vale^[116] y treinta de resto, y de precio^[117] cada dobla de treinta tantos.

Hallé que en ley de cristiano no podía jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo a la ganancia y ellos a la pérdida; pues si me decía bien^[118] ganaba doblas, y si perdía, perdía sopapos (que en tiempo de necesidad recibiría^[119] veinte al maravedí), y si los dos me ganaban quedaban dolientes de dedos y lastimados de bolsas; pero sin reparar en escrúpulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenía resto abierto^[120] y bastantes carrillos para pagar cualquier cantidad.

Gané a Su Excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad presumo que se dejó perder. Ganome el capitán treinta tantos y dióselos de barato a los pajes, los cuales me hicieron hinchar, como hombre humilde que se ve en altura, y ponerme cariampollado^[121] y de figura de Bóreas, y, dejándome hechos los carrillos salseretas^[122] de color granadino, ellos quedaron alegres y yo satisfecho.

Preguntele al criado que me puso la silla que si había pasado hora por ella^[123], o por qué razón me la ponía a mí diferente que a los demás que habían comido con Su Excelencia. Respondiome:

—A los que convida mi amo y son gentileshombres se le da silla a la haz^[124], pero a los que ellos se convidan o son gentileshombres de la bufa se le da al revés.

Yo le respondí:

—Si siempre me ha de regalar Su Excelencia como ha hecho hoy, mas que me ponga vuesa merced albarda.

Y considerando que ya pasaba plaza de caballero alegre y muestra de gentilhombre entretenido, dije entre mí:

—Mi gusto es mi honra, y

ande yo caliente
y ríase la gente^[125];

pues poco importa que mi padre se llame *Hogaza*^[126] si yo me muero de hambre.

Fuese aquella tarde Su Excelencia corriendo la posta a la corte de Bruselas, mar donde acuden todos los ríos del poder y valor, y patria común de todos los extranjeros. Quedeme helado cuando supe su partida, por haberme dejado habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve a pique de renunciar el tal oficio y de volverme a mis platos y escudillas.

Fuime a dar cuenta dello al Marqués Mathey, que estaba en aquella villa por coronel de infantería alemana, el cual me animó a que prosiguiese adelante con mis caravanas y que no temiese el año del noviciado; y porque echó de ver que sentía el haberse ausentado Su Excelencia me dio dineros para que le siguiese por la posta^[127]. Púseme en camino, dando a entender a los postillones (porque veía que se reían de mí viéndome tan pobre de vestido) que era un caballero mayorazgo que me había escapado de la prisión de Matrique.

Entré en Bruselas desempedrando calles^[128], pareciendo yo postillón desvalijado y el postillón correo sin asistencia^[129]. Y después de haberme apeado y curádome, como penitente de sangre^[130], mis desolladas asentaderas, me fui en busca del palacio de Su Excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me había de hacer y el que de presente me hace, pues con tanto extremo me había inclinado a su servicio y con tal agonía le venía buscando.

Preguntele a un cortesano que si conocía al Conde Ottavio Piccolomini de Aragón y si sabía a qué parte estaba su palacio. El cual respondió:

—Muy poco debe vuesa merced de saber quién es ese señor, pues me pregunta a mí si lo conozco, no habiendo hoy en todo el orbe persona más conocida por su valor, por su fama y por su ilustre nacimiento; pues después de haber sido honor y gloria de Italia y Alcides del Sacro Imperio ha sido el Mesías destes Estados, pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos y habemos implorado su santo advenimiento^[131] nos ha sacado del caos de aflicción en que nos hallábamos; pues, en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los vitoriosos y enemigos campos vencidos y nuestros derrotados ejércitos vencedores, pues, después de haber sido con el suyo causa principal de que dejasen a Lovayna libre y a los Estados pacíficos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela^[132], rendido a Xateleto^[133] y conquistado a Corbi^[134], habiendo convertido los cristales del caudaloso Soma en mar de sangre enemiga y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras y en lilibeos^[135] de funestos despojos. Pero ¿quién podía dar a la casa de Austria tantas victorias, a Flandes tantos laureles y añadir tantos timbres a sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad y tan antigua casa, originada de los

excelentísimos duques de Amalfi, de cuyo esclarecido tronco han florecido sumos pontífices, títulos y señores que han dado asunto con su valor y grandeza a las historias y han inmortalizado sus famas, adornando el un cuartel de su escudo las barras de Aragón, por decendiente de su casa real, tan venerada en el orbe por sus poderosos reyes, por sus invencibles conquistas y por sus aplaudidas victorias?

Tenía talle mi entendido cortesano de no cesar en un año (y pienso que tenía bastante materia para ello) a no llamarlo unos amigos suyos, por lo cual le fue fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relación y discurso tan notorio. Despidiose de mí y, dándome noticia de la calle donde vivía Su Excelencia, se fue por una parte y yo me escurrí por otra.

Quedé alegre por la buena información, y triste advirtiéndome que un señor de tantas partes y de tan conocida nobleza no se dignaría de recibir en su servicio un pobre hongo producido del polvo de la tierra, y más viéndome en traje tan distraído^[136] y en hábito tan roto, porque el día de hoy no tratan a cada uno más de conforme se trata.

Pero considerando que el rey don Fernando de Aragón fue el príncipe más amigo de bufones que han conocido nuestras edades, y que Su Excelencia, por decendiente de aquella real casa y por gozar de las bendiciones de aquel adagio que dice: «bien haya quien a los suyos parece», me admitiría, por constarle que semejantes casas jamás están escasas de leones atados y de bufones sueltos^[137]; y que fue una borracha^[138] la gentilidad en tener por deidades y dar adoración a la poesía, música y olor^[139] y no dársela a la bufonería, siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas y que solamente es aborrecida de peñones^[140] y miserables; y que tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagamunda y inútiles a la república, no pudieron conseguir su intento por alegar todo el Senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir a sus emperadores libremente los defectos que tenían y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas. Animándome estas consideraciones alargué el paso y resuscité la esperanza.

Llegué a el palacio deste nuevo Marte y, valiéndome de las excepciones y privilegios de mi profesión, sin licencia de porteros ni recados de pajes, me entré hasta su misma sala, adonde me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen para que apagara el calor del camino, y que de allí adelante me asistiesen con todo lo necesario y me tratasen como a criado suyo. Agradecile el favor y honra que me hacía, y, pomposo de haber salido con mi pretensión, senté el real y tomé pacífica posesión del provechoso oficio. Mandome hacer un vestido de su librea para que me sirviese de estimación con los señores y de salvaguardia con los pajes y lacayos; y aunque lo sentí, por saber que aunque su nombre empieza en libertad es vestido de esclavitud y munición de galeotes, pues al menor tris^[141] hay un «¡Ropa fuera!», me fue fuerza el encajármelo por no contradecirle en su gusto y por remediar mi desnudez.

En este tiempo hizo mi amo un viaje a Alemania a reforzar el ejército imperial que estaba a su cargo en defensa y custodia destes Estados. Partió de esta corte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros, que le iba sirviendo de norte, y no de los postreros en llegarme a comer en su mesa. En silla baja, a uso de corte, tomaba, por sólo tomar, cuanto me daban sus camaradas y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando; yo, por no dar, aun no daba a ningún criado los buenos días.

Llegamos a Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino fui a besar la mano a la Cesárea Majestad de la Emperatriz María. la cual, con ser yo pequeño y no usarse en Alemania chapines^[142], me hizo Grande del Sacro Imperio: mandome^[143] cubrir como a potentado. Yo, viéndome favorecido y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria que en lo hinchado y puesto en asas^[144] parecía botija de serenar.

Llegó un paje por detrás de mí y, viéndome tan espetado^[145] y relleno, me^[146] metió por debajo del envés de la barriga^[147] un puntiagudo aguijón que podía servir de lengua a una torneada garrocha^[148] y dar muerte con ella al más valiente novillo de Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento^[149], y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al mayordomo mayor le dije:

—Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes a los príncipes extranjeros y de tanta calidad que se cubren delante de Sus Majestades Cesáreas?

El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió:

—¡Esos son los postres de los bufones!

Cuyas palabras me dejaron tan mortificado y sin espíritu que en muchos días no me atreví a volver al Palacio.

Mi amo (que así me he atrevido a llamarlo, pues comía su pan y vestía su librea, y siempre lo ha sido y lo es y lo será) con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército y, dándole orden de marchar la vuelta de Flandes, fue prosiguiendo su viaje. Y yo, por no volverme de vacío, me fui a despedir de la Majestad Cesárea de la Emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien escudos de oro.

Al punto que los recibí tomé la posta y corrí con ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia. Fui a visitar a don Baltasar de Marradas, que era Virrey de aquel reino; hallelo en la mesa y, celebrando mi buena venida, me dio de comer y beber aun mucho más de lo que me bastaba.

Salí a una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la cual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azúcar y a su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviéndome a embestirle, fiado en mis preminencias, mojé un bizcocho en aquel piélagos de ampos, y trasladándolo con sutileza de manos a boca, me sirvió de impedimento un criado del

repostero, que, juzgándolo a atrevimiento o ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios lastimándome todo el frontispicio de marfil^[150].

Yo, sintiendo el dolor y no reparando en galas, le encajé la porcelana en la cabeza, dejándosela tan ajustada que parecía montera redonda de sayal^[151] blanco o cofia de aldeana curiosa. Empezáronle a bajar tantas y tan espesas corrientes que, serviéndole al rostro de albayalde^[152], le aprovechó de enjalbegar^[153] el vestido. Tomó un cuchillo que halló a mano y se vino como rayo para mí. Yo, que sabía cuán irremediable es una jiferada picaresca, volvíle las espaldas y, medio rodando unas escaleras abajo, llegué a la cocina; y por ver que me venía siguiendo, puesta la mano en su celada (por temor de no quebrarla), tomé un asador con la mano derecha y una^[154] tapa de hierro de una grande olla de la izquierda y me planté de firme a firme con mi mosca en leche.

Dio chillidos una fregona, a los cuales acudió el mayordomo y, hallándonos a los dos en postura tan ridícula, se puso en medio, y sin dar lugar a el criado a que se quitase el nevado tocador, nos llevó a la mesa de su amo con todas nuestras armas y pertrechos^[155]. Riose mucho el Virrey del suceso y de ver la blancura de mi competidor, y, después de mandar hacernos amigos, me dio una veintena de escudos, la cual recibí con mucha voluntad, y con muchísima me salí de su palacio receloso del encremado alemán.

Marchamos a Wormes^[156], ciudad de las principales del Palatinado^[157] y vecina del ameno y caudaloso Rin, adonde estaba hecho alto el ejército imperial aguardando segunda orden para pasar a Flandes. Venía mi amo tan a la ligera que no traía consigo ningún bagaje, por lo cual fue fuerza que los pocos criados que le veníamos acompañando le sirviésemos en lo tocante a su comida y regalo y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venían atrás en guardia de su recámara^[158].

Encargáronme, por ver mi brío y despejo, la despensa de la comida, la cantina del vino y el pozo de la nieve, que fue lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia, o hacer a un lobo pastor de ovejas. Diéronme criados pertenecientes a tal amo, para que, entretenidos cerca de mi persona^[159], observasen mis órdenes. Estimábanme todos los coroneles y capitanes del ejército como a nevero^[160] en verano y pescador en Cuaresma^[161]. Regalábame como quien podía y mandaba como quien tenía a quién, hacía mis sacas^[162] de vino y mis vendejas^[163] de nieve, y con la calidad del uno y la frialdad del otro gozaba mi bolsa de un templado temperamento.

Habíanme dado por cuartel, para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un judío rabí^[164] de nación italiano, el cual, por decir que era mi paisano y que me conoció a mí y a mi padre en la ciudad de Roma, me alargaba la contribución y me hacía esperar sin ser de su ley^[165]. Pero, viendo que no aprovechaba el llevarlo por bien ni por mal, me di por desentendido y, confirmando de nuevo la amistad de la

conociencia antigua, lo truje una tarde a mi despensa a que merendase en ella; y, habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escaseza de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos a enfriar, el uno de vino y el otro de agua de limones; y al tiempo que lo vi en lo hondo buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera y la subí arriba, dejándolo empozado como a otro Josef^[166]; y volviéndome a asomar a la puerta del pozo, le dije:

—¡Perro judío! Primero te has de volver carámbano que salgas a ver la luz del cielo, hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme a los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble^[167] a mí, por usar de presente tres oficios en servicio del General, y todos ellos de a dos bocas^[168].

Empezó a gritar y a llorarme pobrezas^[169]; y diciéndole que poco importaban sus voces, porque no podían ser oídas, le cerré la puerta y lo dejé empozado en parte donde no se abochornaría.

Otro día, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví a abrir y lo hallé tiritando de frío y casi helado. Volvile a protestar ser la culpa suya, desahuciándolo de la salida hasta que yo estuviese satisfecho. Reduciose^[170] con esto a darme unas señas para que su mujer me diese todo aquello en que quedamos de concierto.

En efeto, cobré mi boleta, y después saqué al pobre rabí tan hambriento y helado que en más de cuatro horas que lo tuve al rincón del fuego, dándole caldas y regalándolo, no le pude volver a su primero ser.

Otro día de mañana marchamos la vuelta del país de Henao^[171], y al cabo de algunos días llegarnos a hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons^[172], donde el Conde de Buquoy, gobernador de aquel país y señor de los calificados de Flandes, salió a recibir a mi amo; y llevándolo a su palacio, acudiendo al ser quien es y a su conocida liberalidad y largueza, le hospedó y banqueteó, excediendo sus costosos regalos a los de la boda del Rey Baltasar^[173] y los néctares de sus odoríferos licores a la bebida que dio la célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio^[174]. Fueron estos banquetes para mí unos juicios finales, porque privándome de lo poco que yo tenía daban cada instante con mi edificio en tierra.

Di en visitar los vivanderos del ejército muy a menudo y en quererlos meter en contribución estando en país libre; por lo cual, y por excesivos gastos que les hacía y no pagaba, tenía cada instante con ellos mil peleonas^[175] y les echaba cada día mil roncás^[176]. Pero al cabo me venían a derribar y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetándome por criado de quien era.

Sucedíome un día un cuento hartamente donoso; y fue que, saliendo de comer de la villa tan por extremo cargada la cabeza que los niños me parecían hombres y los hombres gigantes, lo blanco azul y lo verde leonado^[177], llegué dando traspiés a una grasería^[178] que estaba toda cubierta y adornada de manojos y hileras de velas de

sebo. Y pareciéndome los manojos que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño que por qué causa les había quitado las hojas. El cual, por no entenderme y conocer de la suerte que iba, dejó de responderme y se puso muy de espacio a reír. Yo, que imagino que a la preñez de mi borrachera le había dado antojo de comer rábanos, alargué la mano a una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y, agarrando dos velas y tirando con fuerza para darme un verde de lo que apetecía, di con todo el argadijo^[179] en tierra.

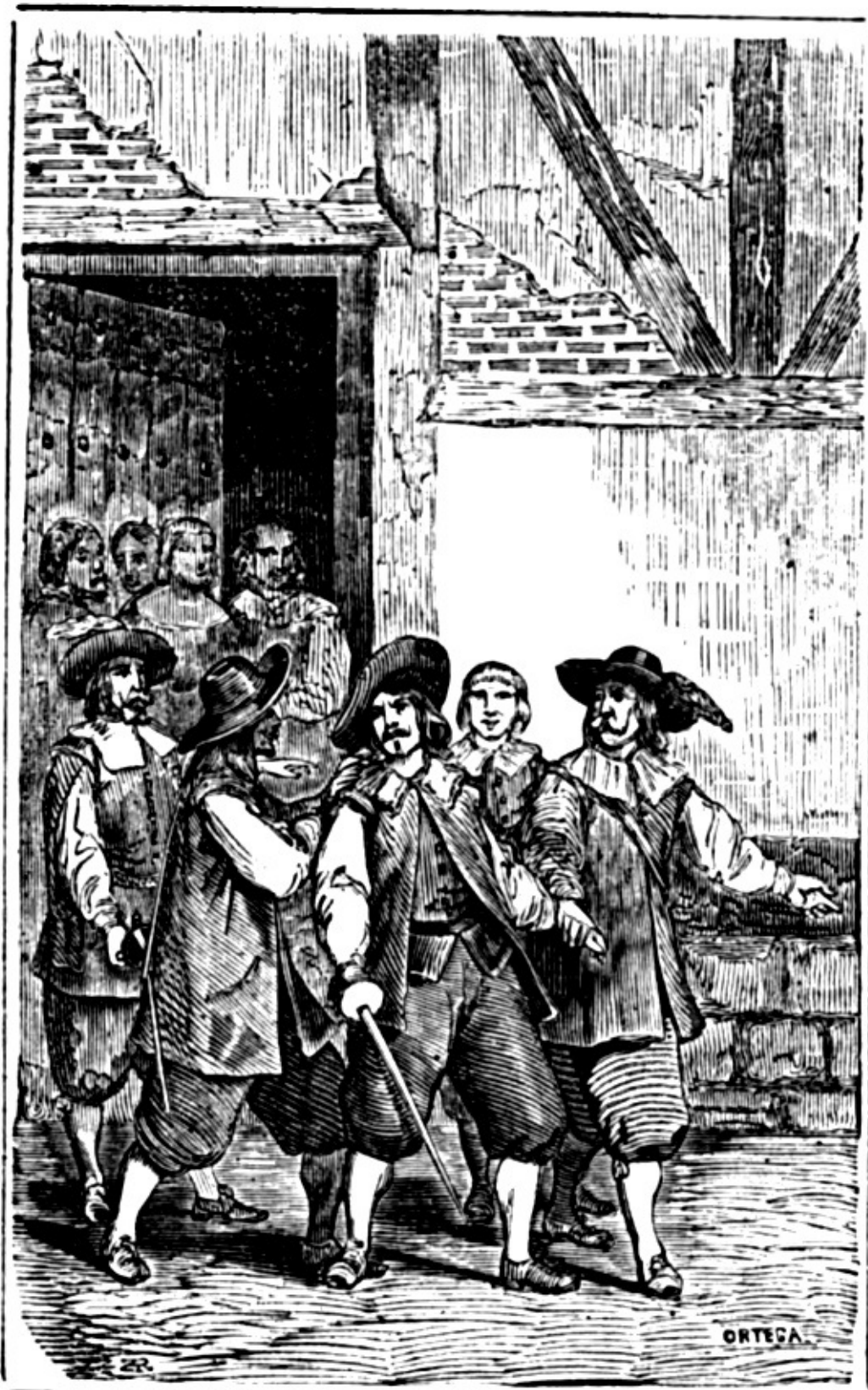
Viendo el amo toda su mercancía hecha pedazos, antes de dejármela probar tomó el palo y descargolo sobre mí con tal furia, que si el vino me había hecho ver estrellas a medio día él me hizo ver luceros a las dos de la tarde. Sentía, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que, metiendo mano a la espada, cerré con él como con tropa de enemigos. Viéndome tan fuera de mí y que sin miedo ninguno me iba acercando a él sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano a la tienda y cerró tras sí la puerta.

Yo, viendo que por más estocadas que daba a la puerta no se me quitaba el escozor de la chimenea y de las costillas, cerré con la procesión de la Candelaria^[180] y, tirando tajos y reveses, desgajando y desmenuzando escuadrones de sebo y pábilos^[181], rendí a mis pies el número de mil velas o rábanos, dejando la tienda hecha una ruina de grosura.

A este tiempo acertó a pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros y, viéndome jugar de montante^[182] y tan encendido en cólera, a persuasión de unos vecinos me sacaron a la calle, diciendo a grandes voces:

—¿Palos a mí por un par de rábanos, valiendo a liarte^[183] el manajo?

Lleváronme medio en peso a donde dormí la pendencia, dejando a el pobre burgués sin dormir de puro desvelado. Fue la queja a mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos de que yo les estafaba y destruía, por lo cual, indignado contra mí y por que viesen la igualdad de su justicia, me mandó prender y echar una grande y pesada cadena y que me pusiesen a buen recado. Los ejecutores infernales, no siendo lerdos ni perezosos a su mandato por dar muestras de ministros puntuales, me amarraron a un duro banco, y no de galera turquesa^[184]: allí purgué la batalla de los rábanos, allí pené los pecados cometidos contra los prójimos vivanderos, ayuné sin ser témporas ni vigalias y hice dieta sin haberme metido en cura.



Fue la queja a mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos de que yo les estafaba y destruía...

Enternecida deste rigor la señora Condesa de Buquoy, sorda a las quejas de tantos demandantes, le pidió a mi amo que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia; el cual, viendo la deidad que me amparaba y el ángel que me defendía, mandó que me desenlabonasen y que me diesen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo con propósito de no disgustar más a mi amo ni obligarle a que me

volviese a poner en semejante apretura, dejando de allí adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fue el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé aquella campaña tan quieto y sosegado que más parecía pretendiente de ermitaño que hombre de bureo^[185].

Llegó el tiempo de retirarnos y, por gozar de mis anchuras y no andar compungido y recatado, me fui a desenfadar al bosque de Bodú^[186], tres leguas de Mons, a acompañar a el Príncipe Thomás, que andaba, en seguimiento de un ciervo. Estuve allí muchos días hecho devanaderas^[187] de su distrito y sabueso de su espesura.

Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí a Su Alteza que dejase aquel enfadoso ejercicio y que le bastase por escarmiento haber andado tantos ratos tras de un animal cornucopia sin poderle dar un alcance; porque si aquel molimiento y cansancio era divertimento de príncipes como Su Alteza, no era vida de caballeros alegres como yo, porque más quería irme a ser raposa de una pequeña despensa que quedarme a ser lobo de un dilatado bosque. Respondiome que me guardaría bien de dejarlo, porque lo pagaría con las setenas^[188].

Este mandato me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros y saltador de matas. Y, puniéndome en el camino de Mons sin reparar en la nueva orden, me fui a visitar mis antiguas parroquias y a verme libre de todo dominio. Estúveme holgando en ellas hasta que supe que Su Alteza había conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo, por cuya razón le volví a buscar para irle acompañando hasta la corte de Bruselas, adonde estaba mi amo.

Preguntome que cómo me había ido sin su licencia y no obedecido lo que me había mandado. Respondile que me había perdido en el bosque, como el Marqués de Mantua, y por no encontrar con algún Infante Baldovinos^[189] me había retirado a descansar del trabajo pasado. Pareciole muy frivola disculpa, y, descubriendo mi flor y oyendo que todos los caballeros y señores que le acompañaban le pedían a voces mi merecido castigo, se apartó a una parte con ellos a consultar la gravedad del delito y a pronunciar la sentencia que se me había de dar. Yo estaba con rostro de reo y con temblores de atercianado, dando al Diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos.

Salió de la junta y sala del crimen que en pena de mi desobediencia se me pusiese un peto fuerte y un espaldar^[190] reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre, los cuernos del difunto ciervo arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo o pabellón, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabel de marca mayor; y que del pellejo se me hiciera una capellina de armas^[191] que, cubriendo la cabeza, sirviese de loriga^[192] a lo restante de las partes desarmadas.

Notificáronme el fallo y, como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelación. Y haciendo venir de la villa un armador de rastillos de dedos y

un sastre de coser pieles^[193], me armaron de punta en blanco y me vistieron de animal selvático. Subiéronme a caballo, y me mandaron que corriese la posta hasta entrar en Bruselas y dar una vuelta por todas sus calles y paseos, y después entrar en su Palacio Real.

Salí del bosque con insignias de marido consintiente, sin que me faltase para el vergonzoso jerolífico sino sólo un pregonero y una ristra de ajos^[194], y como por calles acostumbradas^[195] seguí el camino real asombrando pasajeros y alborotando perros, porque pensando que fuese segundo Anteón^[196] me seguían y perseguían.

Entré en Bruselas, donde al son de mis cascabeles y al estruendo de las herraduras de mi rocinante se despoblaban las casas y se colmaban las calles. Absortábanse de ver la diabólica armadura y ridículo traje, y dándome más silbos que a un encierro de toros me regalaban de cuando en cuando con algunos manzanazos.

Llegué a el Real Palacio, y al punto que puse pie en tierra tuve orden de Su Alteza Serenísima el Infante-Cardenal que subiese a verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo, por el altura de mis ganchosos alcornoques y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra, adonde, mirando Su Alteza mi espectáculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato a sus lebreles^[197]; pero venciendo su piedad a su deseo mandó que me regalasen y que no se me hiciese ofensa ninguna.

Yo estaba tan avergonzado de verme gentilhombre de Cervera y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, villas y villajes y en la entrada de Bruselas, de apearme y vengarme a puras cornadas por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dejelo de hacer por que no me desjarretasen o me echasen alanos a la oreja^[198].

Después de haber refrescado y tomado algún aliento volví a subir a caballo y me fui derecho a casa de mi amo, llevando de retaguardia un grande ejército de muchachos y una grande algazara de gritos y voces. Entré en su cuarto, y admirándose de que siendo yo soltero usurpase armas ajenas, anticipándome para lo venidero, se holgó infinito de lo sucedido, por haber dejado de ser cortesano por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi traje tan extravagante y ridículo (que no siendo de sátiro ni fauno era trasunto del mismo Barrabás), mandó llamar a un pintor al cual le hizo que me retratase al vivo; con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiéndome de que a otra caza se me levantarían estatuas, olvidé las afrentas pasadas y traté (quitándome aquel endemoniado traje) de gozar de las presentes.

En esta ocasión convidaron a mi amo a un bautismo, dos leguas de Rupelmunda^[199], en un castillo llamado Basel^[200], y dejando de acompañarle me quedé en Bruselas en cierto divertimento, y al segundo día tomé la posta, cudicioso de gozar de la colación y percances extraordinarios.

Hallé a mi amo tan airado contra mí que, en castigo de mi tardanza, mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se había gastado en la colación y banquete

de la noche pasada, y que me apremiasen a que diese fin dello. No apelé desta nueva y nunca oída sentencia, antes supliqué por la brevedad de la ejecución, atento a la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas a mi pellejo quitándole todas las botanas.

Mas el Gran Bailliu^[201] que estaba acompañando a mi amo, por librarme deste tormento (que para mí venía a ser regalo), le dijo:

—Excelentísimo Señor, yo estoy informado que Estebanillo es inquieto y que anda desasosegado; y para que pierda los bríos, ande pacífico y acuda sin hacer faltas al servicio, me parece que será provechoso remedio el caparlo. Para lo cual hay en esta villa un valiente maestro que con mucha brevedad y poco dolor lo dejará como caballo del país, manso y nada coceador.

Respondiole mi amo que le parecía muy bueno el consejo, y que era muy importante para mi persona, porque podría ser guardadamas en casa de un príncipe, músico en una capilla real o privado de un sultán.

Yo me reía de todo este discurso y llevaba en chanza los puestos y oficios que me adjudicaban; pero, advirtiéndome que llegaron a mí media docena de mosqueteros y me llevaron preso y entregaron a la guardia, quedé tan mortal que, a no cerrar los dientes, se me saliera el alma por la boca. Y viendo que mi amo se volvió a Bruselas y me dejó triste y desamparado en poder de la *gura*^[202], me acabé de desmayar juzgándome vecino de Capadocia.

Vino a visitarme el Gran Bailliu; díjome que no tenía otro remedio mi prisión sino armarme de ánimo y de paciencia y apercebirme para ir al castillo de Rupelmunda. Yo le supliqué, hincado de rodillas y hechos mis ojos dos fuentes de lágrimas, que tuviese lástima de mi juventud y que no me privase de las prendas más necesarias a ella; que en llegando la vejez, entonces podría ejecutar en mí tan riguroso fallo; demás de que, desde agora en adelante, yo le hacía donación y renunciación de mi libre y espontánea voluntad, sin premio^[203] ni fuerza ni inducimiento alguno; porque no era justo ir contra lo que Dios mandó a nuestros primeros padres en materia de la multiplicación, y que era ir contra las leyes de naturaleza haciendo de una gallina un capón.

Volvió las espaldas (quizá por que no le viera reír) y subió a caballo; y, con una compañía que había traído de aquel castillo a estar de guardia a mi amo, me llevó a Rupelmunda como a prisionero de importancia y me dejó muy bien cerrado y en parte segura de toda fuga, diciéndome por despedida que otro día vendría el sastre de cortar bolsas y me aligeraría de peso y cumpliría lo que mi amo dejaba ordenado.

No sé cómo encarecer de la suerte que quedé, pues fue tal que, cubriéndose el rostro de un sudor frío y el cuerpo de un mortal desmayo, pienso que lucharon la vida y la muerte espacio de dos horas tiniéndome privado de sentidos y enajenado de potencias^[204]. Mas volviendo en mí al cabo de la lucha y viendo la desdicha que había venido a la casa de los Muñatones (pues quedaba con mayorazgo que no le podía dar sucesor) y acordándome de lo poco que había ganado en el moderno oficio

y lo mucho que perdía en haberlo usado, volví a renovar el llanto, y con el mismo sentimiento con que se despide el cuerpo de el alma me empecé a despedir de la carne de mis carnes^[205], y no huesos de mis huesos, diciendo:

—¡Ay dulces prendas, por mi mal perdidas^[206],

nacidas y procreadas con este desdichado cuerpo, compañeras en todas mis aflicciones, causa y origen de mi mal logrado bozo^[207], sabe el Cielo lo que siento el dejaros y la falta tan grande que me haréis en esta larga ausencia!

Con este triste sentimiento pasé toda la noche sollozando tan violenta despedida y esperando por horas al maestro del chifle^[208] o sastre de coser alforjas.

Venida la mañana me asomé a una reja del castillo a divertirme un poco mirando la villa y su apacible y deleitosa campaña. Al cabo de un grande espacio vi pasar, pegado a los muros de mi prisión, un gran concurso de señores, capitanes y gente particular, y en retaguardia de todos Su Alteza Serenísima el Príncipe-Cardinal y el Príncipe Thomás su primo, Gobernador de las armas, con cuya presencia se me volvió el alma a el cuerpo, la sangre a las venas y el aliento al corazón. Y dando voces como loco desde la ventana del homenaje^[209], le dije a Su Alteza Real que tuviese piedad y compasión de mí, y que pudiese más su misericordia que no la justicia de mi amo.

Respondiome, con aquel semblante afable y vista halagüeña que siempre tuvo, que se vería mi justicia y se daría traslado a la parte^[210], y que no se me haría agravio ninguno. Pero el Príncipe Thomás, puniéndose el dedo sobre los labios, me amenazó a lo ginovés^[211], con lo cual se aguló mi alegría, por cuyo efecto tuve una caliente y una fría^[212], como banquete real.

Pasé todo aquel día con esperanzas y desesp eraciones, con placeres y pesares, con gustos y disgustos. Llegó la noche, tan obscura y tenebrosa que parecía que anunciaba el angustia en que me había de ver. Entró el carcelero a mi aposento y, por más seguridad de mi prisión, me pasó a un lóbrego y fuerte calabozo, adonde hallé otro prisionero que esperaba aun peor susto del que yo había de pasar.

Preguntele la causa de su prisión y respondiome que por unas niñerías que no importaban un puñado de alverjones^[213] lo tenían de aquella suerte; porque no se hallaba contra él otra cosa más de que campaba de *rapio rapis* y de desporqueronar algunas almas cristianas^[214], y que gustaría de saber por qué me habían traído a hacerle compañía. Díjele que por jugar al capadillo^[215] me metían en caponera. Respondiome que me declarase más, porque no me entendía. A lo cual le repliqué:

—Si a eso va, ni yo tampoco he podido penetrar lo que vuesa merced^[216] me ha dicho.

No podimos proseguir con la conversación porque, después de haber oído un gran ruido de llaves, vimos entrar el carcelero con una cara de fullero perdidoso. El cual,

asiéndome de los cabezones con una gran furia, como si hubiera de heredar mis lamentados despojos, me sacó a una gran sala, fúnebre teatro de mi desventura, adonde hallé un cirujano con cauterios^[217] calientes, estopas^[218] frías y huevos serenados, y un alguacil colérico que con mucha priesa le mandaba hiciese su oficio, ejecutando lo que Su Excelencia había mandado.

Asiéronme cuatro galafates^[219] de pan de munición, lagartos desde la cuna, y, abajándome las bragas, me montaron sobre un potro, que no era el de Córdoba. Atáronme de pies y manos y pusieronme una ligadura de un listón en la parte de la división y^[220] apartamento que intentaban hacer tan a mi costa. Tomó el cirujano la navaja y empezola a enarbolar y acercarse con ella hacia la parte de mi suplicio.

Yo, después de haber dado voces que pudieran romper las vidrieras celestes, comencé a pedir confesión; a cuyos ecos tristes acudió un paje de Su Alteza Serenísima, diciendo en voz alegre:

—¡Gracia! ¡Gracia!

Pero yo estaba tan turbado y muerto que apenas entendí la venturosa nueva. Quitáronme del pequeño cadahalso, y volviendo algún tanto en mí, al tiempo de cubrir las desnudas columnas quise ver si en aquel trinquete^[221] había alguna falta; pero hallándome sano y salvo, y libre de toda maltota y gabela^[222], empecé poco a poco a tomar respiración.

Lleváronme delante de Su Alteza, el cual me dijo:

—¿Qué desdicha es ésta, Estebanillo, o qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto?

Yo le respondí:

—Señor, estos son caprichos de señores y pensión de los de mi arte.

Díjome un ayuda de cámara^[223]:

—Hermano Esteban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y la hiel y del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura.

Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía: a pocos lances y buenos me reventaban los ojos de alegría y la barriga de vino y echaba de la oseta^[224]. Volvime con Su Alteza a Bruselas, adonde, sin ser doctor, le visitaba por la mañana en la cama y a medio día en la mesa.

Al cabo de algunos días volvió mi amo segunda vez a el Imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar a la corte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas^[225] y tierra donde se celebra más que en ninguna parte de la Europa. Y yo, por oír decir «dondequiera que fueres, haz como vieres^[226]», hice media docena de mascaradas los primeros días con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas que, demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercancía; y viéndome cargado de alabanzas y premios proseguí en dar gusto a los señores y regocijo a la corte.

Habiendo hecho una cadena de dientes y muelas, de caballos que estaban como el

camarada que tuve en Norlingue, me vestí de montabanco y me tercié el cabestrillo^[227] de raigones^[228], puse en la mano derecha un gatillo^[229] de sacar muelas y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastos encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos, con vestidos provocativos a risa y con medias máscaras que cubrían de la nariz arriba (por causa de que no fuesen conocidos del vulgo^[230]) y, subiendo en un caballo, me fui por todas las plazas y cantones de la corte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente y para encarecer mis medicamentos.

Llegaban los tres judíos (que estaban apartados de mí) cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastos. Y pagándome por cada uno dos reales a vista de todo el auditorio, provocaban a muchos ignorantes a que llegasen a lo mismo (llevando en los pequeños botes una poca de harina desleída con agua y en los emplastos un poco de cañamazo^[231] bañado con sebo y cera).

Llegaba después el cuarto hebreo fingiendo tener gran dolor de muelas; traía las manos puestas en los carrillos y, quejándose muy a menudo, juntábase a las crines de mi rocín, abría una boca de un palmo, mirábale yo de espacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albéitar que pretendiese^[232] saber la edad que tenía, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponía en él otra que yo llevaba (pedida para el efeto a un amigo barbero), y dando a entender habérsela sacado sin dolor ni sangre le hacía que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo enmolado alababa mi destreza y convidaba a quitárselas a los pobres de gracia, obligándome a dejar todos los vecinos de aquella corte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas.

Dábame el judío un real y volvíase a salir del corincho^[233] encareciendo mi agilidad y jurando no haberle dolido ni sacádole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes a querer hacer la prueba y remediar sus dolores; y yo, engañándolos con visitarles las andanas^[234] y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastos y les quitaba el dinero y los enviaba muy consolados. Solenizábanlo los que sabían que era burla y divertíanse los que lo ignoraban; y apenas se deshacía un corrillo, cuando a poco trecho juntaba otro y hacía la misma manufactura, encajando la propia presa^[235].

Vine a llegar cerca de el Palacio^[236] Imperial a tiempo que Sus Majestades Cesáreas estaban a unas ventanas, juntamente con el Príncipe Mathías, hermano del Gran Duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponían los ojos en los de mi cuadrilla empecé a vocear y a juntar un numeroso auditorio; y después de haber hecho mi papel como en las demás partes, y hecho su parte los tres cansinos^[237], llegó el doliente del mal de Santa Polonia^[238] y, haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta (que le sirvieron sus dientes de rastillo para que no entrase el tocino y sus labios de puente levadiza para impedir el paso a el vino) y,

como estaba asegurado de que jamás le hacía daño ninguno, echó a el aire toda la herramienta de mascar.

Agarrele con el gatillo una muela, que me pareció la más abultada de todas las demás, y por hacer reír a Sus Majestades a costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza que no sólo se la saqué, pero muy gran parte de la quijada^[239] con ella. Empezó el judío a dar voces y sus camaradas a emperrarse^[240] contra mí, Sus Majestades a reírse y el pueblo a recocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz:

—Adviertan vuesas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho a posta lo que se ha visto y no por ignorar mi oficio.

Con estas razones volvió a renovar el alegría y a celebrar la acción, y a darles tal felpa^[241] a los cuatro zabalones^[242] que, a no valerles los pies, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.

CAPÍTULO VIII

En que declara la vuelta que dio a los Estados de Flandes sirviendo de correo y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dio su amo en Tionvila, y de cómo fue recibido en el servicio de Su Alteza Serenísima el Infante-Cardenal y otra mucha variedad de sucesos.

MI amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de Su Majestad Católica, partió de Viena el primer día de Cuaresma a los Estados de Flandes con un nuevo socorro de lucido ejército, y yo me quedé en Viena a cobrar los gajes de haber alegrado a los alemanes y entristecido a los hebreos; y más los donativos competentes a mi oficio, diome Su Majestad Cesárea una cadena de oro, y otra el Archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el Príncipe Mathías, sin otras dádivas de títulos y señores.

Al tercer día de mi ocupación y recogimiento de preseas^[1] me envió el Marqués de Castañeda (que estaba en aquella corte por Embajador de España) por correo a los Países Bajos con un despacho de Su Majestad Católica para su hermano el Serenísimo InfanteCardenal.

Cuando me vi entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir «de paje vine a marqués» como don Alvaro de Luna^[2], dije «de bufón vine a correo, que fue el primer escalón». Hice tan buena diligencia que ensanché mi fama y quedé opinado por persona de confianza.

Holgose mucho Su Alteza cuando me vio tan avanzado y supo con la brevedad y cuidado que había traído el despacho; por lo cual toda aquella campaña ejercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces a Alemania, a Lorena^[3], a Lucemburque, a las fronteras de Francia y a el ejército que traía mi amo para socorrer a Tionvila^[4], llevando despachos, zangoloteando^[5] postillones y desorejando postas^[6].

Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas^[7], la venía a dar a el ejército de Francia que nos tenía sitiada y oprimida la dicha villa. Supliqueme en albricias de la vitoria (pues yo la tenía por cierta por ir el Hércules de Florencia a socorrer la combatida Troya), que en acabando de despachar a la otra vida a el ejército contrario me enviase a llevar las nuevas a Su Alteza. Respondiome:

—Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo y muy cobarde para estas ocasiones; y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear y que ha

de hacer lo mismo que hizo en Norlingue, según me ha contado, yo le concedo lo que me pide. Y así, póngase en otra montañuela y, si viere que Dios fuere servido de darme vitoria, vaya a darle aviso a Su Alteza; que yo sé que ganará más en ello que en buscar rendidos despojos.

Yo, estimando la merced y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia^[8] de que pasase detrimento el viaje que esperaba hacer me subí en una montaña a dos leguas de ambos campos, a tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo, obrando prodigios de valor y portentos de bizarría, lo deshizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cimiterio de finados.

Viendo, pues, que nuestro valeroso ejército (en virtud de llevar tan heroico y invencible General) apellidaba la vitoria y avanzaba al desvalijo, bajé de mi relevado Olimpo a llevar la dichosa nueva a Su Alteza. Mas encontrando en el camino a un vivandero de los nuestros, so color^[9] de apagar el polvo que había cobrado en la batalla (fingiendo haberme hallado en la primera embestida), bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando a su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con más gana de dormir que no de correr postas.



... bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando a su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con más gana de dormir que no de correr postas...

Pero animándome lo más que pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturdido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mío que lo estaba acompañando, volví a subir a caballo; pero en ocasión tan desgraciada que, tirando la villa un cañonazo (quizá por salva de la vitoria, pues vino acompañado de

otros muchos), con pasar la bala más de una legua de mí, fue tanto el pavor y sobresalto que recibí, que, pensando que me había hecho pedazos a mí y a mi caballo, me dejé caer dél tan desatentadamente que, dando con todo el cuerpo una gran caída en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado bastón una pierna y me salieron della algunas gotas de sangre; las cuales al instante que las llegué a ver y a sentir el dolor tuve por cosa cierta que el cañonazo me la había hecho me nudas astillas, y empecé a dar voces, que atronaba toda la campaña, diciendo:

—¡Jesús, que me han muerto! ¡Confesión, confesión!

A cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, y informándose de la causa dellas les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que había tirado la villa. Ellos, que habían oído el estallido de los rigurosos bronces y veían los extremos dolorosos que yo hacía y una poca de sangre que campeaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte que, llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron a la vitoriosa villa. Buscáronme una buena posada y, porque vieron que iba necesitado de sueño por lo mucho que había bebido, me recostaron sobre una limpia cama y, dejándome sosegar, se salieron en busca de un cirujano para que me curase.

Tardaron más de cuatro horas en volver a la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar a algunos heridos de los nuestros y de los muchos prisioneros que se habían hecho, en cuyo término desistí los vapores de la cabeza y quedé libre del dolor y borrachera.

Y, estando durmiendo despacio lo que había bebido de priesa, entraron en mi aposento mis dos enfermeros y un venerable y barbado cirujano, con media docena de platicantes, que, a el olor de haberle dicho que tenía muy linda china^[10] y que era criado del victorioso General, me venía a curar de ostentación. Al instante que llegaron, aligerando todos a un tiempo de capas y sombreros, empezaron a destripar estuches, a limpiar sierras y a afilar navajas, a hacer hilas y a romper paños, haciendo capirotadas de huevos^[11] y cocimientos de vinos.

A el tiempo que estuvo todo apercebido mandó el tal maestro que me despertasen para ver la cura que requería el destrozo de la bala. Y habiéndolo yo hecho (aunque no con mucha facilidad porque estaba en lo mejor de mi sueño), me senté sobre la cama, y quedé medio escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer notomía^[12].

Díjome el maestro que descubriese la pierna para reconocer el golpe y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriéndome como quién ya tenía su juicio cabal, la eché con brevedad a el aire y, haciendo el cirujano acercar una vela encendida y puniéndose apresuradamente unos cristalinos antojos^[13], le dio una atenta mirada de alto a bajo y un sobado de dedos que parecía que maduraba brevas^[14]. Pero hallándola toda sana y buena, sin tener otra lisióón más que un pequeño rasguño, me dijo muy atufado^[15] y medio corrido:

—¿Vuesa merced acaso hace burla de mí, pues me envía a llamar para curarle sus

heridas fingidas y fabulosas?

Respondile:

—Vuesa merced me ponga en el estado que estaba cuando lo envié a llamar, y^[16] echará de ver que cuando la herida no fuese verdadera por lo menos me lo parecía. Pero, por que no se queje de mí ni diga que ha trabajado en balde, tome esta pieza de a ocho para que no salga de aquí lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas^[17].

Recibió el dinero, y riéndose él y la chusma de oficiales^[18] nos desocuparon el aposento.

Fui a visitar a mi amo, a quien di el parabién de la victoria y le conté la causa de no haber llevado la nueva della a Su Alteza Serenísimá y lo corrido que había quedado el cirujano cuando me había hallado aun sin señal de herida; lo cual fue añadir a una alegría otra alegría y a un gusto otro gusto.

Salí a recorrer la campaña para ver dónde había mi amo emprendido tan gran resolución, obrado tan grande hazaña y ganado tan gran renombre. Hallela toda cubierta de cadáveres sangrientos que movían a piedad aun a los mismos homicidas. Vi una multitud de prisioneros, adonde, demás de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus más valientes y animosos soldados. Enseñáronme la gran copia^[19] de vencidas banderas, mostráronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artillería y la riqueza de sus despojos.

A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones a la villa (la cual, como a su libertador, le aclamaba y aplaudía, dándole tras infinitos parabienes infinitades de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros a Bruselas. Y después de haber hecho hacimiento de gracias a el Señor (cuya mano poderosa es la guía de todas las victorias y prosperidades dest e mundo), le dio aviso por entero a Su Alteza Serenísimá, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los Países, y tocando la trompa su invencible fama se acobardaron los estraños y se animaron las plumas, por tener tan valeroso asunto los no apasionados coronistas. Y, habiendo hecho enterrar todos los difuntos y curar los heridos y refrescar su ejército, se entró a tomar algunas villas de la Francia, molestando sus fronteras y puniendo horror a toda aquella provincia.

En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan leales servicios y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió Su Real Majestad la merced y título de el ducado de Amalfi, estado que fue de sus ilustres progenitores y restauración de tan valeroso soldado. Hizo aquel día mercedes a todos sus criados y, demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho estado con que pudiese descansar y vivir en marchitándose la flor de la joventud y llegando a los umbrales de la vejez.

Yo aceté la promesa, como aquel que no sabía el fin que vendría a tener ni el estado en que me hallaría en aquella edad. Y pues no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague, y es refrán italiano el asegurar que *ogni promessa es debito*, tengo por cosa cierta y por caso asegurado, como quien tan bien conoce su

generosidad, que si Dios me da vida veré este plazo cumplido y esta deuda pagada.

Y, por aumentar el regocijo de tan alegre día y darle a mi amo muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabanza, no conforme a su gran merecimiento, pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus^[20] primeras letras su gloriosa estirpe de Aragón, por cuya atención y hazañas notorias se le había hecho la merced, y en las letras de en medio el nombre de su ducado, y^[21] en las últimas líneas los atributos tan debidos a su persona y tan conocidos en la Europa; el cual, si no me he olvidado, decía desta^[22] manera:

Guerrero insigne,	Ilustre y	Poderoso,
Laureado de	Dafne por	Prudente,
Onor del orbe,	Ulises	Eminente,
Romano César,	Que triunfó	Animoso;
Iris ^[23] de Flandes,	Vencedor	Famoso,
Alejandro sin par,	Éctor	Valiente,
De cuya fama	Dulce y	Refulgente
Está el Imperio	Eterno y	Victorioso.
Atlante en fuerza,	Aquiles	Aplaudido,
Rayo en la guerra,	Marte en ser	Soldado,
Aníbal de Cartago,	Amón ^[24]	Temido,
Gloria de Siena ^[25] ,	Lauro	Venerado,
Onor de	Flandes, donde sois	Querido,
Norte de	Italia, donde sois	Amado.

Contentole a mi amo la novedad de la curiosidad de la compostura y, aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad.

Despachome por la posta en busca de Su Alteza Serenísimá a llevar ciertos pliegos de importancia. Y, dando tres higas^[26] a Atalanta^[27] y cuatro a los irracionales partos de el Betis, le hallé en Esteque^[28]; el cual habiendo recibido los despachos, tuve, demás de el premio, el tenerme siempre en su gracia.

Allí fui bravamente favorecido de los señores de el país, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla y como me veían en servicio de tan esforzado y valeroso General y amparado de un Príncipe hermano de un Rey de España, se inclinaban todos a hacerme mercedes, y yo a recibir las.

Marchó, después de lo referido, Su Alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la armada que venía a cargo de don Antonio de Oquendo y de don Andrés de Castro. Determineme a irle acompañando, por lo que se me pegaba y porque sabía que gustaba mi amo de ello. Llegamos a aquella pequeña villa, que, por ser grande en valor, es terror de Holanda y opresión de las demás armadas enemigas, cuyos invencibles bajeles, siendo ruina y destrucción de las flotas holandesas, son los

que abastan y enriquecen estos Países.

Llegó la referida armada con más grandeza que gobierno y con más velocidad que ventura. Saliola a recibir la holandesa con menos fuerzas y mejor disposición, y al tiempo que se empezaron a pelotear, no agradándome aquel juego de raqueta, por no llevar algún pelotazo de barato estando en tierra y las armadas dos leguas a la mar, dejando a Su Alteza Serenísima en campaña me fui a la villa y me entré en una cantina adonde se vendía cerveza, por si acaso diese algún cañonazo en su edificio no me pudieran empecer^[29] sus obras muertas. Y pidiendo cerveza (cosa que jamás había probado) por que me dejasen estar en ella, estuve bebiendo toda una tarde potes de purga por no recibir récipes^[30] de píldoras holandesas; y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir hasta tanto que cesó el ruido de la refriega y me averaron^[31] haber dado fin la disputa de las dos armadas.

Entró el proceloso hibierno, coronáronse los montes de escarchados turbantes, vistiéronse las sierras de tersas alcandoras^[32], y el tirano de las flores y bandolero de las hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volviose el león español a su leonera, y yo, como oso colmenero, le fui acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la corte.

Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el Duque de Amalfi con su ejército la vuelta de el Imperio, por orden de la Majestad Cesárea, habiendo enviado para conducirlo a el Conde de Lesen. A esta ocasión me sobrevino una tan rigurosa enfermedad que me obligó a no poder seguirlo y a quedarme en Bruselas. Publicose mi dolencia por toda la villa, por lo cual me venían a ver muchos amigos y conocidos. Visitábanme los mejores doctores, servíame con mucha puntualidad la huéspededa de la posada, asistíanme las criadas y regalábanme los vecinos.

Faltome el dinero, añadiéndose a una enfermedad otra (presumo que es mucho mayor la de la bolsa que la del cuerpo). Faltáronme a un mismo tiempo amigos y conocidos, doctores, huéspededa, criadas y vecinos; con que me desengañé que aquellas visitas no se hacían por ganar una de las obras de misericordia ni por ver a Estebanillo, sino a la fama de mi dinero y para ser esponjas dél. Este ejemplar me ha hecho conservar el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesión.

Y por que con razón se diga que «cosa mala no se muere^[33]», tuve entera y cumplida salud en muy pocos días; y hallándome convaleciente fui a visitar a Su Alteza Serenísima y a pedirle licencia y ayuda de costa para ir a buscar mi amo; el cual, no consintiendo que me fuese a Alemania, me mandó quedar en su servicio. No repliqué a esta proposición por verme muy débil para ponerme en camino, y, por lo bien que me estaba, entré a servirle con muchísimo gusto, y aunque mi oficio no era jurado^[34] tiraba ración cada día y provechos cada hora.

Aquí fue donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufón de una Excelencia había llegado a serlo de una Alteza Real; y como otros dan en querer perros, monos y otros diferentes animales, dio Su Alteza en quererme bien (que «hay

ojos que de lagañas se enamoran^[35]», y como hay hombres de bien con poca dicha hay pícaros con mucha suerte) y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos.

Gustaba de llevarme a la caza a caballo, y en sus coches cuando salía a tomar descanso de el peso de su gobierno y a dar alegría a sus súbditos y regocijo a la corte; en cuyo apacible estruendo y sonoro ruido me hallaba como el peje^[36] en el agua o como el aceite sobre ella. Tocome la desvanecida por línea de presunción^[37], por verme favorecido y premiado, y como tal, sólo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo más de cuatro pares de presumidos que llegaron a tenerme envidia y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy López de Ávalos, sino un pobre caballero alegre con quien gustaba de entretenerse un príncipe, y que ellos, si querían usar mi oficio, pues tanto lo envidiaban, lo podían hacer y se hallarían tan favorecidos como me juzgaban.

Viéndome cargado de tantos émulos traté, por si acaso de la próspera llegase a la adversa, de hacer *reculta* de doblones, que son los amigos de el alma y regaladores de el cuerpo. Para lo cual hice una lista de todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones del país, llenando un pliego de la letanía de sus nombres con anotación al margen, en lugar de *ora pro nobis*, de las calles y palacios en que vivían, y conforme la lista los iba visitando al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio^[38] (demás de gozar yo de muchos regalos) de hacer los señores mercedes, porque a las mañanas se levantan mustios y desabridos, y a las tardes se hallan enfadados de negocios o fatigados de acreedores.

Hallaba en los señores referidos tanta liberalidad y magnificencia y ostentación, que echaba de ver que ni había otro Flandes^[39] en el mundo ni otra generosidad en la Europa. Iba por mis turnos cogiendo la ofrenda y agradeciendo el beneficio. El día que me hallaba melancólico no visitaba a nadie, porque fuera contra razón ir a buscar quien me alegrase siendo mi oficio alegrar a todos, ni entrar pensativo y murrio^[40] quien iba a pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de *parolina*^[41].

Llegose el tiempo de las Carnestolendas, y yo, por agradar a Su Alteza y alegrar a todos los señores de la corte, por el bien que me hacían, saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro dél una docena de bebedores escogidos a moco de candil^[42], que, con ser tan buenos despabiladores, quedaron a la noche de moco de pavo^[43]. Llevaba una redonda mesa (donde los Doce^[44] comían pan), muy espléndida de fiambres y cecina salada, y dos botas de cerveza para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo^[45] mayor de aquellos doce monos, tiniéndolos instruídos a mis órdenes y mandatos.

Iba en cabecera de mesa uno que, por ser tan amigo de Baco, lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas que le ceñía toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas

que le tapaba las pertenencias y bosques de la baja Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de hibierno y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes (con tener asiento cálido de vapores y con ir menudeando jarros de su tridente^[46]), iba tan de Baco hibernizo que más parecía alma penando en Sierra Nevada que pellejo encima de tonel.

Llevaba cada uno de los de mi cuadrilla, en lugar de cifras y cañas^[47], un gran vaso en la mano derecha lleno de cerveza, y en emparejando con cualquier coche de damas o señores les brindaba yo a su salud, y mis compañeros a un mismo tiempo y compás, sin saber puntos de solfa, empinaban los codos y hacían la razón. Llevaba, de más a más, otros tres criados: el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando, con tal cuidado y puntualidad que jamás parecimos vírgenes locas^[48], porque siempre estuvieron llenas las lámparas y las orejas encendidas.

Dimos tres o cuatro vueltas al *tur*^[49] bebiendo a tantas saludes que padecieron detrimento las nuestras. Y cuando ya iba el aduar^[50] cuesta abajo y nos hacía el vino y la señora doña cerveza a unos estar de *asperges me, Domine*^[51], y a otros de *humiliate capita vestra*^[52], acertó a pasar Su Alteza, y haciéndole todos una salva real^[53] de tragos puros y refinados, nos fue forzoso salir rendidos habiendo entrado triunfantes: cayó nuestro desnudo Baco de la esfera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abajo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda^[54]. Acudimos todos a ayudar a levantar a nuestro jefe y, demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de judíos de la Resurrección^[55] sin poder ninguno levantarse de el puesto.

Viendo los carroceros que llevábamos que habíamos dado fin a los toneles y a la representación, y que todos habíamos caído sin ser Faetones^[56], y que por ser a vista de todo un pueblo nos empezaban a tirar lágrimas de Moisés^[57] (quizá por que pasara yo el martirio de mi santo^[58], aunque lo sintiera mucho menos), dándoles rienda a los caballos nos sacaron de el paseo bien acompañados de silbos y voces.

Lleváronnos a una posada que tenía yo fuera de Palacio y, como quien descarga pellejos de vino de carro manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domésticos y pacíficos que ninguno meneó pie ni mano. Bajaron a mi helado Baco, y a puros azotes de los carroceros y de un concurso de muchachos que se habían juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo^[59] que tuvo por bien la patrona, por ver desembarazada la puerta y por saber que había de quedar satisfecha (por ser yo el autor de aquella danza), de entrarnos adentro y tendernos en un patio a que nos diese el sereno. Allí pasamos la noche sin picarnos pulgas ni inquietarnos mosquitos ni despertarnos gallos.

Venida la mañana volví en mí y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas en que había dormido. Contemplé la parva^[60] lobuna que cogía todo el distrito de el patio, y a mi amigo y compañero Baco en medio della en cueros (metido entre

cueros) y roncando a más y mejor. Despertelos a todos y, pagándoles su jornada de ración y representación y habiendo contentado a la huésped, me fuí a Palacio a esperar que Su Alteza se levantara, para que por mayor me pagara los gastos de la fiesta y la salva real que se le había hecho; porque se reiría el mundo de mí si, después de haber bebido dos botas de cerveza y una de vino y dormido una noche a el sereno por el mes de febrero y en Flandes, fuera condenado en costas.

En efeto, alcancé aun más de lo que pretendía, porque yo siempre pedía como criado de los más pequeños y Su Alteza me daba como príncipe de los más grandes.

Determineme por razón de estado o por satisfacer al vulgo de la sospecha que de mí tenían de lo de la prisión de Ripelmunda, o, por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza con entretenimiento de galanteo. Aficioneme de una doncella de su señora^[61], y dama de «dame», labradora en el aseo y cortesana en guardar fe. Tenía pocos años y muchas astucias. Traía todo su dote y ajuar a cuestras y el testamento en la uña^[62]. Servía, por ser huérfana y por estar en parte recogida, a una tía suya, tabernera, adonde yo tenía conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad.

Puse los ojos en tal polla, y, pareciéndome que estaba ya en edad de poner^[63] huevos, le di un día un pellizco tan apretado como el amor que la tenía, y ella me pagó la lisonja con una coz tan desigual a su adamadura que malos años para la más briosa yegua. Y como es muy propio de pollinos el hacer el amor a coz y bocado, no estrañé el son de la castañeta.

Entrose ella. en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre por el favor de su coz.

Huía de allí adelante de mí como del Demonio; y no tenía poca razón, porque es muy fuera de las leyes del interés entrar enamorando con las pertenecientes a Cupido; porque ni Lucrecia^[64] tomara el acero, ni Porcia píldoras de brasa, si sus pretendientes hubieran entrado en pluvias de oro^[65] y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres, y pidiendo, en lugar de favores, celos, hinchéndoles la cabeza de aire y los cofres de sonetos, como si fuese mercancía que se hallase sobre ella^[66] para los forzosos gastos.

En efeto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista^[67] y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisás^[68], Heros^[69] ni Tisbes^[70], y que es más estimado el reloj que da que no el que señala, le envié un buen regalo a mi señora Dulcinea, con un criado mío retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete dándole a entender mi pretensión. La tal bobilla, como había sido niña de muchos Gómez Arias^[71], y de aquellas de^[72] «¡Nunca en tal me vi!», agarró la dádiva, recibió el recado y remitió el decreto para la consulta de su tía, dándome licencia para que, en achaque de entrar a apagar la sed de el cuerpo, entrase a mitigar el calor del alma.

Desde aquel día, empecé a menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la corderilla a pelarme y la tía a desplumarme. Diome por primer favor una rosa de

listón, diciéndome que me la pusiera en su nombre porque era el primer galán^[73] que había dado. Yo le dije:

—Reina mía, el galán yo lo soy, y me vengo a entregar a la prisión de los ojos que me han cautivado. Damas son las que busco, y no galanes; nómbrese vuesa merced por mía y irán las cosas derechas, pues tendré yo dama y vuesa merced galán.

Agradole a la tía el discurso y, agarrándome la cinta, dijo:

—El señor Esteban tiene razón, que a las damas se han de dar galanes y a los galanes damas. Y por derechos desta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasión en que emplearlo.

Llegó nuestro amor tan adelante con el curso de el tiempo que nos miraban con cuidado los cofadres que acudían a la ermita y que nos murmuraba el barrio y la vecindad. Por que no perdiese por mí su buena reputación (que era reputada por doncella), sin ser piadoso Eneas la saqué una noche de aquella encendida Troya y di con ella en mi casa. No tuve a poca suerte, sino a gran milagro, el haberme librado del emplasto de atutía, por ver que jamás le dio para libros^[74].

Era tan melindrosa esta dama que no comía caracoles porque tenían cuernos, pescado porque tenía espinas ni conejos porque tenían colas. Desmayábase de ver salir un ratón de su nido y alegrábase de ver entrar una compañía de mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comía en mi presencia por adarmes y en mi ausencia por arrobos. Era enemiga de reclusión y amiga de libertad, y con rebozo de melancolía era celosía de la ventana y umbral de la puerta. Recibía al principio muchas visitas con achaque de primos; y por informarme yo que todos los que la venían a visitar lo eran carnales^[75], no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el Príncipe Tomás, la metí en clausura y tomé aposento sin ventana a la calle y en calleja sin salida; no me faltó sino ponerle un torno^[76] para parecer el Celoso Estremeño^[77].

Dejábale, cuando salía fuera, a mi criado para que estuviese de centinela de vista y que fuese espía de aquel campo; pero entiendo que esta diosa lo adormecía como a Argos^[78] o que me servía de espía doble. Cantábame ella cada noche que venía a casa aquella copla de:

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis, etc^[79].

Iba todas las fiestas a misa (y oía la de San Gregorio^[80]) y volvía a casa a hora de completas, por lo cual di yo en acompañarla y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdíaseme de cuando en cuando, y al tercer día, como ahogado^[81], remanecía en casa de su tía; por cuya causa estuve muchas veces determinado a hacerla pregonar o a ponerle un rótulo en las espaldas. Y aunque me hacía creer con lágrimas y juramentos que por mi mala condición se había retirado a casa de su tía y

no había salido un punto de ella ni dejádose ver de persona, con todo eso no dejaba de castigarla, con tal rigor que la pobretilla no se atrevió a hacerme más falta, si no fue una sobra de voluntad, por un antojo que le dio de ser capitana pudiendo ser real por lo velera y bien despalmada^[82].

Aficionose tanto al son de el parche^[83] que, después de haber servido de paje de jineta^[84], hube menester orden de Su Alteza para hacerle borrar la plaza y que la volvieran a casa de su tía, fingiendo que un oficial conocido suyo se quería casar con ella. Cumplió la orden, y al cabo de los meses mil volvieron las aguas por do solían ir, con lo cual quedó ella pesarosa, y la tía alegre y yo celoso.

Despiqueme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado y haciendo muestra de centenares de doblas para opinionarme de rico y cobrar crédito para adelante. En habiendo hecho cargadilla^[85] con dilaciones de trueques, y de hoy a mañana, mudaba de cuartel y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacía la misma embestida y la propia retirada, de tal manera que en término de un año no tenía crédito ni retiro. Todas las huéspedes me buscaban, pero yo no quería que me hallasen; salíanme a recibir a sus puertas cuando pasaba por sus calles, y, viéndome perseguido de tanta demanda y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de allí adelante en haca de buen paso y sordo de ambas orejas.

Fue muy provechoso a mi oficio el dejar el divertimento de la dama y la ocupación de las tabernas, para poder acudir con más puntualidad al servicio de Su Alteza y a el amparo de muchos títulos y señores que cada día me favorecían y remediaban. Y así, después de haber venido de campaña (que por no ser coronista de guerras ni tratar cosas de tantas veras voy prosiguiendo con mis burlas), llegaron otras Carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron a Baco ni tan calientes como salimos sus compañeros. La codicia de la dádiva de Su Alteza y el deseo de alegrarle me obligaron a trazar otra mascarada en otro carro como el pasado, pero con diferente asunto.

Alquilé una cama con todos sus adherentes y un jumento de buen tamaño (que no fue poca suerte el hallarlo en esta corte, donde hay tanta falta y sobra dellos). Hice aderezar la cama en la test era^[86] del carro y meter en ella al pollino, amarrado de pies y manos a dos fuertes palos fijados para el propósito; cubrilo con una sábana muy delgada y con una muy labrada colcha y, dejándole sola la cabeza de fuera, le puse debajo della un cabezal y dos almohadas de muy blanda pluma. Vestí a un compañero de mujer para que, representando serlo del pollino, fuera lamentando^[87] el verlo enfermo y en vísperas de morir, la cual encubría debajo del avantal^[88] un grande orinal con su vasera^[89]. Llevaba otro en hábito de barbero, con una cesta llena de ventosas^[90] y estopas, y un fingido oficial con una jeringa que podía servir de aguatocha^[91] para apagar fuegos. Iba yo vestido de doctor, con una ropa de levantar^[92] y un bonete de caer^[93], unos guantes arrollados y un gran sortijón de piedra de jaqueca^[94] y chinelas terciopeladas^[95]. Llevé, de más a más, cuatro

violones^[96] sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo, y un pequeño tonel de cerveza para que sirviese de orina.

Con toda esta preparación entré con mi carro en el tur o paseo al tiempo que todo lo brillante y lucido desta corte estaba en él, y en parándose alguna tropa de carrozas de señores o damas de calidad empezaba la fingida mujer a llorar en altas voces, enjugando las dolorosas lágrimas con las sábanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedía la orina, la cual me daba la afligida dueña con tristes suspiros, tomábala yo en la mano derecha y con la izquierda me ponía unos anteojos; y mirándola, haciendo con ella muchos espantos y arqueando las cejas, alzaba el orinal y de bote y voleo^[97] me bebía toda la orina. Haciendo muchos ascos con los labios, hacía señal al barbero para que le echase las ventosas, el cual, llegando a la cama y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metía a cada una media libra de estopa y, encendiéndola a la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaba una grande humareda y olor de chamusquina.

Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo y, dando enviones por soltarse, hacía estremecer la cama. Volvía la mujer a gritar, y yo, acallándola y limpiándola con una rodilla de cocina, hacía señas al barbero que le quitase las ventosas y mandaba a lo mudo al oficial que le echara la ayuda. Obedecíame con puntualidad, aunque no le echaba brodio, por guardarlo para mejor ocasión. Volvía a respingar el señor burro, a soltar tantos espumajos por la puerta de la dentadura como presos^[98] por el postigo desdentado, fingía un desmayo la bella malmaridada^[99], y por volverla en sí hacía al oficial que sacase el sacabuche^[100], y haciendo señal a los músicos tocaban sus violones, con que dábamos fin a nuestra callada y lamentable representación. Pasábamos adelante y, en encontrando otras carrozas de títulos y personas a quien yo tenía obligación, hacíamos lo mismo.

Sucedionos un cuento harto solenne en el discurso de nuestro viaje; y fue que, saliendo hacia una parte del paseo que está sin población, en un pedazo de pradería cerca de los muros desta corte estaban dos pollinas encinta^[101] mendigando un seco pasto, y cuando nuestro doliente las vio, olvidando sus ardientes ventosas y ayuda de cámara, o de costa, empezó a alzar el cuello sobre las almohadas y a dar unos rebuznos tan recios que obligaron a la triste de su esposa a trocar el llanto en risa y a caerse todos los oyentes sobre los estribos y testeras de sus coches, del mismo achaque. Fue tanto lo que se celebró la tal música que en un instante pasó la palabra por todo el paseo y todos me pedían, en acabando de ver la fiesta, que hiciese rebuznar a el enfermo. Respondíales que yo no entendía su lengua, y así, no me atrevía a suplicárselo, pero que fuesen por las dos burras, que podía ser que se alentara a servirles y darles gusto. Solenizaban la respuesta, prosiguiendo su viaje y yo el mío.

Vine al cabo de hora y media a encontrar la carroza de Su Alteza y, mandando hacer alto a mi carro, volví a hacer las mismas ceremonias con más gracejo que en las

demás partes; porque, demás de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel en tal modo que a mí y al oficial nos hizo llorar y a Su Alteza y sus criados reír. Y fue de aqueste modo: que, después de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente oficial con su flauta llena de agua fría, reservada para aquel paso, y alzando la ropa y apartándole el dilatado mosqueador^[102], haciendo puntería le dio un flautazo y le apretó los conductos de tal suerte que dejó muy bien aguado el paciente sin haberse desayunado. El cual, sintiendo la frialdad del regadío y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga él se quiso levantar con ella, echando todo el resto de su fuerza; y al tiempo que el pobre barberote le sacó la alatonada culebrina le dio un cañonazo de feno mascado, con tal violencia y abundancia de tacos en medio el rostro, que le turbó la vista y le engrasó toda la delantera del vestido, y quebrando las ligaduras de los pies enseñaba las virillas vizcaínas^[103], tirando zapatetas a pares y truenos a docenas.

Yo, por que no peligrara mi estercolado jeringador, pensando que me tuviera respeto por su doctor, me llegué a su merced por volverlo a ligar y a arroparlo por que no se resfriara; mas no atendiendo a las insignias de mi ropa y sortijón, o creyendo que le había errado la cura, como suelen hacer muchos parientes suyos me dio dos pares de coces tan bien dadas en la boca del estómago, que, haciéndome pedazos el orinal, dio conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero a limpiar a su oficial, la mujer del llanto fingido a llorarme de veras, el asno a tirar respingos y cabriolas, y los músicos a huir dél. Su Alteza se moría de risa y sus criados de placer.

Siguió la carroza su comenzado paseo, y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta había acabado en tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho a que convaleciera, y lo ataron a una parte del carro, y, mandando a los violones que tocasen, salieron muy despacio del paseo. Llegaron a la posada a tiempo que había vuelto en mí, y apeándome me llevaron a mi aposento y me echaron sobre mi cama. Roguele a la patrona que me cerrase la puerta y que no dejase aquella tarde a ninguno entrar a hablarme, porque me sentía muy malo. Hízolo así, y aquella noche, aunque me sentía quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina que de un tirón alcancé la luz del venidero día.

CAPÍTULO IX

Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara, la salida que hizo a campaña cuando se sitió Arras, el chiste que le sucedió con un vivandero, lo que le pasó a la retirada con su dama, y la nueva campaña de Aire, enfermedad y muerte de Su Alteza, y su partida a Alemania en busca de su amo el Duque de Amalfi.

A PENAS el hijo de Latona^[1] por el tur de su cuarta esfera, embanastado en su carricoche, nos vendía alegría en lugar de naranjada, cuando los llantos y suspiros de una mujer y el estruendo y alboroto de una tropa de gente que subían por las escaleras de mi aposento me inquietó, no con poco sobresalto, el oír sus confusas voces y ver que, abriendo mi puerta, entraron a un mismo tiempo a darme los malos días (pues no los pueden dar buenos los que madrugan a pedir) la huéspedada de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los músicos y el barbero.

Lloraba con tiernas lágrimas la dueña del jumento el haber salido su fingida en fermedad verdadera, y con duras razones me pedía le pagase el valor dél, por causa de tener todo el pescuezo quemado y andar desordenado de tripas y estar inútil para servirle. Poníame por cargo de conciencia la tiranía que había usado con animal tan donoso y humilde; jurábame que, a saber para el efecto que lo quería, que antes me hubiera dado un hijo suyo que a su querido pollino, porque, demás de haberlo criado, era sus pies y manos y quien le ayudaba a sustentar su pobre casa. Pedíame el oficial el valor de su vestido o que le comprase otro nuevo, alegando que por mi causa había quedado el suyo de manera que no sólo no^[2] se lo podía poner, pero ni llegar con media legua a la parte donde se lo había quitado, por los aromáticos olores que de sí expelía. El camero decía que era cosa de gentiles lo que había usado con él, pues su cama, hecha para descanso de cristianos, la había hecho lecho de animales, y que estaba resuelto a no recibirla por estar medio chamuscada y llena de operaciones^[3] sardescas. Los músicos pedían su jornada y la huéspedada su quebrado orinal.

Consideré que todos tenían razón, y concerteme con ellos lo mejor que pude por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos y yo quedé harto triste de apartar de mi lado las doblas, a quien había dado eterno sepulcro, y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo y tener que pagar el alquiler^[4] de la ropa de doctor.

Por saber que «la buena diligencia es madre de la buena ventura» me levanté a dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y por que Su Alteza no me dijera que lo

iba a ejecutar de contante^[5] y que lo regocijaba a fuerza de interés, tomé la pluma y^[6], invocando el auxilio de las Nueve (estando la vena prompta por estar en ayunas), le compuse un soneto dándole el atributo del *Señor Infante, Príncipe Invicto*, para que sirviese de acuerdo de la fiesta y de anticipación a la paga. Advierta el lector que la eñe de una línea sirve de ene (que no le había de dar a Su Alteza renombre de nao), y que, demás de ser licencia poética, es libertad ufónica. Decía desta manera:

El que dará a su	Patria eterna hazaña
Lauros ganando y	Rayos expeliendo,
Siendo al mundo	Inmortal, pues que venciendo
Excede a Grecia, dando	Nombre a España;
Ñuma ^[7] en la paz y	Ciro en la campaña,
Orror de Europa	I, fénix renaciendo,
Rayo de luz,	Pues átomos vertiendo
Iris argenta cuando	Estrellas baña:
Nunca vencido	I centro de venturas,
Felice siempre y, con	Nacer muy hombre,
Angel divino,	V sol de las criaturas,
Nadie ignora su fama	I su renombre.
Tú, lector, si por	Torpe conjeturas,
Esas dos	Orlas te dirán su nombre.

Agradole a Su Alteza por parecerle compostura dificultosa, y, demás de quedar en opinión de entendido, conseguí mi pretensión, agradeciendo a las Musas la brevedad de mi despacho.

Volví a hacer paces con mi ingrata Dulcinea; y, dándome de nuevo más sustos que los pasados y algunos madrugones, cuando me veía cargado de cholla y en oficio de sietedurmientes^[8], se le daba de mi amistad tres caracoles, y yo de su amor, cuando despertaba y la hallaba ausente, tres rábanos. Con estos pleitos ordinarios y con este extraordinario sobregüeso^[9] anduvimos alborotando posadas y inquietando barrios todo aquel hibierno.

Llegó la primavera, y en la mitad de su florido curso salí con Su Alteza a campaña con un lucido ejército. Llegamos a la vista de Arras con intento de socorrerla, por tenerla sitiada el campo francés. Había oído decir a Su Alteza que aquel día no se había de preservar su persona ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, o de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado que ya me parecía que el tronitoso^[10] bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estragos. Fuime deslizando de las marciales tropas trayendo los achaques por los cabellos: culpaba el caballo de flojo y las cinchas de apretadas, a la brida de corta y a los estribos de largos; y, por más que me procuré quedar atrás,

siempre topé compañeros.



... culpaba el caballo de flojo y las cinchas de apretadas, a la brida de corta y a los estribos de largos...

Anduve montaraz hasta que otro segundo yo, que se había retirado herido de la flecha de Caco, me dijo que se habían mudado los votos, por refrenarse los primeros ímpetus, con que sacudí mis últimos temores. Ofreciose de ser mi lucero inquiriendo

adónde pudiésemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo como frágiles con la gaza^[11]. Discurrimos^[12] los conocidos tabernáculos del trago, penetrando los límites del cuarto de la salud^[13], y los hallamos tan desiertos de refrigerio como poblados de quien lo buscaba. Aquí fue adonde di a el Diablo la guerra y adonde tuve por insensato a el que tiene con qué pasar en la paz y viene a buscar picos pardos^[14] y entre abismos de descomodidades anda solicitando^[15] su muerte. Fue tan general la hambre que se pasó que, para poderla exagerar, basta decir que llegó a mí; que cuando le falta a uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio.

Llegamos una tarde a hacer frente de banderas^[16] cerca de un pequeño villaje desamparado de sus moradores. Y teniendo noticia que un vivandero traía medio saco de pan y dos jamones cocidos, y que, por tenerlos reservados para^[17] él y su familia, no quería por ninguna cantidad socorrer a los más amigos y conocidos suyos, traté de que alcanzase la industria lo que no podía la fuerza del dinero; y compelido de la hambre le aceché y rondé más de una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré que, como hombre experto y cuidadoso de aquello que tanto le importaba, tomó una pala y, haciendo un profundo hoyo a una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos medianos, y cubriéndolo con unas tablas hizo encima su cama y se acostó, a más no poder^[18], con su mujer y criaturas.

Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela y resplandor de la luz el mal lance que había echado, me quedé más avergonzado que triste por haber blasonado delante de muchos señores que le había de dar asalto a su guardada provisión. Al tiempo de quererme retirar de la parte adonde había estado sirviendo de atalaya, vi que la tienda estaba arrimada a una zanja, que servía de división y atajo a una acostumbrada vereda y de impedimento de poder pasar gente de a pie ni de a caballo por ella; y por causa de tener más bien guardada su ropa, y que le sirviese de foso y trinchea, había puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio.

Pero como no hay cosa que más avive y subtilice el ingenio que la^[19] necesidad, se me ofreció a la idea un ardid con que me juzgué señor del pan y los jamones. Y por no perder tiempo fui a dar parte dello a tres mozos de cocina que servían a ciertos señores italianos, que, prevenidos de cuchillones y de la mejor herramienta que pudimos hallar para este efecto, nos encajamos en la zanja, y a la hila^[20], como banda de grullas, fuimos marchando hasta la tienda, al tiempo que palpitaba un cabo de vela que había quedado. Tomamos a la luz de sus boqueadas^[21] el derecho^[22] de la cama de su dueño, que no estaba muy distante, y, poniéndonos de rodillas (y no a hacer oración), comenzamos los dos a abrir mina^[23] a el fuerte de los sacos y los dos a ir retirando los despercicios de ella. Tuve tan buena suerte que, hallando el terreno arenisco y blando, en término de hora y media, estando ya rendidos y cansados, desembocamos^[24] la mina en el pozo de los víveres, y, cargando con los sacos, nos retiramos sin ser sentidos a hacer la repartición y a remediar la gazuza.

Tomando doblada parte de la presa, por ingeniero minador y guía, me retiré a dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliéndome a pasear y a ver si el sol había descubierto lo que encubrió la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, a su mujer muy llorosa y sus hijos y criados cariacontecidos, y llena la puerta de la mina de oficiales y soldados, los unos celebrando el disculpado hurto y otros santiguándose de la sutileza de la impresa. Dejelos a todos echando juicios y volvíme a requerir lo que había ganado en buena guerra, temiendo no le hiciesen otra mina.

Con esta porción me remedié hasta tanto que salimos a tierra de promisión, adonde estuvo todo sobrado. Y dejando aparte los sucesos de aquella campaña para el coronista, a quien le competen, digo que al fin della nos volvimos a Bruselas, adonde yo cobré nueva vida y nuevo ser, por verme libre de los trances de la guerra y del rigor de los enemigos. En la bonanza de este mar me deleitaba, en el golfo desta grandeza me divertía, la dulzura de sus sirenas me conortaba y la suavidad de sus Anfiones^[25] me entretenía, y, últimamente, yo era el peje Nicolao^[26] de aqueste Mediterráneo, porque en sacándome deste centro pasaba desmayos de recelos y parasismos de temores.

Aquí sólo trataba, por ver que andaba melancólico Su Alteza, de alegrarlo y divertirlo, unas veces contándole los discursos de mi vida y otras haciéndole relación de las ajenas. Inquietaba mi sosiego y perturbaba mi quietud un italiano de mi arte y profesión llamado Leonora, el cual, algunos días que acudía a la mesa de Su Alteza, lo que le faltaba de prosa^[27] le sobraba de manos, y a costa mía hacía alarde de su graciosidad, alargándome unas veces el pescuezo sin ser ahorcado, y otras arañándome la cara como si fuéramos verduleras, con que provocaba a el cónclave a risa y a mí a cólera, porque, en oponiéndome a la defensa, con sólo un papirote daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechábame de aquel refrán de «a fuerza de villanos, hierro en medio» y salíame muy mal la industria, porque siendo él, demás de fuerte, animoso, me hubiera despancijado^[28] muchas veces, a no ser Su Alteza el iris de paz y amparo de mi defensa.

Decíale por que no blasonase de sus fuerzas, cuando veía que estaban quietos los nublados de su cólera, que tres cosas de valor no se estimaban en el siglo presente, que eran: consejo de pobre, galas de cortesana y fuerzas de ganapán. Él, por motejarme de miserable porque no gastaba con él los doblones (que no se perderían por mal guardados), me respondía que tres cosas le eran necesarias a un bufón para poder campar alegremente y para granjear amigos, que eran: boca de confesor, espada de mercader^[29] y bolsa de señor generoso. Con estas disputas graciosas y batallas burlescas daba gusto y placer a quien tantas mercedes me hacía, no reparando en hacer escaramuza^[30] de gatos, pues siempre salía arañado, ni en rodar media hora por la sala como vellón^[31] de lana.

Llegábase el tiempo en que Su Alteza cumplía años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de mayo en que había nacido, hice un romance, y^[32] por dar a

entender a algunos acaballados figones de aquello que no entienden (que, muy presumidos de discretos, no estimaban mis versos porque no eran^[33] de poeta con don o descendiente de godos^[34]) que también los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los más poderosos y cinco sentidos como los más calificados, y que no hay cláusula en el testamento de Adam que dejase, como señor que era entonces de todo el mundo, a los caballeros mejorados en tercio y quinto^[35] en las aguas de Hipocrene^[36], y a los pobres herederos en^[37] el caño de Bacinguerra^[38], la una fuente del Parnaso con licores poéticos, y el otro caño cordobés con inmundicias salváticas.

El romance decía de la forma siguiente:

¡Oh, qué galán venís, Mayo!
Mas tenéis razón que os sobra,
Tenéis justicia que os vale,
Tenéis verdad que os abona.

Después que sois rey jurado
Por las flores olorosas,
Excelso Arturo^[39] os alienta,
Supremo Favonio^[40] os sopla.

Amaltea, en vasallaje^[41],
Os ha feudado su copia
En tormentas de claveles,
En avenidas de rosas.

De jazmines y arrayanes
Formáis matizadas^[42] flotas,
Siendo la campaña mar,
Siendo las flores sus ondas.

Diréis que hoy hace Fernando
Años justos, y que os toca,
Por nacer en vuestro mes,
El bastón, el peto y gola.

Es así, yo lo confieso,
Que, por ser verdad que consta,
Hoy Madrid se regocija,
Hoy Bruselas se alborota.

Hoy, Mayo, ha de haber dos Mayos,
Dos primaveras hermosas,
Dos albas en sólo un día
Y en un día dos auroras.

Dos soles verá Brabante,
Uno farol, otro antorcha,
Uno planeta, otro Infante,
Uno en carro, otro en carroza.

Lleguemos a cuentas, Mayo,
Y confesad sin lisonja:
¿Cuál merece más aplausos?
¿A quién más triunfos le tocan?

Diréis que, por más antiguo,
Sois de la mesa redonda
Príncipe, par^[43] y caudillo,
Siglos, lustros, años y horas;

Que por vos es Marte Adonis,
Lasciva Venus Belona^[44],
Incasta dueña Lucrecia,
Inconstante dama Porcia;

Que mientras tenéis el cetro
La senectud se remoza,
La estéril vega se anima,
El inútil tronco brota;

Que ufana produce Ceres^[45],
Que alegre dibuja Flora^[46],
Y, sin ser reina, Amaltea
Pensiles jardines^[47] forma;

Que a el alba las avecillas
Sobre el sauce cantan solfa,
Sobre el álamo gorjean,
Sobre el mirto verde entonan;

Mirra la floresta vierte,
Cinamomo^[48] el monte aborta,
Diamantes da en risa el alba,
Perlas da en llanto el aurora;

Que hacen gratos maridajes
Las fieras más portentosas,
Celebra el mar himineos,
Ostenta el Céfito^[49] bodas;

Que sale halagüeño el Sol
Con su mostacha a la moda,
Sin nube que se le atreva,
Sin vapor que se le oponga;

Que, por dar tapete a el prado,
Dan las plantas más frondosas
Una tempestad de flores,
Un torbellino de hojas;

Que vos, Mayo, sois de el campo
Quien lo enriquece o lo agosta,
Quien lo alienta o lo destruye,

Quien lo levanta o lo postra.

Estas son vuestras hazañas
Declaradas ya por propias,
Que ni el olvido las niega
Ni el tiempo anciano las borra.

Aleguemos por Fernando,
Mayo alegre de esta zona^[50],
Feliz primavera en Flandes,
Sol hermoso de esta Europa:

Que es más moderno no hay duda,
Pero más argenta y dora
Quien a el Oriente da luces
Que quien a el Ocaso sombras.

Este mayo en pocos mayos
Muchos privilegios goza,
Prevista deidad le alienta,
Hesperio candor^[51] le adorna.

Éste, el Sol es su minino,
El alba su precursora,
Y es el día más sereno
De aquesta perla la concha.

La palestra se estremece,
Que ¿a quién no admira y absorta
Ver un piélago de dichas,
Ver un golfo de victorias?

Sin número son sus hechos,
Sus acciones belicosas,
Dignos de laurel sus triunfos,
Dignas de palma sus glorias.

Su natural es divino,
Su condición milagrosa,
Su compostura suprema,
Su conversación heroica.

¿Quién vio lebrél arrojado
Cuya piel, por prodigiosa,
Aspira a vellón de tigre
Y espira en vellón^[52] de onza,

Que, por falta de discurso,
O se enfurece o se enoja
De ver en el *tur* del cielo
Correr a la Luna postas,

Y ella, a su arrogancia muda
Cuanto a sus ladridos sorda,

De luces la tierra inunda,
De plata las minas colma^[53]?

¿O nube densa, atrevida,
Que, llena de vanagloria,
Se opone a el Sol cara a cara
Y le embiste proa a proa,

Mas el celeste diamante,
Que por ser tan luminosa
Su claridad quiso el Cielo
Vincularlo por su joya,

La deshace en plumas rizas,
La desminuye en garzotas,
En lluvias la desvanece,
En vapores la transforma?

¿O mariposa que a el prado
Sus varios matices roba,
Siendo pintada alcatifa
La que fue blanca alcandora,

Que puesta a la ardiente llama
Fluctúa el cerco animosa
Para ser despojo débil
Lo que fue altanera pompa,

Y el fuego que, refulgente,
Sus atrevimientos nota,
Ni precipitado ofende
Ni enternecido perdona?

Pues de aquesta misma suerte
A aquesta Luna española,
A este claro Sol de el Austria,
A esta llama vencedora,

El que se le opone altivo,
El que de Alcides blasona,
Es, a rayos deste Apolo,
Lebrel, nube y mariposa.

Si es su estrella favorable,
Si es su suerte poderosa,
Si va en bonanza su dicha,
Si va su fortuna en popa,

Fuerza es, Mayo, que os exceda,
Pues su ventaja es notoria,
Su valor más conocido,
Su calidad más grandiosa.

Rendidle a Fernando el cetro,

Entregadle la corona;
Sea Mayo y, como rey,
Fueros quite y leyes^[54] ponga.

Él solo en el año impere,
Cual la deidad portentosa^[55]
Que es, por gusano y por ave,
Hija y madre de sí propia.

Dadle el *víctor*^[56] de sus años,
Lleve el grado con la borla^[57],
Los árboles lo respeten,
Las flores lo reconozcan.

A sus años tan felices
Tocad la sonora trompa,
La caja la tierra altere,
El clarín los aires rompa,

Flores el parque derrame,
El palacio vierta aromas,
Por que goce en holocaustos
Lo que su fama pregona.

Díselo a Su Alteza y, como príncipe tan perfecto, sin reparar en la humildad de el verso, premió lo realzado de mi voluntad; porque son excusas de avaros y malos pagadores el calumniar al poeta y censurar sus versos para quedarse de gratis con sus obras; pero tienen poco de Jerjes, pues no estiman el corcho de agua^[58], y mucho de Midas^[59] en guardar su dinero.

En este tiempo gastaba yo el que tenía^[60] en regalar a mi *miñona*^[61], sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal y que sembraba en mala tierra. Queríala por lo que me costaba y estimábala por ser mujer y porque, al fin, habemos nacido de ellas; mas la tal señora no me estimaba sino por que la sirviese de Marqués de el Gasto^[62] y Conde de Cabra. Tenía yo la fama de ser su galán y otros cardaban la lana^[63].

Decíame que me tendría por ídolo de su altar si llegara a verme ciego, mudo y sordo, y alabando^[64] mis dádivas vituperaba mi persona. Y mientras más pesos falsos^[65] me hacía, quería que yo la estimase más y que la maltratase menos. Pedíame unas veces matrimonio, otras divorcio, y eternamente *dinare i piu dinare*^[66]. Y, por darme más muestra de su fineza y obligarme a que la quisiese más, amaneció un día en mi casa y anocheció veinte en las ajenas. Por lo cual, más por venganza que amor, o más celoso que desapasionado, la hice prender a pedimento de su tía y meterla en una torre, como a doña Blanca de Borbón^[67], adonde se sustentaba a mi costa, pareciéndome en todo y por todo al perro de el hortelano^[68].

Quiso mi dicha que, para apartarme desta fiera esfinge y cruel lamia^[69], llegase la

alegre primavera acompañada de el Céfiro y Favonio y lisonjeada de Flora y Amaltea. La cual, dando esmeraldas a los prados, librea a las selvas y esperanza a los montes, animó las flores, resucitó las plantas y enamoró a las fieras; por cuya venida y por haberse puesto el ejército francés sobre la villa de Aire^[70] salió Su Alteza a campaña para socorrerla, no quedándome yo en zaga, porque más quería arriesgarme a ser prisionero de un turco que esclavo de mi perversa Dalila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona^[71] que consentir que ella me acabase de sacar los ojos.

Después de varios sucesos que tuvo Su Alteza en campaña, unos prósperos y otros adversos, habiendo vuelto a sitiar la villa, por haberla ganado el enemigo, y hechas fortificaciones tan inexpugnables que daban terror a los sitiados, fue Dios servido de darle una enfermedad tan de repente y tan violenta que le fue necesario retirarse a la villa de Cortray^[72], quedando el ejército a cargo de el Barón de Beck, tan celebrado por sus hechos como conocido por sus hazañas y en quien tanto género de alabanza es muy corto^[73] a su gran merecimiento.

Hallose Su Alteza tan indispuerto que pasó fama de que era muerto, y aun hubo personas tan incrédulas de lo contrario que quisieron ver y creer sin ser apóstoles^[74]. Al cabo de algunos días fue volviendo en sí y cobrando mejoría, por lo cual, pidiéndome yo mismo albricias, por depender de su salud toda mi alegría y la de estos Estados^[75], le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que había tenido:

Dio Fernando entre arreboles, soles,
Brotando sus pocos mayos, rayos,
Y sus lucientes albores, esplendores.
Viendo el Mal tantos fulgores,
Fue Faetón precipitado;
Que el vuelo le han abrasado
Soles, rayos y esplendores.

Tuvo el Mal por enemigo, castigo,
Dándole su atrevimiento, escarmiento,
Gozando, pues, su condena, pena.
Si a la primavera amena
De Su Alteza se atrevió,
Tenga, pues lo mereció,
Castigo, escarmiento y pena.

Si nunca reserva el mal, ardenal,
Mirara que es el triunfante, Infante,
Y que es en todo y en parte, Marte.
Mas ya abatió su estandarte
Cuando admiró su virtud,
Por que tuviese salud
Cardenal, Infante y Marte.

Goce en edades lozanas, semanas,
Y a despecho de holandeses, meses,
Y para azote de extraños, años.
Pues a España evita daños,
Por que el mundo se alboroce,
Viva siglos y en paz goce
Semanas, meses y años.

Éstos le aliviaron alguna parte de su tristeza; y, hallándose algo convaleciente, le pusieron en camino de Bruselas para dar con él en la gloria: llegó a esta corte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas^[76] de salud, aunque después volvió su regocijo en sentimiento por verlo recaer con menos esperanzas que tuvieron en la caída. Al fin, quiso el Cielo llevarse lo que era suyo, dejando a estos Estados sin príncipe que los gobernase, a España sin Infante que la socorriese y a los soldados sin padre que los amparase.

Contar el sentimiento que hizo esta corte y todos los Países, príncipes y señores dellos y todas las demás naciones, fuera proceder en infinito. Sólo diré que como yo, puesta cada cosa en su tanto, perdía más que todos, estuve tres días sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes y mi corazón un centro de ardientes suspiros. Y, por satisfacer en algo tanta merced y beneficio como me había hecho, compuse una glosa fúnebre para poner en su real túmulo, que es la siguiente:

Si la libertad lloráis,
Ojos, que perdido habéis,
Aunque más lágrimas deis,
En vano las derramáis.

Ojos, una muerte esquiva
Le dio fin al sufrimiento,
Por que un fuerte sentimiento
Vuestra libertad cautiva,
Y si el gran dolor os priva
Del curso que ejercitáis,
El raudal no suspendáis,
Pues, viendo tales despojos,
No ceséis de llorar, ojos,
Si la libertad lloráis.

Si en su bella juventud
Adquirió renombre eterno,
Si aplaudistes su gobierno,
Si admirastes su virtud,
Si visteis su rectitud,
Si su fama conocéis,
Si sabéis lo que perdéis,
Llorad; que será tibieza
No llorar la gran riqueza,
Ojos, que perdido habéis.

Cortó un golpe de guadaña
Cetro y corona de gloria,
Llevó el Cielo la vitoria
Y perdió su Infante España;
Y aunque el cielo su luz baña,
Pues yace el cuerpo cual veis,
Llorad, ojos, no ceséis,
Pues a deuda tan debida
Sólo pagáis con la vida
Aunque más lágrimas deis

El alma en celeste vuelo
Partió triunfante y ufana,
Porque flor tan soberana
No era flor para este suelo;
Llorad, ojos, con desvelo,
Pues ya al orbe lo inundáis,
Y aunque más lágrimas dais
Son pocas; y no me espanto,
Que si no es eterno el llanto
En vano las derramáis.

A el cuarto día me apretó la hambre (aunque fue más fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer), y^[77], imaginando que mis lágrimas no lo habían de resucitar y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros, dije: «el muerto a la huesa^[78] y el vivo a la

hogaza», y entrando en un penitente bodego, al compás de «Dios te tenga en su gloria», henchí todos los vacíos y refresqué todos los secanos; y después de haberme animado salí a desistir pesares y a buscar mi vida.

Como me veían sin señor ni amparo, todos huían de mí, a todos enfadaba y mis gracias eran desgracias; nadie conocía a Estebanillo ni nadie se dignaba de llegarme a hablar, como si yo hubiera sido doctor y errado la cura de Su Alteza.

Viendo, pues, que aun mi moza se me hacía de pencas, después de haberla sacado de la prisión, y que quería que mandásemos a semanas y que calzásemos los calzones a meses, me determiné de irle a hablar al Conde Traun, que estaba en esta corte por Embajador extraordinario de la Majestad Cesárea, al cual le supliqué que le escribiese a mi amo el Duque de Amalfi de cómo había quedado huérfano de tan gran Príncipe, sin herencia y reformado; que si gustaba Su Excelencia que se cantase por mí aquella copla que dice:

Vuelve a casa, pan perdido^[79].

El cual no se descuidó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el cual le suplicaba me enviase a Alemania, que era donde se hallaba Su Excelencia, con la mayor brevedad que pudiera.

Enviome el Conde a llamar con un criado suyo; diome la orden que tenía, y mandó que me pusiese en camino y me dio para el gasto dél. Pasó la nueva por esta corte, y empezó su burguesía a llover embargos sobre mí y a querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni alguacil que me prendiese ni carcelero que me quisiese recibir en su prisión.

Salió contra mí una querrela, de una vedriera, a quien después de haberle quebrado muchos vidrios le había dado una. cuchillada estando de tres dormidas, como gusano de seda^[80]. Pedíame una patrona el menoscabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella, y cual digan dueñas^[81], soñando que vertía aguas en la proa de una galera de Malta, le inundé todos los colchones.

En efeto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen a molestarme. Yo, ni negando la deuda ni ofreciendo la paga, les prometía satisfacción antes de hacer mi viaje; y a el cabo y a la postre quedaron satisfechos de quién yo era, porque quedara yo muy desairado y no se estimara mi caballería si pagara a mis acreedores, porque ni tuviera quien me cortejara^[82] a todas horas ni quien se acordase de mí en todos tiempos.

Fuime a despedir de don Francisco de Melo, que estaba por Gobernador de estos Estados, y de todos los señores, así del país como extranjeros. Y habiendo juntado muy buena garrama^[83] por respeto de el dueño a quien iba a servir, me fui a decirle adiós a mi querida Belerma^[84] y a derretirme con ella como si fuera portugués^[85]. Y, después de haberle dado con que poder pasar muchos días y de haber hecho muchas

finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daría muy presto la vuelta por sólo verla y regalarla; y que si había de sentir mi ausencia y gustaba de que me quedase, obedecería su gusto y despediría las postas. Ella, muy sonriéndose y reventándole por los ojos rayos de alegría por quedar en su libertad sin tutor ni curador^[86] de su vida y milagros, me respondió:

—Señor Estebanillo, que vuesa merced se vaya o se vuelva, que se quede o no, *pour moi es tout un*^[87].

Y aunque tal despejo y desvío declara el corazón más firme y constante, a mí se me encendió de tal suerte, tiniendo sus ofensas a favor, que, salamandria de su fuego^[88], sentía cada instante encenderme en la lumbre de sus ojos y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza; porque es muy de mujeres como la tal desestimar a quien las regala y idolatrar a quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas, y de hombres como yo perder el juicio y gastar la hacienda por quien no lo agradece ni sabe guardar fe ni lealtad. Pero, al fin, era yo tal como ella y ella tal como yo.

Pudo más en mí el ir a buscar a mi amo que no la prisión de mi libertad ni el estar en la gloria de Niquea^[89], y dejándola en un monesterio, más por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas y, repitiendo al son de su trote: «Adiós, Bruselas», pasé a Namur, Marcha^[90] y Lisel, adonde, después de romper los cristales de la Musela^[91] y fatigar el bosque de Crucenaque y desempedrar las calles de Wormes, Franquendal^[92], Espira^[93] y [...] llegué^[94] a Donawerta^[95], plaza del Duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rápidas corrientes bañan el reino de Hungría y con soberbia de golfo desembocan en^[96] el mar de Constantinopla.

Desembarqueme en Viena harto cansado de haber ido sobre elemento tan peligroso para todos y de tan poco provecho para mí. Y antes de descansar ni tomar posada, fui a visitar las Cesáreas Majestades, tiniendo orden del mismo Emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase a Su Alteza Serenísima el Infante-Cardenal, por el gran sentimiento que hacía cuando lo oía nombrar la Césarea Majestad de la Emperatriz, su hermana.

Holgáronse de verme y de oirme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcación, fui a besar la mano a el Marqués de Castel Rodrigo, que estaba por Embajador ordinario de la Católica y Real Majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces, el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de Su Excelencia. Estuve algunos días hecho caballero festejador y receptor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinilla^[97] del gracejo que no trocara mi oficio por el mejor gobierno.

En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial, para venir a Viena; y tiniendo yo noticia dello le salí a recibir al camino y, echándome a sus pies, le pedí perdón de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa el haber quedado enfermo a su partida y el haber entrado a servir a un biznieto de Carlos

Quinto, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba indigno de recibir en su servicio a quien había tenido por dueño un tan gran príncipe.

Entró Su Excelencia en la corte y, así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes a la bucólica y que los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no sólo tomando el mando, sino el palo (que así lo hacen los que no han sido nada y llegan a verse en bragas de cerro^[98]), hice visita general en cocina, cantina y potajería, y los metí de tal manera en pretina que decían que me había dado mi amo el pie y me había tomado la mano. Y, al fin, quise ser tan recto veedor que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor, los unos porque les quitaba el mando y los otros porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado, a quien no le había tocado la residencia^[99], todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentecilla,
detén el paso y advierte, etc^[100].

En efeto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, tiniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa y muchos regalos dentro della; pero en lo mejor dél se fue mi amo a gobernar las armas imperiales por muerte del General Francisco^[101] Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos^[102]; porque como me vio la Fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrándose liberal conmigo, que de más de un millón de arrobas que había bebido le pagase una sola gota de pensión^[103], porque también ella reparte en la jurisdicción de los cuerpos sus millones y alcabalas, y algo se me había de pegar a mí de andar entre príncipes y señores.

Apenas había mi amo salido de casa cuando se conjuraron contra mí todos los criados della, por haber sido mequetrefe metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente a mi oficio. Llegó a tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que, habiéndome un día sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero y, echándome como a Luzbel de la silla abajo, enarboló en lugar de espada un asador, y pienso que se quedó en sólo el amago por ver que, al tiempo de quererme levantar, me dio un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que, a no ser de llano^[104], me dejaba para siempre libre de la enfermedad de la gota.

Y no paró sólo en esto, pues una criada barrendera, con quien no había usado de mi comisión, descargó sobre mis hombros media docena de^[105] escobazos, con que me obligó a besar dos o tres veces la tierra, sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al son del paloteado^[106] y después de haberse holgado infinito de verme aporreado y tendido en el duro suelo, dándoles a todos razón y a mí baldones, me puso de pies en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino a la

memoria aquel sentencioso adagio de que «en fiucia^[107] del conde, no mates al hombre».

Yo, temiendo que pluvia que había empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo más que pude, tomé la posta y me fui a buscar a mi amo, a el cual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una villa llamada Helbruna^[108], adonde le di mis quejas y criminé^[109] lo que habían hecho en mi contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced y me prometió dejar vengado, al cabo de la jornada se quedaron todos ellos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó a aquella villa con su armada el Archiduque Leopoldo, y, juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dio Su Excelencia un grandioso banquete a el Archiduque y a todos los cabos de la armada, por agasajarlos y por que corriesen parejas su valor con su grandeza. Bebiose en él a lo alemán, pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras y dormí de todas suertes.

Otro día muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el cual nos tenía si tiada una plaza, en la Silesia, llamada Brique^[110]; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolución que llevaban el Archiduque y mi amo de socorrerla aunque se arriesgase el perder el armada, no osando atender^[111] a tan valiente determinación, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa llamada Nais^[112], que está a cuatro leguas de Brique, después de haberle puesto fuego por cuatro partes sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el Archiduque de mi amo lo diligente que yo era y la confianza que en diferentes ocasiones se había hecho de mí y la merced que me hacía Su Alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que, haciendo oficio de correo, llevase estas buenas nuevas a Sus Cesáreas Majestades.

Llegué a Viena a toda diligencia y, apeándome en el patio del Palacio Imperial, di el despacho al Conde Buchaim, que hacía oficio de camarero mayor, quiriendo más usar de las obligaciones de correo que de las preminencias de gentilhomme entretenido. Regaláronme todos los señores de Palacio y criados de importancia, porque demás de mi buen humor servía de correo de buenas nuevas. Mandome dar Su Majestad Cesárea una cadena de oro de harto precio y que se me despachase con nuevos pliegos a la armada, adonde volví con mucha brevedad y serví en ella toda la campaña el oficio de correo; advirtiéndome a el postillón que corriese estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de *armada* o *ejército*, que en Alemania se apellida deste modo, y que, cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza.

Sitiamos una villa llamada Gros-Glogau^[113], que está en el fin de la Silesia y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy a menudo las trincheas; y por probar mi valor (aunque ya tenía harta noticia dél) me llevó una mañana consigo, más forzado que de voluntad, diciéndome que me quería hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable, si no es quitándome el pellejo como a

culebra y volviéndome a hacer de nuevo.

Esguazamos una rivera llamada Odra^[114], que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colación de balas sin confitar^[115] y de peladillas amargas. Yo, empezando por el Credo y acabando en los Artículos^[116], le dije a mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase a mí ir a nuestro cuartel y que trujese otro criado; que yo le renunciaba mi parte del honor que había de ganar en aquella acción. Él me respondió que de aquella suerte ganaría opinión y me haría memorable; que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué:

—Certifico a Vuecelencia que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos^[117].

Apenas acababa de pronunciar estas últimas razones cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho que, a bajar la puntería, nos llevaba a los dos de bola o a uno de calles^[118]; y aunque no mostré flaqueza, por estar mi amo delante, cuando vi que poco distante de nosotros hizo a un soldado volatín de Carnaval, dándole remate de vida no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesión y gustando más que dijese «aquí huyó» que no «aquí cayó^[119]», me afufé^[120] con tal donaire que parecía el suelto caballo a quien movían tantos vientos como espuelas^[121].

Llegué a el cuartel con una tilde de vida y menos de aliento, subime al pajar y sepulteme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo y, preguntando por mí, le dijo un paje que me había puesto en la pajada a madurar como níspero. Mandome bajar y, llegando a su vista no limpio de polvo y paja, me dijo:

—¡Pícaro! ¿Cómo sois tan cobarde que me habéis dejado, y a vista de una armada habéis vuelto las espaldas y puéstoos en huída?

Yo le respondí:

—Señor, ¿quién le ha dicho a Vuecelencia que yo soy valiente, o en qué ocasión no lo he hecho mucho peor que hoy? Si Vuecelencia me envió a llamar a Flandes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de presbíteros yo soy archigallina de gallinas.

Obligole la respuesta a convertir su enojo en placer y a disculparme de lo sucedido.

CAPÍTULO X

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viaje que hizo al reino de Polonia y de lo que le sucedió a la vuelta en la batalla de Lipzig que dieron los imperiales a los suecos, y un recuento^[1] que tuvo con un trozo de vivanderos y de la vuelta que dio a Flandes y después al Imperio.

AL cabo de ocho días, habiéndonos retirado de la plaza por venir el enemigo con gran poder, Su Alteza el Archiduque me despachó a Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el Rey y el otro para la Reina su hermana. Tomé la posta llevando de compañía un ayuda de cámara del Gran Duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel Estado, el cual anduvo tan liberal conmigo que me hizo la costa^[2] todo lo que duró el viaje.

Llegamos a la corte de Polonia, adonde se apartó de mí a dar su embajada, y yo, anticipándome con la mía, me fui al Palacio Real y di el pliego en mano propia a Su Majestad^[3]; el cual, como no me conocía ni tenía aviso de quién yo era, me hizo mil honras y mandó que me fuese a descansar, que él tenía particular cuidado de despacharme.

Fui a el cuarto de la Reina, di el pliego del Archiduque su hermano, y, ya por mis extraordinarias cortesías o por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir y, en lugar de enviarme a descansar, me mandó regalar y que cuidasen del *señor Embajador*. Dio aviso dello a Su Majestad, el cual se holgó mucho, celebrando con la gravedad y tesura^[4] que le había dado el pliego.

Al cabo de tres días me despacharon, dándome trecientos ducados para guantes^[5] y enviándole la Reina a su hermano, entre las demás cartas, una en que le encargaba que, si acaso me despachase a los Países Bajos, me diese comisión de traerle unas puntas^[6] y una muñeca vestida al traje francés, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir a uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado y no a su gusto.

Recebidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada; y, por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Hungría. Y, habiendo llegado a la corte imperial, el señor Marqués de Castel Rodrigo, Embajador ordinario del Rey Católico, me dio otro pliego de cartas para el armada; y, partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el reino de Bohemia y, pasando por Praga, llegué a Dresden, corte del Duque de

Sajonia.

Allí tomé lengua^[7] de la armada y me dijeron que marchaba la vuelta de Lipzig en seguimiento de la sueca. Yo me di tan buena diligencia en seguir aquella derrota que a las veinte y cuatro horas^[8], una legua de Lipzig, descubrí a las dos armadas puestas en batalla campal y dándose muchos bodocazos^[9] y cuchilladas.

Aquí fue adonde el señor correo perdió todo el brío y quedó más cortado que una cernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas y cajas, quería, embestir con los batallones, y yo, atemorizado de oír una fragua de Vulcano y de ver desatadas todas las furias del Averno, quería ponerme en huída. En efeto, estábamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocín; temía por una parte el perder los pliegos, por venir sin postillón, y por otras dos mil el perder las ganas del comer y arriesgar el caballo, que me había costado muy buen dinero.

Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artillería y mosquetería, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados húngaros y frisonos^[10] que no me daban lugar a ver quién llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si pasaría adelante o volvería atrás, porque la gran turbación que tenía no me daba lugar a determinarme. Pero al tiempo que me quise acercar un poco (sabe Dios con cuánto sobresalto), llegó a mí un batallón de los nuestros diciendo que perdíamos la batalla por falta de la caballería del cuerno izquierdo.

Y preguntándome, pues era correo, si sabía algún buen camino donde poder salvarse, le respondí que dejasen aquel cuidado a mi cargo y que me siguiesen; y con más miedo que todos ellos los alejé de la tremenda palestra, de tal manera que a la noche los acuartelé en un villaje a veinte leguas della; porque si yo fuera tan diestro en los alcances como en las huídas, ya estuviera escabechado a puros laureles^[11]. No fueron tan pocos los que me siguieron que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería.

Llegamos a puerto salvo, después de pasar la borrasca, por hallar en el villaje una infinidad de vivanderos que iban a nuestra armada cargados de bastimentos, ignorando el siniestro suceso. Y habiéndonos juntado todos a consejo de guerra para darles un Santiago (y no de azabache^[12]), me enviaron a que sirviese de espía de los pobres demonios, para reconocer la cantidad que había y si estaban alerta. Volví al cabo de un cuarto de hora, y, desminuyendo^[13] el campo contrario y animando el mío a la impresa, cerró^[14] con tal valor que, si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado con harto menos peligro y con mucho más provecho.

En efeto, entraron los amigos a saco; era un confuso labirinto oír en el espeso^[15] de la oscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus angustiadas mujeres y los clamores de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baúles, las embestidas a los sacos del pan, los asaltos a las botas de vino y el «¡Cierra, cierra!» a las arcas de ropa, sin usar ninguna piedad, porque, como

tienen a los vivanderos en opinión que los roban y que se llevan todo el dinero de la armada, se habían revestido de Nerones.

Yo quise también probar la mano y ganar algunos despojos, pues había sido guía de los vencedores y espía contra los vencidos. Y dejando a guardar mi caballo a un soldado que se me había dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos que llevaban los vivanderos, cargué con mi maleta^[16] de pliegos y, llevándola debajo del brazo izquierdo, metí mano a la espada y cerré con el escuadrón de carros a tiempo que estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancía más que lágrimas y ternezas de sus dueños, por lo cual fue fuerza retirarme sin caballo. Y, volviendo en busca del mío, hallé que el soldado a quien se lo había entregado se había acogido^[17] con él, de manera que me quedé sin el uno y sin el otro por ser disparate dejar lo cierto por lo dudoso; de forma que entre tanto despojador vine yo solo a ser el despojado, quizá por lo que había tenido de vivandero.

Venida la mañana marché a pie, cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas tropas, y, encontrando con un coronel, me preguntó que cómo caminaba a pie. Yo le respondí que en la batalla me había llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los pies. Díjome:

—Por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte a ti, y que lo puedes atribuir a milagro y ser buen cristiano de aquí adelante.

Marché poco a poco, hecho correo de a pie, hasta llegar a la corte de Praga, adonde hallé a Su Alteza el Archiduque Leopoldo y a mi amo, que estaban recogiendo la gente que se había escapado de la pasada refriega.

Preguntome Su Alteza cómo me había ido en Polonia, y yo le encarecí las mercedes que en ella había recibido; y deseando saber la causa de mi venida a pie, le satisfice con decir que había llegado a la armada al tiempo de la batalla, y que, animándome de ver a Su Alteza, opuesto a los peligros, empecé a escaramuzar con las tropas enemigas, adonde me di a conocer bien a costa de su sangre; pero que habiéndome sido forzoso el retirarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fue fuerza el dejarlo y venir a pie. Dio crédito a todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos; leyó las cartas y, en recompensa de haber salvado los pliegos y traídoslos a costas, me mandó dar para montarme^[18].

Fui a ver a mi amo y contele lo mismo, aunque, como me conocía, no pude, como con los demás, acreditarme de valiente. Enviome otro día Su Alteza con un despacho a Viena para Su Majestad Cesárea y con otro para los Estados de Flandes, dándome trecientos escudos para el camino. Fuime a despedir de mi amo, el cual me dio otro pliego para don Francisco de Melo.

Llegué por la posta a Viena, di los pliegos y otros que asimismo traía a la Majestad Cesárea de la Emperatriz y a el Marqués de Castel Rodrigo. Allí conté maravillas de la batalla y mentiras ni vistas ni imaginadas (ganando mucho más con ellas que no gané en Yelves a coger aceituna). Y, habiéndome despachado, me volví a

empostillar y, dándome unas pocas de alas el rapaz virotero^[19], resuscitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho días a Bruselas, adonde, después de haber dado mis despachos y hacer mis embajadas, me salí a pasear y a ver la tía de mi cuidado^[20].

La cual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentándose de la desconsolada vida que había pasado aquel enjaulado serafín. Limpiele las lágrimas con unas doblas que le di (iris de tales tempestades^[21]) para que la sacase de empeño y la trujese a casa. Partió como una saeta, y yo quedé, lastimado de su relación, aguardando el retrato de una penitente egipcíaca^[22].

Mas presto me consolé, por verla entrar por la puerta pálida como un madroño^[23], flaca como una trucha y con más papada que un canónigo: por estas señas conocí lo que había sentido mi ausencia. Abrazome tierna y estrechamente, y yo le di los brazos sospechoso y desengañado, y más cuando vi unos asomos de lágrimas en sus neutrales ojos^[24], que debían de ser por la reclusión pasada o por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel día con gusto, mas no tanto que dejamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trecientas, por ocasión de que por regalarla gastaba lo que tenía y lo que buscaba, y ella, por verme tan liberal, lo era también conmigo en darme lo que le pedía, que eran celos y más celos.

Volví a hacer una visita general a todos los señores desta corte guiándome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido tan cosario en seguir aquellos rumbos no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad y ofrecirme de nuevo sus casas con amor; que a quien esto no obliga o se precia de muy caballero o de gran tirano. Visitábanme los amigos que me habían menester, saludábanme los soldados que me querían pedir y pegábanseme los bravos que me intentaban estafar. Mi dama, por esquitar algo del encerramiento pasado, volvió a hacer de las suyas y, dándoles a todos piques de esperanzas, me daba a mí repiques de celos y capotes^[25] de desesperaciones.

Determineme de vengarme por los mismos filos^[26] y de sacar^[27] un fuego con otro fuego. Para lo cual, habiéndome acariciado otra dama tan buena como ella y de no menos servicios y virtudes (y que basta para decir qué tal era que ella me hubiese acariciado), en efeto, acepté el favor y, en agradecimiento de la mala elección que había hecho, la convidé a merendar fuera de los muros, Y, por parecer hombre de mi palabra, otro día le envié a advertir por la puerta que había de salir y en el puesto que me había de esperar y a la hora que había de ser.

Llegado el plazo me presenté al desafío campal llevando por armas un gran jarro de vino y ciertos sazoados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos y por portadores de la merienda a mi querida prenda y a una conocida suya. A el tiempo que llegamos adonde la otra dama me estaba aguardando, me adelanté un poco. Después de haberla abrazado a letra vista^[28], la di a entender que las dos que venían en mi seguimiento eran criadas mías, y, señalándole la hostería donde había de entrar,

volví a retaguardia y le hice creer a la señora mi moza ser aquélla una persona de merecimiento y a quien yo tenía muchas obligaciones, y que la había convidado por haberla hallado en aquel puesto.

Entramos en la hostería y, llamando a el patrón, le pregunté que si sabía hacer una ensalada con los tres artículos pertenecientes para salir perfeta. Él me respondió que si no fuera muy buena la que él me daría, que no le pagase nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla y, puniéndome yo y mi nueva pretensora^[29] en cabescera della, le empecé a brindar a lo flamenco y a dar paz a lo francés^[30] y a hacerle plato a lo español^[31], comiendo los dos los mejores bocados.

Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio que atragantaba por la boca y vertía ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimación que della hacía en presencia de tanta gente. Y lo más que le llegaba al corazón era ver que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa y le hacía que escanciase la bebida. Al fin, pagando agravios de celos con venganzas de lo mismo, dimos fin a la obra y principio a la cuenta del gasto que había hecho el patrón. El cual, ajustando su conciencia, me pidió un patacón^[33] de pan, cerveza y ensalada y de la buena pro^[34]. Yo, tomando de la mano a quien me había servido de novia en la mesa, me iba, diciendo no era obligado a pagar lo que me pedía por no haber sido la ensalada a mi gusto.

El patrón me impidió el paso pidiéndome el escote; y por ver que se juntaba bulla de gente, por que no presumiesen que por miserable no le pagaba o por no tener con qué, me encaré con él y le pregunté que si acaso se acordaba de que me había dicho que si no fuera buena la ensalada que él me daba por libre de el gasto que hiciese. Confesó ser así y que no solamente no^[35] podía estar más bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí:

—Pues tan gran maestro sois en esa profesión, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar a hacerla apetitosa y sin ninguna falta?

Replicome que él no sabía más propiedades que de cobrar su dinero, ni más faltas de que nadie la hiciese con él en írsele con su sudor. Díjele muy puesto en cólera:

—Pues, para que veáis que sois un lego^[36] y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada ha de ser justo, liberal y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceite y miserable en la sal. Y pues vivís de presumido teniendo tanto de ignorante, por que no presuman los que nos están mirando que lo hago por no pagaros ni vos os alabéis que no habéis cumplido lo que me prometistis, veis aquí el real de a ocho que pedís.

Y, diciendo esto, lo saqué con un puño^[37] dellos de la faltiguera y, arrojándolo con mucha fuerza a unos convecinos jardines, le dije:

—Desta suerte se parte la diferencia y quedamos ambos pagados; y otro día sed más avisado conmigo y seré yo más generoso con vos.

Celebraron el cuento y acción los mirones, y el hostelero, avergonzado, bajó la cabeza y volvió las espaldas; pero yo, por andar más galante a vista de mi moderno galanteo^[38], saqué otro real de a ocho y, llamando al que partía desconsolado, le dije:

—Ahora que os halláis convencido y no me pedís nada, veis ahí lo que pretendíais.

Y arrojándoselo en tierra me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé a la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré a la mía, a la cual sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar a verse en otro acto semejante dio en mostrármeme más apasible y en darme menos enojos, porque para el veneno y letargo^[39] de celos esta es la perfeta contrayerba^[40].

En este tiempo la Condesa de Ulst, a pedimento de mi amo y por agradar a la Reina de Polonia, me dio una gran muñeca, vestida a lo francés, que había hecho traer de París. Compré cantidad de puntas, de las mejores y más finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me había mandado el Archiduque Leopoldo. Y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña salió don Francisco de Melo, como su general, a visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, o presumiendo que yo era algún gran ingeniero o teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuimos recorriendo todas las plazas, y llegando a la de Lila^[41] me despachó como a correo para Alemania, con pliegos para el señor Marqués de Castel Rodrigo.

Di la vuelta a Bruselas, y por tener ya más satisfacción de mi dama la dejé en casa de un mercader, que a saber la buena mercancía que le dejaba estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejele pagados algunos meses adelantados y todos los vestidos y galas que yo más estimaba, por ser dádivas de Su Alteza; y, después de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude y despedí dome de mi Infanta Palancona^[42] y de los amigos del trago, tomé la posta y empecé a desmoler^[43] lo que había comido, a sudar lo que había colado y a trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la corte.



... despedídome de mi Infanta Palancona y de los amigos del trago...

Partí de Bruselas en el mes que los enamorados sirven a sus amores^[44], y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blando de los despeñados arroyuelos y el gorjear de las sonoras aves, llegué a Viena. Y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algún descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad,

en achaque de «éntrome acá, que llueve» y «hace un sol que rabia^[45]», me entraba en el Imperial Palacio y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando lances en vacío y otras hinchendo la red, tomaba «del pecador como venía^[46]», y sólo sentía a par de muerte unos pegatostes^[47] que como emplastos de resfriado se pegan a los poderosos y, pensando que lo que me daban a mí les había de hacer falta a ellos, me hacían mal tercio y muchas veces eran ocasión de salirme en albis^[48] y otras de desminuirme las dádivas. Yo les decía:

—Caballeros Lanzarotes^[49], ya que no gozáis de la gloria de el dar no impedáis el infierno del pedir. Y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no la gana un poderoso con henchiros a vosotros las valijas, ni a sus criados los jergones^[50], ni con trasformarse en primavera de galas; pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliogábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser glotón. Y el que da imita a Dios, que siempre nos está dando a manos llenas infinidades de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo Demonio, que sólo nos regala con pesadumbres y sobresaltos.

Después de haber hecho mi ronda di en querer probar la ventura y en jugar con todos los títulos y coroneles, como si yo lo fuera o gozara de sus rentas; y unas veces por venir la mía^[51] debajo y otras por entrarle a treinta y nueve el as, me dejaron a oscuras de lo que había ganado en todas mis corredurías y de las mercedes que me habían hecho en aquella corte y de las mercancías que yo había vendido en ella (porque a tanto extremo ha llegado, mi cudicia que no he hecho ningún viaje que no haya cargado dellas, llevando siempre cosas de poco volumen y de mucho valor, y de aquello que se carecía en el reino adonde llevaba los despachos); pero «no hay estreñido que no vaya de cámaras^[52]».

Al fin, sin poderme aprovechar de las liciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos, Domine*^[53] me vine a hallar como Juan Paulín en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que había hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el Diablo^[54]. Pero por no dar un buen día a las corrientes de Flegetonte^[55] ni venganza a mis competidores, valiéndome de unas resultas^[56] que me habían quedado, tomé la posta para ir a la villa de Passau, junto del Danubio, corte del Archiduque Leopoldo.

Pero apenas había corrido media legua cuando, pasando por un ameno jardín que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y una damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apaar a tiempo que se cubrían las mesas de un opulento banquete. Y yo, por ser rogado y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos y embestí con platos diversos y con vinos diferentes; pero entrando de vitoria salí de rendimiento, porque tantos a uno era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca^[57], el postillón que llevaba por guía quedó de tal forma que no lo pudiera guiar a él un ejército entero; y creo que, a ser convidados, los

caballos pasaran también el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas^[58] tan iguales que nos apeamos a un mismo tiempo, comimos y bebimos a un mismo tiempo y caímos a un mismo punto.

Acabado el banquete hicieron diligencias aquellos señores (según supe después) para ver si nos podían volver en sí; pero advirtiéndome que era cosa irremediable nos mandaron llevar a una pradería, dentro del mismo jardín, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas y echándonos mil jarros de agua, mas fuera muy poca toda la de el convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, después de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos, se volvieron todos aquellos señores y damas a la corte, dejándome encomendado al jardinero para que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas.

Quiso mi ventura que otro día de mañana acertase a pasar uno de los caballos nuestros tan cerca de su dueño que le puso pie con pata y zapato con herradura. Obligole el dolor y la carga a volver a este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentose lo mejor que pudo, por no atreverse a levantar, desde adonde, no costándole poco trabajo, me despertó.

Senteme también a su lado, tan atolondrado como él y tan fuera de mí que no reconocía en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntele a el postillón que cuántas postas habíamos corrido y respondiome que a su parecer más de docientas, según se sentía de molido y cansado. Púseme en pie sirviéndome de bordón la cola de uno de los dos caballos, el cual, por no ser casado^[59], tuvo ánimo de, al son de un medio relincho, darme dos pares de zapatetas, con que dio conmigo en un acopado nicho^[60] de una frondosa murta^[61], con que me dejó hecho estatua de Baco en jardín de Flora.

Y columbrando por sus verdes celocías que el jardinero venía hacia la parte adonde estábamos, olvidado de el dolor y imaginando que estábamos en el camino real y que él era pasajero que venía por él, le pregunté que cuántas jornadas había desde allí a la corte de Viena. Él, riéndose de la pregunta y ayudándome a salir de mi capilla, me volvió la cara a la parte del mediodía y me dijo:

—Vea allí vuesa merced la torre de la iglesia mayor de la corte por quien pregunta. Por el distrito que hay de aquí allá puede conjeturar las jornadas que ha hecho después que salió della.

Quedeme más atónito de lo que estaba, por ver el poco viaje que había hecho, pensando, según me había dicho el camarada, que estaba a vista de la villa adonde iba. Dile priesa al postillón a embridar los caballos; el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas se las ponía en las colas, lo de dentro afuera y lo de arriba abajo, y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colación que yo participé.

El piadoso Belardo de aquella güerta^[62], viendo que los tragos obligan a lo que el hombre no piensa^[63] lo puso a punto de leva y nos ayudó a montar en ellos (que

entiendo que no le costó poca fatiga según estábamos de pesados). Abríonos la puerta de el jardín, adonde se empezó a santiguar mi católico postillón, y picando trasero y amorrando a la parte delantera^[64] tomó el camino de Viena, yendo yo en su seguimiento.

El jardinero, como sabía que no era aquél el^[65] viaje que yo hacía, nos empezó a dar voces advirtiéndonos que nos volvíamos a la corte. Yo, con darle al postillón más holas^[66] que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era darlas al aire, por lo cual, apretando las espuelas a mi descansado rocín, pasé delante dél y, habiéndolo detenido y enseñándole las torres y murallas de Viena, aun no lo podía persuadir a que iba errado.

En efeto, reduciendo^[67] el caballo antes que a él, empezamos a hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho a los pies de Su Alteza, el cual se holgó de verme, y mucho más cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que había mandado traer de Flandes. Y, pagándome diez doblado^[68] de la costa que me habían tenido, dentro de ocho días me despachó a toda diligencia con aquel presente y despachos a la Reina su hermana, a Warsavia, corte de Polonia.

CAPÍTULO XI

En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia, el desafío que tuvo con un estudiante polaco, la llegada a Viena y partida a Italia, y lo que sucedió en el camino con un capitán alemán y los viajes que hizo a Roma y Nápoles hasta llegar a España.

DESPUÉS de haber corrido muchas postas y pasado malos días y peores noches por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas^[1], por ir el uno lleno de comida y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué a Polonia y di mis pliegos y regalos a Su Majestad Real, siendo mbajador sin título y grande sin señorío. Tratome, al fin, como reina, porque siempre he hallado más afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados^[2] que se bautizaron en su aldea y se confirmaron y añadieron un don en el anchuroso dominio de Neptuno^[3] y se endiosaron en el primer oficio que llegaron a ejercer.

Todos los señores polacos, por respeto de la merced que Su Majestad me hacía, me cargaban de dádivas y me henchían de vino y me trataban de *señoría*, con lo cual me hallaba más hueco que un regidor de aldea. Ayudome bravamente el saber la lengua latina, porque de^[4] otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran escuridad de su lenguaje y porque ellos no saben de la nuestra sino el dar *señoría* a uso de Italia, por haber en aquellos países muchos mercadantes italianos.

Partieron Sus Majestades a su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligación de asistir, en él un año y dos en Polonia. Es este estado un país muy friísimo y de muchos y muy grandes y espesos bosques, particularmente uno llamado BialaVexe^[5], en el cual Su Majestad mató en sólo un día seis toros salvajes^[6] tan feroces que daba horror el mirarlos y tan barbados que cada uno dellos podía prestar barbas a media docena de capones^[7]. En cualquiera parte que Sus Majestades hacían noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banqueteaba al uso polaco, con tal grandeza que a mí me causaba admiración, y me parecía cosa imposible que hubiese tierra que produciese tantos regalos ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad.

Dióle a Su Majestad deseo de ir a caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pie izquierdo^[8], y, llegando a un gran bosque, en muy poco tiempo dio muerte a ocho; y entiendo que, a querer darse diligencia, pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuántas racionales hay mayores

que éstas y con mayores uñas y más virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande a caza dellas. Yo pienso que me preservé en esta ocasión por ser bestia pequeña y andar el Rey a caza de grandes.

Marchamos desde aquel bosque a la vuelta de Groden^[9], ciudad de Lituania, adonde, por venir yo algo indispueto de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo. Por cuya razón, hallándome al cabo de algunos días algo convaleciente, pedí licencia a Sus Majestades para volverme a Alemania, la cual me dieron con mucha voluntad, y un paseporte real para todo su reino y una carta de favor y recomendación para mi persona, para la Majestad Cesárea de la Emperatriz su prima, y pliegos para el Archiduque su hermano, honrándome para ayuda a el viaje con seiscientos escudos y con dos riquísimos vestidos a lo polaco y con una carroza con dos bizarros caballos, por que caminara con más descanso y por que no me dañase el sol ni el viento (temiendo no volviese a recaer el señor Embajador), y una guía intérprete para que me convoyase hasta llegar a los confines de Alemania.

Presentáronme tres señores, de los que iban acompañando la corte, tres caballos, como si Estebanillo fuese alguna persona de gran puesto y calidad. Pero el señor que es generoso no mira el sujeto del que recibe, porque sólo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viernes por no ayunar^[10].

Contemplándome tan poderoso y en tan alto estado, me despedí de Sus Majestades y de todos los señores y títulos de su corte. Y, puniéndome en camino, salí de Lituania y, atravesando todo el reino de Rusia y pasando el de Moscovia, llegué a una ciudad del reino de Polonia llamada Cracovia, que es adonde se coronan los reyes de aquel reino y adonde hay gran comercio de mercancías y muchos mercaderes italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda.

Allí tuve un desafío, de los que yo no suelo rehusar, con un estudiante polaco sobre quién bebería más agua ardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafié, pero, por ser de parte de noche y estar ya bien cenado y mejor bebido, lo dejé para por la mañana venidera; el cual no escusé por materia y razón de estado, pues pareciera género de cobardía huir yo de nadie la cara, viniendo con carroza y criados y caballos de respeto, y con guía y faraute.

Aquella noche hice provisión de esponjas y estopas, y a la mañana, quitándole a mi faraute unos grandes calcetones de paño que traía debajo de unas botas que le pudieran servir de calzones^[11], le metí en la una dellas todas las esponjas y estopas, en lugar de escaipín y calcetón, y como quien calafetea navíos^[12] se las calafeteé muy apretadamente. Dile la instrucción de lo que había de hacer y, avisando al huésped y depositando seis doblones (que era el señalado premio del vencedor), le dije que recibiera otros tantos de mi competidor, el cual, con bacanal catadura, se nos venía acercando.

Dio el depósito al patrón, el cual nos metió en una sala que nos vino a servir de palenque y estacada^[13]. Dionos a cada uno un jarro de azumbre^[14] y medio de la mejor agua ardiente que tenía, por que peleásemos con armas iguales. Sirviome a mí

de padrino mi faraute, Garci Ramires^[15], y a el retador otro estudiante camarada suyo. Pusieron una mesa, y encima della dos vasos pequeños, para que empezásemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelón de tabaco picado y^[16] un candelero con una vela encendida para que se entretuvieran los padrinos mientras durase la refriega. Declarose quedar por vencedor el que diese más presto fin a su jarro. Hiciéronles los jueces salva para ver si había algún fraude en ellos, y, habiéndolos dado por justos y rectos, nos partieron el sol^[17] poniéndonos a los dos de frente en frente y la tabla en medio, que nos servía de valla^[18], y en lugar de trompetas y de son de embestir, después de habernos henchido los vasos, empezaron a enflautar^[19] sus pipas y a resollar humaredas.

Yo y mi estudiante nos dábamos de las astas^[20] bien a menudo y con lindo denuedo y, como era por la mañana y el país muy frío y en el rigor del hibierno, apenas dábamos lugar a que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aún no estaban llenas las ampolletas cuando ya estaban vacías. Jugaba tan bien de la china^[21] mi escolástico que ya reconocía yo superioridad, y a no haberme valido de ardides quedara el campo por suyo, por llevarme más de seis vasos de ventaja; aunque se veía ya tan fatigado del peso de la cabeza que la reclinaba a menudo sobre la tabla y, desconociendo a su compañero^[22], se le antojaba la vela cirio pascual.

Cuando yo vi que se había llegado la ocasión de conseguir mi intento, haciéndole señas a mi compañero, se acercó hacia la vela en achaque de encender la pipa y en lugar de despabilarla la dejó a buenas noches. Empezose a lamentar por la gran falta que les hacía a los dos, y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela y fue a encenderla. En el ínterim, viendo a mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa como jugador trasnochado y perdidoso, dándole un baño de agua ardiente a su bota, dejó el jarro con menos de medio cuartillo, quedándole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les había dado.

Vino al punto el camarada y, tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun antes de dar fin a la suya, dijo que le parecía que iba muy de espacio la procesión y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes y los padrinos muertos de frío y en ayunas, y que, así, quería ir a hacer que les trujesen de almorzar a costa del que perdiese.

Respondió el otro que hablaba muy bien y que pedía razón y justicia, y que cuanto antes fuera sería mejor, porque se las pelaba^[23] de hambre. Saliose mi faraute de la sala medio chillando la bota; fue a pedirle al patrón que aderezase con mucha brevedad de almorzar para dos, y en el ínter se fue a nuestro aposento y se quitó la bizma^[24] pródiga, y limpiando la bota lo mejor que pudo se metió en ambas sus calcetones y volvió con lindos apetitos y con un muy buen almuerzo.

Cubrió el patrón la mesa, haciendo desamorrar^[25] a mi contrario, y yo, diciendo que también quería almorzar, me levanté y, brindándole a el patrón a la salud de quien lo había de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detención y quitar

sospechas, me estuve gran rato tragando más aire que brandevín, y dando fin a lo que había quedado empecé a publicar la vitoria y a pedir el premio della.

Diéronme todos por vencedor y, entregándome el patrón los doce doblones, me senté muy despacio a almorzar con los padrinos, sin que el rendido estuviese de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que había dejado en el jarro (y aun apenas era un cuartillo), el cual se bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerzo.

Despedime del faraute y, después de haberle dado para guantes, proseguí mi viaje atravesando el Hungría, y regalándome con sus^[26] fuertes y sabrosos vinos llegué a la corte cesárea, adonde, por verme entrar con ostentación de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos^[27] de ponerme un *don*, aunque no fuera yo el primer bufón que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo correo imperial y real, que me llamasen *don Estebanillo*; pero por que no hicieran burla de mí, como de muchos que los tienen sin tener caudal con qué sustentarlos, me empecé a santiguar diciendo:

—¡Líbreme Dios de tan mal pensamiento!

Informáronme en Viena de cómo mi amo había pasado a Italia y que desde allí se había embarcado para España, cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacía y que por su respeto me hallaba en tanta prosperidad. Fuime a Palacio a dar a su Majest ad Cesárea la carta de recomendación que traía de la Reina de Polonia, la cual, después de haberla leído, me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera. Y por ser a cuatro días de mi llegada día de año nuevo cobré mi aguinaldo^[28] de todos los señores de aquella corte, los cuales me doblaban la parada por verme gentilhombre de carroza^[29]. Pero por no hallarme con gusto cumplido, por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar a Italia para ir en su seguimiento; y para ponerlo en ejecución me fui a despedir de las Cesáreas Majestades, y después de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la Emperatriz con una carta de favor para el Católico y poderoso Rey de España, su hermano y mi señor. Despedime de toda la nobleza y, haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia.

Rogome a la salida un capitán jenízaro^[30] que lo llevase a caballo hasta Milán, pues que llevaba cuatro de vacío, que él cuidaría del que yo le entregara. Imaginé que no me estaría mal el ir acompañado tan largo y peligroso camino, y más de un capitán, por lo cual correspondí con obras a sus palabras. Montó encima del que le pareció mejor (porque era hombre malcontentadizo y no poco presumido), aunque no lo cargó mucho de maleta, porque^[31] presumo que había hecho de algún escaipín de cuero la pequeña que llevaba^[32].

Era el tal señor veinticuatro en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y, por que yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decía que le hacía mal el cenar de noche y que era cosa muy saludable a la vida humana el dormir desembarazado el estómago; pero la noche que yo lo convidaba no reparaba en humanidades ni en

embarazos.

Pasamos toda la Stiria y el Tirol y entramos en país de Grisones, adonde el señor capitán alemán me dijo que él era conocido por aquellos países, y que podría ser que hubiese allí señores o soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su compañía y a mí con el escuadra de mis chanzas, y que, así, importaba a su reputación que yo pasase plaza de criado suyo; y esto con un género de gravedad y un modo de aspereza que me dejó atemorizado, aunque sabe muy bien el Cielo que estuve por dejarlo a pie para que fuese hasta Milán abordonando con su jineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero temiendo no se me alzara a mayores con el caballo y a mí me diera media docena de muertos por el alquiler^[33] dél (porque como se había salido con no querer sustentarlo también se saliera con lo que se le antojara), callé y sufrí, consolándome con que mi nuevo amo comía cada día una comida muy tenue, y el señor su criado comía tres y bebía trecientas.

Iba, siempre que caminábamos, muy adelante de nosotros tiniendo a caso de menos valer el dejarse comunicar, y yo y mis criados polacos nos gloriábamos en irle siempre cortando de vestir^[34], porque obligará un figurón éstos a que mormuree dél el más capuchino^[35]; porque no hay ley ni razón que obligue a ser grave a quien ha menester servir y agradar para no morir de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno de bartolomicos^[36], pues hay criados de señores que apenas se hartan de lamer los platos y, por verse con esperanzas de librea^[37] o con una gala perdurable, tienen más toldo^[38] que no sus amos y más humos que Alcorcón^[3].

Llegamos a Chavena^[40], adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el capitán mi señor. El cual, como me vio que iba algo rostrituerto^[41] y él se halló en tierra del Rey de España, me empezó a echar rodamontadas^[42] como si fuera estraña para mí, siendo medio gallego, y patria para él, siendo medio alemán. Convidelo a cenar en Coma^[43], disimulando el enojo, con intención de pegársela^[44] en Milán y por que no se despartiese de mí hasta llegar a él; y sin reparar en digestiones de estómago, comió como leproso y bebió como hidrópico^[45].

Otro día, cumpliéndose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nombrada ciudad de Milán, adonde elegimos por posada la del Falcón^[46]. Díjele a el capitán la noche que llegamos a ella que pagase la comida de su caballo, pues, demás de haber venido en él de balde, le había yo hecho la costa todo el camino, habiéndome ofrecido a la salida de Viena muy diferente de lo que me había cumplido. Respondiome que no solamente no quería, pero que ni aun le pasaba por la imaginación; que la pagase yo, pues ganaba el dinero a decir gracias, que el suyo era ganado a mosquetazos, y que harta merced y honra me había hecho en traerme en su compañía y de admitirme en nombre de criado suyo.

Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy dellos, me retiré a reposar muy de espacio, y venida la mañana me fui a ver a Su Excelencia el Marqués de Velada, que era Gobernador de aquel Estado, al cual me quejé muy en forma de lo que había

usado conmigo el espetado capitán y jenízaro grave; con que se alegró mucho, por oír el modo con que se lo pinté. Y como señor tan discreto y entendido, después de satisfacerme con premio la relación, no quiso que nadie se quejase de su justicia, y así, me remitió al Auditor General, a quien habiéndole yo informado de la mucha que tenía, y que mi capitán Holofernes^[47] eran sus bienes castrenses, movibles y no raíces, y su persona portátil, le envió media docena de ministros audiencieros a que lo hiciesen parecer a juicio o le arrestasen en la misma posada, estando todos a su costa y pensión en guardia de su persona.

Llegué, haciendo el oficio de Judas, con los tres pares de alfileles con alma^[48] a la posada, y lo hallé lavándose las manos (siendo Pilatos los que venían por él, y él el que había de ser sentenciado). Notificáronle el auto^[40], que fue para su gusto peor que de Inquisición^[50], y, mirándome muy despacio con sus jenízaros ojos y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del día hasta que fuese pasado^[51], porque aún había sol en el^[52] peral.

En efeto, no pude decir mal del presente, porque fui satisfecho antes de ponerse: diome por vía de acuerdo veinte escudos y echome por vía de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal y aligeré de costa. Despedí los criados, porque sólo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos; que para matarlos de hambre y traerlos desnudos cualquiera se los tendrá.

Viéndome libre del capitán Faraón^[53] y de siete bocas polacas (que eran para mí las del Nilo^[54] en lo rápidas y borrascosas), me salí a espaciar y a dar una vista a la ciudad y a dejarme ver. Y como iba hecho a lo de Bruselas y Viena, que todos me hablaban y todos me conocían, y en todas partes entraba y en las más dellas tenía provechos, estrañé el nuevo paseo, porque todos me miraban y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella ciudad, si daba lo recibían con buen amor, y si pedía me daban esperanzas con buenas palabras; y así, por las vésperas saqué los disantos^[55], echando de ver que no era mercancía la mía al uso de aquel estado, pues solos dos señores compraron y gustaron della, que fueron^[56] don Fadrique Enríquez, gobernador del castillo de aquella ciudad, y don Vincente de Gonzaga, General de la caballería. Éstos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalem^[57]; pero más vale pocos y buenos^[58], pues cada uno de ellos me dio muchas doblas.

Supe que mi amo no volvía a Italia, y que me aseguraban que se había de embarcar para Flandes. Y viéndome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entretenerme, di en hacer visitas a costa de mi dinero y a darme a conocer a peso de mi caudal y a cebarme en el juego en destrucción de mi bolsa, y sobre todo en tener amigos que solicitaban mi perdición. Y para concluir con mi suceso, digo que en solos dos meses que jugué como poderoso, que desperdicié^[59] como pródigo y que gasté como heredero de padre miserable^[60], me quedé como en

Viena cuando me obligó otro tal disparate como el presente a ir por la posta a la corte del Archiduque Leopoldo. Y por que en todo imitara este trance al otro, me despedí del Marqués de Velada, de quien tuve, demás de el pasaporte, con que poder pasar el camino.

Salí a boca de noche de la ciudad como gran señor o como mercadante de banco roto. Metime en la carroza que va a Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, así de oficios como de naciones; porque iba en ella un judío de Venecia, un esmarchazo milanés que salía a cumplir diez años de destierro, una dama siciliana que por ser antigua en aquella milicia iba a ser bisoña en la de Liorna^[61], un fraile catalán que iba a Roma a absolverse de ciertas culpas, y un peregrino saboyardo^[62] que iba a confesar algunos pecados reservados a Su Santidad.

Llegamos a Bolonia la grasa, adonde nos detuvimos dos días por ver el gran concurso de gente que se había juntado a ver efetur las paces y publicarlas entre los príncipes de Italia^[63]. Al tercer día caminamos por las montañas de aquella ciudad, y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces y muy quieta de manos, por causa de ser el huésped tan alentado como yo.

Fue la causa el pedirme la cantidad de seis bocales^[64] de vino de sólo una comida, cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza que me hacía patear ver tan manifiesto robo. Porque, aunque es verdad que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lúcidos intervalos ni la lengua tan escasa de pelos y borrones^[65]. Mas, en efeto, vino a valer más su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en el ajena, quedándome al cabo de todo yo con mis voces y él con mis dineros; porque en^[66] todos países que son de confines^[67], como éste lo es, de diversidad de potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasajeros.

Llegamos a Florencia, que con justo título empieza su nombre en flor, por ser breve jazmín de las ciudades de Italia y nueva maravilla de la Europa y antigua admiración del mundo. Cuando vi tan espaciosas calles empedradas de losas catedrales^[68], los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecido de carne y caza, la sobra de fruta y flores y lo colmada de agua de olores y de vinos odoríferos, me quedé susp enso, imaginando que es poco curioso el que puede y tiene con que ver esta ciudad y lo deja por negligencia, y que no puede decir que ha tenido regalo cumplido quien no ha estado algún tiempo en ella. Y como cada uno se inclina a lo que más apetece, yo me aficioné de tal suerte a sus vinos que aún hoy lloro el no poder gozar de su admirable y sustancial verdea^[69].

Pareciome que quien había visto esta ciudad ni le faltaba más que ver ni que había más que desear. Hice alto en ella, eligiéndola por mi corte hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud, antes que me apretase la hambre

(cosa jamás conocida en los que son plásticos^[70] en mi oficio) fui a visitar al Príncipe Mathías, hermano de Su Alteza de Toscana, ante cuya grandeza fui bien venido, quedando Su Alteza alegre, y yo contento, por haberme conocido en Alemania cuando hice el oficio de sacamuelas.

Sin reparar en mi humilde sujeto, no pareciendo a los caballeros gorriones atrás referidos, sino a los príncipes de su valor y calidad, me introdució con Su Alteza el Gran Duque, su hermano y, después de haberle dado parte de las buenas que yo tenía y de las virtudes y propiedades que en mí concurrían, me alcanzó^[71] licencia para poderlo entrar a ver y hablar todas las veces que estuviese en la tabla. Pero después, habiendo gozado de mi bureo y conocido mi buen humor y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo, llamado don Francisco Piccolomini, gentilhombre de la cámara de Su Majestad Cesárea y caballero del hábito de Santiago y capitán de su guardia alemana, de cómo había servido a Su Alteza Serenísima el Infante-Cardenal y la gran entrada^[72] que había tenido con sus Majestades Cesáreas y con el Rey de Polonia, me dio libre facultad para que lo entrase a ver a todas horas, y mandó que se me diesen cuatrocientos escudos y todo aquello que necesitase para el sustento y adorno de mi persona todo el tiempo que yo gustase de servirle.

Habiendo gozado algunos días de tan lucido tratamiento, me envió su hermano el Príncipe-Cardenal Carlos de Médicis, Generalísimo de la mar, con un despacho de cartas a Liorna, adonde de presente se hallaba la Marquesa de los Vélez aguardando orden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de Su Alteza de Toscana, para pasar con ellas a Sicilia, adonde estaba el Marqués de los Vélez, su marido, por Virrey de aquel reino.

Llegué a Liorna y, en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo día las cuatro galeras con muy próspero viento, en las cuales me embarqué por orden que traía de Su Alteza de ir entreteniéndome a la Marquesa hasta la ciudad de Nápoles. Llegamos a Puzol^[73], cuatro millas de la dicha ciudad, adonde Su Excelencia el Almirante de Castilla, que era Virrey de aquel reino^[74], la salió a recibir y a ofrecerle su palacio y hacienda, suplicándole saltase en tierra para poderla servir y regalar. Y escusándose la Marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despidieron los dos; y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalándome Su Excelencia, por haberla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro.

Acogime a mi nuevo retiro de Nápoles, al cual hallé tan fértil y poderoso como lo había dejado, pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados que me causó admiración y asombro. Fui a visitar la taberna principal del Chorrillo y hallela tan diferente y tan en bajo estado que llegué a dudar si era aquélla la misma que ser solía. Fuime a el cuartel de los españoles, el cual hallé tan desierto que parecía sombra de aquello que había sido. Supe en él cómo todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de paces y alborotadores de pependencias, estaban unos muertos en desafíos,

otros huídos, otros en galeras y otros ahorcados.

Fuime a entretener con las damas, adonde acabé de ver la mayor mudanza que pueden contar las historias pasadas, porque las que dejé bisoñas estaban ya jubiladas, las que eran mozas y ollas las hallé viejas y coberteras^[75], las que había dejado en el amago de la senectud las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercer vez subidas en azotea y residentes en Corozáin^[76]. Consideré cuán breve flor es la hermosura y con cuánta velocidad se pasa la juventud y cuán a la sorda se acerca la muerte y qué de mudanzas hay de un día para otro; por lo cual no me espanté de hallar, en el tiempo de doce años que había que faltaba de aquella ciudad, tanta variedad de mudanzas y tanta diversidad de acaecimientos, y más en gente que vive muy de prisa y ellos mismos, como la mariposa, solicitan su fin.

Hallándome tan solo adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejas que había dejado, empeceme a pasear y gastar conmigo lo que había de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos y ordenaba en mi posada que estuviese la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el Duque de Medina de las Torres, virrey que había sido de aquel reino, me fui al muelle y me embarqué en su misma galera. El cual, por la nueva conciencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis costillas, pues, no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la galera en el aire, de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja^[77], dándome después, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas.

Tuvimos antes de llegar a Gaeta^[78] una razonable borrasca, y después de haberla pasado llegamos a dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedime del Duque y, saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde di parte a Su Alteza de toda jornada y sucesos della. Estuve allí muchos días, tiniéndolos todos buenos y no pasando ninguno malo; pero como tenía voluntad de ir a España a buscar a mi amo por parecer criado de ley, estaba con algún género de disgusto, y así, me determiné de pedir licencia a Su Alteza, el cual me la dio, y un razonable donativo con ella.

Y después de haber hecho lo mismo con los Príncipes sus hermanos y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma para saber antes de partir a España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no había tenido nuevas de ellas; que, aunque es verdad que por mis grandes travesuras no me habían hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre y a quien deseaba todo bien.

Al pasar por Siena fui a visitar al Arzobispo de ella, hermano de el Duque de Amalfi mi señor, el cual, habiéndose enterado de toda la peregrinación de mi viaje y de los buenos servicios que había hecho y cuán importante era mi persona para la república de los palacios, mandó que me diesen, después de haberme regalado, cincuenta escudos y cartas de favor para la ciudad de Nápoles. Agradecile la merced

y proseguí mi camino.

Llegué a aquella cabeza de la cristiandad a quien siempre he tenido en lugar de patria, por haberme criado en ella; me fui derecho a mi casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella a qué parte se habían mudado mis hermanas y me respondieron que de esta vida a la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque sólo iba a verlas para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que les había dado. Hice pesquisa para ver si me habían dejado por heredero y supe que se habían casado y dejado hijos, con que me encomendé a la paciencia y ahorré de lutos.

Fuime una mañana paseando a ver el Cardenal Mathey, por haberlo conocido en la corte imperial estando por Nuncio Apostólico^[79], en quien tuve un buen amparo y buena estrena^[80]. Hizo lo mismo conmigo el Marqués Mathey, General de las armas de Su Santidad, a quien yo había comunicado y recibido merced en los Estados de Flandes, estando por coronel de la armada imperial, como atrás he referido. Fuile aquella misma mañana acompañando a un jardín que tiene estramuros de Roma, llamado la Navicella, que, además de ser en hermosura un prodigio de naturaleza, es de los más nombrados de la Europa, adonde, excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel palacio de Flora y alcázar de Amaltea, dio un banquete que si no excedió a los que hicieron los emperadores de aquella corte, por lo menos pudo merecer nombre de competidor, y por lo más eternizar la fama de tan generoso señor.

Y como el Marqués tenía criados de todas naciones, conducidos de Flandes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos^[81], y aquel día todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que, transformados en leones, se daban batallas campales unos con otros sin atreverse nadie a meterlos en paz por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido harto más cargado que todos ellos y más valiente que un gato viéndose apretado, sin recelar peligro, metí mano a la espada y me puse en medio dellos sin saber a qué ni para qué, tirando a diestro y a siniestro golpes que los dejaba aturdidos; pero haciéndose todos una gavilla contra mí, sin respetarme por lobo mayor, me dio uno tal revés, en blanco^[82] por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un Tajo^[83] de tinto.

Púsose toda la gente lacayuna en huída pensando que me dejaban muerto, y yo creo que estaba en vísperas dello. Empecé a grandes voces a pedir confesión; acertó a hallarse allí un doctor de medicina y, llegándose a tomarme el pulso, viendo su grande alteración y las bascas y trasudores y agonías que pasaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara, porque tenía muy pocas horas de vida.



... sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara...

El buen hombre, por que no muriera como un alarbe estando en tierra cristiana, me trujo a grande priesa al capellán del Marqués, el cual así que vio el penitente se empezó a reír, por haberle dicho que un doctor me había desahuciado, y, queriendo ver la herida de que decían que procedía mi mal, me quitó el sombrero y halló limpia

la cabeza de sangre y sin más mácula que un pequeño burujón causado del cintarazo que me habían dado. Preguntó a los que se habían hallado presentes a la pendencia que si tenía más heridas que aquella, y, habiéndole dicho que no, le dijo a el jardinero:

—Si todas las veces que a este hombre le da este mal le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre llevase consigo un capellán. Su enfermedad necesita de sueño, y así, hágalo retirar a un aposento, que yo salgo por fiador de su vida. Y dígame a el médico que lo desahució que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete a la cirugía, y que, así, no me espanto que haya errado, porque de acertar anduviera contra el estilo de su profesión.

Fuese a dar cuenta del suceso a todos aquellos señores, y el jardinero me metió en una sala baja, adonde me hallé a la mañana fuera de peligro y libre de todo, mal. Despedime de el jardinero agradeciéndole la amistad que me había hecho en haber sido mi enfermero. Y, volviéndome a Roma, me avisaron unos conocidos antiguos de cómo un barrechel había tenido noticia de mi llegada a aquella corte, y que andaba en mi seguimiento para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de justicia ni pagar pecados viejos, me fui a Ripa Grande^[84] y me embarqué en una faluca napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embarcación.

Salimos del Tíber con algún poco de trabajo al desembocar en la playa; pero hechos a el mar, ayudados de un viento fresco, tuvimos un próspero viaje. Había embarcado un gentilhombre romano que iba en la dicha faluca un medio tonel de vino, que por ser amabile o angelical^[85] lo llevaba de presente a un amigo suyo napolitano; y tanto lo alabó y encareció un día, que me despertó la voluntad y me dio gana de beberlo a la noche. Y aprovechándome de mis ardidés y trazas, llegando por la oscuridad de la presente a una cala, me arrimé al dicho tonel y, fingiendo quedarme allí a dormir, me senté sobre un banco; y cuando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba a la parte de arriba con un reforzado cuchillo y haciendo caballera a una pipa^[86] que llevaba para tomar tabaco en humo (pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros), me puse sobre la mía el ferreruelo, por que si alguno despertara no me cogiera con el hurto en las manos. Teniendo con ella cubierto el rostro y tonel y metiendo la pipa entre los cristales de aquel néctar suavísimo, empecé a chiflar^[87] de tal suerte que no sentí la frialdad del mar ni el rocío de la mañana.

Con este alivio de tripas llegué a Nápoles, habiendo tenido siempre cuidado de volverlo a tapar bien y de haberle hecho tales salvas que, a haber hallado ingenio con que poder alargar o añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío, aunque, si va a decir verdad, no llegó muy lleno.

Desembarqueme en el Molo Pícolo^[88], adonde hallé que estaban veinte y cinco baje les para hacer viaje a España a llevar gente de guerra, levantada en aquel reino, de lo cual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles.

Embosqueme en aquel jardín de Italia y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir el armada, en oír comedias españolas y italianas, que son pasto^[89] del cuerpo y recreación del alma. Entreteníame en ver en el largo^[90] del castillo la variedad de montambancos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques y la grande multitud de sus arengadas prosas y oyentes noveleros^[91].

A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la Reina Nuestra Señora, y, en feudo de vasallaje, puse este fúnebre epitafio en su real túmulo:

Este de lutos piélagos eminente,
Este de gradas Etna relevante,
Este de luces Febo^[92] refulgente,
Este de rayos Júpiter tonante,
Este de llamas un Faetón ardiente,
Este de fuegos Ícaro arrogante,
Este de olores celestial consuelo,
Este de voces querubín del cielo,

Es túmulo real de una Belona,
Es pira imperial de una hermosura,
Es sepulcro feliz de una leona,
Es urna angelical de una luz pura,
Es triunfo de Isabel, de una amazona,
Tan santa Reina y celestial criatura
Que, dejando en Madrid reliquias bellas,
Al cielo se partió a pisar estrellas.

Iba de cuando en cuando a ver a Su Excelencia el Almirante de Castilla, el cual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de doctor de Cámara Real. Favorecíanme también el Conde de Celano y el Príncipe de Visinaro, por respeto de el Arzobispo de Siena y de don Tiberio Carrafa. Di en tener mis devociones cotidianas y de visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo y dar con lo que tenía en el lodo^[93]. Gastaba tan largo que algunos que me conocían (y otros que sin conocerme se me habían pegado) pensaban que habían muerto mis hermanas sin herederos y que venía de heredarlas; que también tienen sus pegatostes los gentilhombres de la bufa, como los generales sus^[94] tinientes.

Pasó de tal suerte la fama de mi ostentación y gasto que se enamoró de mí, de solamente oídas, una cortesana recién venida, de razonable cara, pocos años y menos galas (que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo). La cual me dijo, llegándola a ver, que se había inclinado a mi persona y no a mi dinero. Y aunque me pareció milagro en mujer de tal porte, me persuadí tanto cuanto^[95] a que podía ser verdad; porque tiene tanta fuerza y virtud la fama de el generoso, que, demás de ser imán de las potencias y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el músico de Tracia^[96]. Y de justa ley y razón se las había de llevar tras sí el que es miserable: las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen y las plantas para hacerlo chicharrón^[97].

Yo, escarmentado de el trato de tales damas (y no en cabeza ajena, sino en la mía propia), me quise escusar, por estimar más morir gustando vinos de tabernas que vivir probando acíbares de celos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió, siendo pecadora, con decirme que no quería de mí otra cosa más de que comiese y callase y que sirviese de mozo de ciego en adestrar boquimuelles^[98] y en encaminarle contribuyentes.

Yo, por probar si aquella mujer era de otra masa que las demás de su profesión (pues no trataba de pelarme sabiendo que tenía copia de plumas), acepté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedía. Y desde aquel mismo día me iba a las casas de conversación^[99] y, en tratando en materia de damas, aseguraba que no había otra como la referida, ni de mejores partes ni de mayor aseo ni de más buena conversación; y de tal manera la alababa que provocaba a muchos de los oyentes a pedirme que los llevase a su casa (o a irse ellos solos, por no dar a entender su pasión). Y con lo que más los incitaba era con decir que no era cosa mía, sino que la había oído alabar a todos los señores adonde yo tenía entrada, y que había ido con algunos de ellos a visitarla y me constaba le habían dado muchas dádivas y regalos, y que había más de dos muy picados.

Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó a estar tan bien puesta y se halló tan pretendida y festejada, que, no mirando que la hallé en paños humildes y que la había alquilado galas (porque aun para ser una mujer mala ha menester caudal) para que pareciese lo que yo publicaba y que me debía el verse en tanta altura por los testimonios que le había levantado, me dijo una tarde que me recatase de entrar en su casa, y que si me pudiera escusar de no entrar en ella lo tendría a favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel día tenido una pendencia con ella, le había llamado de bufona, y que si sus galanes lo llegasen a entender corríamos los dos muy gran peligro y ella perdería mucha reputación.

Yo, no pudiendo llevar en paciencia tantos puteriones^[100] y desagradecimientos, alcé la mano y dile un par de tamboriladas que no se las dio mejores el obispo que la confirmó, y haciendo de el rufián le dije:

—Dile a tus bravos que me las vengan a pedir, que Estebanillo Gonzales me llamo por mar y por tierra, medio gallego y medio romano.

Y echando estas y otras roncadas me salí a la calle empuñando la espada y calando el sombrero; y ella disimulando, por no publicar su agravio, me dijo que aunque se echara con un negro con una jeta^[101] de un jeme me había de hacer cortar la cara. Y aunque le di a entender no hacer caso de toda una armada, fue tanto el miedo que concebí que cada instante me atentaba el rostro por ver si lo tenía rebanado, y a cada paso lo volvía atrás para mirar si venía algún galán suyo en mi seguimiento o si salía la criada a tomar la demanda; que pienso que, según yo iba y según son mis bríos, bastara ella a dejarla vengada. Y desde entonces en viendo un negro me aparto media legua dél, porque temo no venga de su parte a cumplir el favor que me prometió.

Fui hecho una basura^[102] de temor a buscar un par de valientes de los de la fama,

de quien poderme amparar, y hallé dos que me dejaron sin ella, porque quien no tiene dineros ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que había dado, le dieron más de docientos venturosos bofetones a mi bolsa. Declareles todo el suceso, y ellos, encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron a hacer consulta del remedio a la audiencia de una taberna; y, después de haber hojeado los Bártulos de media docena de platos y los Baldos^[103] de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de a ocho para gastar en espías y informarse con todo secreto de la agraviada o de su sirvienta si se había querellado a algún galán suyo, y asimismo para andar en seguimiento de los que la entraban a visitar, para ver si en saliendo de su casa venían en busca de la mía.

En conclusión, cada día me daban avisos falsos, con personas echadizas^[104], de que había dado cincuenta escudos a unos esmarchazos del país para que me dividiesen la facha o me vaciasen^[105], y cada día se me agregaban más valientes para andar en busca dellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respetos y por saber que era camarada de tantos hombres honrados no se atrevían a ofenderme, y que me convenía andar de día con escolta y a boca de sorna^[106] con patrulla, siendo todo una mentira y embeleco y una pública estafa.

Tuve suerte de encontrar una tarde a la criada de la parte ofendida, a la cual, por ir cercado de tanta valentía, me atreví a llegar a hablarle, no diciéndoles quién era. Y dándole quejas del rigor de su ama en pagar a quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con dos mil juramentos que aun no le había pasado tal por la imaginación, y que antes estaba muy arrepentida de lo que me había dicho y muy pesarosa porque no había vuelto a su casa. Porque después que la había dejado tenía muy pocas visitas o ningunas; y que para que más me satisficiese de la voluntad que me tenía, que leyese aquel billete que traía, con el cual había más de una semana que me andaba buscando para dármele, y que la respuesta fuese el ir yo mismo a desenojarla, porque sería bien recibido; y que ella, aunque pobre criada, salía por fiadora de cualquier riesgo o daño que sobre aquel particular me viniese.

Recebí el papel y, dándole entero crédito a la pucheril embajadora, le di un real de a ocho para alfileles por la buena nueva que me había dado. Y, prometiéndole que haría lo que su señora me mandaba, me despedí della y, ocultando el billete, me volví a el corrillo adonde me esperaban. Fui con ellos a Palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habían usado, pues me habían hecho sentir más el miedo que había tenido que no el dinero que había gastado. Llegamos a el cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subía a hablar a Su Excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas.

Pareme en las escaleras a leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decía desta forma:

Señor gallego romano,

Hombre de chanzas y burlas,
Que ha probado todos brodios
Y campado de garulla;

Más raído que bayeta,
Más descollado^[107] que grulla,
Con más flores que verano
Y más conchas que tortuga;
Postillón de *Alcalá* a *Güete*^[108],
Gentilhombre de la bufa,
Residente de bodegos
Y asistente de bayucas^[109]:

¿Cómo, ingratonazo amante,
Después de darme una zurra
Y jugar de carambola
Con cuatro mil garatusas,

Has dejado a tu Carrasca,
Quizá por buscar *Corruscas*^[110],
Y por chamuscarme en celos
O te guiñas^[111] o te atufas?

Tortolilla^[112] me contempla,
Que en lugar de llanto arrulla,
Por saber que aquesa flor
Es del berro o la de Osuna.

Vuelve a casa, pan perdido,
Pues me tienes vagamunda;
Que tu persona apetezco
Y renuncio tu pecunia.

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien yo soy y como quien su merced era, porque al fin me satisfice más de lo que la criada me había asegurado. Y, entrándome a visitar a Su Excelencia y coger los ciento del pico^[113], no salí de Palacio hasta el cuarto de el alba^[114], haciendo a mis valientes estar toda la noche a oscuras y sin cenar y aguardándome al sereno.

De allí adelante di en no entrar en el Cuartel y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que, si durara un mes más el andar en la compañía que andaba, sustentando el ejército de vagamundos que cargó^[115] sobre mis hombros, que me fuera forzoso volver a ejercitar mis antiguos oficios o sentar plaza de soldado. Porque ha llegado a tal estado la milicia que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltará a su cordera un soldado con quien casarla. Y el negro del llanto^[116] es que se vienen a cumplir sus no sanctas profecías: no hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defetos no cabe en el mundo o que no halla quien le dé un bocado de pan, que

luego no se acoja a la inmunidad deste sagrado. Y aun apenas los tales han sentado la plaza cuando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, a los cuales les suelo yo decir con la preminencia de mi chanza que «membrillos^[117] cocidos y caracoles crudos no son todos unos».

Dejome la tropa de caimanes tan rematado de cuentas que, llegándose el tiempo de la embarcación, hube menester vender parte de mi recámara. Y por no parecer ingrato a mi abofeteada cortesana ni faltar a la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí a su billete el romance siguiente:

Madama doña embeleco,
Más lamida que alcoscuz,
Más probada que piñata,
Más chupada que orozuz^[118].

Más batida^[119] que una estrada.
Más navegada que el Sur,
Más combatida que Rodas,
Más gananciosa que un flux;

Tan Circe de los novatos
Que, con saber que eres pu-^[120]
-silánima pecadora,
Te hacen todos rendibuy;

Garitera perdurable
De el juego de el dingandux^[121],
Tarasca^[122] de las meriendas
Y del dinero avestruz;

Ya no hay Bras, ni hay pan perdido^[123],
Que a tu gran ingratitud
Le he cantado ya el per omnia
Después de hacerle la cruz.

Sólo estoy arrepentido
De que te hice la buz^[124]
Y de haberme zambullido
Por lastre de tu laúd^[125].

Adiós te queda^[126], que parto
A ver a Calatayud,
Por no ser de tu galera
El forzado de Dragud^[127].

Cerré el papel y, dándoselo a un vinatero conocido mío, se lo puso en sus manos, saliéndose sin aguardar respuesta como le había ordenado. Fuime a embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva^[128]. Hice llevar mi baúl observando el adagio que dice: «a el embarcar, el primero, y al desembarcar, el postrero»: metilo a lo

príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotaje^[129] del largo camino veinte frascos de vino y veinte sardinas saladas y diez panecillos biscochados y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca después de las grandes polvaredas.

Iba el armada naval llena de infantería y caballería levantada en aquel reino para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedro de Arellano, caballero de la orden de Santiago, llevando en la capitana, demás de mi persona, a muchos caballeros y señores particulares^[130], y particularmente a don Melchor de Borja, General de las galeras del dicho reino, y un obispo de la orden del seráfico^[131] Francisco y a el reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, General de la dicha religión en la provincia de España, y otros muchos frailes que iban a ella a capítulo general que de presente se hacía.

Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos y de casadas que lloraban por sus maridos y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetime con todos los señores, y por haberme encomendado el Virrey al General tenía particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores la hubiera tenido en armas y en amores, quedara inmortalizado entre los varones heroicos y entre los amantes de renombre; pero las armas me han desmayado el corazón y las damas me han afligido las bolsas.

Llevábamos ocho cocineros que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobreestante de todos, abastecía la mesa y comía de lo más sazonado. Bebía tan sin compás^[132] que siempre servía de lío^[133] en la popa o de estorbo en la proa; por cuya razón los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigo^[134], y otras me daban humazo^[135] sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileles sin ser morcilla; llegando a tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el General pena^[136] de estar seis horas de cabeza en el cepo^[137] quien me llegase a hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo, y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta cuando a no poder más me reclinaran los vapores y me atarquinara^[138] el sueño.

Llegamos a dar fondo a la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato y ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra y, por desechar los fríos humores marinos, tomé tal lobo terrestre de agua ardiente que excedí a mi retador polaco en tercio y quinto; y al salirme a tomar el aire por desistir el gran bochorno, salió el aguardentera tras mí pidiéndome la paga de lo que había bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algún animal que me servía de estorbo a mi camino, le di tal enviación que le hice a su despecho sentarse en tierra. Levantose como víbora pisada^[139] y, cerrando conmigo, me dio tal puñetazo en la barriga que me provocó a restituirle por la boca toda su agua ardiente, dándole con ella un baño que la cubrí de arriba abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó a dar

voces y llorar su vestido, mientras yo con bascas mortales tomé posesión de siete pies^[140] de nuestra común madre.

A este tiempo acertó a pasar el General y, compadecido de verme rendido y lastimado de oír, aunque de lejos, a la remojada aguardentera, mandó que se le diese a ella un patacón y que a mí me llevasen los marineros a su capitana, donde fue menester para entrar en ella virarme^[141] con el cabrestante, porque más puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales.

Salimos aquella tarde de aquel puerto, y a el cabo de doce días que habíamos partido de Nápoles llegamos a dar vista a la deseada España sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, después de la voluntad de el Cielo, a la ventura del General, pues habiendo hecho otros tres viajes siempre había llegado a salvamento; que no consiste en sólo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

CAPÍTULO XII

En que prosigue su llegada a España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo Su Real Majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar a San Sebastián.

DESEMBARQUEME en Vinaroz^[1] con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fue a desembarcar a los Alfaques de Tortosa^[2]. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar a costa ajena, lo fui acompañando (y por ser el viaje que yo había de hacer).

Llegamos en el fin de una jornada a una villa llamada Híjar^[3], que está en el reino de Aragón, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frío, me fui derecho a la cocina; y hallando en ella una adamadilla^[4] fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano y se la besé, y ella, corrida de que la tratase como a padre de confesión o como a misacantano^[5], alzó un trapo de cocina y diome tal golpe con él en medio de la cara que me quitó el frío de todo el cuerpo. Y a el tiempo que trataba de desagraviarme y de armar la fuñona^[6] me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja vengo a morir de achaque de un beso. Sacáronme del poder de aquella caterva y, viéndome libre dellos, empecé a decir a grandes voces:

—¡Oh, bien haya dos mil veces Flandes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí, con la mayor llaneza y sencillez del mundo, se apalpa, se besa y galantea, sin sobresaltos de celos ni temores de semejantes borrascas; cuya libre preminencia y acostumbrada comunicación es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues, obligados los extranjeros de la cortesía y afabilidad que hallan en sus *metresas*^[7] y del amor, que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, a ser *madamisela*, y infinidad dellas a *madamas*!

Y diciendo «¡No hay tal^[8] Flandes en el mundo!» me retiré al aposento que me habían señalado.

Entramos la segunda semana de Cuaresma en la ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo puede ser envidiado de todos. Es corte y cabeza del reino de Aragón, y en esta ocasión custodia y defensa de Castilla y resguardo de Navarra; cuya amenidad de campos y fertilidad de arboledas, aumentando los anales

de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre; y animada y vanagloriosa de príncipes y señores que la califican ha llegado a merecer ser hoy segunda corte de España y habitación de su invencible León.

Supe en ella cómo mi amo el Duque de Amalfi, después de haber recibido mil honras y mercedes de Su Real Majestad y muchos presentes de sus Grandes, se había embarcado para Flandes a gobernar las armas. Sentí de tal manera su partida, por lo que yo estimaba el estar en su servicio, y por la falta que me hacía y por haber hecho el viaje en balde, que no sé cómo no me caí muerto de pesadumbre. Pero animándome lo más que pude me salí a divertir y a contemplar el caudaloso y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los pies de los altivos muros de aquella insigne ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra viene a servir de espejo a esta antigua Cesaraugusta, depositaria de multitudes de vírgenes, de millares de santos y de inmensidades de mártires.

Fui un día a su abundante plaza del Pilar, adonde el Patrón de las Españas dejó a la que, siendo Emperatriz del Cielo, es defensora de aquel reino. Y después de haber hecho oración en su templo angelical salí a ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el cual estaba lleno de atún fresco, de truchas salmonadas y de mil diferencias de pescados, así de su cercana mar como de su convecina rivera. Aficioneme a unas sardinas salpresadas^[9], o ya fuese por ser su precio muy moderado o por ser apetitosas a la bebida, y, comprando media docena dellas y una ochena^[10] de pan, me retiré a una taberna de vino blanco, que por veer entrar y salir mucha gente della, me persuadí que no amargaba el brodio, pues tantos tunantes acudían a la sopa. Asáronme las sardinas, y a sólo el olor que daban estando en las brasas me bebí media docena de tazas de vino, y después, al sabor, diez y ocho.

Preguntele a la huéspeda cuánto era lo que le debía y, mirándome con mucha atención de pies a cabeza, me dijo:

—Vuesa merced no se ha bebido más de veinte y cuatro tazas de a dos dineros^[11]; si yo tuviera veinte y cuatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo veinte y cuatro de Sevilla^[12].

Yo le pagué lo que me pidió, asegurándole que aquello era una niñería y un breve desayuno para lo que yo acostumbraba a beber, y ella, haciéndose muchas cruces, me rogó muy encarecidamente que no echase su casa en olvido, que me daba palabra que otro día, por sólo mi respeto, empezaría una bota de vino tinto que era el mejor que había en aquella ciudad.

Despedime della prometiendo no faltarle mientras a mí no me faltase el dinero. Salime a la calle del Coso, segundo Cásaro de Palermo, y hallé hecho el distrito de su Cruz^[13] otras segundas gradas de San Filipe^[14], adonde fui conocido de muchos soldados de Flandes, Alemania y Italia, con los cuales me fue fuerza hacer camarada por no andar solo y por tener con quien conversar. Estaban esperando a Su Majestad, porque se decía que estaba de partida en Madrid para venir a aquella corte, y en el ínterim también yo, como pretensor y que llevaba carta de la Emperatriz su hermana.

Dimos en visitar la taberna del blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas que allí me salía el sol y allí me hallaba la luna.

Hacíase en este tiempo en un aldea cercana desta ciudad una fiesta a devoción de un mártir de aquel reino, a cuya fama acudía mucha gente de toda la comarca; y por no tener qué hacer, yo y dos camaradas soldados de Flandes nos fuimos a divertir y entretener a la dicha aldea, y en el camino fue cada uno dellos discurriendo sobre sus pretensiones.

Dijo el que parecía de más autoridad que había ocupádose todo un año en leer un libro que trataba de fortificaciones; y que aunque era verdad que no tenía ninguna experiencia, porque había muy poco que había venido a servir desde el reino de Nápoles, su patria, que tenía tan en la memoria todo lo contenido en el libro que se atrevía a decirlo sin errar una sílaba, tan bien como el Avemaría, y venía a suplicar a los señores del Consejo de Guerra le diesen licencia para sentar plaza de ingeniero y gozar del sueldo que gozaban los demás de aquel género; que lo que a él le faltaba en experiencia le sobraba en ciencia^[15].

Dijo el otro compañero que él había servido en la caballería, y que en la batalla de Rocroy^[16] había sido su compañía desbaratada; y^[17], yéndose él retirando para ampararse al calor de nuestra infantería, un tiniente de nuestras tropas, pensando que era francés (por ir en tal traje, por ser hábito más desembarazado y libre que los demás para hacer el amor^[18] y montar a caballo), le había seguido y dado un pistoletazo y dos cuchilladas; y que, después de haberse librado de sus fieros golpes y puest o en salvamento en virtud de haber tenido buen caballo, y dado al Diablo el primer inventor de trajes ajenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que había pedido licencia por haber quedado estropeado del brazo derecho; y que, habiendo llegado a Madrid y presentado sus papeles ante los señores del Consejo de Guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendajo de francés y vestirse de dominguillo^[19], con porpuén^[20] estrecho y con greguescos^[21] con bragueta encintada, no le habían querido hacer merced, antes le habían roto todos los papeles de sus servicios y remitido el memorial al Parlamento de París para que le premiase, cuando no los servicios, por lo menos el afición de quererles imitar en el uso del vestir; y que, así, se había venido, como persona desesperada, a andar mendigando.

Con estos discursos llegamos a la aldea a la una de la tarde y hallamos en su plaza dos compañías de labradores, la una de moros con ballestas de bodoques, otra^[22] de cristianos con bocas de fuego. Tenían hecho de madera, en la mitad de su dicha plaza, un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habían de estar los moros; y el día venidero, cuando la procesión llegase a su vista, la compañía de los cristianos le había de dar asalto general y, después de haberlo ganado a los moros, los habían de llevar cautivos y maniatados por todas las calles, dando muchas cargas de arcabuzazos en señal de la vitoria^[23]. Tenían dos danzas, la una de espadas y la otra

de cascabel gordo^[24], y cuatro toros que correr, por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras.

Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos^[25], y pendientes dellos veinte y cuatro premios para premiar los veinte y cuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es botón y capullo, a medio día flor y a la tarde despojo. Los premios eran cintas^[26], guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Había, al tiempo que llegamos a esta académica colgadura, más de veinte sonetos de estudiantes y de personas de *don* y rumbo que asimismo habían venido a ver la fiesta.

Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué a leer aquella selva de variedad de musas. Era su compostura tan realzada y culta que más me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dije a un estudiante que estaba cerca de mí que me hiciese merced de declararme aquel género de poesía y decirme si tal lenguaje era armenio o caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevía a declararlo, porque él tenía allí uno que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio, y a querer darme la significación dél se hallaría confuso y no saldría con ello, porque lo que de presente andaba válido era el gongorizar^[27] con elegancia campanuda^[28], de modo que pareciese mucho lo que no era nada y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose a raterías de escribir con lisura^[29], pan por pan y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenían sus versos por versos de ciego.

Llamé a mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo midiéndolo todo a pies y nivelándolo con un compás^[30]; y con achaque de beber un trago para aliviar el cansancio del camino los llevé a una taberna, para ver si acertaba mi pluma a remontarse sobre aquella vascuena jeringonza. Y, pidiéndole a la huéspeda un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos a una pequeña sala, adonde nos dieron lo que había pedido.

Púseme a escribir, el ingeniero a peinarse y el otro a beber. Levanté los ojos buscando un consonante^[31] y vi al peinado matemático que, habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelón de harina, se estaba rociando con ella un largo y encrespado cabello que tenía. No pudiendo detener la risa, le dije que si trataba de freír la cabeza, pues la enharinaba tanto. A lo cual me respondió:



Púseme a escribir, el ingeniero a peinarse y el otro a beber...

—Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, si acaso o tiene; y así, mientras vos queréis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina^[32], me aseó yo para representar lo que soy y hablar al Concejo de esta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificación del castillo; que estoy cierto que he de sacar yo más en media hora con mi matemática que no vos en un año

con vuestra poesía.

Repliquele que si importaba al caso, para que lo respetasen, el ir enharinado como besugo. Respondiome que no ignoraba yo que en Flandes servía aquello de gala y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habérsele acabado unos polvos olorosos que había traído de allá para el efeto, se aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo habla fundado en buena matemática, el ser mucho mejores y más baratos; porque siendo el trigo el rey de las legumbres y el patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina o polvo la nata y flor^[33] de todo lo referido; y que así lo pensaba dar por escrito y introducirlo cuando volviese a los Países Bajos.

Con la buena conversación o polvareda di yo fin a mi soneto; él, a su nevada peinadura; el otro, que tenía más juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos a la plaza después de haber pagado lo que habíamos hecho de gasto, y apartándome dellos llegué a la puerta de la iglesia y en el referido paramento prendí con un alfilel el soneto que había hecho, al nivel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

Ebúrnea^[34] de candor, fénix pomposa,
Débil botón, frondoso brujulea,
Zafir^[35] mendiga, armiño golosea^[36]
Siendo dosel tribuna pavorosa.
Maravilla epigrama^[37] procelosa,
En canícula siesta titubea,
Pues solsticio^[38] Faetón, ninfa Febea
Precipicios inunda jatanciosa.
¡Oh, inicuo trance y trémulos fulgores!
Contemplarse al albor regio edificio,
Y, yantando^[39], en atril de ruseñores;
Ser al ocaso incausto^[40] sacrificio,
Y sombra mustia lo que al alba flores,
Siendo de Ceres frágil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates, cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo a leerlo, y, celebrándolo por no entenderlo y ensalzándolo por que presumiesen que no lo ignoraban, sacaron más de veinte traslados^[41] dél. Y por hallarse presentes los jueces académicos me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinión de segundo Góngora.

Y apartándome de la tropa de mil cultos versificantes me fui en busca de mis camaradas santiguándome de que hubiese llegado a ver tiempo que se premiasen chanzas y bachillerías^[42] y no ingenios. Hallé a el estropeado encolerizado con los soldados de la compañía de la suisa^[43], diciéndoles a qué lado habían de llevar los arcabuces los que iban a la parte de afuera de las hileras, y cómo se había de calar la

cuerda^[44] y a cuántas hileras había de ir la bandera. Y aunque lo quise apartar de allí diciéndole que para qué se metía en lo que no le iba ni venía, pues aquellos labradores no eran gente de guerra ni estaban obligados a saber las leyes de la milicia, no pude desarraigarlo de la compañía, respondiéndome que no parecería bien que los forasteros que viniesen a aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinarles.

Dejelo con su tema y, yéndome paseando por la dicha plaza, vi que en un rincón della estaba el matemático con el Cabildo y Concejo^[45], que se habían juntado a su pedimento. Acerqueme un poco para ver de qué materia se trataba y, puesto el oído como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí que mi camarada le estaba diciendo al alcalde que era un valiente ingeniero, y que tendría a particular favor, para darse a conocer en España, que su merced le ocupase en lo tocante a su profesión, pues de presente tenía muy bien en qué.

El alcalde le respondió que lo habían engañado en hacerlo venir a aquella aldea, porque en ella no había ingenio ninguno, que en Motril^[46] los había muchos y buenos, de azúcar^[47], y que allá, siendo tan eminente como decía, sería muy bien recibido.

Él replicó que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones, y que habiendo visto que la de su castillo estaba errada, según las reglas de Euclides, y que no sabrían los soldados, por ser bisoños, hacer circunvalación^[48] ni abrir ramal^[49] de trinchea, por eso los había hecho juntar a sus mercedes, para que se fuese ganando palmo a palmo, sin que llegase a haber inundación de sangre, mediante lo cual quedaría aquella pequeña república eterna.

El regidor respondió:

—No son tan bisoños nuestros soldados como vuesa merced los hace, pues en esta convalación o convalecencia que es necesaria, sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque, además de no haber en toda esta comarca quien les lleve ventaja, cogemos en esta aldea el mejor esparto que hay en todo el reino. En lo demás, por que quede fama de nuestra fiesta, vuesa merced disponga a su gusto, que todos estos señores del Concejo le ayudarán con todas veras.

Dijo el soldado que lo primero que se había de hacer era añadir y poner dos caballeros^[50] al castillo.

El jurado le respondió:

—Eso no le dé a vuesa merced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aquí muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced se pondrán en la parte que les ordenare, y, si fuere menester damas, lo alcanzaremos de la misma suerte.

Advirtiolos el soldado que los caballeros que decía habían de ser labrados de tierra. Respondiome el sacristán que los caballeros de aquel reino, y de todo el mundo, que no eran de bronce ni de acero, sino de tierra y polvo como el más pobre villano, y que para dárselo a entender la Iglesia, el miércoles de ceniza, les decía al ponérsela:

Memento homo, etc.

Insistíales el soldado que mandasen juntar a todos los labradores para abrir un cordón que cogiese todo el contorno de la plaza para que el castillo quedase sitiado. Respondióle el alcalde que, para abrirlo y cerrarlo, que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecía era que no se hallaría en la tienda cordón que fuese tan largo, porque todos los que se vendían en ella eran cortos y claveteados; pero que podría suplir la falta un listón, pues campearía más y sería más agradable a la vista.

Estaba el soldado tan grave y espetado, y tan divertido en la gente que se le había junta do, que no atendía a los despropósitos que le respondían. Preguntóle al regidor que si tenía en los almacenes^[51] provisión de zapas^[52] y palas. El cual le respondió:

—Señor ingeniero, en esta aldea hay muchos zapas^[53], porque es muy abundante de gatos; zapas, si no son las hembras de este linaje, no hay otras ningunas; mas en lo que toca a palas, tendremos cuantas quisiéremos.

Pidióle el soldado que le trujese un par dellas para ver si eran de munición; y, llegán dose el jurado a una de las más cercanas casas de adonde se hacía el Ayuntamiento, le trujo una pala grande, de madera, con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo, y, llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor matemático, diciéndole:

—No por falta de palas se dejará de hacer la fiesta, porque en un cuarto de hora me atrevo a juntar docientas éstas; y si no le agradare esta hechura y las quisiere más largas, le haré traer cuantas se hallaren en los hornos.

Díjoles el soldado que aquéllas no eran de provecho, porque habían de ser de hierro las distancias^[54] de las anchuras de las bocas, porque con aquélla^[55] era imposible abrir trinchea para desembocar el foso^[56].

El sacristán, haciéndose cruces, le respondió que en su vida no había oído los nombres esquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal había escrito en su breviario^[57]; pero que a él le parecía que la trinchea era cosa forzosa que se abriese con trinchete^[58], según su derivación; y que, si era así, que allí había un zapatero de viejo que los tenía muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento la abriría como quien rebana tajadas de melón.

Estaba tan turbado el pobre soldado de ver que todos cuantos estaban en su rueda, pensando que había dormido entre algunos sacos de harina o que aposta se la habían echado, pensando lisonjearlo, se llegaban a él y unos con las manos y otros con los ferreruelos y otros a soplos le iban deshollinando el cabello y enjalbegando el vestido, que no advertía en que lo que hablaba con aquellos villanos y lo que le respondían era hebraico, por ser gente que no lo entendían, ni ataba ni desataba con su loca pretensión. Y con todo esto no dejaba de proseguir en su tema.

Díjole al alcalde que para batir^[59] el castillo y hacerle brecha había menester

media docena de cañones. A lo cual respondió que aunque fuera una docena se los podía dar al punto el sacristán, porque los tenía, como hacía el oficio de escribano, de los mejores gansos^[60] que se hallaban en toda Francia.

—No digo cañones de escribir —dijo el soldado—, sino piezas^[61] gruesas.

Respondióle el alcalde:

—De éstas, gracias a Dios, tenemos hartas, de lienzo casero y de muy buenas frisas^[62].

Yo, que estaba reventando de haber detenido tanto la risa, soltándola toda de un golpe di causa a que todos me mirasen, y no de buen talante. Y por que no sospechasen que era haciendo burla dellos les dije que la causa de haberme reído había sido de ver a aquel señor ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero^[63], hablar tan culto con sus mercedes que ni era entendido ni se daba a entender, pues las piezas que pedía eran de artillería, de las que traen los ejércitos para defensa y ofensa.

A esto respondió el alcalde que era pedir gollorías^[64], porque no tan solamente no las había en el aldea, pero que la mayor parte de sus moradores ni las habían visto ni oído.

Mi camarada, medio enfadado de que yo hubiese llegado a interrromperle sus disignios, le dijo al alcalde que, supuesto que no había piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que sería forzoso que le diese media docena de barriles de pólvora para hacerle mina al castillo y volarle un lienzo^[65].

Respondió el regidor:

—Esos son los que no hallaremos por ningún dinero; pero se los daré a vuesa merced de anchovas, que las puede comer el mismo Rey^[66]. Y para que las pruebe y vea que tengo buen gusto, mientras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el señor jurado a una pequeña posada que está aquí cerca, que yo le enviaré un plato dellas para que se regale con su camarada. Y cuanto se hiciere de costa hoy y mañana en ella le^[67] pagaremos con mucho gusto, y esta noche nos veremos y trataremos de lo que se ha de prevenir para que nuestra fiesta no tenga ningún defecto, ya que Dios nos ha traído a tan buena ocasión dos tan excelentes matamicos^[68].

Diome gana de reír pensando que si el regidor sin conocernos nos llamaba matamicos, si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza con justa causa nos pudiera llamar matamonos y matazorras.

Pasó el jurado delante de nosotros y, juntándose a este tiempo con el ingeniero el otro soldado, nos llevó a un pequeño bodegoncillo y dio orden y facultad al huésped, que se llamaba Pero Antón, para que nos diera de comer y beber cuanto quisiéramos, que el Concejo lo pagaría. Y volviéndose muy de priesa, por causa del dicho encierro, nos dejó tan bien alojados que con el luquete^[69] del plato de anchovas que nos trujo un hijo del regidor henchimos de rayas toda una pared. Acomodamos^[70]

razonablemente al patrón de casa, el cual, por no dar muestras de su flaqueza y por darnos alegría, por lo bien que despachábamos su mercancía, nos empezó a tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estribillo el decir:

—«Toca, Pero Antón, que el aldea lo paga^[71]».

Y al son del chifle y paloteado le comimos cuanto tenía en su casa, menudeando tan aprieta los cuartillos que, faltando pared adonde rayar, nos fue necesario ir cruzando las rayas sencillas y convirtiéndolas en dieces. Hízose el encierro, acudiendo a él muchos nobles de Zaragoza, a los cuales el alcalde alojó en su casa, y contándoles lo que había pasado con el ingeniero le dijeron que sin duda debía de ser algún loco, porque aquello se hacía en la guerra y no en la paz; y que si abría cordón o trinchea en la plaza, que cómo se habían de correr los toros, y que quién había de querer estar en el castillo si lo batía o volaba.

Acertose a hallar en esta conversación el que hacía el capitán de los moros y, viendo que él había de ser el batido o volado, partió como un rayo a querer matar al matemático. Detuviéronle los caballeros y el alcalde, reportándole con darle por castigo al que le quería hacer tanto daño, sin ser su enemigo ni haberle ofendido en su vida, que pagase la costa que había hecho, y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdicción.

Vino el sacristán a notificarnos el auto a tiempo que el ingeniero estaba blasonando de que por él se hacía aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño Concejo, porque estaba satisfecho que no había otro como él en todos los ejércitos de la cristiandad. Cuando oímos el riguroso fallo los dos nos quedamos mudos, y mi estudiante de un año y sin maestro, atónito y embelesado. Requirieron el sacristán que nos saliésemos con mucha brevedad, porque estaban conjurados contra nosotros todos los moros por haberlos querido volar, siendo bautizados; y que si nos deteníamos allí, demás de la pena del señor alcalde, nos matarían ellos a puros bodocazos.

Llamé a Pero Antón, con más miedo que vergüenza, y le dije que, supuesto que lo gastado no lo pagaba el aldea sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habíamos preservado a él de los barriles y cañonazos. El cual, como he dicho, por estar de buena data^[72] o por temer que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido. Pagamos cada uno su parte, andando a «puto el postre^[73]» por quién había de pagar primero y no ser el postrero en el salir de la casa y de la aldea.

En efeto, despachamos con brevedad y, con la mayor presteza que pudimos, llegamos antes de la media noche a las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un convento nos estuvimos hasta el alba^[74], dando al Diablo el libro de las fortificaciones y a el salvaje que tan poco provecho había sacado dél.

Venida la mañana entramos en la ciudad, la cual hallamos alborozada y llena de fiestas y regocijos por entrar aquel día en ella Su Majestad, habiendo salido a recibirle todos los títulos y caballeros y toda la demás nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche y por celebrar la entrada, nos fuimos a

nuestro devoto tabernáculo a hacer hora y a ver a mi buena tabernera, que, demás de haber sido desde el segundo día que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veía me hacía mil halagos.

Bebía yo tan desafortunadamente de aquel licor zaragozano que mis camaradas me habían muchas veces reñido, diciéndome que mirase que aquel vino no era francés ni italiano, sino español puro y sin trampas, y que, aunque eran las comidas sustanciosas, comía poco y bebía mucho, y que al cabo había de dar conmigo en el hospital o en la sepultura. Pero yo me hacía sordo, y callaba y sorbía.

Empezó a pasar la nueva de que Su Majestad estaba ya a las puertas de la ciudad y, queriendo ir a verle y a gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba asentado, por hallarme tan tullido de manos y pies que no era señor de mí. Fuéronse mis camaradas, contentos de que por no haber tomado sus consejos había salido verdadera su profecía, y cumpliósese el deseo a la tabernera de tenerme siempre en su casa.

Pero no le duró mucho el alegría, porque dentro de quince días di fin al corto caudal, y así que olió mi pobreza me dijo que buscara posada, porque no quería tener enfermos en la suya. Y anduvo tan bizarra conmigo que aun no me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, habiéndomelas dado de diez en diez cuando estaba mucho peor y tenía con qué pagárselas; mas al cabo y a la postre cada uno acude a quien es.

Habíanme dicho mis camaradas cómo en la jornada había venido acompañando a Su Majestad al Marqués de Grana y Carreto, Embajador ordinario de la Majestad Cesárea, cuya nueva me alentó de manera que, viéndome forzado de la necesidad y de la falta de salud, le fui a visitar, y por estar satisfecho que en aquel señor había de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso y muy amigo de mi amo, a quien yo había conocido en la batalla de Tionvilla, siendo General de la artillería de la armada imperial que gobernaba el Duque mi señor. El cual, así que me vio pendiente de dos muletas, admirándose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad me admitió en su casa, mandando a sus criados que se me acudiese y regalase con todo lo que yo pidiera. Diome, demás destas mercedes, una libranza de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad.

Tuve, demás desta buena suerte, otra no menor que ella; y fue que, teniendo noticia de la grave enfermedad que tenía, don Francisco Totavila, Maestro de Campo general, y su hermano don Vicente Totavila, a quien yo había conocido en Flandes siendo capitán de corazas, haciendo alarde de señores liberales y de ilustres caballeros napolitanos, vinieron por mí en una carroza, movidos de compasión, y, llevándome a su casa, me dieron una cantidad de doblas para que me pusiese en cura; que no es poca grandeza en el siglo que corre que haya señores que den sin pedir, y más en tiempo que estimaba yo más un real que agora un doblón; porque entonces me hallaba tullido y desacomodado, y al presente me hallo con salud y con ella adquiero lo que he menester y más de lo que yo merezco.

Viéndome entonces favorecido de tantos señores y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el licenciado Estanca, cirujano de opinión, ciencia y experiencia, y con el doctor Tamayo, cirujano de Su Majestad, los cuales me condenaron a ser gato de algalia^[75] y caballo de juego de cañas^[76]. Y por ver si me podía librar de tener penas de Infierno en vida me ponía todos los días a la puerta de la calle de la casa del Marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asilo y habitación, y a cuantos doctores pasaban, malos o buenos, de fama o sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo (no tanto por el grado como por haberlos menester) y a todos contaba la llaga y la plaga y les ofrecía montes de oro (y a ninguno daba nada^[77]; porque del prometer al cumplir hay muchas leguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar). Decíanme todos:

—Estebanillo, si quieres vivir no bebas (que era lo mismo que decirme: «¡Caite muerto!»), y el vino que hasta aquí has despeñado por los condutos de la garganta es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido.

Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecían, a irme a el hospital a tomar una docena de sudores y dos unciones particulares. Recibiéronme con mucha voluntad, por tener un loco más en aquella santa casa; y tratándome como a alma condenada me abochornaban los tuétanos y me escaldaban las pajarillas^[78], estando siempre, como el rico avariento, carleando^[79] con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo a^[80] aquellos benditos lázaros^[81] una gota de vino, acotándoles^[82] con las obras de misericordia. Pero ellos me decían que con la paciencia se alcanzaba la gloria, y que lo que había pecado por carta de más era necesario que lo purgase con carta de menos. Y, después de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa avahada, me dieron las dos unciones para que aprendiese a ser mula de doctor, babeando todo el día.

Viéndome tan atormentado y afligido, delante de los enfermeros y de otros muchos testigos hice en alta voz juramento solene de no beber más vino, pues por su causa había llegado a verme como me veía y a padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacía de quererme privar de aquello que más estimaba y de intentar apartarme de lo que más quería, al mismo punto que acabé de hacer el voto le añadí una alforza^[83] diciendo en voz baja:

—Hasta que salga del hospital.

Y con haberle acortado el plazo al juramento, aun lo vine a quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los sudores y entrada en las unciones obligué con ruegos a mis camaradas a que me trujeran lo que me ayudó más a echar espumas y lo que me alargó más la enfermedad, porque más gustaba de morir bebiendo que vivir sin beber.

Habían venido acompañando la corte algunos poetas de los de nombre y fama, y uno dellos, que tenía noticia de mi persona y aun unos mendrugos de celos sobre una

ninfa a quien festejaba, que por su agudeza y brío la llamaban la Coscolina^[84], quizá a pedimiento della, o por venganza dél, me compuso la glosa siguiente:

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio era el sudar^[85].
El remedio^[86] del gracejo,

Galán de la Coscolina,
Que al olor de una sardina
Da fin a un tonel de añejo,
Por curtir bien su pellejo,
Que está lleno de vapores,
Sin que le valgan sus flores
Ni aproveche su cocaña^[87],
Hoy en la corte de España
Tomando estaba sudores.

De suerte se vio afligido,
Como le falta la nieve,
Que llora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido.
La sed lo tiene rendido
Y, en faltándole el bocal,
Es incurable su mal,
Pues de suerte se entristece,
Que, hecho lágrimas, parece
Marica en el hospital.

No da al viento exclamaciones,
Siendo sus ansias atroces,
Pues, por no dar, no da voces,
Y, por tomar, toma unciones;
Por pedir, pide a montones,
Y toma sin pesadumbre
Un azumbre y otro azumbre,
Y así, pide por merced
Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.

Siendo un tiempo bachiller
Hoy está en eterna muda^[88],
Y lo que ha bebido suda,
Y trasuda por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se afufar
Por salir a refrescar,
Diciendo que es mejor medio
El beber para remedio,
Y el remedio era el sudar.

Después de haber estado más de dos meses en el hospital salí dél sano de pies y

manos, pero las piernas como husos y el cuerpo como espárrago y la voz como tiple de capilla^[89], y con orden de que hiciese cuarenta días de dieta. La cual cumplí de manera que antes de pasar las cuarenta horas había ya bebido más de cuatrocientas veces, comiendo en casa del Embajador cuanto me daban y comprando en las plazas cuanto apetecía; de suerte que me trataba como sano, echando seis higas al doctor y doce al cirujano, y cien bendiciones al varón santo que descubrió el sarmiento y docientas a los que los plantan y benefician.

Sentí infinito el no hallar en la Corte a los dos hermanos Totavillas, y estuve harto pesaroso cuando me dijeron que estaban en campaña, por faltarme a la convalecencia tan buen amparo.

Diome capricho, por que no se me apulillaran los dos vestidos que me dio el Rey de Polonia, de vestirme a lo polaco, por llevarme tras sí los ojos del vulgo y por ser conocido con más brevedad. Salime en este traje a pasear todos los días con una muletilla^[90], a lo de príncipe o privado, estrañando de tal manera el traje toda la ciudad, que sus oficiales dejaban sus acostumbradas ocupaciones por salirme a ver a las puertas por tener qué reír y fisgar, las damas su labor por asomarse a las ventanas a hacer burla y donaire de mí, y los muchachos, olvidados de los mandados a que iban, me cercaban y seguían, y aun a veces me querían apedrear. Unos decían que era judío, otros que japon, otros que turco, y yo callaba y orejeaba^[91], porque aquel que deja su traje se pone a cualquier censura.

Había hecho el amor, antes de haberme tullido, a una dama de mantellina^[92] y de chinela con listón^[93], gobernanta de la cocina y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro y lavandera de río, a quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina; y por vivir enfrente de la taberna de los dos vinos (adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la región de fuego^[94] del hospital) tuve lugar para verla, hablarla y regalarla. Y como, al tiempo que ella me mostraba amor y daba con algunas finezas señales de agradecida, caí malo y me ausenté de su barrio a ponerme en cura, se suspendió la comunicación y quedó mi pretensión en cierne; mas como las de aquella raza son el símbolo del amor y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni diretes me hizo, sin ser doctor, media docena de visitas, dejándome siempre debajo de las almohadas muy lindos papelones de confitura.

Por no parecer ingrato a tanto favor la fui a buscar un sábado en la tarde a la carnicería principal, y encontrándola al salir della y llegándome a hablarle como solía otras veces, se espantó tanto de verme en aquel hábito, y se corrió de tal suerte por verse detener delante de tanta gente, que, encendida en cólera y llena de vergüenza se abajó al suelo y, tomando una piedra que podía servir de pesga^[95] de reloj, me la tiró con tal suavidad y blandura que, a no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos; y diciendo: «¡Al loco, muchachos!», se fue con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos, por obedecerla, empezaron a darme mil voces, repitiendo: «¡Guarda^[96]

el loco, guarda el loco!», cargándose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta que, a no pasar a esta ocasión el Embajador, que me metió en su carroza y me llevó a su casa, que venía a ser uno de los innumerables mártires de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martirio.

Fui otro día a hablar a Su Majestad, con mil temores de llegarme a poner delante de tal soberanía, pues cuando vi los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder eché de ver que los demás poderíos opuestos a los giros de su luz son vapores o exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambición las ha congelado en nubes y cuya envidia y golpes de fortuna han solicitado obscurecer su claridad y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer, por ser Sol, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los más altivos y remontados vapores y las más gruesas y preñadas nubes.

Presentele los papeles de los servicios que había hecho siendo correo, la letra^[97] de favor de la Emperatriz María y las fees que llevaba de haber sido criado de Su Alteza Serenísima el Infante don Fernando, pidiéndole en recompensa el poder tener una casa de conversación^[98] y juego de naipes en la ciudad de Nápoles; la cual no solamente me dio por merced particular y provisión en forma^[99], pero, de más a más, carta para el Almirante de Castilla, Virrey de aquel reino, para que me amparara y favoreciera; que solamente se puede llamar feliz y bienaventurado el que sirve a tan gran monarca, pues él solo es el que premia y el que tiene con que poder premiar; y aquel que en su servicio no avanza culpa a su corta suerte y no a la grandeza de este poderoso Alejandro.

Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un León coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles y hechos por tan humilde sabandija, que, a no saber que mi madre me había parido en Salvatierra de Galicia (reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo), me hubiera, al mismo punto que recibí la merced, partido por la posta a Roma y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace, y trayéndolo lleno de paja, como caimán indiano, en llegando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cluquillas^[100], y la obligara a que me volviera a parir vasallo de tal deidad. Que si supieran bien los que lo son el rey que tienen y las mercedes y honras que cada instante les hace, le sirvieran de rodillas; pues siempre las pregona la fama, las^[101] publican las historias y las envidian los reinos extranjeros.

Hallándome ya despachado, y tan a medida de mi deseo, me fui a despedir del Conde de Monterrey y de don Luis de Haro, Grandes de España y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes; los cuales, demás de haberme favorecido en mi pretensión y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho Virrey, suplicándole que por ningún impedimento se me dilatase la real merced; que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo ayudando a los desvalidos y favoreciendo a

los que poco pueden y honrando generalmente a todos; que para no hacer esto, poco me importa a mí ni a nadie que sean grandes o que sean pequeños.

Diome asimismo el Marqués de Grana, demás de las mercedes que me había hecho, una carta para el Virrey de Navarra y cincuenta ducados para el camino, y treinta don Francisco Toralto, Maestre de Campo general reformado y Gobernador de Tarragona. No me atreví a irme a despedir de tantos duques, marqueses y condes como había en aquella corte, por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado.

Y estando con algún reposo aguardando a partir con comodidad y compañía, me envió a llamar mi conocida tabernera, la cual, pensando que me hacía una lisonja, me dio un billete muy cerrado diciéndome que se lo había dado su vecina, a quien yo tanto había es timado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrilo con harto regocijo (porque aunque me sentía algo agraviado no dejaba de quererla con todo extremo), el cual decía de aquesta suerte:

Por pensar que vuesa merced era soldado, me incliné a su persona, porque como tengo algo de Venus soy aficionada de los que siguen a Marte. Y aunque le vi que asistía más al ramo de una taberna que no a la bandera del cuerpo de guardia, no por eso le desestimé, porque jamás tuve por valiente al que pasa plaza de aguado; pero cuando llegué a verlo con bonete turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de haber empleado tan mal mis finezas y de haber puesto en tan humilde sujeto mi amor, que quise vengarme a pedradas en la causa por haber sido engañada en la materia. Y así, vuesa merced, perdonando el atrivimiento, ponga mi amor en eterno olvido y enamore de hoy más a las que fueren polacas, o mudando de traje podrá ser que yo mude de parecer.

*Su menor criada,
y un tiempo su mayor aficionada.*

Quedé tan enamorado de oír el billete como picado de haberla visto apedrearme con dos mil donaires, tanto que estuve resuelto a suspender el viaje y a mudar de vestido; pero por no resfriarme, y por temer que dama que se llamaba Coscolina se me había de acoger con Cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza y tomé el derecho rumbo de San Sebastián, para pasar en la primera embarcación que hallase a los Estados de Flandes a buscar a mi amo y señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa había recibido y las mercedes y honras que por su respeto me habían hecho, y después, con su licencia y voluntad, irme a Nápoles a gozar de la merced que Su Majestad me había hecho, quizá por atención de que era yo su criado y que sólo había venido a España en busca suya.

Llegué a la ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me di un verde aceitunado de olorosas frutas y de excelentísimos vinos, llevando ordinariamente un mundo tras mí, por la novedad del traje, haciéndoles creer el mozo de mulas que era un embajador del Trasilvano^[102]. Pasé a una legua de aquella ciudad el presuroso y soberbio río de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la cual compré una gran cesta de anguillas, por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca, las cuales, con los arrieros y pasajeros y

mozos de mulas que nos habíamos juntado en el camino, nos las^[103] merendamos en una venta a cuatro leguas de Tafalla^[104], bebiéndonos con cada una, por que no se nos pegasen a el estómago, un azumbre de vino más helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes; porque vale tan barata la nieve en aquel país que no se tiene por buen navarro el que no bebe frío y come caliente. Menudeamos de tal suerte al sabor de las anguillas y a la consolación de la frescura de la bebida, que, a estar más en la venta de lo que estuvimos, obligábamos al ventero a que bebiera lo que beben los bueyes^[105], hallando cuando entramos en su posada un tonel lleno de lo tinto.

Caminamos al caer el sol y toda la noche, por ser tierra tan cálida que no se puede andar por ella si no es con mucho riesgo de la salud, mientras dura la fuerza del sol. Quiso mi desgracia, por barajarme^[106] el gusto que traía de la buena merienda, que a una legua de Tafalla, emparejando con una ermita que está cerca del camino real, ni sé si por hacerle reverencia si por ir lleno de sueño o por caminar cargado de vino, di una caída de la mula abajo, tan feliz y venturosa que, sin romperme la manga de la hungarina^[107] polaca ni la del jubón napolitano ni la de la camisa española, me hice pedazos un brazo, por ser la mula pequeña de cuerpo y el camino llano y arenoso. Quedé el hombre más contento deste mundo de ver que mi caída no necesitaba de insignia^[108]; porque más gusto que en cualquier tiempo digan los que vieren el revolcadero: «Aquí cayó un lobo gallego», que no: «Aquí mataron a un hombre; rueguen a Dios por él».



... ni sé si por hacerle reverencia si por ir lleno de sueño o por caminar cargado de vino, di una caída de la mula abajo...

Lleváronme medio muerto a la villa, y, metiéndome en una posada, en lugar de cirujano pedí que me trujesen de beber, para pasar el susto. Trujo el huésped una cantimplora de vino frío, y el mozo de mulas un cirujano caliente; y tratando primero de aplacar mi sed, traté después de remediar mi brazo. Hallome con un calenturón

temerario y, atribuyéndolo al vino que en su presencia había bebido, dijo que si proseguía con tal desorden que no tenía que ponerme en cura.

Dile palabra de enmendarme y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo cual me curó aquella noche, viniéndome a visitar después dos veces al día. Coheché de tal manera al huésped, que apenas había dado fin a una cantimplora llena de clarete y nieve cuando ya estaba otra apercebida y puesta a enfriar. Decíame el cirujano todas las veces que me curaba que echara de ver si había importado el reglarme en la bebida, pues cada día iba mejor. Reíamos yo y el huésped, dándole a entender que bebía agua cocida.

Al cabo de quince días me hallé sano y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huésped y, después de haber andado muy generoso con el cirujano, le dije que la causa de estar tan fuerte y animoso y haber estado bueno con tanta brevedad era por los milagros que había usado el vino conmigo, por ser yo tan su devoto y por haberlo tenido siempre a mi cabecera. Él me respondió:

—Lo que a unos mata a otros sana.

Y despidiéndome de los dos y saliendo aquella mañana de Tafalla llegué a la tarde a la ciudad de Pamplona, cabeza del reino de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella, por verme en traje polaco, que me espanto cómo no me dieron una rociada de balazos. Salió un cabo de escuadra con veinte y cinco soldados, y todos con sus armas, a recibirme, más de guerra que de paz. Hiciéronme poner pie en tierra y, cercándome como si fuera enemigo, me preguntaron de qué nación era, qué oficio ejercitaba, de dónde venía, adónde iba.

Yo, temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, después de haber satisfecho al interrogatorio, les dije que mirasen que era Estebanillo González, flor de la jacarandina, criado del Duque de Amalfi y hidalgo muchísimo menos que el Rey, y que para que más se satisficiesen les presentaría mi carta de creencia^[109] y ejecutoria, protestándoles que me diesen libertad y me levantasen el sitio^[110]. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al cabo de escuadra, se determinó de llevarme delante del Conde de Oropesa, que era Virrey de aquel reino, y a quien yo traía las cartas de recomendación.

Llevé tras mí un batallón de gente popular apellidándome a voces «¡Espión!». Llegué a Palacio con toda esta escolta y entréronme en el cuarto de Su Excelencia, habiéndole primero enviado un recado con un paje suyo el cabo de escuadra de que había preso a un esguízaro^[111] españolado, por sospecha de espía. Llegué a su deseada presencia, por verme libre de aquellos soldados del prendimiento, y después de haberle hecho un rastreado de cortecías^[112] le di la carta, la cual leyó con mucho agrado; y riéndose de ver con el recato y guardia que me habían traído, le mandó al cabo que se volviese, que aquella espía era de paz. Y, después de haberse entretenido conmigo en saber el largo viaje que había hecho sin haber podido dar un alcance a mi amo, mandó a su mayordomo que todo el tiempo que me detuviese en aquella ciudad,

hasta tener nueva cierta de embarcación, que me diese ocho reales de ración cada día, que de presente hay racionero^[113] de la capilla real de Granada que hubiera trocado su ración por la mía.

Hallábame siempre a su mesa, adonde, saliendo siempre tripa horra^[114], daba sepultura a los mejicanos^[115]. Venían todas las noches muchos caballeros navarros, y particularmente don Pedro Navarre, a cortejarle^[116] y entretenerse, con quien yo chanceaba bravamente, y después de venderles bulas^[117] sin ser Cuaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecocos que se pudieran imaginar, y para que no pudiesen comprobarse acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dábanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretos.

Bajeme una noche a jugar a las pintas con un acemilero alentado, y encerrándonos los dos en su aposento, que estaba pegado a la caballeriza, a la luz de una torcida^[118] alimentada con aceite, le gané todo cuanto tenía, con tal rigor que aun no tuvo dicha de que llegase el naipe a su mano. Y colérico de su mala suerte o sentido de la pérdida que había hecho, quitándome de las manos el libro descuadernado, me dio con toda la baraja en mitad de los hocicos. Yo, acordándome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado^[119] (aunque siempre lo estaba de vino), le di tal sombrerazo en las asentaderas de los bigotes que le dejé aplastadas las narices.

Acudió con velocidad a un rincón a tomar su espada, y yo, temeroso de que la hallase y me ahorrarse de venir a Flandes, arbolé la luz^[120] y, dándole un soberbio candilazo sobre las espaldas, después de haberlo hecho acemilero manchego^[121], quedó el pobre Estebanillo ascuras y a puerta cerrada y muerto de miedo; pero dime tan buena maña a apalpar la surtida^[122] que primero di con el cerrojo que mi contrario con la tizona.

Salime a lo raso y, amparándome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encandilado aceitero, con cinco palmos de herrusca^[123], tan antigua que pienso que en su juventud la trujo el Cid en sus alforjas. Opúsose a su ímpetu un cabo de escuadra, y después de haberlo desarmado sin haber tocado a la queda^[124], y de darnos a cada uno media docena de cintarazos (que de esta mercancía suelen los oficiales de ahora ser muy liberales), se hizo sabidor de todo el caso y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi rascador de mulas hasta tanto que le pagase el menoscabo de la ropilla y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de príncipe polaco, le di doce reales, de veinte que le había ganado, y llevándolo a él y a el cabo de escuadra y a media docena de soldados a la taberna del vino de Zaragoza, que está dentro del mismo Palacio, gasté los otros ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la pendencia y puniendo en olvido los agravios.

Tuve otro día nueva de que había llegado a San Sebastián la Marquesa de Torres en una fragata de Dunquerque, de lo cual di aviso al Virrey, y, pidiéndole licencia para proseguir mi viaje, me dio a la despedida un pasaporte y una carta para Onofre

Pastor, Maestro de Campo reformado y Gobernador de aquella plaza, para que me hiciese dar embarcación, y una ayuda de costa como de mano de un Grande de España y Conde de Oropesa.

Salí de la ciudad de Pamplona con una mula y un criado, y después de haber pasado los confines del reino de Navarra entré en la provincia de Guipúscoa, que, aunque es país no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo día y postrero de mi viaje, a persuasión del criado, quizá por ir él a caballo, bebí una poca de cidra por hacer gran calor y decirme que era buena para refrescar; pero apenas la había envasado por mi daño y ignorancia en la cueva de mi barriga, cuando empezó a tener alborotos con el vino que estaba adentro y andar a puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bien contra mi gusto, la batalla y el combate; pero ¿qué menos me podía suceder con bebida cuyo propio nombre es zagardoa^[125], que mal azagaya^[126] le tiren al ladrón que tal me hizo beber? Al fin, como en muchos reinos y señoríos me han dado emperatrices, reinas y damas de calidad muchas ayudas de costa, en esta provincia la señora doña Zagardoa, marquesa del Real de Manzanares^[127], me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de a pie, pues todo el camino fui a pata con los calzones sueltos y en las manos y haciendo a cada veinte pasos una parada.

Llegué, sobre tarde, a San Sebastián, debilitado, lacio y despeado, y, para alivio del mal que había padecido, la primer nueva que me dieron fue que la fregata^[128] que había venido de Dunquerque se había partido para la Coruña. Mas para conmigo todos los duelos con vino son menos, y es el que me mata y da vida: acudí al remedio, y entrándome en una posada, me trujeron un bizcocho y un azumbre de lo de Ribadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga y fue causa de poderme poner las agujetas.

Y sintiéndome un poco más aliviado fui a llevar la carta del Conde del Oropesa al Gobernador de aquella plaza, el cual me dijo que el día que supiese que había alguna embarcación para Flandes, que le avisase, que al punto me haría embarcar, y que si se^[129] me ofreciese alguna cosa, que acudiese a su casa.

Con esto me despedí, y yéndome la vuelta de mi posada a tratar de la convalecencia de mi desgracia encontré con dos soldados de los Países Bajos, que me habían conocido en ellos, el uno alferes y el otro sargento, los cuales habían sido prisioneros en la batalla de Rocroy y se habían huido de la prisión, y estaban aguardando pasaje para volverse a sus compañías. Y después de habernos saludado les supliqué se quedasen aquella noche a cenar conmigo, en cuyo convite me contaron su larga prisión y el modo que tuvieron para librarse y llegar a gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos éramos de una nación y hacíamos un mismo viaje.

Estuve treinta días en esta villa gastando lo que tenía y sin tener socorros como en las demás partes adonde había estado. Asistíales a mis camaradas don Diego de la Torre, secretario que había sido de Estado y Guerra en los Estados de Flandes.

Al cabo de este tiempo hallamos un bajel hamburgués que iba a Holanda, con el cual concertamos nuestra embarcación por muy poco dinero, y del remanente que a mí me había quedado compré siete mil limones con intención de venderlos donde llegase a tomar puerto y cuatrodoblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huésped^[130].

Hicimos una muy buena provisión, así de comida como de bebida, la cual, juntamente con los limones, llevamos al dicho bajel y, echando la bendición a la tierra, tomamos quieta y pacífica posesión dél.

CAPÍTULO XIII

En que prosigue el viaje que hizo a Flandes, los naufragios que le sucedieron en el camino y los palos que le dieron en Inglaterra, la llegada a Bruselas y la despedida para Nápoles.

SALIMOS de aquel puerto con favorable viento y con esperanzas de tener feliz viaje; y el primer día, por tener conciencia y amistad con el patrón y marineros, los convidamos a agua ardiente, donde fueron tantos los brindis que si con cada uno camináramos un cuarto de legua llegáramos aquella noche a Dunquerque. Dimos todos tres camaradas valientes muestras, mientras duró la bonanza, de alentados, fuertes y briosos; pero al cabo de dos días nos sobrevino tan fuerte borrasca que deshicimos la pompa y, hechos unas madejas, nos tendimos como atunes.

Tardamos veinte y cinco días en sólo tomar la canal^[1], habiendo desde San Sebastián a la boca della no más de ochenta leguas. En esta canal, y no de tejado, tras de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así a nosotros como a los marineros. Aquí fue donde de todo punto aborrecí el agua y adonde acabé de confirmar por insensatos a los hombres que pueden caminar por tierra comiendo cuando quieren y bebiendo cuando gustan, y se ponen^[2] a la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, a la fiereza de los piratas y, finalmente, ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla, sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una sirte y el daño de un bajío, el temor de un banco, el sobresalto de una playa y la soberbia de una bestia fiera y indómita, y que le basta ser mujer para ser mudable y voltaria^[3].

Viendo la muerte a la puerta y la hambre dentro de casa, animé a mis compañeros, y diciéndoles: «De paja o feno^[4] el vientre lleno», los bajé abajo, y dando en los limones como si estuvieran en conserva cortábamos la cólera a todas horas, aunque teníamos bien poca, los cuales nos servían de principios y postres. Traíamos todo el día las bocas agrias, las barrigas acedas y los dientes afilados y de un palmo, y a las noches cerrábamos con una docena de toneles de vino que llevaba el patrón, con que quedábamos confortados. Y por irse pudriendo mis limones los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los marineros, y creciendo y multiplicando la mía.

Pero viéndonos el patrón tan alegres y regocijados, y estar todo el día y la noche debajo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demás lo hacían, y considerando que no éramos cuerpos santos para pasarnos^[5] de milagro,

bajó abajo y, haciendo visita general, nos descubrió la flor y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro considerando a lo que obliga la necesidad, que no se dio por entendido ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí adelante no nos dejó entrar debajo de cubierta, con que nos helábamos de frío y nos ahilábamos^[6] de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar.

Estando ya desahuciados de todo remedio, dando bordos y rindiendo bordos^[7], llegamos una tarde a dar fondo en Valmur^[8], uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra y nos entramos en una taberna, y como si fuera noche de Carnestolendas o se casara alguno de nosotros, toda la noche, o la mayor parte della, se nos fue en satisfacer las muchas que habíamos pasado malas, sin haber a las últimas ruciadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas.

Venida la mañana desembarcamos todos los limones y los llevamos a vender a una villa que está a una legua deste puerto. Y en una de las más ricas posadas tomamos un aposento y, llevando con nosotros una gran partida dellos, dejamos los demás encerrados. Fuímonos a la plaza, adonde pasamos plazas de marchantes de agrio y a medio día nos regalábamos como mercaderes de dulce.

Despachamos aquel día todos los que sacamos al mercado, y volviendo a la noche a nuestro aposento hallé que me habían hurtado más de la mitad de los que había dejado; y como si estuviera en tierra del Rey de España y tuviese a mi lado al Duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé a hundir la posada a voces y a llamar «¡Perros! ¡La drones! ¡Luteranos!» al huésped y a sus criados, a lo cual ninguno me respondía, por no entenderme.

Llegó el sargento a mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra ajena y con nación contraria a nuestra fee, me^[9] dijo que callase, porque había muchos en aquel reino que sabían hablar español, y que si alguno llegase a entender lo que les decía, que me matarían a palos.

Pero apenas fue dicho cuando fue hecho, porque habiéndome oído un inglés españolado todos los nombres de las fiestas^[10] que les había dicho, dio cuenta a cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló más a mano me dieron más leñazos que limones me habían hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo^[11] infinidad de veces y de no dejarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron a todos tres a una jaula de hierro que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como a papagayos nos dejaron a oscuras y a el resistidero^[12] del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, más que todos los peligros que habíamos pasado en la mar.

Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y a la mañana amanecemos arrecidos^[13], por ser cerca de Navidad, y transidos^[14] de sed y de hambre. Llegábamos a ver cuantos pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos: «¿Cómo estás, loro?»^[15] nos decían: «¡Infames papistas!» y «¡Espiones!» y otros

favores a este tenor.

Acertó a pasar un caballero de aquella villa (que su persona daba muestras de serlo), el cual nos saludó en latín. Y yo, tomando la taba y soltando la tarabilla^[16], sin darle lugar a que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando más de media hora, contándole nuestro viaje y causa de la pendencia, mollizna^[17] de palos y encerramiento de jaula, y, humillándome ante él, le mostré todos mis papeles y le supliqué que tuviese compasión de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razón que nos tenían de aquella suerte, fue y habló a la justitia, y volviendo con un ministro de ella nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos ¡ox^[18]! nos salimos de la jaula y nos pusimos en la calle los tres pajarotes.

Agradecemos al caballero la merced que nos había hecho, y vendiendo los limones que nos habían quedado en junto^[19], salimos de la villa más recios que jaras^[20]. Llegamos a la marina, adonde hallamos el bajel con mucho espacio y sus marineros con mucha flema, y dos fragatas de Dunquerque que, forzadas del mal temporal, habían llegado a dar fondo. Viendo que estaban medio de partida y que el dinero iba boqueando nos determinamos de embarcarnos en ellas, y llegando a hablar a los que venían por cabos me llevaron a mí a la una y a mis camaradas a la otra.

Salió la mía, día de Navidad del año de mil seiscientos cuarenta y cinco, en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Iban todos deseando hallar ocasión en que mostrar su esfuerzo y dar un filo a sus uñas^[21], y yo rogando a Jesucristo que por su bendito nacimiento no tuviésemos fortuna de llegar a descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo día nos fue fuerza pelear con un bajel holandés, y después de habernos peloteado más de una hora se fue a pique, salvándose la gente.

Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña andando a caza de bajeles franceses, y, en encontrándolos, poníamos bandera francesa, y de la misma suerte, en encontrando bajeles holandeses poníamos bandera holandesa. Llegamos a la costa bretona, donde cada día andaba el Diablo en Cantillana^[22] y se batía muy bien el cobre. Si el bajel que encontrábamos era fuerte huíamos como galgos (y todos muy tristes y yo reventando de alegría), y en siendo débil y de poca defensa cerrábamos de tropa a «caiga quien cayere». Y yo, por no dar alguna mala caída, me metía debajo de cubierta, y en estando pasada la borrasca subía a saber si era presa de vino, y, en siéndolo, peleaba yo solo más que todos, pues mientras los marineros se chupaban media docena de potes me chirriaba^[23] yo una.

Anduvimos muchos días, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los más valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances por ser nosotros más fuertes, transformado el más cobarde en invencible león. Al fin, habiendo echado algunos bajeles a fondo y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flandes ayudados de un poniente favorable.

Era una alegre fiesta de *caramesa*^[24] el vernos cuán bien lográbamos^[25] los ratos desocupados que teníamos, porque, como el vino no nos había costado nada,

bebíamos todos a discreción; y el mal humor que yo gastaba cuando llegábamos a embestir lo trocaba a este tiempo en chancear y en ayudar a las faenas (no a las de los árboles^[26] y velas, sino a las de remojar los tragaderos). Eran siempre más largos estos oficios que los del Sábado Santo, y a la tarde veníamos a estar todos iguales y a caer unos sobre otros: al fin, vida de cosarios y muerte de pasajeros.

Viniendo un día todos muy alerta por la costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Calés nos salieron a dar alcance dos bajeles holandeses, los cuales, más por fuerza que por grado, nos hicieron^[27] meter en Dunquerque contra la voluntad del capitán de la fragata que, aún no contento de lo pasado, aun todavía quería probar su ventura. Mas yo, viendo cuán buena^[28] había sido para mí el haber dado fin a mi viaje, salté en tierra y me entré en la villa. Y como otros buenos cristianos se van derechos a la iglesia yo me fui derecho a una taberna, y no metiendo en ella más de cuatro reales empecé a pedir y a gastar como si fuera cargado de doblones, en confianza de hallar amigos o conocidos, porque mi oficio es unas veces barco lleno y otras barco vacío.

Estuve allí algunos días refrescando y descansando, y a la partida el Maestre de Campo don Fernando Solís me dio con que pagar el gasto que había hecho y con que venir hasta Nieporte^[29], adonde Salvador Bueno, Gobernador de aquella plaza, me amparó y ayudó para el camino. Llegué otro día a Brujas, adonde me vestí a lo polaco, y por ser Carnestolendas y traje ocasionado faltó muy poco de no apedrearme.

Pasé de allí a Gante, en cuyo castillo hallé todo regalo y agasajo, y al cabo de dos días hice mi entrada en Bruselas, que fue el segundo día de Cuaresma, adonde fui muy bien recibido de mi amo, haciéndome la merced que siempre me ha hecho y gozando en su palacio de la generosidad que siempre he gozado. Fui a visitar a los demás señores, en quien hallé la misma grandeza, y aun más que antes, y con más quilates aventajadas las dádivas.

Llevaba también tras mí sus poquitos de muchachos, porque imagino que no se ha visto traje más mirado ni hombre más perseguido que yo con él. Y yendo a ver a mi dama para mudar de vestido, me dijo el mercadante adonde la^[30] había dejado; que a pocos días de mi partida se había ella echado al mundo por quitarse de malas lenguas, y que todos mis vestidos los había vendido o empeñado, sin haber dejado cosa ninguna en su casa.

Fuime a la de su tía, la cual me recibió con mil zalemas y me dijo que en aquel instante acababa de salir de allí su sobrina, y que estaba como un ángel y que deseaba volver a mi poder, y que le había estado más de una hora persuadiendo para que me fuese a hablar y a dar un recado muy amoroso de su parte y a disculparla del yerro que había hecho; y que el haberse hecho tan miserables los hombres para con las mujeres le había obligado, por verse en necesidad, a enajenarme la ropa que le había dejado a guardar.



Y despidiéndome della me entré en casa de un amigo...

Yo dije que al punto le invaría la respuesta de todo lo que me había dicho, por escrito, para que se la diera a su sobrina. Y despidiéndome della me entré en casa de un amigo y, tomando recado de escribir, le compuse un romance que decía de aquesta suerte:

Madama doña Escotofia^[31],
Ya no más, por no ver más,
Puesto que hasta aquí^[32] he querido
Cantar mal y porfiar.

Ya, mi reina, no me atrevo
Sufrir más por querer más,
Porque agravios por finezas
Es ya moneda usual.

Esa zalema a los moros,
Ese *tus tus* a otro can,
Esas flores a otro mayo,
Esas chanzas a otro Bras.

Lleve el Favonio suspiros,
Lleve lágrimas la mar,
Y lléveme a mí el Diablo
Si vos me engañareis más.

Por vuestra causa he quedado
Retrato del padre Adam,
Siendo en corte, por lo menos,
Polaco a no poder más.

Vos, señora, habéis tenido
Más conchas que no un caimán,
Más cautelas que un Sinón,
Más pleitos que una ciudad;

Más entradas que no un reino,
Más salidas que un lugar,
Más visitas que una audiencia,
Más aplauso^[33] que un mordaz;

Más encuentros que los dados,
Más ofrendas que un abad,
Más vueltas que tuvo Troya^[34],
Más tiros que tiene Orán;

Más que Angélica traspuestas,
Más disputas que una paz,
Más cebo que un pescador,
Más uñas que un gavilán.

Y si más llegare a veros,
Cuando juegue y diga ¡más!,
Ruego al Cielo que, en castigo,
Diga ¡*topo*^[35]! y eche azar^[36].

Hícelo un billete y, después de haberlo cerrado, se lo envié con un muchacho a la

tía, echándoles a las dos la bendición para siempre.

En este tiempo mi amo, por verme en mi traje y hacerme dejar el ajeno, me hizo una pura mancha el vestido polaco en un banquete. Pero al cabo de dos días salí a su costa hecho una parra de plata^[37]. Y por hacer alarde de la nueva gala me fui al salón de Palacio; y andándome paseando por él me acordé de haber leído cómo en aquel mismo puesto el invencible Emperador Carlos Quinto, por hallarse enfermo de la gota y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciación de su imperio y reinos y se fue a Yuste^[38] a retirarse y a tener quietud.

Y queriendo aprovecharme de tan grandioso ejemplar, por verme enfermo del mismo achaque y fatigado de los trabajos de la paz, y por ver que se me va pasando la juventud y que me voy acercando a la vejez, propuse de abreviar con más eficacia para irme a retirar y a tener sosiego en aquel ameno y deleitoso Yuste de la gran ciudad de Nápoles, metrópoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulce olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado Sebeto^[39] es emulación del Janto^[40] y competidor del Pactolo^[41], su muelle asombro del piramidal coloso^[42], sus templos desperdicios del de Efesia^[43], sus príncipes y señores el símbolo de la lealtad, la congregación del valor, el centro de la nobleza, el sol de toda la Europa y la flor de toda la Italia.

Para cuyo efeto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable y por que sirva de despedida de mi amo y señor, para que, como tan gran príncipe, viendo que es cosa justa lo que le suplico en premio de lo que le he servido, acordándose de la palabra que me dio después de la batalla de Tionvila, me dé licencia para retirarme a disponer de la merced que Su Majestad me hizo, a la fértil vera^[44] napolitana, teniendo mi celda en el San Yuste de su ducado de Amalfi.

Y estando en los últimos pliegos desta obra llegó a esta corte la funesta y infeliz nueva de cómo a la Majestad Cesárea de la Emperatriz María había sido Dios servido de llevarla a mayor imperio para que trocase la corona que tuvo en esta vida por la corona de gloria. Cuyo justo sentimiento me inundó el corazón de suspiros y de llanto los ojos, porque en oír un tan tierno malogro y tan acelerada partida, ¿qué diamante no se ablandara ni qué risco no se enterneciera?

Y soy tan por todo extremo infelice que siempre a una pena me sigue otra pena y a una desdicha otra desdicha; pues habiendo tenido suerte de servir a un tan gran príncipe como fue Su Alteza Serenísima el Infante-Cardenal, que en campos de zafir pisa tapetes de luceros, al tiempo que más me amparaba y asistía, por ser perla del nácar de la divina Margarita^[45] se lo llevó el Cielo para que en él fuese celestial rubí; y cuando con toda liberalidad y grandeza la Majestad Real de la hermosísima Reina de Polonia me honraba y favorecía, trocó el reino no^[46] estable por el eterno; y agora de presente la Emperatriz del orbe, reina de la hermosura, la princesa de las flores, cuya belleza era sobrehumana y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced y de ayudarme con generosa mano, dejando a Alemania en un

eterno caos y a España en una confusa tiniebla, se ha partido a ser luz del Sol y querubín entre los querubines.

De modo que para que a mis tormentos no haya humana resistencia, me han faltado de cuatro años a esta parte tres columnas invencibles, tres deidades milagrosas y tres floridos pimpollos de la casa de Austria, que han sido un Infante de España, hermano de un poderoso rey; una Reina de Polonia, mujer de tan gran Monarca y hermana de un Emperador, y una Emperatriz de Alemania, mujer de un Emperador del orbe y hermana de un Rey de España y de una Reina de Francia; de suerte que hoy me hallo tan huérfano y solo que ya no tengo a quien volver los ojos, si no es a mi rey y señor y a mi antiguo dueño el excelentísimo Duque de Amalfi, que, a no estar debajo de su amparo y a no hallarme tan obligado como me hallo a tanto favor y merced como me ha hecho y hace, me hubiera forzado el sentimiento de esta última muerte a irme a un desierto a hacer penitencia, o a un oculto y encumbrado monte para que entre sus soledades me acabasen las melancolías que me afligen de la presente desdicha.

Y por dar muestras de agradecido a tantos y tan grandiosos beneficios como de Su Majestad Cesárea había recibido, compuse a su muerte los siguientes versos:

Cuando, lleno de albores,
Entró el jurado mes, rey de las flores^[47],
Prestando a los jardines
Avenidas de rosas y jazmines
Y dando a los vergeles
Lluvias de lirios, flotas^[48] de claveles,
La flor más olorosa,
La más purpúrea y refulgente rosa,
Que pasó de Castilla
A ser del Sacro Imperio maravilla,
La que el Sol al miralla
Le presentó vitoria y no batalla,
La Emperatriz María,
Risa del alba y esplendor del día,
Trágico golpe quiso
Transformarle el laurel en cipariso^[49],
Por que en tal desventura
Nos faltase la luz y la hermosura.

Jamás creyó su Atlante
Que se eclipsara Sol tan rutilante,
Ni que de fiera Parca horrenda huella
Se atreviera a menguar Luna tan bella.
De hoy más no den las flores
Fragancias de odoríferos olores,
Ni tenga el mar bonanza
Ni se vistan los prados de esperanza:
Sea todo agonía,
Pues le faltó al Imperio el alegría,
Hinchéndose con llanto muy profundo
De sentimiento y luto todo el mundo.

GLOSA

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer a hoy;
Que ayer maravilla fui
Y hoy sombra mía aun no soy^[50]

Purpúreos claveles rojos
Fueron mis faciones bellas,
Todas racimos de estrellas,
Todas soles a manojos;
Mas agora son despojos
Y no aquello que antes fui,
Pues deshojó el alhelí
La Parca de mi hermosura,
Y así, de tal desventura
Aprended, flores, de mí.

Ayer me vio la campaña
Dando a sus flores olor,
Mujer de un Emperador
Y hermana de un Rey de España,
Y hoy un golpe de guadaña
Me ha postrado adonde estoy,
Y aquello que fui no soy
Ni puedo volver a ser;
Con que podrá el mundo ver
Lo que va de ayer a hoy.

La corona de mi frente
Tuvo ayer muy gran valía,
Por ser de Reina de Hungría
Y Emperatriz del Oriente,
Por rosa resplandeciente
Tal bien ayer merecí;
Mas, como mortal nació,
La Parca cortó mi ser
Sin respetar ni temer
Que ayer maravilla fui.

Infanta nació en la cuna,
Y en mi juventud hermosa
Vine a ser reina y esposa
De un Sol de quien fui la Luna.
Tributome la Fortuna
Y agora feudos le doy;
Y aunque en urna real estoy,
Me sirve de desconsuelo
Que ayer me vi Sol del suelo
Y hoy sombra mía aun no soy.

Ya me parece, amigo lector, que será justo el dar fin a este volumen, porque no

sería razón tras de tanta pena y sentimiento escribir cosas de chanza, cuando hubiera materia para ello; y así, me perdonarás el haberte dado el postre en tragedia, pues harto me holgara yo y toda la cristiandad que Su Majestad Cesárea se gozara siglos de siglos, y darte, en lugar de sus epitafios fúnebres, una docena de romances alegres; y así, culpa a la muerte y no a mi pluma.

Pero por que te quedes saboreando con la miel del bureo y no lloroso con el trágico fin, por que sea postre agridulce como granada, hice una despedida de mi amo y de todos los señores y damas desta corte, advirtiéndote que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la más difícil que hasta hoy ha salido, por ser un romance sin una letra vocal, que es la o, con ser la más necesaria de todas cinco, que es el siguiente:

Insigne Duque de Amalfi,
Cuya fama a Italia ilustra,
Y ella, ufana a tus laureles,
Le da palmas a la pluma;

Fuerte Alcides de Alemania,
Cuyas deidades augustas
Y águilas sacras rapantes^[51]
Las preservastis de injurias;

Valiente Aníbal de Flandes,
Pues en su primera angustia
Le sacastis invencible
De las tinieblas oscuras:

Esteban se parte a Italia,
Y antes de partir renuncia
El alegría y la chanza
Y la gala de la bufa.

A Vuecelencia^[52] suplica
Le dé licencia, si gusta,
Pues que sus males y achaques
La muerte y vejez anuncian.

Bruselas, quedad en paz;
Damas, deidades purpúreas,
De cuya beldad se saca
Quinta esencia de luz pura,

A reveder en el Valle^[53],
Pues ya mi merced se afufa
A tener casa de naipes
Y a vivir de garatusa.

Príncipes, duques, marqueses,
Mí viaje se apresura,
Y el partirme es para siempre

Y la vuelta para nunca.

El fin de mis caravanas
Anhela y pide pecunia,
Que es la bella entretenida^[54]
Sanguisuela que la chupa.

Valiente y fuerte milicia,
Cuya infernal barahúnda
Me hace temblar cada día
Y guardar muy bien la nuca,

A mi partida haced salva
Pues sabéis mis cancamusas^[55]
Y que en campañas de requiem
Nunca estuve de *aléluya*^[56].

Burguesía, ya se ausenta
Esta tremenda figura,
Que de lámparas y tazas
Fue tarasca y fue lechuza.

Quedad en paz y quietud
Galeazas^[57] de la chusma,
Pulillas de la salud,
Venteras de carne cruda.

Muy huérfanas quedaréis,
Bellas y amenas bayucas,
El alma queda en rehenes,
Ya que el cadáver se muda.

Mis niñas en esta ausencia
Darán vertientes de zupia^[58];
Que, si es muerte el ausentarse,
Lágrimas den a sus urnas.

Si a el que se muda, Jesús
Siempre le ampara y ayuda,
¡Buen viaje y buen pasaje,
Pues que ya pinta la uva^[59]!

FINIS

Notas

[1] Más allá del río Meuse, castellanizado en «Mosa». <<

[2] Por «enmienda»: corrección, penalización. <<

[3] Por su interés, reproduzco la de la ed. de Madrid, 1652. <<

[4] No ha tenido éxito este bien buscado título, pues «entretenido» puede leerse «gracioso» y también «mantenido». *La hija de Celestina*, de Salas Barbadillo, fue estampada en Zaragoza al «cuydado del Alferez Francisco de Segura, entretenido cerca de la persona del Señor Virrey de Aragon». <<

[5] Que dice chocarrerías, burlón. Hoy diríamos «cachondo». <<

[6] Orig.: «Arragon». <<

[7] Orig.: «Conceio». <<

[8] Orig.: «Flandez». <<

[9] Críticos impertinentes. <<

[10] Que mueve a risa. <<

[11] Envanecido, orgulloso. <<

[12] O «jacarandina»: rufianesca, picaresca. Aquí «flor» expresa «de lo mejor». <<

[13] De Quevedo. <<

[14] Compareciente. Se refiere a las «partes» o litigantes en el pleito. <<

[15] El que confirma lo testificado por otro. <<

[16] Obra, producto. <<

[17] Lo que sigue, aunque el autor no lo explicita es *la segunda causa*. <<

[18] Países Bajos. Ottavio Piccollomini fue Gobernador Militar de Flandes de 1644 a 1646. <<

[19] Puerto, en el golfo de Salerno. Felipe IV concedió este ducado a Ottavio Piccollomini en premio por la victoria de Thionville (1639). <<

[20] Alejandro Magno, cuya generosidad era proverbial. «Sin segundo»: sin rival. <<

[21] Virtudes, perfecciones. <<

[22] Para curar la sífilis se aplicaba al enfermo unguento de mercurio. <<

[23] Abandonado, desamparado, carente. <<

[24] Incurras en, peques de contenerte. La expresión reaparece en el cap. 1: «Y cuando tuviera tan mal capricho y tan hecha la cara al desaire que me bostezara de su gruta oscura...». Sólo la encuentro en unos versos de la comedia *No hay vida como la honra*, de Juan Pérez de Montalbán (fall. 1638), que constituyen el *Mote* o *Glosa* de una composición del poeta satírico Gregorio de Matos Guerra (Bahía, 1623 - Recife 1696):

«Que amar sin tener que dar,
o es preciarse de muy loco
o tener hecha la cara
al desaire de andar corto.» <<

[25] Frases ingeniosas. <<

[26] Al oriente. Viajes siempre excitantes, por la peligrosa proximidad del Gran Turco y lo exótico de los escenarios. <<

[27] Defunciones prematuras («en tiernos años»). El «Cardenal-Infante» fue don Fernando de Austria (1609-41). Había sido nombrado Arzobispo de Toledo... a los diez años. <<

[28] Composiciones novedosas. <<

[29] Trampas, malas artes en el juego. «Fullero»: tramposo. <<

[30] Privilegios, ventajas. <<

[31] Los que, en la playa, ayudaban a los pescadores tirando de la red (jábega) y recogiendo el pescado. <<

[32] Pinches, personal de cocina. <<

[33] Los que seguían a los ejércitos llevando y vendiendo víveres. «Cautela»: engaño, trampa, artimaña. <<

[34] Por donde, Por lo cual. <<

[35] Haberte santigüado más veces. <<

[36] Satisfecho, contento. En el cap. IV: «quedó tan pagado cuanto nosotros contentos». <<

[37] Principiantes, párvulos (en la Gramática se empezaba por estudiar los nominativos). Lo de «gorrón» viene de que se compraba golosinas a costa de ellos.

<<

[38] Pícaro, bribón. <<

[39] Cocinar mondongo: la panza del animal rellena con los intestinos. <<

[40] La bandera (que pesaba lo suyo) era compañía inseparable del alférez. En ocasiones éste pagaba a un ayudante que, entre otros servicios, la llevase durante las marchas. <<

[41] Se refiere al papel que representó en una comedia (cap. II). <<

[42] Dañar, estropear. <<

[43] El que cuidaba del menaje. <<

[44] Llevaban una vara como símbolo de su autoridad. <<

[45] Rateros, delincuentes. <<

[46] Cárceles. <<

[47] Criado joven, pajecillo. <<

[48] Vendedor de aguardiente. <<

[49] Pedir limosna fingiéndose enfermo. <<

[50] El que mueve el vino de una cuba a otra. <<

[51] Mozo de carga. «Mareas»; debe referirse a su etapa de «pícaro de la marina». <<

[52] Cavas, bodegas. Estebanillo recurre en esta estrofa a cuatro variantes de «juvenil». <<

[53] También trasladaba mensajes amorosos y vendía jaboncillos a las damas. <<

[54] O «tornillo»: desertor. <<

[55] Litoral, playa. Abajo, «pesquera»: lugar donde se pesca. <<

[56] El que engañó a los troyanos. <<

[57] Escrófulas. Tumores que suelen aparecer en el cuello. Existía la creencia de que los reyes de Francia tenían la virtud de curarlas con sólo tocarlas. <<

[58] Pompa, ostentación. La «librea» era el uniforme que los nobles daban a sus criados, con los colores de su escudo de armas. <<

[59] «Leva» vale reclutamiento, zarpar la nave y trampa. «Cosario» vale experimentado, como en el cap. IV: «llegamos a Orense, adonde mis compañeros, como cosarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban los cuerpos y en Santiago las almas». <<

[60] Guiso hecho con los menudillos del animal. <<

[61] Intérprete. En el cap. XI: «viniendo con carroza y criados..., y con guía y faraute».

<<

[62] Alcahuete. <<

[63] Criado de un rufián o «bravo». <<

[64] Criado de una prostituta o «hermosura». <<

[65] Porque prefería ver las batallas desde un lugar alto y alejado. <<

[66] A campo abierto, expuesto. <<

[67] Hacía pasteles con carne de caballos muertos. <<

[68] Vendedor ambulante de baratijas. En el cap. VII: «alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando víveres ni gorgotero llevando menudencias». <<

[69] Las horas de más calor del día. <<

[70] El título de Grande de España permite no descubrirse ante la Realeza. Algún noble se lo permite a Estebanillo en el curso de sus mandaderías. <<

[71] Hijodalgo, hidalgo. <<

[72] Hércules era hijo de Alceo. En el cap. VII se califica a Ottavio Piccolomini de «Alcides del Sacro Imperio». <<

[73] Mantenido, empleado. También se llamaba «entretenido» el que aguardaba la concesión de un empleo oficial y recibía una compensación para el sustento. <<

[74] Alfombrillas, tapetes. <<

[75] Diario o periódico de noticias. También la persona que gusta de estar al corriente de todo y divulgarlo. Las «buenas nuevas» aluden a las victorias militares. <<

[76] El que conduce y guía la posta, correo. <<

[77] «Asistir» vale «residir». En las riberas del Jarama (afuente del Tajo) se criaban toros bravos y «Cervera» sugiere «ciervo». En otras palabras: cornudo. <<

[78] Excesos. <<

[79] Por Dios. <<

[80] Verdades, hechos reales. <<

[81] Desfiles triunfales. En el cap. VIII: «saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro dél una docena de bebedores escogidos». <<

[82] Penalidades, sufrimientos. <<

[83] Escribir. Es decir: Estebanillo ha sido el primero en escribir su verdadera vida de pícaro y burlón. Notese que «Francisco de Ali», otro «criado de S. A.», viene a decir exactamente lo mismo. <<

[84] Diosas del donaire y la elegancia. <<

[85] De Delfos, Apolo. <<

[86] Retirarse a Nápoles y poner allí una «casa de conversación». <<

[87] Huya, se rinda. En el orig.: «se à», que habría de editarse «se ha». Nótese que con las mayúsculas iniciales y ciertas licencias ortográficas se compone: «PARTO DE GALICIA I DE ROMA CRIANÇA I DEL ORBE CHANÇA». <<

[88] Parlootee, discurssee a los ingenuos. Se refiere a las interminables disertaciones morales que contiene *Guzmán de Alfarache*. <<

[89] Sólo se hable de ti. «Campear»: dominar, triunfar. Evidentemente, «envidia» y «corrillos» alude a la clase literaria. <<

[90] Intendente general. Este personaje existió realmente. <<

[91] «Entremeterse» es introducirse, inmiscuirse, relacionarse, en ambiente, conversación o asunto que no nos pertenece; pero Estebanillo usa «entremetido» como «entretenedor, bullicioso, ocurrente». Con las mayúsculas iniciales de las dos primeras cols. se compone: «ESTEVAN GONÇALEZ HONOR DE GALICIA». <<

[92] Entre las clases altas, la élite. <<

[93] Niño gracioso: Cupido. <<

[94] Obteniendo beneficio, colectando. <<

[95] Renuncias a tu vida anterior y brillas, destacas. Debe referirse a que el dios Apolo se convierte en el Sol. <<

[96] Estilo. <<

[97] El de las Musas. <<

[98] Premia con laurel. <<

[99] Exceptuado, libre, autorizado. De nuevo se hace referencia al planeado retiro en Nápoles. <<

[1] Livorno, en la Toscana, al S. de Pisa. <<

[2] Si no te molesta. «Con perdón» se lee más adelante. <<

[3] Ascendencia, orígenes. <<

[4] O «injerto». Quiere decir que era un romano con un gallego dentro. <<

[5] Prov. de Pontevedra, al E. de Tuy y en el lado español del río Miño. <<

[6] Culo. <<

[7] Servicio, retrete. <<

[8] O «albañal»: cloaca. <<

[9] Muletilla sin valor en la frase. Como en: «Ello, yo no sé por qué mi padre no me llamó la torda o la papagaya, pues mis padres todos tuvieron oficios que no eran nada deslenguados». (*La pícaro Justina*, II-1). <<

[10] Pervertido, estropeado. En el orig.: «deprovado». <<

[11] La foma redondeada de la panza de un buque de carga sólo se muestra a la vista cuando está volcado («derrotado»). Más abajo habla del vientre materno como «gruta oscura» y «cofre». <<

[12] Mares, océanos. Se refiere a los barcos atracados en los puertos. <<

[13] Montes. <<

[14] Capazos, cestones. Como «piélagos», «promontorios» y, más adelante, «abismos» y «montes», léase «montones, inmensidad». Estebanillo nace entre gente rústica, según los nombres de varón que se citan. <<

[15] Bordes, orillas, riberas. <<

[16] Cinta plateada. En el cap VII: «la caudalosa Sena... cinta de plata de la gran corte de París». <<

[17] Rociados por el cuerno de la abundancia, que Zeus regaló a su nodriza Amaltea.

<<

[18] Si, aunque. En el cap. III: «me estuve quedo, y tan cortado que, cuando me quisiera ir, es cierto que no pudiera». <<

[19] El Meco es un muñeco que es quemado al fin de las fiestas de Carnaval («Carnestolendas») en varias poblaciones de Galicia. Se piensa que el ceremonial rememora la venganza de unos aldeanos contra un cura libidinoso. El muñeco sería *Don Carnal*, y con su fin (como con el entierro de la sardina) se inicia el dominio de *Doña Cuaresma*. Pensar en «perdonar a(l) Meco» sería, pues, toda una estupidez.<<

[20] Expresión equivalente a «echar el bodegón por la ventana»: echarlo todo a perder.

<<

[21] O Hécabe, esposa del rey Príamo, estando embarazada de Paris tuvo el presagio de que pariría una antorcha que incendiaba la ciudad de Troya. <<

[22] Porque en Roma podía conseguirse la absolución de todos los pecados. La expresión aplicaba al delincuente incorregible. En el cap. III: «los llevé la vuelta de Roma a que hiciesen confesión general y a que ganasen indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados». <<

[23] Legiones de diablos, en alusión al libro de caballerías *La espantosa y admirable vida de Roberto el Diablo*, así al principio nombrado... <<

[24] Limpias, vacías. <<

[25] Quedarse, apropiarse. <<

[26] O «Josafat», donde se ha de celebrar el Juicio Final. <<

[27] Inflados los carrillos. Alude a las cabezas de niños regordetes que se dibujaban en los mapas para indicar la dirección de los vientos dominantes. <<

[28] Los esqueletos. <<

[29] Embadurnador; también el fraudulento en los negocios (por proceder «a dos manos»). <<

[30] Entiendo que quiere decir «mala cabeza, alocado». <<

[31] Nada, casi nada. <<

[32] Me adapto a todos. <<

[33] Doctor *in utroque* era el doctorado en ambos Derechos: Civil y Canónico. <<

[34] Perdía jugando a las «pintas» lo que ganaba en su oficio de pintor. Pasas e higos eran comida de moriscos. <<

[35] Certificado. <<

[36] Mugre, suciedad. <<

[37] Orig.: «alma tenia». <<

[38] Orig.: «sole». <<

[39] Infierno, Purgatorio y Paraíso. <<

[40] Que perdió la virginidad muy joven. Las jóvenes que oraban ante la Cruz de Ferro conseguían casarse. Está situada en el Alto de Rabanal o Monte Irago, en el camino de Astorga a Ponferrada. <<

[41] Jóvenes y hermosas. Lo de «siendo cristianas» viene de que era nombre de una mora hermosísima que aparece en varios romances. <<

[42] Malas artes, mañas, picardías. <<

[43] Saber «la flor de Osuna» (prov. de Sevilla) es ser pícaro, y la expresión pudo originarse en un Conde de tal título, contumaz jugador. Andarse «a la flor del berro» es desenvolverse a sus anchas, hacer lo que uno quiere. <<

[44] Cojín que usa la costurera. <<

[45] Fórmula para asegurar algo, como la expresión «palabra de caballero». <<

[46] Se empleaba como «espabilado» y también como «parlanchín sin fundamento».

<<

[47] Impartir clase. El maestro «leía» la asignatura y los alumnos la «oían». <<

[48] Ventas fraudulentas, timos. <<

[49] Polvos obtenidos de la raíz del eléboro, que hacían estornudar al aspirarlos. <<

[50] El real de plata equivalía a unos 34 maravedís, los «de a ocho», «a cuatro» y «a dos» valían respectivamente 272, 136 y 68 maravedís; el real «de vellón», unos 16 maravedís. <<

[51] O «anacardina»: polvos obtenido de moler las pepitas del fruto del anacardo. Se creía que mejoraban la memoria. <<

[52] Las aulas. <<

[53] Tenía peleas. <<

[54] Primogénito, heredero. <<

[55] Orig.: «Baron». No creo que aquí haya juego de palabras (*conde... barón*). <<

[56] Vale por linaje antiquísimo y sobresaliente, aunque en los textos de la época se aplica burlescamente a todo lo contrario. En Muskiz (Muñatoiz), prov. de Vizcaya, se encuentra el castillo de San Martín de Muñatones. <<

[57] La Vera de Plasencia es una zona de la prov. de Cáceres. Cuacos y Jarandilla son poblaciones de esa zona. La Serrana de la Vera habría sido una moza que, seducida y abandonada por un capitán, se echó al monte y se convirtió en salteadora de caminos.

<<

[58] Zona montañosa en la prov. de Cáceres, al N de Plasencia. Estebanillo juega con la similitud con «Molucas». <<

[59] O «Covadonga», donde se habría iniciado la Reconquista. <<

[60] Pedro Arias, el menor de los hijos de Arias Gonzalo, que respondió al famoso reto de Diego Ordóñez durante el asedio de Sancho de Castilla a Zamora, defendida por doña Urraca. <<

[61] Orig.: «Vraca». <<

[62] Orig.:

«... Doña Vraca Reymeyo.

De todos...». <<

[63] Niñerías, travesuras. <<

[64] Con malos modales, expeditivamente. Pero «caja» es tambor, y «destemplar» es destensar el parche para obtener un sonido más sordo y fúnebre, como se hace en algunas procesiones. <<

[65] De criaturas. Alusión al romance de los Infantes de Salas, o de Lara. En el orig.: «xara». <<

[66] Cortar la bilis, distraer el hambre. <<

[67] El pan «biscocho» o «bizcocho» se cocía dos veces, para conservarlo mejor. <<

[68] Platos de forma semiesférica, para el caldo. <<

[69] La olla ordinaria, la comida del día. <<

[70] Guisado de hortalizas. <<

[71] Lavadero de piedra. <<

[72] Sardo, de Cerdeña. Se llamaba así a una raza de asnos de poca altura. <<

[73] Saqué de la canasta o banasto. <<

[74] Lugar donde se vertían los desperdicios. El «puerto (del) muladar» es el «portón trasero»: el culo. <<

[75] Llené, colmé. También se empleaba «hinchir», como en el cap. VIII: «Llevaba... tres criados: el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles y los dos para que fuesen hinchando las tazas que se iban vaciando». <<

[76] Juega con el «haber» previo: «haberles dado». <<

[77] Es decir: restregándolos entre los nudillos. <<

[78] Quizá por «hacer o atar los trapos»: acabar el trabajo; como las lavanderas, que recogían toda la ropa en un lienzo grande, que ataban y llevaban al hombro o sobre la cabeza. <<

[79] Carta de pago, recibo. <<

[80] Chulesco, fanfarrón. «Matasiete» se le dirá más adelante. En el cap. II aparece un «jornalero matante». <<

[81] Los «ganchos» curvados de la empuñadura, además de cubrir la mano, servían para atrapar entre ellos la hoja de la espada del contrario. Lo de «puntales» quiere decir que, alzados con el «hierro» o «molde», le llegaban a los ojos. <<

[82] Capa corta y sin capucha. <<

[83] Temible. Como en el cap. VII: «un disforme y temerario ciervo». <<

[84] Palabrotas y juramentos. «¡Por vida de...!».

<<

[85] Deshonor, descrédito. En el cap. XI: «Iba, siempre que caminábamos, muy adelante de nosotros teniendo a caso de menos valer el dejarse comunicar». <<

[86] Muchacho, mancebo. <<

[87] Si no, en caso contrario. <<

[88] Propina que el jugador repartía a los mirones o a quien le asistía en la partida. El autor lo usa por «gratuitamente», como en el cap. v: «Estando con este susto (que se lo doy de barato al que lo quisiere) entraron...». <<

[89] Falsos testimonios, diríamos hoy. <<

[90] Alarma. <<

[91] O «crines»; «pelamen» se lee más abajo. <<

[92] Achicharré, chamusqué. Estebanillo le aplica el molde tal y como lo saca de las brasas, sin dejarlo enfriar. <<

[93] Quemar la herida, para desinfectarla y facilitar la cicatrización. <<

[94] Un cuarto de vara, un palmo. <<

[95] Despacharme. Recuerda el episodio que se narra en *Samuel*, II, 11:14, cuando David, enamorado de Betsabé, esposa de Urías, pretendía la muerte de éste. Para ello hizo que el propio Urías llevase una carta a Joab en que David le pedía que colocase a su rival en el lugar de mayor peligro en la batalla y le desamparase. En varios textos del Siglo de Oro, la expresión «enviar o despachar con cartas» recordaba ese trato traicionero. <<

[96] Orig.: «refranquè à». En el cap. VII:... «por gozar del refrán de “quien se muda Dios le ayuda”...». <<

[97] Esgrimidor, que sabe manejar la espada. <<

[98] Orig.: «alexò». <<

[99] Asombré, maravillé. <<

[100] O «faltriquera», «faldiquera», como se lee en otros pasajes. Bolsillo. <<

[101] El utensilio con cerdas en su extremo, que usa el sacerdote para rociar con agua bendita. «Asperges»: rociada, de *Salmos*, 51,9: «Aspérgeme con hisopo y seré puro».

<<

[102] Aunque quien lleva la libranza es Estebanillo, lo de «David» y «despachar» apunta a lo ya indicado anteriormente: En varios textos del Siglo de Oro, la expresión «enviar o despachar con cartas» recordaba ese trato traicionero. <<

[103] De color castaño. También valía por «traidor», y aquí parece usarse como «temible». Estebanillo usa «Faraón» como «déspota», recordando la esclavitud de los israelitas en Egipto. <<

[104] Loreto se encuentra en la prov. de Las Marcas, entre Roma y el Adriático. Según la tradición, en el santuario se conserva la casa de Nazaret en que el Arcángel San Gabriel visitó a María, que Dios ordenó a sus ángeles llevar a lugar seguro hacia 1290, cuando los Cruzados perdían el control sobre Tierra Santa. <<

[105] Como media legua. La legua equivale a 4 millas: 5,5 km, aprox. <<

[106] Quizá haya errata por «aquel». <<

[107] Porque la ciudad de Roma se alza sobre 7 colinas. <<

[108] Llevarían la inscripción «IHS» en el fondo. <<

[109] Comida. <<

[110] Orig.: «venì». <<

[111] Ponerse primero, colarse. <<

[112] Corrigiendo su vanidad. <<

[113] Según el recorrido de Estebanillo, no puede ser Pisa, pues está al N. de Siena (ambas en la Toscana). Quizá sea una forma castellanizada de *Assisi* (en la Umbría) y se aluda a San Francisco de Asís:

«Seráfico Padre mío,
que por de manos rasgadas,
y por su humildad, mi afecto
el Cristo de Asís le llama»

(Miguel Colodrero de Villalobos, *Divinos versos o Cármenes sagrados*, Zaragoza, 1656). Se conserva una «Oración ante el Cristo de Asís» de San Francisco. <<

[114] De buena presencia, bien vestidos. <<

[115] Enredo, engaño, farsa. En el cap. III: «traía alborotado el Cuartel con trapazas y enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos». <<

[116] Delator. <<

[117] Quizá haya errata por «le». <<

[118] Es decir, ser ciego, sordo y mudo. <<

[119] Fardo. <<

[120] Vasillo. <<

[121] Acortando, recortando. En el cap. VII: «Miré los frascos del agua ardiente y hallellos de vacío, como mulas de retorno, y las demás mercancías algunas cercenadas y otras que se habían huido en pies ajenos». <<

[122] Castigos humillantes que se aplicaban a las reas eran cortarles los cabellos y recortarles las faldas. <<

[123] Amputando la pata. <<

[124] La jugada ganadora en este juego es el «flux», frecuentísimo en textos de la época. La quínola (7, 6 y as de un mismo palo) valía 55 puntos. En *Marcos de Obregón* (cap. II-VI) se cuenta un chiste de la época: un jugador se cree virtual ganador, pues tiene 50 puntos y su portugués contendiente ha revelado tener en mano «los años de Mahoma». Gana este último al mostrar... ¡55 puntos! «—¿Cómo dijo vuesa merced que tenía *los de Mahoma*, que son cuarenta y ocho años, si tenía cincuenta y cinco? Respondió el portugués: —Eu cudei, que Mafoma era más vello».

<<

[125] Juego también llamado «parar»: a cada jugador se da una carta y el que reparte va sacando cartas de la baraja. Gana el que la nueva carta es del mismo palo que la suya.

<<

[126] Limar, rebajar los vértices. <<

[127] Según el peso se cargase en el as o en el seis. <<

[128] En sus *Coloquios satíricos*, Torquemada usa «brocha» por «dado cargado», y también el Dicc. de *Autoridades* (sobre este preciso pasaje de *Estebanillo*), en tanto que eran voces germanescas «brecho» («dado falso»), «brechar» («meter dado falso en el juego»), «brechero» («el que mete dado falso»), «brecha» y «brechador» («el que entra a terciar en el juego») y «brechado» (el engañado en el juego). <<

[129] Bajelos de carga, por analogía al dado cargado. <<

[130] Debe referirse al dinero en juego, según fuesen los jugadores. <<

[131] Continuaría mi estirpe, saldría adelante. Era una frase hecha, cuyo uso censuró Quevedo a su manera: «Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo a sus manos y trinchándome, como hace a otros». (*Buscón*, II-V). <<

[132] Saquillos en que se llevaban las monedas. En el cap. v: «hincando una rodilla y puniéndome en postura de balletero, desembuché la talega de culpas y dejé escueto el almacén de los pecados». <<

[133] Orig.: «... flo- || res naypes i cargado de naypes, dados, que era...». Creo que el pasaje se corrompió por el salto de página. <<

[134] Incautos, bobos. <<

[135] De recambio, de repuesto. <<

[136] Quizá haya errata por «les». <<

[137] Orig.: «la Iuan». <<

[138] «Trocado» y «Grajo» sugieren «trueque» y «parloteo». Se desprende que distraían a los otros en tanto que cambiaban una baraja por otra. <<

[139] Se asociaban, se compinchaban. Nótese: con los «dobles» se desplumaba a los «sencillos» o incautos. <<

[140] Completaban la partida. <<

[141] Con dinero. <<

[142] Pagando cada uno lo suyo. En el cap. III: «por verme libre de justicia (que cada instante pensaba que me venían a prender para que escotase los pavos), senté plaza de soldado de a caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo». <<

[143] Con pretexto, excusa. En el cap. XI: «El señor que es generoso no mira el sujeto del que recibe, porque sólo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viernes por no ayunar». <<

[144] Arruinados, sin nada. En el cap. x: «estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancía más que lágrimas y ternezas». <<

[145] Porque la baraja sólo tiene 48 naipes. <<

[146] Me condenaran a galeras. <<

[147] Un jubón de azotes: me cubriesen las espaldas de azotes. También se decía «jubón al justo» y en el cap. II: «jubón sin costura». <<

[148] Orig.: «ganado el». <<

[149] Enredo, engaño. <<

[150] La primera claridad del día. Por preceder al amanecer del Sol (aurora) se dice que es alegre y risueña. <<

[151] O Eos, la diosa de la mañana, hermana de Helios y Selene (el Sol y la Luna). El «defunto» sería Titón, un hermoso troyano para quien Eos pidió a Zeus vida eterna; pero olvidó incluir la juventud eterna, por lo que Titón fue consumiéndose hasta convertirse en una cigarra que la desconsolada Eos guardaba en su palacio. Estebanillo bromea de la actitud de Eos, que podría buscarse otro amante. <<

[152] Desarreglada, mal compuesta. «Toca»: peinado y adorno de la cabeza. En el cap. XI: «salió el aguardentera tras mípidiéndome la paga de lo... bebido. Yo, sin respetar sus tocas... le di tal envión que le hice a su despecho sentarse en tierra». <<

[153] Al día siguiente. <<

[154] Concurrido. En el cap. III: «viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió a mis voces, se enojó como un Satanás». <<

[1] Pillos, astutos. <<

[2] Vino obtenido de una uva muy dulce. <<

[3] Cubas, toneles. <<

[4] Felipe IV. El «planeta cuarto» es Marte, el dios de la guerra. <<

[5] Orig.: «el». <<

[6] Remeros forzados, galeotes. <<

[7] Orig.: «permision». <<

[8] Clamando, vociferando. En el cap. vi: «Empezó todo nuestro campo a apellidar: ¡*Vitoria, vitoria!*». <<

[9] Quien prueba repite. <<

[10] Sin conciencia. <<

[11] Vientre, manos e intestinos de la res. <<

[12] Como Bárbara, la mondonguera de Alcalá: «que alababan... su limpieza. La cual era tanta que con sólo un caldero de agua lavaba por el pensamiento dos y tres vientres» (*Quijote* de Avellaneda, xxii). <<

[13] Reverencias. <<

[14] Sin nada que llevar a la boca. Era creencia que el camaleón se sustentaba del aire. «El no comer para los castraleones, que se sustentan del aire» (*Quijote de Avellaneda*, II). <<

[15] Guisado de tripas. <<

[16] Salsa picante. <<

[17] Ternera. Las «manos» son las patas delanteras. <<

[18] Con restos de pastura, mal lavado. <<

[19] Una de las partes en que se divide el estómago de los rumiantes. <<

[20] A medio cocer. <<

[21] Regimiento. <<

[22] Orig.: «Piamonte». Corrijo según se lee en el cap. sgte. <<

[23] Porque crece en solitario. <<

[24] O «Adán», el primer hombre sobre la tierra. <<

[25] Una construcción similar en el *Quijote* de Avellaneda: «Soy principio de desdichados y fin de venturosos» (cap. xxxvi). <<

[26] Plana mayor: los primeros oficiales del regimiento. <<

[27] Nadaría en la abundancia, viviría regaladamente. En el cap. IX: «Esguazamos una rivera llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza». <<

[28] Suplo «plana». <<

[29] Soldados de buena familia. Equivalían a los actuales «cadetes» de academia militar. <<

[30] El emisario, delegado o embajador facultado para concertar acuerdos. En el cap. IX: «fui a besar la mano a el Marqués de Castel Rodrigo, que estaba por Embajador ordinario de la Católica y Real Majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces». <<

[31] O «alférez», que era quien acompañaba al capitán llevando la bandera. <<

[32] Como «entrar», que se lee en el cap. III: «tenía sesenta soldados efetivos para entrar la guardia y ciento y cincuenta para el día de la muestra». <<

[33] Aquel que afronta su ajusticiamiento con dignidad, como se espera de un noble.

<<

[34] Mostrar soberbia. <<

[35] Se descubrían. <<

[36] «Hacer piernas» es mostrarse airoso. <<

[37] Pavo real. <<

[38] Suplo «el», que no falta en los otros casos. <<

[39] Campaña contra el comercio marítimo del enemigo. <<

[40] Hacia, camino de. <<

[41] Jefe. <<

[42] Reggio di Calabria, frente a Messina, al otro lado del estrecho. <<

[43] Se creía que Judas Iscariote era natural de Calabria. «Morcón» es la morcilla grande y «saúco» un árbol de poca altura. Como es sabido, Judas se ahorcó, arrepentido de haber traicionado a Jesús. <<

[44] Pendencias, conflictos, líos. En el cap. XI: «Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy dellos, me retiré a reposar». <<

[45] Cocinar, guisar. <<

[46] Comida en camaradería, pero también «alojamiento». En el cap. IV se aplicará a un campamento de gitanos: «Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso... sitiada toda la hoguera». Cervantes lo usó como «cubículo», «celda» y como «caseta»: «le dije que me leyese aquel papel que... había hallado en un agujero de mi rancho» (*Quijote*, I-XI); «se recogieron... los pescadores a sus ranchos» (*Quijote*, II-XXIX). <<

[47] De una letrilla de la época:

«Aprended, flores, de mí
en lo que va de ayer a hoy:
que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía aun no soy.»

El autor la glosa al final del texto. <<

[48] Beneficios, provechos. Estebanillo lo usa como «extras». Más adelante: «sobras, resultas y remanentes y percances», y en el cap. v: «Con el provecho destos percances, ración y salario que ganaba». <<

[49] Arcipreste. Estebanillo lo usa como «sumo sacerdote». <<

[50] O «Tamerlan»: Timur-Lang, emperador mongol. <<

[51] El Jónico, por el que las naves de Venecia accedían al Mediterráneo. «Hay mares que no tienen el flujo y reflujo cotidiano, como consta del Mediterráneo inferior, que es el Tirreno; teniendo flujo y reflujo cotidiano el Mediterráneo superior, que es el mar de Venecia, cosa, que con razón, causa admiración» (*Historia natural y moral de las Indias...*, José de Acosta, Sevilla, 1590, cap. xiv). <<

[52] Por el recorrido que se indica, no puede ser el *Capo delle Colonne* o *Promontorio Lacinio*, en la costa oriental de Calabria. Quizá sí sea el *Cabo Sunio* o *Sunió*n, al SE. de Ática. <<

[53] Debe ser Porto Kagio, o Kayio, en la península de Mani (Peloponeso). <<

[54] Huía de complicaciones. <<

[55] Tronera, abertura en el muro. <<

[56] El de más calibre. «Crujía» es el pasillo que recorre longitudinalmente la galera, entre las bandas de remeros. <<

[57] Alarma, agitación. <<

[58] Chusco, rebanada. <<

[59] Fustigando a los remeros. «Para servir a Dios y al Rey, otra vez he estado [en galeras] cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho» (*Quijote*, I-XXII).

<<

[60] Con una espumadera o cucharón, según más abajo: «quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos». <<

[61] La grasa que flota sobre el guisado. <<

[62] «Hacer la salva» era probar la comida antes que el señor. En el cap. XI: «Declarose quedar por vencedor el que diese más presto fin a su jarro. Hiciéronles los jueces salva para ver si había algún fraude en ellos, y, habiéndolos dado por justos y rectos...». <<

[63] Prominentes, destacados. En el cap. VIII: «bajé de mi relevado Olimpo a llevar la dichosa nueva a Su Alteza». <<

[64] Ollas. Del italiano «pignatta». <<

[65] Sumergía. <<

[66] Mar profunda. <<

[67] Empapada. «Calarse» la visera del yelmo era bajarla para proteger los ojos. <<

[68] Me acostumbré, me insensibilicé. «Armas» valía por armadura, y «hacerse a las armas» por acostumbrarse a su incomodidad. <<

[69] Calentada con vaho; quizá «entibiada» con el calor del propio cuerpo. «soy naturalmente inclinada a cosa de letras, si bien las mías no se estienden a más que a hacer y deshacer bien una cama, a aderezar bien un menudo, por grande que sea y, sobre todo, a dar su punto a una olla podrida y avahar... una escudilla de repollo, sopas y caldo» (*Quijote de Avellaneda*, xxxi). <<

[70] «Rumbo»: sendas; «cerúleo»: de color azul-cielo.

«Es [el amor divino] una Real capitana
que sulca rumbos de peñas
...
a remo y vela navega»

(Alonso de Ledesma, *Conceptos espirituales*, III, 1612). El autor parece recordar dos versos del canto IX de *Os Lusíadas*, de Camóens: «No reino de cristal, líquido e manso... Dai lugar, altas e cerúleas ondas». <<

[71] Remos y velas. <<

[72] La espuma blanca de las olas. <<

[73] Naves de carga. <<

[74] La sífilis. La «colación» se referiría al árbol llamado guayacán o palosanto, cuya madera, cocida, se empleaba como sudorífico para la curación de enfermedades venéreas; pero quizá está usado por «maderos, troncos». <<

[75] Los barcos saqueados eran turcos. Perdía jugando a las «pintas» lo que ganaba en su oficio de pintor. Pasas e higos eran comida de moriscos. <<

[76] Saqueo. <<

[77] El destino de menos peligro, en la jerga de la milicia. <<

[78] Megiste o Megisti, en el Dodecaneso. Efectivamente, muy próxima a Turquía. <<

[79] Acopiar agua y subirla a la nave. <<

[80] Abochornados, asustados, como el perro que huye del peligro. <<

[81] Tomamos rumbo. también se decía «volver proa», como en el cap. VII, cuando Estebanillo decide no ir con su amo a Bruselas: «Fueme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme a ser cortesano». <<

[82] Patmos, en el Dodecaneso. <<

[83] Atienda cada uno a su conciencia. <<

[84] Debe referirse a la chocha o becada, ave del tamaño de la perdiz y pico largo. <<

[85] Negocio, comercio. En el cap. VII: «Halleme... huérfano de amo, viudo de cocina y temeroso de gastar la herencia, todo lo cual me obligó a sustentarme de mi trabajo y a poner nuevo trato». <<

[86] Aquí, «ingenuo», pero en ocasiones valía por «bárbaro», como el *El rufián viudo*:

«Fuera yo un Polifemo, un antropófago,
un troglodita, un bárbaro Zoiloun
caimán, un caribe
un comevivos
si de otra suerte me adornara en tiempo
de tamaña desgracia». <<

[87] De buen peso, excelente, perfecto. <<

[88] San Lucas debiera decir Estebanillo, pues solía representarse escribiendo su evangelio sirviéndole de atril las astas de un toro. La confusión pudo venir de que solían correrse toros en la festividad de San Marcos. <<

[89] La lana dorada de un carnero que Jasón y los Argonautas fueron a buscar a la Cólquida, entre el Cáucaso y el Mar Negro. <<

[90] Hoy diríamos «el viento». «El criado... sacó... el caballo, en el cual subió Japelín como un viento» (*Quijote de Avellaneda*, XVI). <<

[91] Suplo «la». <<

[92] Destacamento. «Suelta» o «perdida» es la manga abierta y pendiente del hombro.

<<

[93] Lanzones. <<

[94] En uno de los romances alusivos al Cid y al juramento de Santa Gadea:

«Villanos te maten, Rey;
villanos, que non hidalgos,
...
sáquente el corazón vivo
por el siniestro costado,
si no dices la verdad
de lo que te es preguntado». <<

[95] Hoy diríamos «oficial chusquero», que no ha pasado por la academia militar. <<

[96] No he localizado el refrán, que obviamente aplica al crédito que merece una persona. Podría referirse a la virgen y mártir Santa Inés, sinónimo de castidad y pureza; pero intuyo que alude a la heroína Inés de Suárez, compañera del conquistador Pedro de Valdivia (autorizada por Pizarro como «asistente doméstico»).

<<

[97] Espada. De Durandal, la espada del paladín Roldán. <<

[98] Golpe de espada, con la hoja plana. <<

[99] Vareado, sacudido. <<

[100] Antes de cocerlo, se golpea repetidamente para que la carne resulte menos correosa. <<

[101] «Bordón»: bastón largo que usaban los peregrinos. Colgaba de él la calabaza con el agua. <<

[102] En prevención, prevenidos. <<

[103] Suplo «a». <<

[104] Borrascosa, tempestuosa. «Proceloso» también valía por «inquietante». <<

[105] Al borde, a riesgo. En la marinería, «pique» es el acantilado. <<

[106] Maromas. En el orig.: «gumeras». <<

[107] Refrán que se aplica al glotón, que moriría antes que dejar de comer. <<

[108] En el cap. v: «me encomendé a Dios y, sin ser potro de Gaeta, me aparté reculando de la villa y me volví por el mismo camino que había traído». Gaeta es un puerto en el golfo de Nápoles, y era el nombre romano de la actual Belalcázar en la prov. de Córdoba. Un refrán decía: «La Trinidad de Gaeta: dos putas y una alcahueta». <<

[109] ¡Cuántas cosas...!, ¡qué cosas...! «Dello» implica polémica, debate, como en el cap. v: «tuvimos dello con ello, pues detrás de un regalo... veíamos media docena de pistoletas». <<

[110] Acerca, sobre. <<

[111] El que gobierna el castillo. <<

[112] Que se encargan de la «munición»: provisión (de boca o de guerra). Estebanillo usa «de munición» como «de reglamento»: «vestidos de munición», «pan de munición», y en el cap. XII: «Pidiole... que le trujese un par dellas [de aquellas palas] para ver si eran de munición». <<

[113] Orig.: «bason». <<

[114] Nubes tenues y dispersas. <<

[115] Otro nombre del Etna. <<

[116] Banderines. Los primeros con las puntas cortadas en forma de llamas ondulantes, y los segundos a imitación de la cola del gallo. <<

[117] El «neblí» es ave de rapiña, similar al halcón. En el orig.: «nebles». <<

[118] Cañonazos de saludo. <<

[119] De cierta categoría social, de buena familia. <<

[120] Como los grandes rodets de las naves propulsadas por máquinas de vapor que luego se emplearon en la travesía de grandes ríos. <<

[121] O «cucaña»: diversión, comodidades. <<

[122] Milazzo, en el NE. de Sicilia. <<

[123] Buen tiempo para la navegación. En el cap. xi: «adonde... se hallaba la Marquesa de los Vélez aguardando orden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de Su Alteza de Toscana, para pasar con ellas a Sicilia». <<

[124] Posible errata por «San Papino», iglesia en Milazzo; pero, pues se repite más abajo, bien puede ser fallo de memoria del autor. <<

[125] Tumores globulosos. «Lapa» es el molusco que se pega a las rocas de la costa. Como más adelante se habla de «pestífera enfermedad», quizá se refiere a la dermatosis producida por la sífilis. <<

[126] Orig.: «guzanos». <<

[127] Vino dulce que se produce en Málaga. <<

[128] Se refiere indirectamente al milagro de las bodas de Caná («architriclinus» = maestra sala, que interviene en *San Juan*, 2: 9-10). <<

[129] Quizá San Martín de Valdeiglesias, prov. de Madrid. <<

[130] Acogerse a sagrado era táctica de los delincuentes para evitar ser detenidos por la justicia que le perseguía. <<

[131] Desierto, páramo. Los ermitaños llamados «Padres del Yermo» vivían en severas condiciones y aislados unos de otros. Cuando Estebanillo sea recluido en un calabozo, lo llamará «penitente yermo» (cap. VII). <<

[132] «Dar con los huevos en la ceniza» es sufrir un contratiempo cuando mejor van las cosas. <<

[133] Cubo. <<

[134] Oleaje en ausencia de viento, mar de fondo. <<

[135] Es decir: sin la carne que llevaba. <<

[136] Ajazo, ajadura, ajamiento. <<

[137] Potaje que por contener de todo (cordero, vaca, gallinas, capones, longaniza, pies de puerco, ajos cebollas, etc.) resultaba muy oloroso. De cocción muy lenta, sus elementos llegaban cerca de deshacerse. <<

[138] Orig.: «di el». <<

[139] Timo, engaño. <<

[140] A hurtadillas. Compareciente. Se refiere a las «partes» o litigantes en el pleito.

<<

[141] La «capitana» era la galera en que iba el jefe de la escuadra. <<

[142] De Vitoria, la capital de la prov. de Álava. <<

[143] Repartir, poner en escudillas. <<

[144] Alusión a su obra *Las metamorfosis*. <<

[145] Maga que transformó en cerdos a los compañeros de Ulises (*Odisea*, x). <<

[146] Orig.: «al». <<

[147] Orig.: «quiza», por única vez en el texto. <<

[148] Escondido. <<

[149] Chichones, hinchazones. <<

[150] Envolviéndome con trapos, vendándome. <<

[151] Con suavidad. <<

[152] Orig. «primier». <<

[153] «Tirar» vale por devengar, percibir, ganar. En el cap. IV: «usaba a un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno ración y del otro gajes». <<

[154] Quizá haya errata por «del». <<

[155] Orig.: «tut plen». <<

[156] Del todo, absolutamente. Véanse otros casos: «Vuesa merced avise, que será servido en todo y por todo» (cap. III); «Por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo» (VII)... «pareciéndome en todo y por todo al perro de el hortelano» (IX). <<

[157] Orig.: «... de la | que la...» (hay salto de línea). <<

[158] El Càssaro era una de las grandes avenidas de Palermo. En el orig.: «caçaro»; adopto la grafía del cap. II. <<

[159] En algunos ejemplares: «Levanto». <<

[160] Acuerdo, concierto. <<

[161] Orig.: «cabo». Expresión del juego de la argolla. Tener «el cabe a paleta» es tener fácil golpear y apartar la bola del contrario. <<

[162] Además. <<

[163] «Toque» en el juego de la argolla es el choque de las bolas, y «emboque» es pasar la bola por el aro. «Hacer dos de claro» también debe provenir de dicho juego, según cierta letrilla en que se satiriza a un médico sin clientela:

«Hace, un doctor, dos de claro,
de San Andrés a la puente,
sin topar aros de casa
aunque sea año de peste;
es el pienso de su mula
pensar en los alcaceres,
y alquila un sayo de seda
por el decir de las gentes». <<

[164] Adornos en los puños de las camisas. <<

[165] Cuello grande, que llegaba a los hombros y caía sobre la espalda y pecho. <<

[166] Claro está el sentido de la frase. «Almidonar» la ropa es blanquearla y atesarla.

<<

[167] No eres bobo, eres listo. Alusión a la matanza de niños (los «santos inocentes») ordenada por Herodes (*Mateo*, 2, 16). <<

[168] Federico Colonna, Príncipe de Butera, casó con doña Margarita Branciforte, hija de Juana de Austria. <<

[169] Componerse. <<

[170] Censuró. <<

[171] Viles, despreciables. <<

[172] O «Aquitofel», desleal consejero de David y de Absalón. <<

[173] A las once. <<

[174] Orig.: «i echandoselo». <<

[175] Dioses tutelares, patronos. Eneas los sacó de Troya y los llevó consigo hasta instalarse en el Lacio. <<

[176] «Preguntando se va a Roma», diríamos hoy. <<

[177] Mozo de carga. <<

[178] Enfadado, molesto. «Pues a fe que si se me suben las narices a la mostaza y comienzo a despotricar, que... que la haga echar por la boca y narices más mocos y gargajos que echa un ahorcado en el rollo» (*Quijote de Avellaneda*, xxvii). <<

[179] Orig.: «serrar». <<

[180] Ave parecida a la perdiz. Sinónimo de ganancia obtenida con poco trabajo. <<

[181] No me hiciese encarcelar. «Grillos»: grilletes. <<

[182] Embargado. <<

[183] «Podemos colegir cuatro maneras de muerte: muerte espiritual, muerte natural, muerte transformatoria, muerte eterna. La natural es apartamiento del cuerpo y del alma; la espiritual es apartamiento de Dios y de nuestro ánimo...» (Erasmus, *Apercebimiento y aparejo para la muerte*).<<

[184] Orig.: «acaynadamente». De color castaño. También valía por «traidor», y aquí parece usarse como «temible». Estebanillo usa «Faraón» como «déspota», recordando la esclavitud de los israelitas en Egipto. <<

[185] Orig.:... «dIXe, En...». <<

[186] Desamparado, acogido en orfanato. <<

[187] Aún hoy se emplea la expresión para indicar «sin dinero». La blanca valía la mitad del maravedí. <<

[188] Mostrando cierto desprecio, ironía o enfado, solía (y suele) emplearse «el» en vez de «vuesa merced», como si se hablase con otro. «Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía:

—Y él hermoso majadero.»

(*Marcos de Obregón*, I-II). <<

[189] Según el Dicc. de *Autoridades*, equivale a «con el estómago vacío». <<

[190] Hermosos. Hoy diríamos: «por su cara bonita». <<

[191] Me respetara, me temiera. «¡Bonico soy yo para eso! ¡Mal me conoce! ¡Pues a fe que si me conociese, que me ayunase!» (*Quijote*, I-XXV). Alude al preceptivo ayuno de los viernes. <<

[192] Orig.: «Campusano». El verso es de una jácara de Quevedo:

«Zampuzado en un banasto

Me tiene su Majestad

...

Enmoheciendo mi vida

Vivo en esta oscuridad,

Monje de zaquizamíes,

Ermitaño de un desván». <<

[193] Por recibir «un puñetazo junto al ojo», como se lee más adelante. <<

[194] Por «la colación», pues Estebanillo no quiere pagarla. «Tizona» y «Colada» eran las espadas del Cid Campeador. <<

[195] Orig.: «a la». <<

[196] Orig.: «ti-|do». El autor parodia el lenguaje de la esgrima. <<

[197] Del italiano «grasso»: fértil, fructífero. En el cap. XI: «Llegamos a Bolonia la grasa». <<

[198] De balde, de gorra. <<

[199] Sisar, hurtar. Más adelante: «comida de raspatoria». «A lo morlaco»: fingiéndose bobo. <<

[200] Administrador, el que lleva las cuentas de la despensa. Tambien «supervisor», como en el cap. VII: «de la una a las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños y ejecutor de sus despojos». <<

[201] Se reconciliaban, se llevaban bien. <<

[202] A las doce, a mediodía. <<

[203] Matarife: el que mata y trocea la res. También se llama así el cuchillo empleado. En el cap. v: «fingiendo haberle dado a un chulo una mohada con la lengua de un jifero». <<

[204] Orig.: «topa». «Baratillo»: mercadillo, venta callejera. <<

[205] Leproso, llagado. Parece aludir al «pobre de nombre Lázaro», que «estaba echado... cubierto de úlceras y deseaba... lo que caía de la mesa del rico» (*Lucas*, 16). <<

[206] La zona del servicio. <<

[207] Orig.: «tiznado con». <<

[208] Excesivo, abusivo. <<

[209] Del Jueves Santo al Sábado. Es decir: que no comía durante días. <<

[210] De Lope de Vega. <<

[211] En el cumpleaños. Más adelante: «en días de sus años». <<

[212] Nieto en cuarto grado. <<

[213] Empresario, director y habitualmente actor en una compañía teatral. <<

[214] Gabriel Cintor y Damián Arias eran actores conocidos de la época. «Amarilis» era la famosa María de Córdoba, actriz y empresaria teatral. <<

[215] Orig.: «aranjas». Podría ser italianismo (arancia); pero sería el único caso. <<

[216] De poca monta, aficionados. <<

[217] Vestiduras espléndidas y llamativas. <<

[218] Orig.: «palacio vn». <<

[219] ¡Fuera de aquí! <<

[220] Por asistir cardenales. <<

[221] Eran «de título» los autorizados por el Consejo Real. En este caso sería uno de los criados del Cardenal. <<

[222] Frondoso. En el cap. x: «Púseme en pie sirviéndome de... la cola de uno de los dos caballos, el cual... tuvo ánimo de... darme dos pares de zapatetas, con que dio conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta». «Dosel»: estructura con cortinajes que cubre un altar, una cama, etc. <<

[223] Que anduve descuidado, que no me despabilé. <<

[224] ¡Abran paso...! <<

[225] Orilla. <<

[226] Protección, amparo. <<

[227] Porque no eran moros verdaderos, sino figurantes. <<

[228] El punto en que el actor ha de comenzar su frase. <<

[229] «Hacer peñas» es expresión de la germanía: huir. Lo de «Juan Danzante» sugiere «con buen compás de pies, a buen paso». <<

[230] A nadie; se alude a piezas (rey y torre) del ajedrez, que intervienen en el enroque. <<

[231] Patrón de las cosas perdidas. <<

[232] Orig.: «que el». <<

[1] Practicante. <<

[2] Región del N. de Italia. Capital: Milano o «Milán». <<

[3] Con viento en popa, viento a favor. <<

[4] Embarcación de carga, sin cubierta. Aunque suele aplicarse a una embarcación de remos, ésta lleva velas, pues más abajo se lee «echamos todo el trapo»: desplegamos todas las velas. <<

[5] Orig.: «pratica». <<

[6] Ahorrillos. <<

[7] Mal ganado, sisado. <<

[8] Constantemente. También vale por «con ansiedad», como en el cap. VII: «Su Alteza... se fue a... la grandiosa corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando». <<

[9] Con su autorización. <<

[10] Orig.: «hermanos». <<

[11] Llamarme atraerme. <<

[12] Orig.: «prosiguise». <<

[13] Orig.: «libranzas irme». <<

[14] Mala fama. <<

[15] Si dejase la casa (el empleo) en el primer año. <<

[16] Orig.: «que hiziese». <<

[17] Orig.: «i». <<

[18] El plato de metal que el barbero encajaba bajo la barba del cliente. Tenía una entalladura semicircular (de «media luna» se dice más adelante) para que encajase mejor. <<

[19] Orig.: «apprehender rrapar». <<

[20] La piel sin esquilar. Estebanillo lo usa por «barba espesa». «Alzar criminales» debe referirse a «alzar los bigotes». <<

[21] Decía el refrán: «Cedacito nuevo, tres días buenos», aplicando a lo poco que dura la diligencia en el nuevo empleado. «Cedazo»: colador. <<

[22] Veía. <<

[23] Decía el refrán: «En la barba del ruin se enseña el aprendiz». «La poca ropa»: los pobres, como «gente de poco pelo», que se lee más abajo. <<

[24] De baja categoría. <<

[25] O «cernadero»: el paño que cubre la ropa y sobre el que se vierte la lejía. Se llama «cernada» al cuajo de ceniza y lejía que queda en dicho paño. En el cap. x: «Aquí fue adonde el señor correo perdió todo el brío y quedó más cortado que una cernada». <<

[26] Grandes. El tundidor las empleaba para igualar el pelo de los paños. <<

[27] Caballo tordo, de color mezclado negro y blanco. «Rodado» se dice cuando el pelaje forma aguas o ruedas. <<

[28] La lista de soldados. Quizá sólo se alude a las reclutas y deserciones. En este mismo cap. se alude a los manejos de los capitanes para cobrar más pagas por ellos de las que correspondía. <<

[29] A ras de suelo. En el orig.: «i rrapaterion». <<

[30] Cabeza. <<

[31] Remero, galeote. <<

[32] Existía la creencia de que los cabellos crecían más fuertes si se cortaban en la fase de luna creciente. <<

[33] Rodeado de paño o lienzo: «púsele por toalla un cernedero de colar lejía». <<

[34] Se refiere a los delincuentes que sacaban «a la vergüenza» por las calles principales. <<

[35] Cabellera, mata de pelo: «La mozuela, que era sacudida, casi, casi estuvo para envedijarse con ella y levantar una cantera de todos los diablos» (Quevedo, *Cuento de cuentos*). <<

[36] Golpecillos en las mejillas o «carrillos» con la mitad anterior de la palma de la mano, como hace el barbero al aplicar la loción después del afeitado. <<

[37] Cronos cortó los genitales a Urano, y, flotando en el mar, acabaron cubiertos de espuma, de la que salió Afrodita o Venus. <<

[38] Con la boca rodeada de espumarajos. En el cap. XII: «me dieron las dos unciones para que aprendiese a ser mula de doctor, babeando todo el día». <<

[39] Le manoseé, le deshice. <<

[40] Le ajé, le deshice. <<

[41] Sacudí el polvo. <<

[42] Instrumento de hoja curva, con mango, que usa el hortelano para cortar leña, para transplantar y otros usos. <<

[43] Bosque, maleza. <<

[44] La piel o «cuero», no la «pelleja» o lana. <<

[45] Con malas inclinaciones, perversa. <<

[46] Parroquiano, cliente. <<

[47] Rajado. <<

[48] Novicio, novato. En el orig.: «no-viejo». <<

[49] Por carecer de filo o tenerlo deteriorado. <<

[50] Con disimulo. <<

[51] Orig.: «cretas» (última palabra de la pág. 54v). <<

[52] Recuerda el t3pico chistecillo de portugueses que se lee en *Marcos de Obreg3n* (II-VI): «Estaba un caballero portugu3s... haci3ndose la barba con un mal oficial que, con mala mano y peor navaja, le rapaba de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alz3 el suyo el portugu3s y le dijo:

—Senhor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente; mais si rapades, rapades muito mal». <<

[53] Cocción. El refrán viene a decir que a veces hay que sufrir para mejorar. En el cap. VII:

«—Hermano Esteban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y la hiel y del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura». <<

[54] Que sufre episodios de locura. «Frenético»: que sufre episodios de furia. <<

[55] Desenvolverse con garbo y destreza. <<

[56] Destrozo. Orig.: «risa». <<

[57] Ancha. <<

[58] Por los martirios que allí padecieron los jesuitas portugueses. <<

[59] Remozando. «Ve y lávate... en el Jordán, y... quedarás puro» (*Reyes- II*, 5:10-14).

<<

[60] Canutos, cilindros, que habría introducido en los cortes. <<

[61] Atorándose, deteniéndose. <<

[62] Existía la creencia de que convenía «igualar la sangre» cuando un lado del cuerpo sangraba mucho. «¿Quiere vuesa merced que... vuelva... mi amo... y me acabe de moler por el lado drecho como ha hecho por el izquierdo, para igualar la sangre?» (*Quijote de Avellaneda*, XIII). <<

[63] Cicatriz, marca. «Yo, señor, harto la miro a la cara; pero... todas las veces que la miro y la veo con aquel sepan cuantos en ella...» (*Quijote de Avellaneda*, xxvii). <<

[64] El que controlaba la entrada del prostíbulo. Algo parecido al moderno «gorila de discoteca». <<

[65] De un romance sobre la muerte de Durandarte:

«Por el rastro de la sangre
que Durandarte dejaba
caminaba Montesinos
por una áspera montaña». <<

[66] Orig.: «calle metime». <<

>^[67] Los delincuentes recurrían a «acogerse a sagrado», donde no podían ser detenidos. En el cap. v: «Tomé tierra del Papa y, por no estar a merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced». El cardenal Francesco Barberini era sobrino de Urbano VIII (antes el cardenal Maffeo Barberini, quien le nombró cardenal a los 3 días de ser nombrado papa), construyó el gran Palacio Barberini y fundó la famosa Biblioteca Barberini. <<

[68] Entrometidos, curiosos, chismosos. En el cap. IX: «se conjuraron contra mí..., por haber sido mequetrefe metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente a mi oficio». <<

[69] Pegotes, emplastos. <<

[70] Cubriéndose la cara. <<

[71] O «gorgoritos» o «gorjeos»: quiebros de la voz. <<

[72] **Palmo.** <<

[73] Que reparase en detalles, en minucias. En el cap. IV: «el ginovés, como hombre más experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante». <<

[74] Timbre. <<

[75] «Rostro de peñasco» se dijo antes. <<

[76] Clientes, parroquianos. <<

[77] Igualasen el cabello, cortasen las puntas. <<

[78] Absalón murió al enredarse su cabellera en las ramas de una encina (*Samuel-II*, 18:9). <<

[79] Criado de Caifás a quien san Pedro cortó una oreja (*Juan*, 18:10). <<

[80] Porque solía cortárseles una oreja, o ambas. Por eso más abajo se aplica al padre del niño, por ser «mercadante». <<

[81] Perezosa, lenta; quizá por haber de «desorejarla»: lastimar los oídos a voces. En el cap. VIII: «ejercité el nuevo oficio de andar... llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas». <<

[82] Orig.: «non», por única vez en el texto. <<

[83] Porque los barberos tenían fama de ser guitarristas. «¡Mal año para la guitarra del barbero de mi lugar que mejor música haga cuando canta el pasacalles de noche!» (*Quijote de Avellaneda*, VI). <<

[84] Cargó contra mí. «Cerrar» con el ejército enemigo es llegar al cuerpo a cuerpo.

<<

[85] Con malicia. <<

[86] Orig.: «persuado». <<

[87] Orig.: «susentar». <<

[88] Cochinillos. «Lechón» también valía por hombre desaseado. <<

[89] «Segunda» debiera leerse. <<

[90] Ejercí. <<

[91] Orig.: «examinadome», quizá por omisión de algo. <<

[92] Postillón es el que guiaba a los viajeros de una posta a posta, regresando con las caballerías. <<

[93] Del italiano «procaccio». Los recaderos que llevaban regularmente correo y mercancías de Roma a Nápoles solían viajar juntos. «Tuve ventura, que topé grande tropel de gente en el camino real... y dijeronme que era el percacho, que es el ordinario, con el cual se suelen juntar muchos por caminar con seguridad» (*Guzmán de Alfarache* apócrifo). <<

[94] La apliqué un torniquete. El «garrote» era también una forma de suplicio, produciendo el doloroso agarrotamiento de un brazo o pierna. «Listón»: cinta ancha. Las damas solían usarlos de seda para adorno en los zapatos. <<

[95] Mesón, casa de comidas. <<

[96] Zurdo, como, más abajo, «derecho»: diestro. La expresión valía por «herida cruel» y se lee en el romance llamado de *La adúltera*:

«Si a caza es ido, señora, cáigale mi madición:
rabia le mate los perros y águilas el falcón
lanzada de moro izquierdo le traspase el corazón». <<

[97] Veterinario. <<

[98] Había fallecido en 1638, a los 36 años, y el libro aludido sería el *Para todos...* (1633), donde no está la cita, que sí encuentro en la comedia *Peor está que estaba*, de Calderón de la Barca. Lo que Estebanillo cuenta en este cap. habría sucedido entre 1622 y 1626. <<

[99] Orig.: «las». <<

[100] Crecidos, engreidos (de «don»). Orig.: «adozenados». <<

[101] Ostentación, persunción. <<

[102] Episodio febril, acompañado de intenso frío, que se repite cada 3 días (la «cuartana» se producía cada tres días). En el cap. VII: «Yo estaba con rostro de reo y con temblores de atercianado». <<

[103] Soborno, cohecho. En el cap. IV: «recibía los dichos memoriales y la untura que venía con ellos por el buen informe y brevedad del despacho». <<

[104] Oficial experimentado. En el orig.: «roto». <<

[105] Me opuse rotundamente, en redondo. <<

[106] Pieza teatral de asunto religioso. Leproso, llagado. Parece aludir al «pobre de nombre Lázaro», que «estaba echado... cubierto de úlceras y deseaba... lo que caía de la mesa del rico» (Lucas, 16). <<

[107] Rentoy y malilla eran juegos de naipes en que los compañeros se hacían señas.

<<

[108] Me lo pagará en éste. Frase de amenaza, como «No se me irá con ello al otro mundo». <<

[109] Vaso alto de barro. <<

[110] Al punto. inmediatamente. <<

[111] La vasija con que se saca agua de un pozo. Aquí se aplica porque lo saca de bajo la cama. <<

[112] Por Dios, Juro por Dios. <<

[113] O «desembuchar»: denunciar, revelar. <<

[114] Orig.: «causan vntar». «Como brujas» se refiere a los ungüentos o «untes» que éstas preparaban y aplicaban a sus clientes. <<

[115] Entienda cada uno de sus asuntos. <<

[116] Mala costumbre. <<

[117] Consomé, caldo. <<

[118] Entiende Estebanillo que ese trabajo sólo puede alegrar a un santo. <<

[119] Espasmos en el estómago, como al querer vomitar. <<

[120] Red de pesca que barre el fondo, llevándose todo. <<

[121] Tos. <<

[122] O «doblores». El doblón valía 2 ducados. <<

[123] Basamento, cimientos. «Chapitel»: remate cónico o piramidal de la torre. Estebanillo usa términos de arquitectura. <<

[124] Me mantuve a distancia. «Arcabuceros»: fusileros, escopeteros. <<

[125] O «bruces». Se repite en algún otro pasaje. <<

[126] Bebido con exceso. «El alguacil puso la justicia en sus pies y apeló por la calle arriba dando voces. No lo pudimos seguir, por haber cargado delantero. Y, al fin, nos acogimos a la iglesia mayor, donde... dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascotes» (*Buscón*, III-X). <<

[127] Tiempo para visitar las tabernas. «Gente de toda broza»: la que vive con libertad, sin oficio ni empleo conocido. <<

[128] Libertad de movimimientos, campo de acción. <<

[129] Se refiere a los instrumentos para aplicar lavativas. <<

[130] Imitador, aprendiz. El arrendajo es un córvido que tiene habilidad para repetir alguna palabra que oye. <<

[131] Costa Finale, en Lombardía. <<

[132] Abusando de los villanos. <<

[133] A pie. <<

[134] Repleto, atiborrado. En el orig.: «arco». <<

[135] Ni por asomo. ni se le ocurra. <<

[136] Quizá Weelde, al NE. de Amberes. <<

[137] Del francés *maitresse*: querida, amante. <<

[138] Pues se lee «destreza», debe provenir de la voz de la esgrima «concluir»: bloquear, por el puño o guarnición, la espada del contrario. Los «ganchos» curvados de la empuñadura, además de cubrir la mano, servían para atrapar entre ellos la hoja de la espada del contrario. Lo de «puntales» quiere decir que, alzados con el «hierro» o «molde», le llegaban a los ojos. <<

[139] Debe referirse al sable que usaban los soldados de caballería. <<

[140] El famoso valido del rey Juan II de Castilla murió degollado. <<

[141] Temblaba, se agitaba, Del italiano *tremolare*. <<

[142] Recuérdese aquel pasaje del *Quijote* cervantino: «Cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer... la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndolo de encajallo igualmente y al justo» (*Quijote*, I-X). <<

[143] O «zurcadura»: zurcido, cosido. <<

[144] Leños al fuego. Más abajo: «abrasados leños». <<

[145] Mano a mano, entre los dos. Del frances *tête-à-tête*. <<

[146] Cálidos. <<

[147] Corresponder. El que recibe el brindis debe beber con quien(es) le brinda(n). <<

[148] Vestido, ropas. En el cap. v: «aunque estuve a pique de... tomar posesión de tal oficio, lo dejé de hacer por... la grande afición que tenía al hábito de soldado; por lo cual me salí de Palacio». <<

[149] Por «Esopo». <<

[150] Intuyo que Estebanillo lo usa por «con querencia», «con añoranza». «Cuartel» se llamaba el barrio de los españoles en Nápoles. <<

[151] Sufriendo palizas. Por el general francés De la Palisse. En *El Crótalon* (Canto VI), narrando la batalla de Pavía: *Aquí llega un soberbio soldado, y sin catar reuerencia al gran musieur de la Palisa, le echa una pica por la boca, que, encontrándole la lengua, se la echa, juntamente con la vida, por el colodrillo.* <<

[152] Enfrentamientos, disputas. Como «rompimiento», más abajo, son términos de la jerga militar. <<

[153] Demostrar quién manda en la casa. <<

[154] Hacer alguna acción contundente y desesperada. <<

[155] Medida equivalente al cuartillo: medio litro, aprox. El «cuartillo» era la cuarta parte de una azumbre, (unos 2 litros) y solía acompañar la comida. <<

[156] Fingiendo arrepentimiento, provocando lástima. <<

[157] «Hacer el agosto» es obtener ganancia con brevedad y facilidad. Aunque satisfecho, Estebanillo sospecha haber sido engañado. <<

[158] Orig. «Vendì los y algunos...». <<

[159] O «bienes muebles»: enseres, como en el cap. VII: «Partimos los bienes muebles que cada uno había traído, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida y con algunas deudas». <<

[160] Como el N. de la brújula. Quiere decir que se atrajo malas amistades. <<

[161] «Yesca... pajuela... tea» son medios para encender un fuego. <<

[162] Me roían, se aprovechaban de mí. <<

[163] Expresión del tipo «echar los higadillos», extenuarse. <<

[164] Hambruna, escasez. <<

[165] Vinagreras. <<

[166] Suplo «de», según otro pasaje de este mismo cap.: «se apartó de mí, satisfecho de que ya no erraría en nada». <<

[167] El golpe, el hurto. <<

[168] El capitán sólo completaba la compañía cuando se veía obligado a ello. Entretanto, se embolsaba los salarios de los que faltaban. <<

[169] Orig.: «tineindo». <<

[170] Orig.: «una voz, i à un|Ven acà». «Vos», era trato que el superior propinaba al inferior, en lugar de «vuesa merced». En el cap. XI: «y, mirándome muy despacio con sus jenízaros ojos y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del día hasta que fuese pasado». «¡Desdichadas de nosotras las dueñas; que aunque vengamos por línea recta... del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un vos nuestras señoras si pensasen por ello ser reinas!» (*Quijote*, II-XL). <<

[171] Maduraron, se ablandaron. Recuérdese la expresión «¡Alón, que pinta la uva!», que decía el mozo al despedirse de su amos. <<

[172] «Hacer la razón» era aceptar el brindis. En el *Coloquio de los perros*: «Apenas hubieron visto a mi amo, cuando todos se fueron a él... y todos le brindaron, y él hizo la razón a todos..., por ser de condición afable y amigo de no enfadar a nadie por pocas cosas». <<

[173] Orig.: «tararantulero». <<

[174] Del cuello del jubón, de las solapas. En el cap. VII: «El cual, asiéndome de los cabezones con una gran furia..., me sacó a una gran sala». Un refrán de la época decía cómo responder en tales circunstancias: «Asirle de los compañeros para que nos deje de los cabezones», donde «compañones» es exactamente lo que puede pensarse. <<

[175] Empujones. <<

[176] Chaquetilla ajustada, con mangas y brahones (dobletes que realzan los hombros). <<

[177] Se lo tomó a broma, no se molestó. <<

[178] Mi criatura: la borrachera. <<

[179] La vara, símbolo de la autoridad del alguacil. <<

[180] Acusarle de resistencia a la autoridad. <<

[181] Porque San Pedro abre o cierra las puertas del Cielo. <<

[182] Perros pequeños y ladradores. <<

[183] La servidumbre de la casa. <<

[184] Sustituyendo «parto» por «hurto» se obtiene el lema con se defendía la virginidad de María, tema muy controvertido en la época. <<

[185] Partícipe, complice. Más abajo: «era de los que habían hecho el daño». <<

[186] Se me aproximaron para examinarme. <<

[187] *Sursum corda*: ¡Arriba los corazones!, expresión litúrgica que Estebanillo aplica a «¡Arriba la cuerda!» = la horca. <<

[188] El reo era conducido al cadalso montado en un asno. Se refiere a un popular romance morisco atribuido a Lope de Vega:

«Ensíllenme el potro rucio
del Alcaide de los Vélez.
Denme el adarga de Fez
y la jacerina fuerte». <<

[189] Forzar. El «garrote» era una forma de suplicio, produciendo el doloroso agarrotamiento de un brazo o pierna. <<

[190] Robarles las capas. <<

[191] Se desanimó el grupo. <<

[192] Debe referirse al palacio de don Francisco de Tovar. <<

[193] Pandilleros, delincuentes. <<

[194] A la vanguardia, por delante. También en el cap. v: «Íbamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardia». <<

[195] O «gallo de Indias»: el pavo común. <<

[196] Me despedí de ellos. En el cap. XII: «Hicimos una muy buena provisión, así de comida como de bebida, la cual... llevamos al... bajel y, echando la bendición a la tierra, tomamos quieta y pacífica posesión dél». <<

[197] Pagase mi parte, me considerasen cómplice del robo de los pavos. <<

[198] Interés, solicitud, la molestia. En el cap. iv: «ensalzaba mis drogas y encarecía la cura y vendía caro». <<

[199] Pagas, gratificaciones. <<

[200] *Il Cerriglio*: barrio napolitano frecuentado por los soldados españoles. La Guantería sería el barrio en que se concentraban los fabricantes de guantes. <<

[201] Descubriese la trampa. <<

[1] Gratis, sin coste. Se entiende que contrajo una enfermedad venérea. <<

[2] Estebanillo se refiere al carro, aunque el malintencionado lector pueda pensar otra cosa. El equívoco alude al libro *Carro de donas*, de Fray Francisco Jiménez. <<

[3] Orig.: «astube». <<

[4] El cuarto, la cuarta parte del real «de vellón», valía 4 maravedís. <<

[5] El criado solía comer por su cuenta, fuera de la casa del señor. De su salario, la «ración» era para el sustento diario, y la «quitación» el resto. <<

[6] Sin comer. <<

[7] Por comer sólo una vez cada veinticuatro horas. El «veinticuatro» era paño cuya urdimbre tenía 24 centenares de hilos. <<

[8] Infrecuentemente. «Tenía sobre el sayo negro señalados el peto, espaldar y gola, y la... camisa medio pudrida de sudor; que no era posible menos de quien tan tarde se desnudaba» (*Quijote de Avellaneda*, xxxiv). <<

[9] En corta cantidad, con escasez. La libra castellana, equivalente a 460 gramos, se dividía en 16 onzas, y la onza en 16 adarmes. <<

[10] Hechas un nudo. <<

[11] Del romance:

«Vámonos, dijo, mi tío,
a París esa ciudad,
en figura de romeros,
no nos conozca Galván». <<

[12] Santiago de Compostela, prov. de A Coruña. <<

[13] Capa corta. «Cumplida»: ancha, de mayor talla que la conveniente al sujeto. <<

[14] Cayado, báculo. En el cap. x: «Púseme en pie, sirviéndome de bordón la cola de uno de los dos caballos». <<

[15] Prov. de Toledo. <<

[16] Nuestra Señora de la Caridad. <<

[17] San Lorenzo del Escorial, prov. de Madrid. <<

[18] Lo construyó Felipe II, hijo de Carlos v, en conmemoración de la batalla de San Quintín. <<

[19] Asombro. <<

[20] Apeles y Lisipo: famosos pintor y escultor griegos. <<

[21] **Mismo.** <<

[22] Holgazana. <<

[23] Engañar, timar. <<

[24] Tema, trío. <<

[25] Tretas, malicias. <<

[26] Consorcio, junta. <<

[27] Suplo «los». <<

[28] Por lo elocuente. <<

[29] Discurso sumario, sustancial. <<

[30] «... *praestare dignetur Dominus noster Iesus Christus*. Fórmula con que se concluían los sermones». <<

[31] No haya delación. Equivalente a «Antes mártir que confesor». <<

[32] Orig.: «hurfanas». <<

[33] O «cantos»: puntas, extremos. <<

[34] Orig.: «alejux». El «alajú» o «alfajor» es un pastelillo de pan rallado, nueces y miel. <<

[35] Penuria fingida. Correas pone la expresión en boca de una viuda a quien preguntan qué se está cocinando:

«—Malaventura con coles, responde la viuda..., y tiene llena la olla de carne y tocino». <<

[36] Prov. de Zamora. <<

[37] Bacalaos. <<

[38] Del romance:

«Con sus trapos Inesilla,
con gran daño del jabón,
teñido dejaba el río,
manchado dejaba el sol». <<

[39] Tener «ancha conciencia» es vivir sin respeto a la ley y a la moral. <<

[40] Debatir, analizar en detalle. <<

[41] Dando crédito, fiándose. En el cap. XII: «les dije... que era Estebanillo González..., criado del duque de Amalfi..., y que para que más se satisficiesen les presentaría mi carta de creencia y ejecutoria». <<

[42] Falsificando. <<

[43] Orig.: «despida». <<

[44] Valença do Minho, al NO. de Portugal, al otro lado del río. <<

[45] Desplazarse, moverse. «Carta de marear» es carta de navegación, como en el cap. x: «Volví a hacer una visita general a todos los señores desta corte guiándome por la carta de marear de mi antigua lista». <<

[46] Comía dos veces al día. <<

[47] Quizá se trate de Braga, pues Coimbra está muy al S. de Tuy, Valença y Porto. <<

[48] Moneda portuguesa que equivalía a unos 2 reales castellanos. <<

[49] Debe referirse a que en cada visita se bebía dos rayas. En las tabernas solía marcarse con rayas (sobre el mostrador, sobre la mesa) el consumo de los clientes. En el cap. XII: «nos dejó tan bien alojados que con el... plato de anchovas que nos trujo un hijo del regidor henchimos de rayas toda una pared». <<

[50] El barrio de pescadores de Málaga. <<

[51] Aros de hierro que ciñen los toneles. <<

[52] Revoltosos, pendencieros. Se alude al motín sevillano de 1521, en que la población enarboló un antiguo pendón andalusí que se guardaba en la iglesia de Todos los Santos, ubicada en el barrio de la Hería y en cuyos alrededores se hacía feria los jueves. <<

[53] La cerraban, la tomaban en exclusiva. Las tabernas se anunciaban con un ramo sobre la puerta. <<

[54] ¡No caigas, gorra! Hasta no poder más. «Colar»: beber. <<

[55] Al último momento. «Llegar a las aceitunas» era llegar tarde a la comida, a los postres. <<

[56] Doloso, fraudulento, porque quien paga es el convidado. <<

[57] Orig.: «otra». <<

[58] Valentones. «Broquel»: escudo pequeño. <<

[59] Enfundar, poner. Saqué de la canasta o banasto. <<

[60] Neptuno y Mercurio. La vara «caduceo» era símbolo de la paz. <<

[61] Lo soportaba, daba para ello. <<

[62] Desviaban la vista y se hacían sordos. <<

[63] Orig.: «Setular». <<

[64] Montemor, en el camino de Setúbal a Évora. <<

[65] Haciendo el bribón, mendigando. <<

[66] Ardides. <<

[67] El caballo de Troya. El «paladión» era una estatua erigida a Palas como protectora de Troya. <<

[68] Cómplice, compinche. <<

[69] Bribonería. «Enredo» se lee más abajo. <<

[70] El religioso estudiante que aún no ha recibido las primeras órdenes, llamado así por tener cortado el cabello en redondo. «Mercenario» de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced. <<

[71] En pelota. En los dichos de la época, Juan Paulín era aquel a quien despojaban de todo. En el cap. -++++: «por jugar con gente de *libera nos*, *Domine* me vine a hallar como Juan Paulín en la playa». <<

[72] En el cap. XI: «Jugaba tan bien... mi escolástico que ya reconocía yo superioridad». <<

[73] En el cap. v: «mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes». Empresario, director y habitualmente actor en una compañía teatral.

<<

[74] tramoya, farsa. «Todo... como había pensado que sucedería el cura, trazador desta máquina» (*Quijote*, I-XLVI); «Diez o doce días duró esta maravillosa máquina, pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada...» (*Quijote*, II-IXII). <<

[75] «Hacer la guaya»: provocar a lástima. «Hacer la temblona»: fingirse enfermo. <<

[76] Orig.: «alagas». Lo mismo en el pfo. sgte. <<

[77] Piedrecilla, moneda de pequeño valor. <<

[78] Al anochecer. En el cap. xi: «Salí a boca de noche de la ciudad como gran señor o como mercadante de banco roto». <<

[79] Baño caliente, se entiende. <<

[80] Bribería. <<

[81] Francés. Despectivo, como «franchise». <<

[82] Musulman que llevaba vida similar a la de los ermitaños cristianos. Quizá, de acuerdo al cotexto, se alude al almuecín que llama a la oración desde la torre de la mezquita. <<

[83] Los autores de la época se hacían eco del castigo que sin duda esperaba en la otra vida a los sastres; como Quevedo:

«Como al ánima de sastre
suelen los diablos llevar,
iba en poder de corchetes
tu desdichado jayán». <<

[84] Gorrero, gorrista, que vive a costa de los demás. Parásito. <<

[85] Personaje de la conocida jácara de Quevedo:

«Ya está guardado en la trena
tu querido Escarramán;
que unos alfileres vivos
me prendieron sin pensar».

Pero quizá aquí se alude a la composición ya señalada de Quevedo:

«Zampuzado en un banasto
Me tiene su Majestad
...
Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta oscuridad,
Monje de zaquizamíes,
Ermitaño de un desván». <<

[86] Orig.: «moçuelos». Aquí se remedan unos versos de Góngora en la Dedicatoria al Conde de Niebla de su *Polifemo*: «Si ya los muros no te ven de Huelva / peinar el viento o fatigar la selva». <<

[87] Deprisa. Parece aludirse al romance de Góngora:

«Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
...
Quedaos a Dios, mi señora,
y concededme que vaya
al rebato en vuestro nombre,
y adiós, que tocan al arma». <<

[88] Del romance de *Angélica y Medoro*, de Góngora:

«En un pastoral albergue
que la guerra entre unos robles
lo dexó por escondido
o lo perdonó por pobre;
do la paz viste pellico
...
mal herido y bien curado
se alberga un dichoso joven». <<

[89] Porque del alcornoque se saca el corcho. <<

[90] Recursos, malicias. «¡Bien está vuesa merced en la cuenta!... Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos a otros» (*Quijote*, II-LXII). Sobre la cuadrilla del personaje Pedro Carbonero, especialista en acciones imposibles, escribió Lope de Vega *El cordobés valeroso Pedro Carbonero*, comedia en que consigue entrar y salir de Granada para liberar prisioneros cristianos. <<

[91] Cobertura, fingimiento. En este cap.: «Tomele dos reales... con rebozo de préstamo». <<

[92] Estebanillo juega con las expresiones «monte de piedad»: caja de préstamos, y «bancarrotas». En el cap. v: «Di al traste con todo y quedé hecho mercadante de banco roto». <<

[93] Cubiertas, revestidas. <<

[94] Campamento, asentamiento. <<

[95] Cercada, rodeada. En el cap. XII: «Insistíales... que mandasen juntar a todos los labradores para abrir un cordón que cogiese todo el contorno de la plaza para que el castillo quedase sitiado». <<

[96] Orig.: «culpa». <<

[97] «Estrella» y «palomar» eran dos clases de tela. Claro está que un palomar estará manchado de excrementos de las palomas, como la «jaspeada camisa» de Estebanillo.

<<

[98] Echar una mano, ayudar. Aquí, hacer una colecta. También se lee la expresión «dar para guantes»: propina, recompensa. Si a la mujer, se decía: «para tocas». <<

[99] Orig.: «junto Alvora». <<

[100] Rebanada de pan tostado, untada con ajo y empapada en aceite. <<

[101] Orig.: «convencia». <<

[102] Pertrechado, proveido. <<

[103] Con los pies maltrechos. <<

[104] Hacer sonar el cencerro o campanilla. En el cap. XII: «Acerqueme un poco para ver de qué... se trataba y, puesto el oído como vaquero que ha perdido novillos con cencerro...». <<

[105] «Muchas candelillas hacen un cirio». El «cirio pascual», de grandes dimensiones, arde en las iglesias desde el Sábado Santo hasta el día de la Ascensión.

<<

[106] Impregnada en pez. <<

[107] En el pellejo. «Botana»: tapón, parche. <<

[108] Por llevar un odre, o pellejo o cuero, a cuestas y estar el portador lleno de vino.

<<

[109] Torcí. «Echase con la carga» aplica a los animales de carga, pero en sentido figurado vale por ceder, abandonar. <<

[110] Un quintal equivalía a 100 libras, unos 46 kilogramos. <<

[111] Orig.: «cava». Sahagún está en la prov. de León y era famosa una gran cuba de vino que allí había. <<

[112] Estar uno en su centro es estar como desea o como le conviene. «Cuando don Quijote se vio en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías» (*Quijote*, II-LVIII). <<

[113] Cubos de agua que le echarían a la cara, para despertarle; y no limpia, según el «fregados» que se lee más abajo. <<

[114] Roedor que pasa el invierno adormecido, oculto en algún tronco. <<

[115] Vaciados los bolsillos. <<

[116] Dicho que se aplicaba al que despertaba tras haber dormido la borrachera. <<

[117] Orig.: «Caçalta». Se trata de Cazalla de la Sierra, en Sevilla. <<

[118] Borrachera. Como «lobo», «mona», etc. <<

[119] Sobre el río Guadalquivir o «Betis». De Constantina debió pasar por El Pedroso y Burguillos. <<

[120] Sopa fría de ajos machacados, migas de pan, aceite, sal y vinagre. <<

[121] Irritó, revolvió. <<

[122] Despensa. La gente de calidad viajaba con su «repostería», que incluía los utensilios y servicio de mesa, y los «reposteros» eran paños que se colocaban sobre la grupa de las caballerías con los colores y escudo de la familia. <<

[123] En la prov. de Orense, al E. de la capital. <<

[124] La gran inundación se produjo en 1626. <<

[125] Ostras. <<

[126] Quisquillas, gambas muy pequeñas. «Lima»: fruta parecida al limón. <<

[127] Calidad, categoría. <<

[128] La cartuja de las Cuevas. <<

[129] Trigo cocido. <<

[130] Orig.: «i de ondo». <<

[131] Redondeada. <<

[132] Por ver si hay en ellas señales de tener trabajo. <<

[133] Venderse, despacharse. <<

[134] Por «cencío»: delgadez, finura. Lo que hoy decimos «agua ligera» se decía «agua delgada» en la época: «un pequeño y claro río de frescas y delgadas aguas» Bernardo de Torres, *Crónica Agustina* (1657). <<

[135] Copos de nieve. «Ampo», atendiendo al contexto, es probable errata por «Alpo» = Alpes. <<

[136] Se refiere a la conocidísima Alameda de Hércules. Una zona que en 1574 se ganó al río, plantando en ella hileras de árboles y contruyendo acequias y fuentes. <<

[137] Penacho. <<

[138] Salario. <<

[139] Mediador, alcuete. <<

[140] Me aventajase. <<

[141] Propicias, favorecedoras. <<

[142] Daba moque, burlaba. <<

[143] Altramuces. <<

[144] Resina del árbol llamado drago. <<

[145] Orig.: «veminios». <<

[146] O «saltabanco»: charlatán, vendedor ambulante. Se alzaba sobre una banqueta o plataforma y convocaba a los paseantes ofreciéndoles las excelencias de su mercancía. <<

[147] Preparados de efectos medicinales. <<

[148] Orig.: «Binamarca». <<

[149] O «Basilicata», prov. italiana, en su día incluida en el reino de Nápoles. <<

[150] O «Cuzco», Perú. <<

[151] Suizo. Se llamaba «grisonos» a los habitantes de cierto cantón de Suiza, fronterizo con Alemania. En el cap. XI: «Pasamos toda la Stiria y el Tirol y entramos en país de Grisonos». <<

[152] Exagerando la excelencia. <<

[153] Serían (sin que haya acuerdo sobre su identidad): Roldán, Oliveros, el arzobispo Turpín, Ogier de Dinamarca, Valdovinos, Reinaldos de Montalbán, Terrín, Gualdabuey, Arnaldo, Angelero, Estolt y Salomón. Los «Nueve de la Fama», los nueve más grandes, eran los judíos Josué, David y Judas Macabeo, los gentiles Alejandro Magno, Héctor y Julio César, y los cristianos Carlomagno, el rey Artús y Godofredo de Bouillon (el jefe de la primera Cruzada y primer rey de Jerusalén). Aquí se juega de «doce» por ser ese el número de compañías teatrales autorizadas o «de título». <<

[154] Ungüentos, afeites. También valía por «pequeña mercadería», como la despachada en los puestecillos de venta ambulante. En el cap. XI: «Entreteníame en ver... la variedad de montambancos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques...». <<

[155] Componerse, engalanarse. «Cuando la mujer noble, moza, hermosa, bien prendida y mejor mirada, pasa descubierta sin velo y con vergüenza por entre corrillos de ociosidad y vallas de lascivia, o sale ofendida o alabada» (*Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres*, cap. XVIII). <<

[156] Dotes naturales. En el cap. VII: «El cual, habiéndose informado del capitán las partes y méritos que en mí concurrían, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener». <<

[157] Aprendiz. «Motilón»: fraile que aún no ha recibido las órdenes. «Picaseca»: soldado novato. En cuanto podía, el novato dejaba la pica y se pasaba a los arcabuceros. <<

[158] Catorce y pico. «Contera»: versos se que añaden al final de una composición. <<

[159] Letras de cambio y solicitudes de mercedes. En otros pasajes, «letra» puede leerse «carta», «documento». <<

[160] Penetraba, comprendía, intuía. <<

[161] La cerraban, la tomaban en exclusiva. Las tabernas se anunciaban con un ramo sobre la puerta.<<

[162] Comprar o vender en la feria o mercado. Aquí se entiende «pagar, costear». <<

[163] Orig.: «ya». <<

[164] El pobre, el infeliz. <<

[165] Asignaba todo el lote. Véase «partir por entero» en el Dicc. de Autoridades. <<

[166] Tocara el tambor. Se hacía para llamar a alistarse a los hombres, pero también para anunciar la representación, al tiempo que se ponían carteles por las paredes. «¿Qué es lo que aquí ponéis, hermano? ¿Sois criado de algunos comediantes?» (*Quijote de Avellaneda*, xxiv). <<

[167] Se refiere al libro *Historia del Infante Don Pedro, que anduvo las siete partidas del mundo...*, donde «partidas» vale «partes». <<

[168] Hacerme de rogar. <<

[169] Consentimiento, autorización. <<

[170] Subasta. <<

[171] Trastos, objetos. <<

[172] Tranquilo, relajado. <<

[173] Acompañante. <<

[174] Estebanillo parece querer decir: «poner/meter... quitar/sacar», con claro sentido erótico. <<

[175] O «cátedra». <<

[176] Notas, recados. <<

[177] Por haberse compuesto durante la noche, pasándola en vela. El monte Parnaso es, simbólicamente, la cima de las artes. En la cumbre está el caballo Pegaso, símbolo del genio artístico. «Biznaga»: paño o papel con que limpiarse tras haber defecado.

<<

[178] Ya se verá. Aquí se usan varias expresiones administrativas con que solía darse respuesta a las instancias formuladas. <<

[179] Representación privada que los comediantes hacían en casa de algún noble.
«Serenos»: el frío de la noche. <<

[180] Cristalizado, caramelizado. <<

[181] Placer, capricho, gusto. En el cap. XIII: «me di un verde aceitunado de...
excelentísimos vinos». <<

[182] Porciones. El «manjar blanco» era una masa de leche, azúcar y carne de pechuga de gallina. <<

[183] Hacerse un nombre, prosperar. Pero «hacer baza» también vale por recoger las cartas de la mesa, cuando se ha ganado la jugada. <<

[184] Probar suerte. En el cap. x, en el saqueo de los vivanderos: «Yo quise también probar la mano y ganar algunos despojos, pues había sido guía de los vencedores y espía contra los vencidos». <<

[185] Orig.: «auia». <<

[186] Sin representación. <<

[187] De buen vino. <<

[188] El que asume el perjuicio en algún negocio. <<

[189] Más bellaco que bobo. <<

[190] Apuestas, partidas. En el cap. xi: «Por ser... día de año nuevo cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella corte, los cuales me doblaban la parada por verme gentilhomme de carroza». <<

[191] Mantón, capa larga. <<

[192] Comisión, porcentaje. <<

[193] Usando de mi astucia. <<

[194] Quizá se refiere a las patas delanteras del animal cuadrúpedo, es decir: caminar, hacer ejercicio. <<

[1] Enrejado de madera con que se cubría la ventana, dificultando la visión desde el exterior. <<

[2] Coz de caballo gallego. Mala faena. Recuérdese del cap. 1: «me he juzgado... medio hombre y medio rocín: la parte de hombre por lo que tengo de Roma y la parte de rocín por lo que me tocó de Galicia». <<

[3] Hacienda pública, Tesoro público. Por Sevilla entraban las riquezas de las Indias o Nuevo Mundo. <<

[4] Los primeros en alistarse, de reclamo Los «mansos» son los toros que se colocan a la cabeza de la manada de los toros bravos. <<

[5] De hambre, se entiende. <<

[6] A prorrata, a escote. <<

[7] Habiendo sentado. No creo haya errata por «sentando». <<

[8] A nuestras anchas, a lo grande. <<

[9] El ave fénix o fénix de Arabia era del tamaño de un águila, con cuerpo de color púrpura, plumas rosadas y garganta dorada. Cuando presentía su muerte regresaba a su lugar de nacimiento y construía un nido perfumado con incienso en el que renacía de sus propias cenizas merced a un gusano que salía de la médula de los huesos y que más tarde se transformaba en polluelo. <<

[10] En otras palabras: «pidiendo gullurías»: extravagancias, exquisiteces, cosas imposibles. <<

[11] Caracoleando, como caballo de rejoneador. Se entiende que evitando poblaciones cuyos regidores habrían sobornado al capitán. Más adelante: «apartándome de los tránsitos de la venida por no pagar en alguna siesta lo que hice en muchas semanas».

<<

[12] Vituallas, máquinas, etc., con que se desplaza un ejército. <<

[13] O «Ursúa». <<

[14] Agentes de justicia, policías. Se decían «corchetes» por agarrar a los presos. En nota anterior, se dijo que era personaje de la conocida jácara de Quevedo: «Ya está guardado en la trena / tu querido Escarramán; / que unos alfileres vivos / me prendieron sin pensar». <<

[15] Rebaños, y también caminos por donde pasa el ganado. <<

[16] En el camino de Aguilar de la Frontera a Lucena. <<

[17] Puente Genil, entre Aguilar de la Frontera y Estepa, sobre el río Genil. <<

[18] En el camino de Estepa a Sevilla. <<

[19] Cuadrillas de asnos. <<

[20] Bestias de carga. <<

[21] Se llamaba «Golfo de las Yeguas» al espacio de mar entre España y las Canarias.

<<

[22] Puerto de Santa María, al N. de Cádiz. <<

[23] Santo Domingo de la Calzada promovió la construcción de hospitales para peregrinos a lo largo del Camino de Santiago. <<

[24] Tiburón. Estebanillo prefiere ser ladronzuelo que soldado, según la anterior alusión a los Mandamientos: «quebrantar el séptimo y... conservar el quinto». <<

[25] Mediador, alcahuete. <<

[26] Madero sobre el cual taja la carne el carnicero. <<

[27] No creo haya errata por «cortador». <<

[28] Debe equivaler a la expresión «andar a caza de gangas»: afanarse en encontrar algo. «Ganga» y «lugano» son aves. <<

[29] «El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón». <<

[30] La mitad de la carga. <<

[31] Orig.: «balestera». También: Tronera, abertura en el muro. <<

[32] A hurtadillas, furtivamente. En el orig.: «a hurga». <<

[33] Azotes, latigazos. <<

[34] Por delitos menores podía castigarse con diez años de galeras, castigo que Suárez de Figueroa creía desmedido, y recomendaba a «todos los que habían de ser jueces... haber navegado algún tiempo en las españolas, para templar por instantes aquellas cuatro letras horribles, aquel tremendo término de diez» (*El pasajero*, IV). <<

[35] Orig.: «libras». El criado había de devolver la librea al cesar en el servicio al señor. <<

[36] La «seguidilla» es una estrofa de 4 o 7 versos, muy empleada en los cantos populares. Baltasar Gracián, en *Agudeza y arte de ingenio*, pone estos versos en boca de un caballero que sale desterrado de España:

«El dolor que me destierra,
ése me habrá de enterrar.
¿Cómo vivirá en el mar
quien deja el alma en la tierra?».

Y hay estrofas similares en los Cancioneros:

«Don Juan se quiere embarcar.
Las damas dicen que yerra;
que quien no embarca en la mar
mal embarcará en la tierra?». <<

[37] Orig.: «mareadoz». <<

[38] Orig.: «toresnos». <<

[39] Jarra. <<

[40] Probable juego intencionado de palabras «sexta» (o «sesta»)... «semana». <<

[41] Graduarme, doctorarme. Santo Tomás de Aquino, uno de los Doctores de la Iglesia, era llamado «el Doctor Angélico». <<

[42] Famoso barrio de Córdoba, al que daba nombre una fuente rematada con la figura de un caballo. Muy citado en la novela picaresca. <<

[43] Diligencia, trámite. <<

[44] Tragos, ingestas. <<

[45] Montemayor se encuentra entre Fernán Núñez y Montilla. <<

[46] Nacimiento. <<

[47] Alba de Tormes (prov. de Salamanca), donde, según una copla, hubo un perro que olfateaba y acosaba a los judíos. «Toda mi vida tuve inquina contra escolares, como el perro de Alba contra los carpinteros de la Veracruz» (*La pícara Justina*, II-I-III).

<<

[48] El propio autor, se entiende. Estebanillo valora la originalidad de las coplas. <<

[49] O «garrucha»: polea. <<

[50] Hacía cocos: gestos faciales, muecas. «Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen, mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos. Pues ¡ahora lo veréis, bellacos!» (*Quijote*, II-XXIX). <<

[51] Moneda que valía 2 maravedís, la octava parte del real «de vellón». <<

[52] Hoy diríamos: «el coste que le suponía». <<

[53] Porque el justiprecio de algo no debía sobrepasar el 50% de margen. El ciego vende por 3 maravedís lo que en origen vale 2. <<

[54] Zigzagueando. <<

[55] Semblante, expresión. <<

[56] Llevándolo del diestro, o de la diestra, como a un caballo. En el cap. VII: «nos adestraron a las puertas y nos salieron acompañando hasta fuera de la villa». <<

[57] Orig.: «pars». <<

[58] Orig.: «adwertirle». <<

[59] Orig.: «entonò». <<

[60] Quizá por ser de mal acero. En el Prólogo dijo ser «Vendedor de agujas finas». <<

[61] Suplo «días» (última línea de la pág. 114v). <<

[62] Aguilar de la Frontera, al S. de Montilla. Cabra está al N. de Lucena. <<

[63]... «: al sevillano con toda la mano, al cordobés con el envés». Se entiende que le conviene persignarse al que trate con andaluces, como también se decía «quitarle el sombrero a uno» en vez de «quitarse...». «Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco» (La tía fingida). También: Bajelos de carga, por analogía al dado cargado. <<

[64] Astutas, engañosas. <<

[65] Orig.: «de ma-|no» (hay salto de línea). <<

[66] Pronunciar «s» como «c» o «z» («zeñó» = señor), como suelen hablar los andaluces. <<

[67] Desvergüenza. <<

[68] [Distraían.](#) <<

[69] Diezmaban. El «diezmo» (décima parte) era un tributo. <<

[70] Contribución, vasallaje. <<

[71] De pacotilla, aficionado. De baja categoría. <<

[72] Expresión del tipo «de hombre a hombre». Se aplicaba en las operaciones comerciales, en el sentido de que el comprador no es más ingenuo que el vendedor.

<<

[73] «En otra ocasión», «Otro día será». <<

[74] Blandas. Quizá quiera expresar: «sin dientes». <<

[75] Formas, moldes, patrones. Quizá la gracia resida en que sería lo último de que se desprendiese un zapatero o sombrerero o sastre. <<

[76] Lo eché todo a perder, lo estropeé todo. <<

[77] Refugio de piratas ingleses y holandeses en la costa N. de Marruecos, cerca de Rabat. En agosto de 1614 fue conquistada la plaza por los españoles. <<

[78] O «alárabes»: árabes, moros. «Alcuzcuz», o «cuzcuz» o «cuscús»: pasta de harina y miel reducida a pequeños granos, base típica de la gastronomía árabe. <<

[79] San Luis de Sabinillas, al S. de Estepona. <<

[80] Aro de cuerda. <<

[81] La red. <<

[82] O «celosía». <<

[83] Cedazo. <<

[84] Aunque «contrahecho» vale por «fingido», «falsificado», aquí parece emplearse por «lisiado», recogiendo las críticas que recibían por instruir mal las causas, que parecía que las escribiesen con los pies. <<

[85] Apolo convirtió en girasol a la ninfa Clicie, que siempre le seguía. Estebanillo siempre miraba al patrón. <<

[86] Extremidades inferiores. <<

[87] Orig.: «siruiendoles». <<

[88] O «estomaguero»: fajita que solía ponerse a los niños. <<

[89] Matriz, útero. <<

[90] Orig.: «zaragueles». Calzones anchos. <<

[91] La captura, la pesca. «Lance» es la acción de lanzar la red. <<

[92] En el mejor de los casos, como mínimo. <<

[93] Acreedores. En el cap. VII: «Apretábanme los deudores, a quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras». <<

[94] «Bajar» se entendía «salir en campaña». «Vino a contar algunas nuevas que habían venido de la Corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado» (*Quijote*, II-I). <<

[95] Debe referirse al campanario de la iglesia Antigua. <<

[96] En lo que a mí concierne. <<

[97] Se llama «armador» al propietario de la barca y que dispone de la licencia («patente») de pesca. <<

[98] Soldado novato. A continuación se remeda la expresión «alistarse bajo la bandera». <<

[99] En la parte llana, al O. Como es sabido, Málaga se ubica entre el mar y las estribaciones de Sierra Nevada, en cuyas laderas se cultivan viñas y frutales. <<

[100] Bobo, simple. En el cap. vi: «Llegó a mí un capitán... y me dijo que, pues tiraba plaza de soldado, que por qué me hacía mandria y... no acudía a mi tropa». Equivale al moderno «hacerse el loco». <<

[101] Torcedor de cáñamo, que lo hace andando hacía atrás, como el que tira de la jábega. <<

[102] O «mojada»: pinchazo, herida de arma punzante. «Cuchillada» en este pasaje.

<<

[103] A partir del séptimo día se consideraba superada la dolencia. <<

[104] O «desquitar»: satisfacer. En el cap. x: «Mi dama, por esquitar algo del encerramiento pasado, volvió a hacer de las suyas». <<

[105] La costa atlántica. <<

[106] Alude al que ha poco que disfruta de título nobiliario, con más arrogancia que recursos económicos. <<

[107] Saint-Malo. <<

[108] Distinguidos, no «rasos». <<

[109] Un cuerno. Medellín (prov. de Badajoz), como Jarama, era famosa por la ganadería de toros bravos. <<

[110] Quizá se trate de un voluntario remedo de cierto pasaje de la *Gerusalemme liberata*, de Tasso:

«Chiama gli abitator de l'ombre eterne
il rauco son de la tartarea tromba» (IV-III). <<

[111] Pluses, gratificaciones que recibían algunos soldados. <<

[112] Le Lande. <<

[113] Puntapiés. La «horquilla» es una vara terminada en dos puntas, útil propio de labradores. <<

[114] Se refiere al saco de Roma por las tropas imperiales, mandadas por el Condestable de Borbón. <<

[115] Rouen, al NO. de París. <<

[116] Banda de cuero que cruza el pecho y de la que pende la vaina para la espada. <<

[117] El que tiene contratos con la Administración. <<

[118] O «en corro»: participar de igual a igual en una conversación. <<

[119] Frontera. <<

[120] No creo se trate de Vienne, al S. de Lyon. <<

[121] Se refiere a «familiares» o servidores de la Santa Inquisición, pues Estebanillo se hace pasar por hijo de judío; pero también se llamaba «familiar» al demonio que se asociaba y servía a una persona. «—¿Quién diablos suspira aquí? Respondiéndole al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera: —Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso ese astrólogo que vive ahí abajo, porque también tiene su punta de la mágica negra, y es mi alcaide dos años habrá. —Luego, ¿familiar eres?— dijo el estudiante. —Harto me holgara yo —respondieron de la redoma— que entrara uno de la Santa Inquisición para que, metiéndole a él en otra de cal y canto, me sacara a mí desta jaula de papagayos de piedra azufre» (*El diablo cojuelo*, I). <<

[122] Botellín ancho de base y estrecho de boca, habitual en los laboratorios. El exorcista (también el hechicero) podía conseguir con su conjuro meter al diablo en una redoma. <<

[123] Alusión a las guerras entre estos dos pueblos de Asia, al tiempo que juega con «preñez de ojos» = emoción, y «parto de agua» = llanto. <<

[124] El Miércoles de Ceniza. <<

[125] Envoltorio de papel en forma de cucurucho. <<

[126] En abundancia, cuanto quisiese. «Tabla de patrón», quizá equivalga a «aconcha patrón»: expresión de la soldadesca cuando era bien alojado y mantenido por el dueño de la casa. <<

[127] Del conocido romance:

«Cata Francia, Montesinos,
cata París, la ciudad,
cata las aguas de Duero
do van a dar en la mar;
cata palacios del Rey,
cata los de don Beltrán,
y aquella que ves más alta
y que está en mejor lugar,
es la casa de Tomillas,
mi enemigo mortal».

«Catar»: mirar, observar. <<

[128] Confundido, avergonzado, molesto. En el cap. VII: «Empezose a correr y a decir que era más valiente que yo». <<

[129] Burla, fisga, mofa. <<

[130] Rompeagujas. Debe referirse a zapateros y/o sastres. <<

[131] Recuerda la burla que Diego Carriazo, *alias* «Lope Asturiano», recibía en *La ilustre fregona*, de Cervantes: «¡Daca la cola Asturiano! ¡Asturiano, daca la cola!».

<<

[132] Saint Germain. «Burgo»: arrabal, barrio. <<

[133] No creo haya errata por «llamaba»: debe referirse a los moriscos. <<

[134] Parches de cantáridas. Estebanillo se los aplica para que le produzcan ampollas. La «cantárida» es un insecto que vive en las ramas de algunos árboles y que se usaba en medicina. <<

[135] Escrófulas. Tumores que suelen aparecer en el cuello. Existía la creencia de que los reyes de Francia tenían la virtud de curarlas con sólo tocarlas. <<

[136] Sin haber de recurrir al Rey. También: Escrófulas. Tumores que suelen aparecer en el cuello. Existía la creencia de que los reyes de Francia tenían la virtud de curarlas con sólo tocarlas. <<

[137] De la Orden de la Espuela de Oro, creada por el Papa Pablo III. <<

[138] Calzas huecas y arrugadas como fuelles. Por lo que sigue, se ceñían con «agujetas», una cinta con cabos de metal, para facilitar que entre por los ojales. <<

[139] Lyon. <<

[140] Vereda, camino, atajo. <<

[141] Al N. de Avignon, en el SE. de Francia. <<

[142] Porque se traga cualquier cosa. En el cap. XI Estebanillo califica a su querida de «Tarasca de las meriendas / Y del dinero avestruz». <<

[143] Costillas del cuarto delantero de la res. <<

[144] Villorrio, pueblo. <<

[145] Soldán de Egipto. «Jamás se vio tan estraña y detestable forma de gobierno como la suya» (Suárez de Figueroa, *Varias noticias...*, xv). <<

[146] Savasse, al SE. de Francia. <<

[147] Nos puso de acuerdo. <<

[148] Región histórica de Francia, entre Saboya y Provenza. <<

[149] En buena camaradería. Del francés «cher». <<

[150] Del francés «A vous». <<

[151] Como «Jauja»: tierra de la abundancia. <<

[152] Romans, al SE. de Francia, sobre el río Isère. <<

[153] Pequeño rey, reyezuelo. <<

[154] Grandes, descomunales. En el cap. VII: «que Su Alteza había conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo». <<

[155] Los aldeanos pagaban a los mandos para librarse de las tropelías de los soldados.

<<

[156] **Materia de que hablar.** <<

[157] En el departamento de Vaucluse. El «Rin» no es otro que el río Rhône, o «Ródano». <<

[158] Ejército de tierra, como Estebanillo aclara en el cap. x al lector: «... por si escrupulea sobre el nombre de *armada* o *ejército*, que en Alemania se apellida deste modo». <<

[159] Por «Casale de Monferrato», en el Piamonte. Debe referirse al conflicto en 1627 por las pretensiones de Carlos Gonzaga, duque de Nevers, al Ducado de Mantua-Monferrato. <<

[160] Del francés «allons»: vamos. Debe leerse «alón». <<

[161] De todos los colores, encendido, excitado con la bebida. <<

[162] En el cap. XII, entrando en Tafalla: «por verme en traje polaco... llevé tras mí un batallón de gente popular apellidándome a voces ¡Espión!». <<

[163] Respirar, recuperarse. <<

[164] Podría aludir al bálano o glande del pene masculino; pero quizá «desvedada la bellota» vale por «estando a la bellota», cebándose el cerdo. <<

[165] Constarle. También se escribía «circustantes», «Costantinopla», etc. <<

[166] En el Lazio, al N. de Roma. <<

[167] Por haberme mostrado valentón, por ponerme chulo. Del italiano «smargiasso».

<<

[168] O «barrechel». Del italiano «bargello»: el que manda una cuadrilla de corchetes.

<<

[169] Del romance que empezaba:

«Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni hables con mis criadas
ni con mis cautivos trates»,

atribuido a Lope de Vega. <<

[170] Por «trinchera», aquí con valor de corte, herida. <<

[171] Por recadero. Del italiano «procaccio». Los recaderos que llevaban regularmente correo y mercancías de Roma a Nápoles solían viajar juntos. «Tuve ventura, que topé grande tropel de gente en el camino real... y dijéronme que era el percacho, que es el ordinario, con el cual se suelen juntar muchos por caminar con seguridad» (*Guzmán de Alfarache* apócrifo). También se llamaba «conduta» el permiso concedido por el Rey a un nuevo capitán para reclutar soldados. <<

[172] Apostando. <<

[173] Cinco cartas consecutivas y del mismo palo. <<

[174] Ironía que se me escapa; pero debe aludir a que, en efecto, no se embarcaron caballos, pensando conseguirlos en destino. Más adelante: «salimos del puerto la caballería desmontada y tomamos tierra a seis leguas de Barcelona». <<

[175] Los que siguen una parcialidad o «bando», secuaces, alborotadores. <<

[176] Atarazana. Lugar donde se construyen y reparan los barcos. <<

[177] O «A gran mal, gran remedio». <<

[178] Bajaban la cabeza. <<

[179] Al N. de Girona, muy cerca de la frontera con Francia. <<

[180] Orig.: «se embarcò». <<

[181] Como focas. <<

[182] «Cap»: cabeza, «Deu»: Dios. Evidentemente, es un forma evasiva de juramento. Puede llegar hasta el contundente: «¡Me cago en Deu consagrat!». <<

[183] Como tener a alguien «entre ceja y ceja»: tenérsela jurada. <<

[184] Denunciar el abuso. <<

[185] Promocionar, ascender. Entiendo «no quedar de servicio» = «combatir». <<

[186] Mal visto, despreciado. <<

[187] La comisión que el corredor de comercio percibe sobre las operaciones realizadas. <<

[188] En ocasiones, en situaciones. <<

[189] Mentís por la cara, descaradamente. «Gola»: garganta. <<

[190] Partirme la cabeza, matarme. «Grados y corona» vale las órdenes menores y primera tonsura del sacerdote. <<

[191] Defunciones prematuras («en tiernos años»). El «Cardenal-Infante» fue don Fernando de Austria (1609-41). Había sido nombrado Arzobispo de Toledo... a los diez años. <<

[192] Adulador, cobista, servil. <<

[193] Soplón, chivato. <<

[194] Gallina, o bien «hijo de puta», según aquello de «más puta que las gallinas». <<

[195] Declaración de inocencia, negación de los cargos. <<

[196] Los frailes mercedarios. <<

[197] No dar el nombre, negar ser el que se busca. <<

[198] El edificio de las «Atarazanas» barcelonesas es hoy museo marítimo. <<

[199] Flecha, saeta. Aquí: varilla de hierro. <<

[200] Suplo «a». <<

[201] Acunarme en sus brazos. <<

[202] De aplicárseme. <<

[203] Si la sentencia hubiese sido de indemnización económica en efectivo no habría tenido con qué responder. La fórmula jurídica es «numerata pecunia», quizá Estebanillo dice «innumerata» con el sentido de «mucho dinero». <<

[204] Al patíbulo. <<

[205] En el fondo de un arcón. Guardada, de respuesto. <<

[206] El regalo (dinero, joya) que se da al portador de una buena noticia. <<

[207] Medida de capacidad que usa el vendedor de aceite al por menor. Parece puede leerse «densos lagrimones». <<

[208] Promesa que no se cumple.

«Pariendo juró Pelaya
de no volver a parir,
y luego volvió a decir:
Jura mala en piedra caya». <<

[209] El gesto que hace al sacerdote para bendecir, alzando los dedos índice y pulgar. Nótese que se habla del condenado que, ya en el patíbulo, perdona a su verdugo y pide que se digan misas por su alma. <<

[210] Introverso, aunque el autor lo usa por «interior, íntimo»; como en el cap. IX: «un miedo tan intrínseco y helado que...». <<

[211] Aquí Estebanillo lo usa implorando piedad cristiana, pero tengase en cuenta lo ya dicho: No dar el nombre, negar ser el que se busca. <<

[212] Bobadas, tonterías. <<

[213] Habitáculo, rincón de la casa. <<

[214] El autor emplea «desistir» por «expulsar, disipar, liberarse»: «Después de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me vi» (cap. VI); «desistí los vapores de la cabeza y quedé libre del dolor y borrachera» (VIII); «después de haberme animado salí a desistir pesares y a buscar mi vida» (IX), «al salirme a tomar el aire por desistir el gran bochorno» (XI). <<

[215] El autor glosa estos versos en el cap. IX, en una composición a la muerte de don Fernando de Austria. <<

[216] Víspera de la festividad de mi santo. Se decía «colgar» el hacer regalos a quien celebraba su santo o cumpleaños. <<

[217] Orig.: «vuas, alargarme». <<

[218] Limpié mi alma. También, lo ya dicho anteriormente: Comida en camaradería, pero también «alojamiento». En el cap. IV se aplicará a un campamento de gitanos: «Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso... sitiada toda la hoguera». Cervantes lo usó como «cubículo», «celda» y como «casetta»: «le dije que me leyese aquel papel que... había hallado en un agujero de mi rancho» (*Quijote*, I-XI); «se recogieron... los pescadores a sus ranchos» (*Quijote*, II-XXIX). <<

[219] Solía representarse a San Jerónimo golpeándose el pecho con una piedra. <<

[220] Tijeras que se usan para esquilar las ovejas. <<

[221] Cofradía que asistía al condenado, acompañándole hasta el patíbulo. <<

[222] Casualmente, al improviso. <<

[223] Fanfarronadas. También valía por frase laberíntica o sin sentido, como en el cap. XII, cuando Estebanillo califica un poema que ha compuesto: «compendioso globo de bernardinas y dislates». <<

[224] Donaires, gracias. <<

[225] Por leerse en él las Tentaciones de Cristo: «Si eres hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en pan» (*Mateo*, 4). <<

[226] Orig.: «haria». <<

[227] Rendiría vasallaje. <<

[228] Gargantas. Es decir: verdugo. <<

[229] Solía decirse «hombre que ciñó espada». <<

[230] La buena vida que me daba. <<

[231] Inmunidad. <<

[232] Mover algo de un sitio a otro con la pala. <<

[233] Ejemplo. <<

[234] Conversación graciosa, buen humor. «Tarabilla»: lengüeta que tabletea con el giro del molino. «Taba» es el hueso del pie del carnero, con que se juega lanzándolo cual un dado. <<

[235] Saludos de cortesía, descubriéndose e inclinando el cuerpo. <<

[236] La llevaban colgada al cuello, como distintivo, quienes ejercían los cargos principales en Palacio. El cargo reservado a Estebanillo sería nada menos que cortar con tijeras la mecha (pabilo) ya carbonizada de la vela. <<

[237] Bofetones, bofetadas. <<

[238] Golpes propinados en la nuca o pescuezo. <<

[239] En sentido recto, pues luego dirá haber «recuperado en una taberna la sangre que me había hecho sacar». <<

[1] Acuartelamiento, guarnición. <<

[2] Como los Cardenales para elegir nuevo Papa. <<

[3] Otra vez Góngora. Del romance de Angélica y Medoro, de Góngora: «En un pastoral albergue / que la guerra entre unos robles / lo dexó por escondido / o lo perdonó por pobre; / do la paz viste pellico /... / mal herido y bien curado / se alberga un dichoso joven». <<

[4] Es decir: de paredes en que abrirlas. <<

[5] Albañales, cloacas. <<

[6] Sin aplicarle el barniz vítreo y secado en horno. <<

[7] Campamento. Más adelante: «Salimos de allí y fuimos a hacer plaza de armas general en la campaña». <<

[8] Rodillo, paño de cocina. <<

[9] Asado de carne, picada a trozos muy pequeños.<<

[10] Salsa de aceite, ajos, queso y otros ingredientes. <<

[11] Menudencias. <<

[12] Guisado que lleva de todo. «Romances»: lenguas derivadas del latín, como la castellana. <<

[13] Al contado, en efectivo. <<

[14] Caldo. <<

[15] Del italiano «tappa»: alojamiento. <<

[16] Al ritmo de los tambores. <<

[17] Amparados por la bandera. <<

[18] Alessandria de la Paglia, en el Piamonte. <<

[19] Por lo que sigue, se deduce que eran ropas de soldados muertos o «finados». <<

[20] Exequias, funerales. <<

[21] Truco de los soldados para fingir una calentura y conseguir la baja del servicio.

<<

[22] Los gigantones que se suelen sacar a las calles en la procesión del Corpus. De cuando en cuando, el portador lo arrima a una pared, para descansar unos minutos.

<<

[23] Procedí con madurez, me acogí a lo seguro. <<

[24] Con calma, como en el cap. XI: «Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy dellos, me retiré a reposar muy de espacio, y venida la mañana me fui a ver a Su Excelencia... al cual me quejé muy en forma de lo que había usado conmigo el espetado capitán». Aquí, «detenidamente», como en el cap. VIII: «abría una boca de un palmo, mirábale yo de espacio la dentadura, como si él fuera caballo». <<

[25] Tela entretejida con hilos de oro o plata. <<

[26] El mucho variar. Es italianismo. <<

[27] Pueblo de Jaén; y, más abajo, «alcaudón»: ave de mediano tamaño, de color ceniza, que los cazadores usaban como señuelo. Evidentemente, Estebanillo habla de montar un prostíbulo y ejercer de alcahuete. <<

[28] Esquina. En el cap. VII: «me fui por todas las plazas y cantones de la corte». <<

[29] Potrancas, prostitutas. <<

[30] De *Las seiscientas Apotegmas*:

«No fíes en prometido,
pues que pecas de contado;
que quien...». <<

[31] Entrevistas, encuentros. <<

[32] Galán, amante. Se remeda un verso de un romance de Góngora: «En el baile del ejido / (¡nunca Menga fuera al baile!) / perdió sus corales Menga /... / Dicen que se los dio en ferias, /... / el Píramo de su aldea, / el sobrino del alcalde». <<

[33] Por favorecer la curación de las enfermedades. Evidente alusión a las enfermedades venéreas. <<

[34] Solía representarse a San Roque con un perro en ademán de lamerle la llaga de su pierna, y también con un ángel que le anunciaba su curación. <<

[35] Conocida y recurrida frase del *Lazarillo de Tormes*. <<

[36] En los Tercios se llamaba así a los soldados no españoles. <<

[37] Golpes bruscos. <<

[38] Fraude de virgos. Ofrecía como vírgenes a las que ya no lo eran. <<

[39] Es decir: puñetazos, navajazos y machetazos. <<

[40] Alarde, revista de la tropa. <<

[41] Guisados. <<

[42] Konstanz, al S. deAlemania. <<

[43] Breisach, al SO. de Alemania. <<

[44] Sala de esgrima, como también se dice «juego de pelota». Era expresión proverbial: «el alma de un pecador está caída, derribada, llena de goteras que por todos sus sentidos se entran... vicios. Está hecha casa de esgrimidor, todo revuelto; no hay virtud con virtud, todo caído, la fee muerta, la caridad» (San Juan B. de la Concepción, *Pláticas a los religiosos*). «Sales contenta en busca de la casa de tu galán, imagínasla poblada y hállasla desierta; creíasla compuesta y alhajada y hallan tus ojos muy poco que ver, pues contemplan una sala de esgrimidor» (Francisco Santos, *Día y noche de Madrid*). <<

[45] Ociosos. «Rompepoyos» es el holgazán, que siempre está sentado en el «poyo»: banco de piedra. <<

[46] O «marchante»: comerciante, traficante, vendedor ambulante. Del francés «marchand». <<

[47] Sin existencias, sin género. <<

[48] Quizá el original leía «hierro» (variante común en la época), reforzando la intención del autor: «hierros... hierro... no acertar». <<

[49] Oscurecida sin «sol» ni «luna», sin oro ni plata. <<

[50] «SOLANO: Pues sabed que hay ocho maneras de compañías y representantes, y todas diferentes ...hay bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, farándula y compañía» (*El viaje entretenido*, libro 1). El bululú era un solo actor, que más que representar la comedia la contaba, al estilo de: «Entonces entra Fulano y dice...». El «ñaque» era un grupo de dos o tres actores, para representar entremeses y pasos. <<

[51] Porque se ganan la vida deambulando por los pueblos, sin contrato previo. Hoy se dice «de la legua». En el argot de los cómicos, también se decía «salir a provincias», cuando la compañía recorría España con la obra antes de presentarla en la capital (Madrid). <<

[52] Cargo público que atendía a una actividad concreta de las que se desarrollaban en ayuntamientos y concejos, como la provisión de víveres. En el cap. VIII: «y aunque mi oficio no era jurado tiraba ración cada día y provechos cada hora». <<

[53] O *La locura por la honra*, de Lope de Vega. <<

[54] Orig.: «sierras». <<

[55] Manifiestos, conocidos. «Escusado» vale por «superfluo», como en el cap. VII: «Llegué aquel mismo día a Bruselas, adonde hallé ser escusada toda alabanza para tan grandiosa población». Aquí parece remedarse a Gracián: «Ítem se ordena que no se diga que los criados son enemigos no excusados, sino muy excusados y que para cada falta tienen cien excusas. Los hijos sí se llamen de esa suerte» (*El criticón*, III-VI). <<

[56] «Hízolas sacar luego allí todas..., y eran peto, espaldar, gola, brazaletes, escarcelas y morrión. A don Quijote, cuando las vio, se le alegró la pajarilla infinitamente y propuso luego en su entendimiento lo que había de hacer dellas» (*Quijote de Avellaneda*, III). <<

[57] Aposentador, encargado de los suministros. <<

[58] Orig.: «de a». <<

[59] Criados que servían la mesa. <<

[60] Mozos de espuelas («estafa»: estribo). El que iba andando al lado del jinete para ayudarle en lo necesario. <<

[61] Para lardear: untar el asado con grasa de tocino. <<

[62] El Sacromonte. Góngora:

«Este monte, de cruces coronado,
cuya siempre dichosa excelsa cumbre
espira luz y no vomita lumbre,
Etna glorioso, Mongibel sagrado...».

Por haberse hallado allí unos pergaminos (que se demostraron apócrifos) fue lugar de peregrinación y se levantaban cruces conmemorativas. <<

[63] Remendón. <<

[64] Leznas, punzones. <<

[65] Recuerda el conocido pasaje del Satiricón de Petronio:

«—En verdad, este esclavo debe ser pésimo. ¿No es inadmisibile que se haya olvidado de vaciar el puerco? Por Hércules que yo no lo perdonaría» (caps. XII-L). <<

[66] Bien afilada, a punto. <<

[67] No conozco la expresión, pero es obvio que se refiere a estuches al estilo de las muñecas rusas llamadas «matriuskas», en que cada muñeca contiene otra, más pequeña. <<

[68] Orig.: «antiguamente comian». <<

[69] Señor, soy pobre. <<

[70] Nada temas. Tranquilo. <<

[71] En tales casos se decía: «Hágalo de barro»: Fabríquelo o mándelo hacer, porque no lo hallará ya hecho. En Alcorcón, pueblo cercano a Madrid, se fabricaba loza. <<

[72] Curandero, que pretende sanar al enfermo con ensalmos, el aliento, la saliva, imposición de manos, etc. <<

[73] Porque en las serenatas nocturnas, cuando llegaba el peligro, eran los primeros en ponerse a salvo. <<

[74] Atadas con cuerdas sus piezas (caja y cañón). <<

[75] Pólvora: mezcla de salitre, azufre y carbón. Por eso «despolvorear habares»: sacudir los sembrados de habas. <<

[76] Por hablar de cuchillos y de perros, quizá se alude a las famosas espadas «del perrillo», por ponerles esa marca el espadero que las fabricaba. <<

[77] Rumbo, dirección. <<

[78] «Dar batería» es bombardear la plaza, para abrir brecha en la muralla. <<

[79] Fernando de Habsburgo, luego Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Estuvo casado con María, hermana de Felipe IV. <<

[80] Agonizando. En el orig.: «volqueando»: revolcando; pero lo creo errata. —Y yo topé algunos muertos por los caminos, y otros debaxo de los árboles boqueando, y otros con el dolor de la muerte dando gemidos y, como podían, diciendo: ¡*Hambre!*, ¡*hambre!*— (Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*). También: Últimos alientos. En el cap. XIII: «Viendo que... el dinero iba boqueando nos determinamos de embarcarnos». <<

[81] Minos encerró en el Laberinto de Creta a Dédalo e Ícaro, su hijo. Lograron escapar por el aire después de fabricarse unas alas de cera; Ícaro se acercó tanto al Sol que se le derretieron y cayó al mar Egeo, donde pereció. <<

[82] Cañones, artillería. <<

[83] Me descuartizarían. Se espera leer —mayor tajada—, pero así se lee en el *Quijote*: «tan a peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja» (I-XLIII) y en *La pícaro Justina*: «Mi abuela me dejó... concertada... con un hidalgo honrado que tiene ya mi honra por su cuenta, y si viene... el menor pedazo será la oreja» (III-V). <<

[84] Capucha. <<

[85] Orig.: «ribombaban». <<

[86] Se refiere al águila bicéfala que aparece en los escudos imperiales, cada cabeza mirando a un lado. <<

[87] Caballejo. <<

[88] Engendro de grifo y yegua, de Astolfo en el *Orlando furioso*, de Ariosto. «Grifo»: animal fabuloso, de cuerpo de león, cabeza y alas de águila, orejas de caballo y crines de aletas de pez. <<

[89] Tengamos paz, haya paz. Del refrán «Cállate y callemos...». <<

[90] Orig.: «escarmuzas». No es el único caso. <<

[91] Coracero, soldado de caballería ligera. <<

[92] Porque el verde es el color de la esperanza. <<

[93] Creo que se aplica como «desertor». <<

[94] Simulacro de guerra entre dos cuadrillas a caballo que se hacía en las fiestas populares, al estilo del que, con escopetas, se hace en países norteafricanos. De ahí el dicho «las cañas se vuelven lanzas». <<

[95] Pasando revista a su ejército en vísperas de una batalla, se detuvo a pensar en la cortedad de la vida. Tal pensamiento hizo llorar al valeroso general. <<

[96] Brigada o regimiento de caballería. Se usa jocosamente en el epígrafe del cap. x: «Del viaje que hizo al reino de Polonia y... un recuento que tuvo con un trozo de vivanderos». <<

[97] ¡A la carga, españoles! «Dar un Santiago» era abalanzarse sobre o «cerrar con» el enemigo, como se lee en el cap. x: «Y habiéndonos juntado todos a consejo de guerra para darles un Santiago... me enviaron a que sirviese de espía..., para reconocer la cantidad que había y si estaban alerta». <<

[98] Valla de protección. En el cap. XII: «Tenían... cuatro toros que correr, por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras». Hoy diríamos «desde la barrera». <<

«

[99] Hurtar, darse al pillaje. Recuérdese el dicho: 'A río revuelto (agitado), ganancia de pescadores». <<

[100] Agitándoseme. <<

[101] Cercado, cerca. <<

[102] Los atunes, atrapados en la red. <<

[103] Espada. <<

[104] Gargantas. <<

[105] Estocadas. Estebanillo lo usa como «pinchazo». En el teatro se decía «morcillero» al actor que suplía palabras o frases («morcillas») por su cuenta, sin ceñirse al diálogo. <<

[106] Solingen. Villa próxima a Düsseldorf (Alemania), famosa por su cuchillería. <<

[107] ¡Sinvergüenza! <<

[1] Recuerda el reproche de Cervantes a Avellaneda, recordándole que sus heridas las cobró en la batalla de Lepanto: «No he podido dejar de sentir es que me note de... manco, como si... mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros» (*Quijote*, II-Plgo.). <<

[2] De carne de cerdo. Las alemanas también, aunque con manzana. <<

[3] Es decir: de caballos muertos. <<

[4] Las empanadas. <<

[5] Orig.: «Tarragona». Del romance:

«Bajaba el gallardo Hamete
a las ancas de una yegua
a la bella Tartagona,
hija del fuerte Zulema». <<

[6] Del francés «*rendez-vous*». En otros lugares se lee «plaza de armas»: pasar revista.

<<

[7] Caballote, caballo corpulento. <<

[8] Asignar por sorteo. <<

[9] Adobarla. <<

[10] Pícaro respuesta, pues Estebanillo aduce que la carne no está pasada (por despacharse con brevedad) y que la pimienta suple la falta de adobo; pero «con pimienta» también se decía de la mercancía que se vendía a precio abusivo. <<

[11] Suplo «de», que no falta en otras de estas expresiones. <<

[12] Dad Kreuznach, al S. de Koblenz. <<

[13] Juliers. <<

[14] Dar escolta. <<

[15] Los Electores eran los grandes príncipes de Alemania, a quienes correspondía la elección del Emperador. <<

[16] El conde de Manfeld. <<

[17] O «cuclillo», «cuco». «Pero agua pasada no muele molino: dejome y dejele libre como el cuclillo. No soy yo mujer de todos, como otras disolutas» (*Quijote* de Avellaneda, IV). <<

[18] Orig.: «de». <<

[19] Dejándose ganar. <<

[20] Andernach, al S. de Bonn. <<

[21] Hijo de Vulcano que andaba siempre huyendo y escondido a causa de sus trapacerías. <<

[22] Especie de zapatilla que se colocaba sobre el calcetín, para abrigar el pie. <<

[23] Prenda que el retador da o arroja al retado, en señal de desafío. <<

[24] Cuero de vino. «Sancho... visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque» (*Quijote*, I-XI). Como «estar hecho una uva», vale por borracho. <<

[25] Caer de bruces. <<

[26] Se refiere a reparar o detener los golpes del contrario, cubrirse. Existía el dicho: «Al maestro cuchillada, sobre buena reparada». <<

[27] Andrajoso. Lo de «aserenado» está en línea con el «fiambre» anterior. <<

[28] Orig.: «y à los». <<

[29] Ayuda, favor. Similarmente, «mal tercio»: estorbo. «Terciar»: mediar. <<

[30] Del Jueves Santo al Sábado. Es decir: que no comía durante días. <<

[31] El espadador es el que espada (macera) el lino, y lo hace ayudándose de una estructura (caballete) de tablas. <<

[32] De alquiler, que vuelven descargadas. <<

[33] Aschaffenburg. <<

[34] Clara ironía.

«—Éste, señor, va por canario; digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? —repitió don Quijote—. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

—Sí, señor —respondió el galeote—; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he yo oído decir —dijo don Quijote— que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés —dijo el galeote—; que quien canta una vez, llora toda la vida»

(*Quijote*, I-XXII). <<

[35] Brindando a todos. <<

[36] Orig.: «Emborracheme». Creo haber puntuado debidamente el pasaje: «a la cuenta (razón) de sus dineros...». <<

[37] Mesas de caridad. <<

[38] Tenían trato. <<

[39] De gorra. Por eso se alude luego a los «gorrones». <<

[40] Soldados, combatientes. <<

[41] Capataz. <<

[42] «Estanco» es el establecimiento que tiene la exclusiva de venta de ciertos productos. <<

[43] Florete: la espada de esgrima, sin filo y con un botón de cuero (zapatilla) en la punta. «El otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas» (*Quijote*, II-XIX). <<

[44] Suplo «la». <<

[45] Orig.: «burguesia»; y lo mismo en otros casos, que no anoto. <<

[46] Jülich. al O. de Alemania. <<

[47] Weert, al SE. de Holanda. <<

[48] Diest y Tirlemont se encuentran al N. de Bélgica. <<

[49] Orig.: «... Holanda juntamente en...». <<

[50] Se usa «añadidura» y «tilde» con valor de auxiliar, ayudante o aprendiz. Se entiende se habla de alguien de poca importancia. <<

[51] Al que él tenía. <<

[52] Tajadas. «Pulpa» es la parte mollar, sin huesos ni ternilla. <<

[53] Derrota, desastre. En el cap. IX: «muy de rota va el negocio». Tomasso Francisco di Saboia-Carignano (1596 - 1656) fue derrotado en Les Avins (Bélgica, al S. de Huy). «Por el suceso que tuvieron los franceses contra el príncipe Tomás se hicieron en París luminarias en nombre de los seis mil que dicen degollados; y últimamente pintaron en un lienzo grande un español con bigotones muy crecidos y le tiraron con todas las inmundicias de las calles (y no son las de París mas limpias que las de acá) y al cabo le quemaron: notable rencor» (Sebastián González, *Carta*). <<

[54] Se daba al Diablo, blasfemaba. <<

[55] Se alude al voluminoso diccionario multilingüe conocido por *Cornucopiae*, del agustino italiano Ambrosio Calepino. <<

[56] La «loba» o borrachera. <<

[57] O «Elíseo»: la mitológica morada de los hombres virtuosos. <<

[58] Jardines que rodean la villa. Venus y Diana era las diosas de los jardines y de la caza. <<

[59] O «quien no llora no mama». «Manducar»: masticar, comer. <<

[60] Schenck. La fortaleza estaba en un islote del río Rin. «Antepresa» debe ser término de fortificación, como «antemuro»: muro bajo, por delante del principal. <<

[61] Por «víveres». «Se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica» (*Quijote*, II-VII). <<

[62] Mancebos, jovenzuelos. <<

[63] Engaño, trampa, reclamo. <<

[64] Vulcano al sorprender en el lecho a su esposa Venus con Marte echó sobre ellos una red de hierro. <<

[65] Aficionados, encandilados. De nuevo se alude a jovenzuelos:

«No es gusto ver rondar la calle vn niño
(que apenas los pañales tiene enjutos),
con su broquel, su espada y con su aliño,
y en sonando vna sarta de cañutos,
afirmará que vido vna fantasma,
y gozan otros de su amor los frutos?»

(Gregorio Morillo, Flores de poetas ilustres, I). <<

[66] Descuido, ausencia. «Asomada»: comparecencia, presencia. Del proverbio: «Más vale una traspuesta que dos asomadas». Estebanillo viene a decir que le robaban de una vez lo que él había robado en veinte. En el cap. XIII se habla de las «traspuestas» de la voluble Angélica, que despreció varios y buenos pretendientes (*Orlando furioso*). <<

[67] Pompa. <<

[68] Pasaba plaza, era considerado. <<

[69] Juega con «flux» y «flujo». «Flux» es cuando el jugador tiene todas sus cartas de un mismo palo. En el cap. XI se lee de una prostituta: «Más navegada que el Sur, más combatida que Rodas, más gananciosa que un flux». <<

[70] Alusión al escarabajo pelotero, que arrastra una pella o pelota. <<

[71] De una jácara de Quevedo:

«Su amiga la Coscolina
se acogió con Cañamar,
aquel que, sin ser San Pedro,
tiene llave universal». <<

[72] Cereal, cebada. <<

[73] Establo. <<

[74] Además. Falta algo en la oración, si no es que puede leerse «más aun». <<

[75] Por la carreta recuperada. Los moriscos manchegos solían ejercer los oficios de arriero y carretero. Maliciosamente se decía que tal profesión, por ausentarles del pueblo, facilitaba su no asistencia a la iglesia. <<

[76] Perros de ciego.

«Que como perro de ciego
le enseñó el moro mudanzas,
para que hiciese en Sanlúcar
reverencias á su dama».

(Romance anónimo). <<

[77] Infección ulcerosa de las fosas nasales. <<

[78] Por tantas cataratas. <<

[79] La toma de Maastricht (al N. de Liege, en Holanda,) sucedió en 1579, así que el caballo sería viejísimo. Alejandro Farnesio era el Duque de Parma, no «Príncipe». <<

[80] El caballo sacude arriba y abajo la cabeza para indicar molestia o dolor. <<

[81] A cada paso, a la distancia que puede alcanzar un disparo. <<

[82] De puro comer, de comer abundantemente. Palabras del sacerdote al limpiar el cáliz usado en la comunión: *Quod ore sumpsimus, Domine, puramente capiamus.* <<

[83] Nuestros deudores, tomado del Paternoster. <<

[84] Caballejo, según el dicho popular: «Caballito de Bamba, que ni come, ni bebe ni anda». <<

[85] Moratoria en el pago. «Remate»: liquidación de bienes. <<

[86] Mudados todos los dientes. «Abiertos de espinazo»: deslomados. <<

[87] Defectos, taras. Se refiere a un juego de pelota parecido al rugby: «el que la arrebatava iba corriendo con ella; el contrario acudía a detenerle, hasta venir a la lucha» (*Tesoro*). Con todo, tengase en cuenta lo ya dicho: El palo de proa de la nave. Pero también «frontón», «juego de pelota», y recuérdese «con más faltas que un juego de pelota» en este mismo cap. <<

[88] Terco, obstinado. <<

[89] Definitivamente, para siempre. <<

[90] Golpes propinados con el «mocho» o culata del mosquete. <<

[91] Localizo estos versos en *Los engaños de un engaño*, de Agustín Moreto:

«Pues tenéis para matar
gentileza sin desaire,
valentía en el donaire
y donaire en el mirar...»

(Jorn. II, esc. XII). <<

[92] En las nalgas. Don Bueso era personaje de un romance satírico, a quien se le abren las calzas en presencia de unas damas: «Riéndose están las damas / de ver corrido a don Bueso / y que donde nunca pudo / daba el sol de medio a medio». <<

[93] De un dicho popular: «Lo que se quiere la mona, piñones mondados». Había otras versiones: «Lo que quiere la arda (ardilla), piñones mondados y cerca el agua», «Lo se que quiere la arda, monte espeso y mala guarda». <<

[94] Del frances *rançon*: rescate. <<

[95] La ley consideraba que el comprador podía reclamar cuando la venta excedía al precio justo en más del 50%. <<

[96] El general francés Frederic Maurice de La Tour d’Auvergne, duque de Bouillon.

<<

[97] Se refiere a uno de los pasos en las procesiones de la Semana Santa. <<

[98] Orig.: «versos». <<

[99] Dos besos. <<

[100] De boca estrecha y poca capacidad. <<

[101] Seco, como los campos en pleno agosto. <<

[102] Confortativo, mitigante del dolor. <<

[103] Orig: «rançon»; pero «rançion» en los otros casos. <<

[104] Galaor, hermano de Amadís de Gaula, fue hombre cortés y muy aficionado a las damas. Esplandían, el hijo de Amadís, fue un guerrero feroz. <<

[105] Orig.: «mandòme». <<

[106] Catador, experto en vinos. <<

[107] Despacio, con calma.

«CASIMIRO: ¡Aprisa, aprisa, desdichas!

CRISTERNA: ¡A espacio, penas, a espacio!»

(Calderón de la Barca, *Afectos de odio y amor*, final de la jornada, II). <<

[108] Para los gastos. <<

[109] Al SE. de Bruselas. <<

[110] Alusión al corpus legislativo de Alfonso x el Sabio, dividido en «siete partidas» con 182 títulos y 2683 leyes. En Castilla, desde su promulgación por Felipe II en 1567, se aplicaba la *Nueva Recopilación*. Estebanillo teme que sus captores se hagan atrás en su decisión de dejarle libre. <<

[111] La salida de Maastricht. <<

[112] *Eclesiastés*, 3. <<

[113] Por anochecer. «Era cerca de entre dos luces, los galanes se fueron a mudar..., y yo moría por... quitalles las capas, porque ya había concertado con dos hijos de vecino... que aquella noche habíamos de hacer algún lance, capeando o robando» (*Guzmán apócrifo*, cap. III-IX). <<

[114] Un brindis tras otro, bebiendo sin medida. Juega con la expresión italiana «verso Brindisi». <<

[115] Fichas. Más adelante se lee que a cada dobla correspondían 30 tantos. <<

[116] Apuesta inicial. <<

[117] Equivalencia. <<

[118] Si me iba bien, si me favorecía la suerte. <<

[119] Aceptaría recibir. <<

[120] Apuesta sin límite. <<

[121] Hinchados los carrillos, como antes había pronosticado. Bóreas es el viento del Norte. Alude también a las cabezas de niños regordetes que se dibujaban en los mapas para indicar la dirección de los vientos dominantes. <<

[122] Tazilla de bordes bajos y pequeña capacidad. «La carne de todas se come bien, la de unas es más preciada que la de otras; las de Panamá se tienen por comida regalada, y las conchas de algunas sirven a los pintores de salseretas para echar los colores» (Berbabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*). También las usaban las damas para preparar y aplicarse colorete («color granadino») en las mejillas. <<

[123] Se refiere a darle la vuelta al reloj de arena, porque, como leímos, le habían puesto la silla al revés. <<

[124] A la faz, al derecho. <<

[125] Otra vez Góngora. En el *Vocabulario de refranes* de Correas: «Ándeme...». <<

[126] Pieza redonda de pan, de 1 kg, aprox. El autor recoge un dicho popular: «Mi padre era hogaza y yo muérome de hambre». <<

[127] De inmediato, acto seguido. «¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio a aquel desdichado caballero andante, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?» (*Quijote*, I-XV). <<

[128] A la carrera, con prisa. <<

[129] Sin valija... sin persona acompañada. Se entiende que, por las prisas, Estebanillo va por delante del postillón con quien entra en Bruselas. <<

[130] Los cofrades que se flagelan en las procesiones. <<

[131] Lo muy deseado y largo tiempo esperado, como la llegada al mundo del Mesías.

<<

[132] La Chapelle, al N. de Francia. <<

[133] Châtelet, en Bélgica. <<

[134] Corbie, sobre el río Soma, al N. de Francia. <<

[135] Montes. El Lilibeo es un promontorio al O. de Sicilia. «Funestos despojos»: cadáveres. <<

[136] Pobre, desaseado. <<

[137] Alude a los usos de los nobles, que imitaban los nuevos ricos. «Viéndose rica subió de persona común a persona de cuenta, con estrado, silla de manos, esclavos y esclavas, mona y papagayo, criado gracioso y escudero y portero y otra gente semejante» (*Guía y avisos de forasteros*, nov. XII). <<

[138] Anduvo errada, erró. <<

[139] Debe ser errata por «amor» u «honor». <<

[140] Pobretones, desgraciados. <<

[141] Ocasión, peligro. «¡Ropa fuera!»: voz que se daba a los galeotes para que se aprestasen a remar. <<

[142] Zapatos de suela gruesa, que permitían parecer más alto. Solían emplearlos las mujeres, ocultos bajo el vuelo de la falda: «... conforme a su disposición se ponen los chapines hasta igualarse las chicas con las grandes, y si no tuviesen por mejor el ser crecidas es de creer que no usarían de estos medios para suplir lo que naturaleza no les dio» (Juan de la Cerda, *Vida política de todos los estados de mujeres*, III-III). <<

[143] Quizá haya errata por «mandándome». <<

[144] Como jarrón, cántaro o «botija», con los puños en la cintura. «Serenar»: exponer el agua de beber o algún alimento al frío de la noche. Tengase en cuenta también: Andrajoso. Lo de «aserenado» está en línea con el «fiambre» anterior. <<

[145] Recto como un espeto o asador, erguido. <<

[146] Suplo «me». <<

[147] Por las nalgas. <<

[148] Vara, de unos 4 m de largo, que usan los que vigilan y conducen toros. Para «picar» el toro en la plaza, se usa la «puya», una punta de tres filos. <<

[149] Presunción, vanagloria. <<

[150] Los dientes. <<

[151] Tela basta de lana. <<

[152] Polvos blancos que las mujeres usaban para blanquear el rostro. <<

[153] Blanquear. <<

[154] Orig.: «un». <<

[155] Municiones, instrumentos. <<

[156] Worms, sobre el Rin, cerca de Mannheim. <<

[157] Región histórica entre Bavaria (Palatinado Alto) y Renania (Palatinado Bajo). Hoy está integrada en RenaniaPalatinado. <<

[158] Equipaje personal. <<

[159] No ha tenido éxito este bien buscado título, pues «entretenido» puede leerse «gracioso» y también «mantenido». La hija de Celestina, de Salas Barbadillo, fue estampada en Zaragoza al «cuydado del Alferez Francisco de Segura, entretenido cerca de la persona del Señor Virrey de Aragon». <<

[160] Vendedor de hielo. <<

[161] Por la abstinencia de comer carne en ese tiempo. <<

[162] Saqueos, sisas. <<

[163] Despectivo de «venta». <<

[164] Rabino, maestro de las le hebraica. <<

[165] Por aguardar al Mesías. <<

[166] Por ser José el hijo predilecto de su padre Jacob, sus hermanos lo echaron en un pozo. <<

[167] Triple. <<

[168] Porque eran «oficios de boca» de los que Estebanillo sacaba tajada. <<

[169] Quejas lastimosas, lamentaciones. Quizá del refrán: «Llórame solo, y no me llores pobre». <<

[170] Se avino, aceptó. <<

[171] Hainaut, prov. de Bélgica. <<

[172] Al S. de Bruselas, en Bélgica. <<

[173] El rey Baltasar de Babilonia ofreció un festín para mil de sus príncipes (*Daniel*, 5). Sobre ello escribió Calderón de Barca el auto sacramental *La cena del rey Baltasar*. <<

[174] «Toda la vajilla con que se sirvió en el convite fue de oro y de subidísimas labores y con grande número de piedras preciosas que estaban sembradas por las piezas. La tapicería de las salas era tejida de oro, y las salas eran doce. De lo cual admirado Antonio, ella se le sonrió y le sirvió con todo ello (haciendo verdad que la lujuria es magnificentísima), y con esto le despidió contentísimo y convidado con sus amigos y capitanes para la cena del día siguiente, en que mostró tantas riquezas de paños y vajillas, que lo pasado en su comparación fue tenido por poco y grosero. Y también lo dio todo a Antonio, y a los convidados dio los vasos en que bebieron y las riquísimas sillas en que se sentaron, y a los principales senadores o capitanes dio literas, y a los demás caballos ricamente guarnecidos de jaeces de plata, y negros que con hachas fuesen alumbrando a cada uno; y desde a cuatro días solemnizó semejante sarao, para lo cual pondera el autor que hizo comprar tantas rosas y flores que estaban de un cobdo en alto por las salas y que le costaron muchos dineros» (Juan de la Cerda, *Vida política de todos los estados de mujeres*, v-xxiv). <<

[175] Disputas, riñas. <<

[176] Bravatas, amenazas. En el cap. XI: «diome por vía de acuerdo veinte escudos y echome por vía de ronca mil amenazas». <<

[177] Marrón claro. <<

[178] Taller en que se hacen velas. éstas se hacían de sebo («grosura», más abajo). <<

[179] Conjunto. <<

[180] Los que asisten a la misa y procesión que se celebra de la Purificación llevan velas encendidas. <<

[181] Las mechas de las velas. <<

[182] Espada de grandes dimensiones, que requiere ambas manos. <<

[183] Moneda de poco valor. Del francés «liard». <<

[184] Góngora:

«Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena».

Dragut fue un famoso pirata. <<

[185] Entretenido, divertido, chistoso. <<

[186] Baudour. <<

[187] Dando vueltas, recorriendo. La devanadera es el útil giratorio para madejas u ovillos. <<

[188] Con creces. Se alude a la multa consistente en septuplicar el coste del daño. <<

[189] En el romance del Marqués de Mantua, Carloto (hijo de Carlomagno), enamorado de la esposa de Baldovinos, engaña a éste para llevarle a un bosque, donde le deja por muerto; allí es encontrado por el marqués de Mantua, quien no reconoce a Baldovinos hasta limpiarle la cara con un paño (el asunto se toca en *Quijote*, I-V). <<

[190] Protección del pecho y de la espalda. Se unían con correajes. El ristre era la pieza en que se apoyaba la lanza al acometer. <<

[191] Protección de la cabeza. «Armas»: piezas que componen la armadura. <<

[192] Camisón de cotas de mallas o de pequeñas piezas de metal, más flexible que la coraza, llamándose «falda» a la parte que no cubría la coraza y que llegaba hasta las rodillas. <<

[193] Un armero y un peletero, se entiende. En germanía «rastillo» valía «mano», así que «armador de rastillos de dedos» quizá aluda a un fabricante de manoplas. <<

[194] En vez de corona de laurel. «Andrónico... fue cruel y aborrecido de los suyos y así..., le mataron afrentosamente sacándole por la ciudad de Constantinopla... caballero en un asno sentado al revés atadas las manos a la cola, y por corona le pusieron en la cabeza una ristra de ajos, tirándole piedras y cosas sucias, y diciéndole muchos denuestos hasta llegar a la horca adonde su cuerpo aun no tuvo descanso, porque así las mugeres como los hombres le despedazaron rabiosamente y se le comían a bocados» (Covarrubias, Suplemento al *Tesoro*). <<

[195] Las calles por las que se solía exponer a la vergüenza pública al delincuente (incluidos los maridos consentidos), montado en un asno, emplumado o disfrazado grotescamente, con el acompañamiento de pregoneros, guardas o justicias con su varas, y, por lo general, un verdugo que lo azotaba, además de niños vocingleros y curiosos. <<

[196] Por «Acteón»: el cazador que sorprendió a Diana bañándose; la irritada diosa le convirtió en un venado, luego devorado por sus propios perros. <<

[197] O «lebreros»: perros de caza, específicamente de liebres. <<

[198] Perros muy fuertes, se usaban en la caza para acorralar a la pieza, haciendo presa en sus orejas. <<

[199] Rupelmonde, al N. de Bélgica. <<

[200] Bazel. <<

[201] Bailío, baile. Administrador, gobernador. <<

[202] La Justicia. <<

[203] Mandamiento de apremio. <<

[204] Privado de las tres potencias: entendimiento, memoria y voluntad. En el cap. IX: «también los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los más poderosos y cinco sentidos como los más calificados».

<<

[205] «Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mis carnes» (*Génesis*). <<

[206] Remedo de un soneto de Garcilaso de la Vega:

«¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería;
juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas!». <<

[207] El vello del hombre joven, antes de crecerle la barba. «Mal logrado» porque no servirá, pues a los eunucos no les crece la barba. <<

[208] Silbato que usa el castrador de cerdos. «Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces» (*Quijote*, I-II). La voz quizá viene de «chifla»: un tipo de cuchilla. <<

[209] La torre más alta y fuerte del castillo. <<

[210] Comunicación por escrito a la otra parte pleiteante. <<

[211] Sin gasto de palabras. Los genoveses tenían fama de avaros. <<

[212] O «una de cal y una de arena»: noticias o sucesos contrarios. En los grandes banquetes, el menú suele componerse de dos platos entrantes (uno puede ser frío y otro caliente), un plato de pescado, otro de carne y el postre. <<

[213] O «arvejones». Planta con semillas en forma de muela y tóxicas. <<

[214] Es decir: practicaba la rapiña y limpiaba a los buenos cristianos del exceso de bienes materiales. «Porquerón» es similar a «corchete». Corchete: Agentes de justicia, policías. Se decían «corchetes» por agarrar a los presos. En nota anterior, se dijo que era personaje de la conocida jácara de Quevedo: «Ya está guardado en la trena / tu querido Escarramán; / que unos alfileres vivos / me prendieron sin pensar».

<<

[215] Juego de naipes en que se prescinde de los ochos y nueves. «Caponera»: la caja de madera en que se encierra el capón para engordarlo. <<

[216] Orig.: «v. m...». <<

[217] Hierro que se aplicaba a la herida para desinfectarla y facilitar la cicatrización.

<<

[218] Lino sin hilar, que, por arder facilmente, empleaban los cirujanos para calentar sus instrumentos. <<

[219] Mozos de carga, portadores. El «pan de munición» u ordinario se hacía con 2 partes de trigo y una de centeno. El peso oscilaba entre 1 y 3 libras. <<

[220] En el orig. (p. 208) hay un espacio en blanco, por fallo de estampación. <<

[221] El palo de proa de la nave. Pero también «frontón», «juego de pelota», y recuérdese «con más faltas que un juego de pelota» en este mismo cap. <<

[222] Carga, tributo, impuesto. «Maltota» es del francés «maltôte»: cobro por la fuerza. <<

[223] Criado que cuida de la vestimenta y ayuda a vestirse al señor. También valía por «lavativa» («ayuda» para conseguir hacer «cámaras»). <<

[224] Presumía de mí, alardeaba. <<

[225] Tiempo de Carnaval, antes de la Cuaresma. <<

[226] O... «lo que vieres»; compórtate como los otros. <<

[227] Me colgue al hombro, me cruzé al pecho. <<

[228] Raíces de muelas. <<

[229] Tenacillas, alicates. <<

[230] En efecto, la nariz es un rasgo racial muy definido en los judíos. <<

[231] Estopa de cáñamo. <<

[232] Orig.: «pretendisse». <<

[233] O «corrincho»: corro. Es despectivo. <<

[234] Filas, aquí de dientes. <<

[235] Practicando la misma pillería. Covarrubias da «presa» por «término de jugadores de naipes». No creo que aquí «presa» valga por colmillo. <<

[236] Orig.: «palio». <<

[237] Apellido de una antigua familia de judíos españoles. En 1637 está documentado el intérprete Jacob Cansino, judío publico, que dedicó al Conde-Duque de Olivares su traducción del libro *Extremos y grandezas de Constantinopla*. <<

[238] Dolor de muelas. «—¡Cuitada de mí! —replicó el ama—. ¡La oración de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece! Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascós» (*Quijote*, II-VII). <<

[239] Mandíbula. <<

[240] Encolerizarse («amotinarse», más abajo); pero aquí juega con el habitual insulto «perro judío». <<

[241] Rapapolvo, zurra. <<

[242] Judíos. Zabulón fue hijo de Jacob y Lía (*Génesis*, 30:20). <<

[1] Joyas, objetos de valor. <<

[2] Valido de Juan II de Castilla y el hombre más poderoso de su tiempo, fue ajusticiado en Valladolid. Decía el romance: «De paje vine a marqués, / que fue el primer escalón». <<

[3] Lorraine, región de Francia, al S. de Luxemburgo. <<

[4] Thionville, cerca de Luxemburgo. <<

[5] Sacudir, zarandear. En el cap. XIII: «Después de haber corrido muchas postas y pasado malos días y peores noches por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida y las otras de los mejores vinos que hallaba...». <<

[6] Perezosa, lenta; quizá por haber de «desorejarla»: lastimar los oídos a voces. En el cap. VIII: «ejercité el nuevo oficio de andar... llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas». <<

[7] Marte: el dios de la guerra. <<

[8] Orig.: «contigencia». <<

[9] Con pretexto. <<

[10] Buenos dineros. También: Emplastos para aplicar a las heridas. La «capirotada» era un aderezo para rebozar alimentos. <<

[11] Emplastos para aplicar a las heridas. La «capirotada» era un aderezo para rebozar alimentos.<<

[12] Anatomía. Orig.: «notonia». <<

[13] Anteojos, gafas. <<

[14] Fruto de la higuera llamada «breval». <<

[15] Enojado. <<

[16] Suplo «y», que pudo perderse con el salto de línea. <<

[17] Emplastos, curas. <<

[18] Se refiere a la «media docena de platicantes». <<

[19] Abundancia, acopio. <<

[20] Orig.: «sas». <<

[21] Suplo «y». <<

[22] Orig.: «deste». <<

[23] «Iris de paz»: apaciguador. En el cap. IX: «a no ser Su Alteza el iris de paz y amparo de mi defensa». <<

[24] Debe referirse a Hannón el Grande, general cartaginés. <<

[25] Aunque nacido en Florencia, su noble familia procedía de Siena. <<

[26] Gesto obsceno de menosprecio (equivalente al «corte de manga») que hacemos cerrando el puño, plegando el codo y mostrando el dedo pulgar por entre el índice y el medio; en otra variante más explícita, extendiendo el dedo medio (higa antigua, según el *Tesoro*). <<

[27] Atalanta desafiaba a correr a los cazadores que la pretendían. Les daba ventaja inicial, y si los alcanzaba, los mataba. Los «irracionales partos del Betis» son los famosos caballos andaluces. <<

[28] Steenkerque. <<

[29] Dañar. «Obra muerta»: la parte del casco de un barco por encima de la línea de flotación. «Cantina» también vale por bodega, y la hay en los barcos; pero en la que Estebanillo entra «se vendía cerveza». <<

[30] Receta médica. Es sabido que la cerveza es diurética, por eso por eso «potes de purga». <<

[31] Aseguraron, certificaron. <<

[32] Camisa de lienzo blanco. <<

[33] O «mala hierba nunca muere». <<

[34] Cargo oficial. <<

[35] «Lagañas» o «legañas»: secreción que cuaja en los ángulos de la abertura ocular. «ALONSO:...todo se apetece, todo se vende, y ninguna cosa se deja de hallar dueño, por mala que sea. CURA. ¿Qué quiere, hermano? Ojos hay que de lagañas se enamoran» (*Alonso, mozo de muchos amos*, II-V). <<

[36] Pez. <<

[37] La vanidad se apoderó de mí... «vio la figura del Conocimiento propio, hecha de heno, esparto y atocha, materia tan frágil como los pensamientos de los entonados, tenía en la mano siniestra un plato de ceniza, y en la otra, entre los dedos póllex e índice, parte della, dando muestras de ponérsela a la desvanecida presunción de don Suero que, siendo forzoso pasar por junto a ella, leyó en un pergamino pintado, que colgaba del uno de sus brazos, esta sentencia: *Memento homo*» (Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, II). Estebanillo parece remedar una fórmula testamentaria: «tocar la legítima», que aplica a los sucesores «por línea». <<

[38] Tiempo, momento propicio. <<

[39] Nada mejor, vida mejor. Comparada con España, la vida en Flandes era mucho más permisiva. <<

[40] Melancólico, triste. <<

[41] Palabrería. <<

[42] Escrupulosamente. <<

[43] Amoratados. <<

[44] Alusión a los Caballeros de la Tabla Redonda. <<

[45] Mono americano de gran ferocidad. <<

[46] Por las tres botas: 2 de cerveza y 1 de vino. <<

[47] El juego de las cañas (Simulacro de guerra entre dos cuadrillas a caballo que se hacía en las fiestas populares, al estilo del que, con escopetas, se hace en países norteafricanos. De ahí el dicho «las cañas se vuelven lanzas») se hacía por cuadrillas, cada una con su cifra o divisa. <<

[48] *Mateo*, 25:1-13. <<

[49] Del francés «tour»: circuito, recorrido. <<

[50] Caravana de carretas. <<

[51] El utensilio con cerdas en su extremo, que usa el sacerdote para rociar con agua bendita. «Asperges»: rociada, de Salmos, 51,9: «Aspérgeme con hisopo y seré puro».

<<

[52] Otra fórmula litúrgica. Precede a la bendición y despedida. <<

[53] Bebiendo todos a la vez. También: Cañonazos de saludo.<<

[54] Se entiende que quedó de lado y con las piernas encogidas. También: Criado que cuida de la vestimenta y ayuda a vestirse al señor. También valía por «lavativa» («ayuda» para conseguir hacer «cámaras»). <<

[55] Caídos, desmayados. Se alude a uno de los «pasos» de las procesiones de Semana Santa. <<

[56] Derribado por los rayos de Júpiter, Faetón cayó al río Eridano (Po), donde pereció (Ovidio, *Metamorfosis*). Y es que cuando su padre Helios le dio permiso de un día para conducir el carro del Sol, Faetón se aproximó tanto a la Tierra que volvió negros a los etíopes y estuvo a punto de abrasar el Universo. <<

[57] O «de Moisés»: piedras, guijarros. <<

[58] San Esteban fue lapidado. <<

[59] Orig.: «iva cudiendo». <<

[60] Gentío. <<

[61] Porque podía sospecharse que no era virgen. <<

[62] Se decía del que carecía de bienes. <<

[63] Orig.: «de deponer» (hay salto de línea). <<

[64] Matrona romana que, violada por Sexto Tarquinio, se dio muerte con un puñal ante su padre y esposo tras exigirles venganza. Porcia, esposa de Bruto, se suicidó tragando brasas encendidas al saber la muerte de su marido en la batalla de Filipos.

<<

[65] Con regalos, parece deducirse. Alude a la leyenda de Júpiter, que, enamorado de Dánae, encerrada en una torre por su padre Acrisio, se transformó en lluvia de oro para poseerla. <<

[66] De la que se obtuviese caudal. <<

[67] El dicho se aplicaba a quienes no iban bien encaminados a lo que pretendían. Recuérdese la recomendación de Urganda la Desconocida: «Si de llegarte a los bues-, / libro, fueres con letu-, / no te dirá el boquirru- / que no pones bien los de-» (*Quijote*, i-Prels.). <<

[68] Sobrenombre de Dido, reina de Cartago, que se suicidó con la espada que le dejó Eneas al abandonarla. <<

[69] Por ver a su amada Hero, Leandro cruzaba a nado el Helesponto guiado por una luz que ella encendía. Una noche de tempestad se apagó la lámpara y Leandro se ahogó. Cuando Hero vio el cadáver a la orilla del mar, se arrojó de una torre. <<

[70] Citada Tisbe con Píramo en las afueras de la ciudad, huyó al presentarse una leona con el hocico ensangrentado, la cual rasgó y manchó el velo que perdió en la huida; al encontrarlo Píramo, creyéndola muerta, se mató con su espada, la misma con que se mató Tisbe al volver al lugar y encontrarle muerto. <<

[71] Del romance: «Señor Gómez Arias / doleos de mí: / soy mochacha y niña / y nunca en tal me vi». <<

[72] Suplo «de», que pudo extraviarse con el salto de línea. <<

[73] Prenda de amor. <<

[74] Del dicho: «A tu tía, que te dé para libros», de sentido equivalente a «A otro perro con ese hueso». «Atutía»: óxido de cinc que se acumula en forma de costras en las chimeneas de los hornos que funden metales. Se usaba para emplastos curativos. <<

[75] Porque acudían a satisfacer su lujuria. <<

[76] Cajón giratorio embutido en la pared, habitual en la portería de los conventos de clausura. <<

[77] Conocida novela de Miguel de Cervantes. <<

[78] Dotado de 100 ojos, la mitad de ellos siempre abiertos, fue elegido por Juno, esposa de Júpiter, para custodiar a Io, hija de Inaco, convertida en ternera. Argos sucumbió a manos de Mercurio, quien le adormeció con el sonido de su flauta. Juno, agradecida, colocó los ojos de Argos en la cola del pavo real. <<

[79] Continuaba la copla:

«... que si yo no me guardo
no me guardaréis». <<

[80] Porque tardaba mucho en regresar, Las misas de San Gregorio se hacen durante un mes seguido. «Completas» es la última de las horas canónicas del día, últimos oficios. <<

[81] Por la creencia de que vuelve a la superficie al tercer día. <<

[82] Amante de un capitán. La «capitana» era la galera en que iba el jefe de la escuadra. La «real» era la galera que portaba el estandarte del Rey. «Velera»: ligera, maniobrero. «Despalmada»: limpia y embreada la quilla, para que la nave deslice bien. <<

[83] Tambor. Estebanillo lo emplea con valor de «milicia». <<

[84] De capitán. La «jineta» era una lanza corta que les servía de insignia. En el cap. XI: «estuve por dejarlo a pie para que fuese hasta Milán abordonando con su jineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta». <<

[85] Incremento de la deuda. <<

[86] La parte anterior. <<

[87] Orig.: «lamentado». <<

[88] Delantal. <<

[89] En su caja de madera. Funda con que se protegían los vasos delicados. <<

[90] Vaso de vidrio, que calentado con estopas encendidas, se aplicaba a algunas partes del cuerpo para extraer los malos humores. <<

[91] Bomba manual. Como se lee más adelante, para aplicar una «ayuda de cámara» o lavativa al enfermo. <<

[92] Batín. <<

[93] Quizá «de dormir», que caían sobre la espalda. <<

[94] Efectivamente, los médicos solían llevar una aparatosa sortija. En la época se creía que algunas piedras, llevadas como amuleto al cuello, curaban o prevenían males específicos (de riñones, de cabeza, etc.). <<

[95] Zapatillas de casa, sin talón. <<

[96] Violines, violinistas. <<

[97] Decididamente. Aquí: «de un trago». <<

[98] Ventosidades, pedorretas. <<

[99] Título de un romance popular:

«... si has de tomar amores
por otro, no dejes a mí;
que a tu marido, señora,
con otras dueñas lo vi». <<

[100] La jeringa. El «sacabuche» es el trombón de varas. Nótese que se trataba de «descargar o vaciar el vientre». Se refiere a los instrumentos para aplicar lavativas.

<<

[101] Preñadas. <<

[102] La gran cola. «Mosqueador» porque el animal la emplea para sacudirse las moscas. <<

[103] Suelas de hierro, herraduras. <<

[1] Apolo. «Cuarta esfera» es la del Sol, según las teorías de Juan de Sacrobosco. Las «esferas» o «regiones» eran: la tierra, el agua, el aire y el fuego. <<

[2] Suplo «no», que pudo extraviarse con el salto de línea. <<

[3] Defecaciones. «En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera... ni la manta... fueron más de provecho» (*Quijote*, I-XVII). «Sardescas»: Sardo, de Cerdeña. Se llamaba así a una raza de asnos de poca altura. <<

[4] Orig.: «aquiler». <<

[5] Embargado. Estebanillo lo usa por «dar un sablazo». <<

[6] Suplo «y». <<

[7] Por «Numa» Pompilio, uno de los primeros reyes de Roma. Al parecer, hubo un galeón de nombre «Ñuma». <<

[8] Alusión a una leyenda sobre siete hermanos de Éfeso que en tiempos del emperador Decio fueron emparedados en la caverna en que se habían ocultado para escapar a la persecución. Dos siglos después se les halló dormidos en aquel lugar. <<

[9] Molestia, pesadumbre. <<

[10] Atronador, que produce sonido cual trueno. <<

[11] O «gazuza»: hambre. <<

[12] Recorrer, andar vagando. <<

[13] Así llamó a la cocina. El destino de menos peligro, en la jerga de la milicia. <<

[14] Diversión, juerga. <<

[15] Pretendiendo, buscando. En el cap. XII: «no me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud». <<

[16] Hacer alarde. Mostrarse el ejército ante el enemigo. <<

[17] Orig.: «por». <<

[18] Decía el refrán: «A más no poder, acuéstase Pedro con su mujer». <<

[19] Orig.: «que es la». <<

[20] En fila de a uno. <<

[21] Últimos alientos. En el cap. XIII: «Viendo que... el dinero iba boqueando nos determinamos de embarcarnos». <<

[22] El camino directo. <<

[23] Se alude a la técnica de construir galerías bajo la fortaleza sitiada, para luego colocar explosivos y volarla. Los sitiados construían «contraminas», bien para sorprender a los excavadores, bien para, volándola, hundir la que estuvieran excavando. «Siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y... lo que puede hacer es dar noticia a su capitán... para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo... esperando cuándo... ha de subir a las nubes sin alas» (*Quijote*, I-XXXVIII). <<

[24] Comunicamos, enlazamos. <<

[25] Delfines, entiendo. El autor debe confundir Anfión y Arión, quien con el sonido de su lira atrajo a un delfín que le llevó sobre su lomo. <<

[26] Hombre anfibio que habría vivido en los mares de Sicilia. Pedro Mexía trata del asunto en su *Silva de varia lección* (I-XXIII): «Del admirable nadar de un hombre, de do parece que tuvo origen la fábula que el pueblo cuenta del peje Nicolao...». <<

[27] Labia, gracia. <<

[28] Despanzurrado, reventado. <<

[29] Por no usarse, como de adorno. <<

[30] Orig.: «escarmuza». <<

[31] La lana esquilada de la oveja. <<

[32] Y también. <<

[33] Orig.: «era». <<

[34] Persona de linaje. <<

[35] Eran términos habituales en testamentos: en el mejor de los casos, un descendiente podía recibir, además de su *legítima*, el tercio de *mejora* y el quinto de *libre disposición*. <<

[36] Fuente que surgió en el monte Helicón (no en el Parnaso) por una coz de Pegaso, el caballo alado. <<

[37] Orig.: «de el caño». <<

[38] Albañal de Córdoba, que vertía las inmundicias al Guadalquivir. <<

[39] Estrella de la constelación del Boyero o del Carro o Bootes. <<

[40] Viento del Oeste. <<

[41] Rociados por el cuerno de la abundancia, que Zeus regaló a su nodriza Amaltea.

<<

[42] Agradables a la vista, llamativas. «Flota» se aplica a la multitud de alguna cosa que cubre el terreno, como en el cap. XIII:

«Avenidas de rosas y jazmines

...

Lluvias de lirios, flotas de claveles». <<

[43] Serían (sin que haya acuerdo sobre su identidad): Roldán, Oliveros, el arzobispo Turpín, Ogier de Dinamarca, Valdovinos, Reinaldos de Montalbán, Terrín, Gualdabuey, Arnaldo, Angeleri, Estolt y Salomón. Los «Nueve de la Fama», los nueve más grandes, eran los judíos Josué, David y Judas Macabeo, los gentiles Alejandro Magno, Héctor y Julio César, y los cristianos Carlomagno, el rey Artús y Godofredo de Bouillon (el jefe de la primera Cruzada y primer rey de Jerusalén). Aquí se juega de «doce» por ser ese el número de compañías teatrales autorizadas o «de título». <<

[44] La diosa de la guerra. <<

[45] La diosa de la agricultura. <<

[46] La diosa de las flores y la primavera. <<

[47] Jardines colgantes, jardines deliciosos. <<

[48] Árbol de jardín, de madera dura y aromática. <<

[49] Viento del Oeste. <<

[50] Clima, zona climática. <<

[51] Blancura estelar. Las estrellas llamadas Hespérides están en la constelación de Toro. <<

[52] La lana esquilada de la oveja, y también la aleación de plata y cobre con que se hacían algunas monedas. «Onza»: una especie de pantera, y también una moneda acuñada en tiempos de Felipe III. La estrofa parece aludir a algún enemigo de la Corona española. <<

[53] Sol y Luna se asociaban a oro y plata, respectivamente. <<

[54] Orig.: «leys». <<

[55] El ave fénix o fénix de Arabia era del tamaño de un águila, con cuerpo de color púrpura, plumas rosadas y garganta dorada. Cuando presentía su muerte regresaba a su lugar de nacimiento y construía un nido perfumado con incienso en el que renacía de sus propias cenizas merced a un gusano que salía de la médula de los huesos y que más tarde se transformaba en polluelo. <<

[56] Aplauso popular. La palabra se empleó en los ambientes universitarios para celebrar la obtención de títulos y especialmente el triunfo en oposiciones a cátedras en que los estudiantes hacían campaña en favor de sus candidatos. «Cuando era muchacha era bien regalada y querida de los más galanos estudiantes que ilustraban entonces aquella célebre universidad...; y hasta en todas las puertas de los conventos y colegios estaba mi nombre escrito con letras coloradas..., diciendo: BÁRBARA VÍCTOR» (*Quijote de Avellaneda*, xxii). <<

[57] Insignia de los graduados de Doctor en las Universidades. <<

[58] Se refiere a la anécdota de un labrador que le ofreció agua en un vaso de corcho.

<<

[59] Midas, que convertía en oro cuanto tocaba, también era el prototipo del avaro. <<

[60] Dinero, se entiende. <<

[61] Amiguita. Del francés «mignonne». <<

[62] Fue Capitán General del ejército español en Italia en tiempo de Carlos V. «Marqués del Gasto» fue sinónimo de dadivoso. Evidentemente, «conde de Cabra» valía por cornudo. <<

[63] Del refrán: «Unos llevan la fama y otros cardan la lana». <<

[64] Orig.: «i a la labando». <<

[65] Engaños. <<

[66] Dineros y más dineros. <<

[67] Fue encerrada en el castillo de Arévalo por su marido Pedro el Cruel, enamorado de María de Padilla. <<

[68]... «que ni come ni deja comer». Lope de Vega escribió una comedia titulada *El perro del hortelano*, centrada en la orgullosa, caprichosa, celosa y egoísta Condesa Diana. <<

[69] Según el *Tesoro*, las lamias eran unos espíritus fantasmagóricos que atraían con su apariencia de mujer a los hombres para matarlos y devorarlos. Lamia era el nombre de una famosa prostituta de la antigüedad: «Lamia supo lamer tan bien al rey Demetrio que, después de haberle hecho pobre, le sonsacó docientos talentos de plata que le dieron los atenienses para una guerra» (Juan de la Cerda, *Vida política de todos los estados de mujeres*). <<

[70] En el departamento de Pas de Calais. <<

[71] Molino de harina movido por una caballería. <<

[72] Kortrijk, al O. de Bélgica, cerca de la frontera con Francia. <<

[73] Se diría que falta «tributo» o vocablo similar, si no es que ha de leerse «corto género»: escasa mercancía. <<

[74] Se refiere a la resurrección de Jesucristo. «Dijeron esto a los apóstoles; pero a ellos les parecieron desatinos tales relatos y no los creyeron» (*Lucas*, 24: 9-11). <<

[75] Orig.: «Estdos». <<

[76] Indicios, señales. «No solamente juzga de lo por venir por la ciencia que sabe, sino también por las premisas y conjeturas» (Cervantes, Persiles, I-XIII). <<

[77] Suplo «y». <<

[78] O «fuesa», fosa. «El muerto al hoyo y el vivo al bollo». <<

[79] De un romance anónimo:

«De los desdenes de Menga
desdeñado se fue Blas

...

¡Vuelve a casa, pan perdido,
pues rogádotelo están!».

En el cap. XI: «Ya no hay Bras, ni hay pan perdido». <<

[80] Los periodos de varios días en que el gusano está inmóvil y sin alimentarse. <<

[81] De mala manera, de forma impresentable. «Dueñas»: mujeres chismosas. <<

[82] Orig.: «cotejara». <<

[83] Contribución. Se refiere a las propinas que recibió. <<

[84] La amada de Durandarte:

«Muerto yace Durandarte
al pie de una alta montaña,
llorábalo Montesinos,
que a su muerte se hallara;
quitándole está el almete,
desciñéndole la espada;
hácele la sepultura
con una pequeña daga;
sacábale el corazón,
como él se lo jurara,
para llevar a Belerma,
como él se lo mandara».

De un romance sobre la muerte de Durandarte:

«Por el rastro de la sangre
que Durandarte dejaba
caminaba Montesinos
por una áspera montaña». <<

[85] Los portugueses tenían fama de enamorarse perdidamente. <<

[86] Celador, vigilante. <<

[87] Es todo uno, es lo mismo, me da lo mismo. <<

[88] Existía la creencia de que la salamandra resistía al fuego. <<

[89] Quizá alusión a la comedia *Gloria de Niquea*, cuyo autor pudo ser Juan de Tarsis, Conde de Villamediana. Su estreno, en ocasión del cumpleaños del Rey, fue un desastre, por producirse un incendio. La infanta María representó el papel de la protagonista Niquea. <<

[90] Marche-en-Famenne, en Luxemburgo. <<

[91] Cruzar el río Moselle o Mosel. <<

[92] Frankenthal. <<

[93] Debe tratarse de Speyer, al S. de Worms. <<

[94] En el orig.: «Epira i à Donawerta»: algo se extravió en este pasaje. <<

[95] Donaüworth, al E. de Sttutgart, Alemania. <<

[96] Suplo «en». <<

[97] Quiza «coquinilla»: molusco que suele venderse («marearse») en la costa de Cádiz. En textos de la época también se encuentra «monarcha, archero, parrochia...».

<<

[98] De lino, finas. Decía el refrán: «Viose el villano en bragas de cerro, y él fiero que fiero». <<

[99] El informe que da de su gestión el que deja un cargo. <<

[100]

«Mal lograda fuentecilla,
detén el curso y advierte
que si caudales presumes
precipitada te pierdes»,

, decía el romance. <<

[101] Orig.: «Fran.». Orig.: «su Magest.». <<

[102] La gota. <<

[103] Tributo. <<

[104] O «de plano»: el golpe de espada propinado con la hoja plana, no con el filo. <<

[105] Suplo «de». <<

[106] Baile popular en que los danzantes llevan palos que hacen chocar. La expresión usada por el autor equivale «al ruido de la riña». <<

[107] Confianza, seguro. <<

[108] Brno (Chequia). <<

[109] Acriminé, denuncié. <<

[110] Brezg (Polonia). <<

[111] Esperar, aguardar. <<

[112] Nysa. <<

[113] Gross Glogow, en la Baja Silesia. <<

[114] El río Oder. <<

[115] Balas de verdad. También se llamaba «bala» a ciertas pastillas de azúcar. <<

[116] Los 14 Artículos de la Fe Cristiana. Los siete primeros atañen a Dios y a la Santísima Trinidad, los otros siete a la concepción, nacimiento, pasión y resurrección de Jesucristo. <<

[117] Bancos de arena. <<

[118] Expresiones tomadas del juego de los bolos. «De bola»: por delante. <<

[119] «Mejor es que digan *Por aquí se salvó bien corriendo, que Aquí cayó muerto como necio*». <<

[120] Salí huyendo. <<

[121] Probable alusión a un romance de Góngora:

«En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro alas le mueven». <<

[1] O «rencuentro»: choque de tropas. <<

[2] Pagó mis gastos. <<

[3] Orig.: «su Magest...». <<

[4] Gravedad, seriedad. <<

[5] Como propina. También: Echar una mano, ayudar. Aquí, hacer una colecta. También se lee la expresión «dar para guantes»: propina, recompensa. Si a la mujer, se decía: «para tocas». <<

[6] Puntillas. <<

[7] Me informé. <<

[8] Hay unos 100 km entre Dresden y Leipzig. <<

[9] «Bodoques» eran bolas de barro endurecido que disparaban los ballesteros. Se hacían con un molde al efecto. <<

[10] Caballos de Frisia, muy fuertes y de anchas patas. <<

[11] De tantos laureles recibidos. El laurel es uno de los componentes de la salsa llamada «escabeche». <<

[12] Piedra negra, lustrosa y fácil de trabajar. Abunda en la zona de Santiago de Compostela, y los peregrinos suelen comprar souvenirs hechos con ella. <<

[13] Infravalorando. Estebanillo engaña a sus compinches en cuanto al número de efectivos. <<

[14] Se echó sobre el enemigo, combatió. <<

[15] Orig.: «en el peso». <<

[16] Valija. <<

[17] Retirado. <<

[18] Ordenó se me diese otra cabalgadura. <<

[19] El niño arquero: Cupido. <<

[20] La persona en que se deposita el cariño. <<

[21] El arco iris aparece al finalizar la tormenta. <<

[22] Santa María Egipcíaca fue una mujer de mala vida antes de arrepentirse y retirarse al desierto del Jordán. <<

[23] Ironía, pues el madroño es de color rojo encendido. <<

[24] Porque solían mostrar indiferencia. <<

[25] El autor juega con términos del juego de los cientos (hacer 30 puntos, hacer 90 puntos, todas las bazas). «Pique»: asomo, muestra; «repique»: disgusto; «capote»: mal ceño, enojo. <<

[26] Con las mismas armas, del mismo modo. <<

[27] Extinguir, apagar. <<

[28] A vista de todos. Es término mercantil similar a «al portador». <<

[29] Pretendiente, novia. <<

[30] Beber abundantemente y besuquear. <<

[31] Servirle con largueza. <<

[32] Podredumbre. Tragaba bilis, se enfurecía. <<

[33] Real de a ocho. <<

[34] Trato recibido, intención mostrada. <<

[35] Suplo «no», que pudo extraviarse con el salto de línea. <<

[36] Iltrado, inculto. <<

[37] Puñado. <<

[38] «Nueva pretensora» la llamó antes; más abajo, «bisoña». <<

[39] Enfermedad, infección. <<

[40] Antídoto. <<

[41] Lille, al N. de Francia. <<

[42] Protagonista de un disparatado entremés atribuido a Quevedo. <<

[43] Digerir, metabolizar. <<

[44] Del conocido romance *El prisionero*:

«Que por mayo era, por mayo,

cuando hace la calor,

...

cuando los enamorados

van a servir al amor». <<

[45] Con cualquier excusa. <<

[46] Sin prejuicios, según el dicho: «al pecador, como viniere», que viene a decir que no importa de quién se obtenga ganancia. <<

[47] Sablistas, aprovechados. También: Pegotes, emplastos. <<

[48] En blanco, sin provecho. <<

[49] Quizá por «echar lances», en el sentido de «dar sablazos». <<

[50] Vientres, tripas. «Jergón»: colchón de paja. <<

[51] Mi ventura, mi suerte. <<

[52] Sufra flujo de vientre, diarrea. Quiere decir que no siempre se gana. <<

[53] ¡Líbranos, Señor! <<

[54] Según una leyenda, Garibay se compadeció y ayudó a una mujer fea, vieja y viciosa. Dios lo rechazó por pecador y el Diablo por imbécil. <<

[55] Uno de los ríos del Infierno de la mitología griega. <<

[56] Sobras, restos, dineros sobrantes. <<

[57] o... «de ropa limpia». Expresión irónica: «para estropearlo más aun», «para mayor desgracia». <<

[58] Carreras entre dos.

«Parejas corrí a lo flo-;
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-» (*Quijote*, i-Prels.) <<

[59] Al marido de la que había sido hallada adúltera le sacaban a la vergüenza montado al revés en un asno y cogido a su cola. <<

[60] Entre el ramaje. También: Frondoso. En el cap. x: «Púseme en pie sirviéndome de... la cola de uno de los dos caballos, el cual... tuvo ánimo de... darme dos pares de zapatetas, con que dio conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta». «Dospel»: estructura con cortinajes que cubre un altar, una cama, etc. <<

[61] Arrayán, mirto. <<

[62] Orig.: «guerra». <<

[63] De un romance de Lope de Vega:

«Hortelano era Belardo
de las huertas de Valencia;
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa». <<

[64] En otras palabras, tumbado sobre el caballo. <<

[65] Suplo «el». <<

[66] Interjección de aviso, como «¡Eh!». <<

[67] Convenciendo, dominando. <<

[68] El decuplo. <<

[1] Revuelto el estómago e intestinos. <<

[2] Cuellierguidos, soberbios. Más abajo se habla de «endiosarse». <<

[3] Debe referirse a los que fueron a las Indias a prosperar y regresaron con un *don* del que carecían al embarcarse en España. <<

[4] Suplo «de». <<

[5] Boleslawiec, en la Silesia, cerca de Alemania. <<

[6] Uros, bisontes europeos. Se extinguieron por esa época. <<

[7] Eunucos. El vello del hombre joven, antes de crecerle la barba. «Mal logrado» porque no servirá, pues a los eunucos no les crece la barba. <<

[8] Alces. Se creía que tenía la propiedad de curar la epilepsia o «mal caduco». <<

[9] Grodno, en Bielorrusia. <<

[10] Huir de obligaciones poniendo malas excusas. Se refiere a la abstinencia de carne por precepto eclesiástico. Recuérdese que don Quijote comía «lantejas los viernes» (*Quijote*, I-I). <<

[11] Botas muy altas, hasta medio muslo. <<

[12] Aplicar estopa y brea a las juntas de los maderos. Como se verá, Estebanillo pretende echar aguardiente en la bota y que lo absorba la estopa y esponjas. <<

[13] Términos equivalentes: el campo vallado donde se celebra el torneo o justa. <<

[14] Unos 2 litros, aprox. <<

[15] Así se llama el guardián del niño rey en la comedia *Los Benavides*, en que Estebanillo actuó en Palermo (cap. II). <<

[16] Suplo «y». <<

[17] En los torneos o duelos, «partir el sol» era situar los jueces a los contendientes de forma que les perjudicase por igual. <<

[18] Orig.: «valia». Se refiere a la valla a lo largo de la cual galopan, uno contra otro, los contendientes en la justa. <<

[19] Soplar. <<

[20] Peleábamos con denuedo, como ciervos o machos cabríos. «Dejemos a estos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores; que a buen seguro que les ha de coger el día en ellas y no las han de haber acabado» (*Quijote*, II-XII). <<

[21] Orig.: «chica». Debe referirse a que el bebedor sumaba una piedrecilla (china) al dejar el vaso sobre la mesa. <<

[22] Debe referirse al «candelero con una vela encendida». «Muchas candelillas hacen un cirio». El «cirio pascual», de grandes dimensiones, arde en las iglesias desde el Sábado Santo hasta el día de la Ascensión. <<

[23] Se arrancaba las barbas, se desesperaba. <<

[24] La estopada. «Bizma»: emplasto para confortar algún miembro dolorido o débil, compuesto de estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes. <<

[25] Alzar la cabeza. <<

[26] Orig.: «su». <<

[27] Tendencia, inclinación. <<

[28] Regalo que se da en algunas festividades. Hasta hace unos 40 años era común en Navidad que algunos empleados municipales (el barrendero, el sereno, el basurero) visitasen a los vecinos del barrio a la búsqueda de su «aguinaldo» a cambio de entregarles una postal de felicitación. En el dorso se leía un pequeño poema navideño y en el anverso un dibujo (el empleado aparecía joven, apuesto y perfectamente uniformado) y un lema del estilo: «El barrendero les desea felices fiestas». <<

[29] Había gentilhombre de boca, de cámara, de manga, etc. Al bufón se le llamaba irónicamente «gentilhombre deplacer». <<

[30] Soldado de la Infantería turca. Estebanillo podría referirse a su altanería: «malcontentadizo y no poco presumido, con... gravedad... y aspereza, el espetado capitán y jenízaro grave... sus jenízaros ojos»; pero «jenizaro» valía por «de mezcla de naciones», y así, más adelante se nos dice que era «medio alemán». <<

[31] Orig.: «por porque». <<

[32] No «maleta» como hoy se entiende, sino bolsa de viaje, de tela y de forma alargada, apropiada para llevarse sobre las ancas de la montura. Por eso el autor la compara con un escarpín. <<

[33] Alquiler. <<

[34] Murmurando de él. También se dice «cortar trajes». <<

[35] El más santurrón. A los monjes de la Orden de San Francisco también se les llama «frailes descalzos» en los textos de la época. «él tiene por cierto... todo lo que estos libros cuentan... y no le harán creer otra cosa frailes descalzos» (*Quijote*, I-XXXII). <<

[36] Criados estudiantados, en referencia al colegio de San Bartolomé, en Salamanca.

<<

[37] Orig.: «río». Enmiendo según un pasaje similar del cap. IV: «pudo blasonar no tener paje... lameplatos, porque los dejaba él tan lamidos... que ahorraba de trabajo a las criadas de la posada. Viéndome sin esperanza de librea...». <<

[38] Engreimiento, pompa. Lo mismo que «tener humos de grandeza». <<

[39] Por los hornos para fabricar loza. Véase la n. 1190. <<

[40] Chiavena, en la Lombardía. <<

[41] Orig.: «rostituerto». <<

[42] Bravatas, frases arrogantes o de desprecio. Del personaje Rodomonte (*Orlando furioso*). <<

[43] Como, al N. de Milano, en un extremo del lago de igual nombre. <<

[44] Darle un chasco, tomarme la revancha. <<

[45] «—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. —Eso me han dicho muchos (respondí yo), pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito como si para sólo eso hubiera nacido» (Cervantes, *Persiles*, Plgo.). «Como leproso» quizá ha de generalizarse en «como un desahuciado». <<

[46]... «ninguna ciudad hay tan grande en Italia; buena gente, más amiga de españoles que los otros; dos mesones tiene insignes, a donde cualquier príncipe se puede aposentar, que los llaman *hosterías*: la del Falcón y la de los Tres Reyes» (*Viaje de Turquía*). <<

[47] Militar cruel. «Llamó Nabucodonosor... a Holofernes, general de su ejército, que era el segundo después de él, y le dijo...» (*Judit*). Más adelante le llamará «capitán Faraón» (*Éxodo*). <<

[48] La «media docena» de corchetes. <<

[49] Resolución judicial. <<

[50] En el «Auto de fe» se penitenciaba en público a los condenados por su Tribunal.

<<

[51] «No digas mal del año hasta que sea pasado». <<

[52] Suplo «el». También se decía «en las bardas» (muros): «Aún hay sol en las bardas —dijo don Quijote—; y mientras más fuere entrando en edad Sancho... estará más idóneo y más hábil para ser gobernador que no está agora» (*Quijote*, II-III). <<

[53] Por tratarle como a esclavo. También: De color castaño. También valía por «traidor», y aquí parece usarse como «temible». Estebanillo usa «Faraón» como «déspota» recordando la esclavitud de los israelitas en Egipto. <<

[54] Por su amplia desembocadura o estuario. <<

[55] Días santos, festividades de la Iglesia. Refrán que viene a decir «considerando lo de hoy se previene el mañana». <<

[56] Orig.: «fue Don». <<

[57] «Se les abrieron los ojos y le reconocieron... En el mismo instante se levantaron y volvieron a Jerusalén» (*Lucas*, 24:13-35). <<

[58] «Más vale poco y bueno que mucho y malo». <<

[59] Orig.: «desperdiessa». <<

[60] Se decía: «A padre guardador, hijo gastador». <<

[61] Obviamente se trata de una prostituta que cambia de aires por estar muy vista.
«Milicia» vale por tropa, colectivo. <<

[62] O «saboyano»: de Saboya. <<

[63] Debe referirse al conflicto entre Urbano VIII y el Duque de Parma, que amenazó a Roma con el apoyo de Venecia y los Príncipes de la Toscana y Modena. El acuerdo se firmó a finales de marzo de 1644. <<

[64] Jarras. También: Medida equivalente al cuartillo: medio litro, aprox. El «cuartillo» era la cuarta parte de una azumbre, (unos 2 litros) y solía acompañar la comida. <<

[65] Mala dicción, producida por la embriaguez. «Un pelo tiene esta mi negra pluma. ¡Ay, pluma mía, pluma mía! ¡Cuán mala sois para amiga, pues mientras más os trato, más a pique estáis de prender en un pelo y borrarlo todo!» (*La pícara Justina*, Introd.). <<

[66] Suplo «en». No suplo «los» por ser habitual la omisión en pasajes similares:

«—Pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote» (*Quijote*, II-LII). <<

[67] Pequeños estados limítrofes unos con otros, como sucedía en aquel tiempo en Alemania e Italia. Por eso «diversidad de potentados». <<

[68] Por grandes, como las empleadas en el suelo de los templos. <<

[69] Vino verde claro, típico de la zona de Florencia. <<

[70] Prácticos, experimentados. <<

[71] Consiguió. Habla del Príncipe Mathías. <<

[72] Comunicación, trato familiar. <<

[73] Pozzuoli. <<

[74] Don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, había sustituido al duque de Medina de las Torres, como se lee más adelante. <<

[75] «Cobertera» es la tapadera de la olla. «Olla» es la prostituta joven, en tanto que «cobertera» es la ya vieja y que hace de alcahueta de las jóvenes. <<

[76] O «Corózain», ciudad de Galilea; pero Estebanillo juega con «coroza»: gorro de cartón, alto y puntiagudo, propio de disciplinantes y que también se colocaba a los expuestos a vergüenza pública. De igual modo, «azotea» vale por «tablado». <<

[77] La típica novatada. «El cual... asió de Sancho, y levantándole en los brazos (toda la chusma puesta en pie y alerta), comenzando de la derecha banda, le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho... pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa» (*Quijote*, II-LXIII). <<

[78] En el Lazio, al S de Roma. <<

[79] Representante diplomático del Papa. <<

[80] Recepción, acogida al recién llegado, a veces acompañada de un pequeño regalo. En algunos colectivos «estrena» vale «novatada». Estebanillo debe decirlo por algún dinero que recibió. <<

[81] Preferían el vino al agua. <<

[82] Sin consecuencias, por no usar el filo del arma, sino con lo ancho de la hoja.
«Cintarazo» se dice más abajo. <<

[83] Estebanillo juega con el nombre del río y «tajo»: golpe de espada contrario al «revés». <<

[84] Puerto sobre el río. <<

[85] Estebanillo habla de sí mismo, pero el amabile era una mezcla de vino seco y dulce, parecido al jerez. <<

[86] Estebanillo le quita la cazoleta y se queda con el canuto, con que sorberá el vino. Lo de «caballera» debe venir de que a los caballeros se les degollaba. En el cap. v: «alegando... ser hijo de algo, y que... me tocaba morir en cadahalso degolado como carnero, y no en horca ahogado como pollo». <<

[87] Sorber, soplar. También: Silbato que usa el castrador de cerdos. «Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces» (*Quijote*, I-II). La voz quizá viene de «chifla»: un tipo de cuchilla. <<

[88] O «Porto Piccolo». <<

[89] Alimento. Estebanillo, quizá de propósito, lo dice al revés. <<

[90] Explanada. <<

[91] Su pesado discurso y crédula audiencia. <<

[92] Apolo, el dios del Sol. <<

[93] Echarlo a perder, malgastarlo. <<

[94] Orig.: «i sus». <<

[95] Un tanto, algo.

«—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte a entender, Panza, en el error en que estás» (*Quijote*, I-XV). <<

[96] Orfeo. <<

[97] Y la leña para quemar los trozos. <<

[98] Llevarle ingenuos, hombres fáciles en conceder y de manejar. <<

[99] Equivalente al moderno club, al que sólo acceden los clientes habituales. <<

[100] La RAE da «arrumacos»: pero, por lo que sigue, el autor lo emplea rectamente por «desplantes, descaros». <<

[101] Morro, labios gruesos. <<

[102] Inmundicia. El autor quiere decir: «cagado de miedo». <<

[103] Famosos juristas cuyas obras fueron todo un referente. Por lo general juntos, eran frecuentemente citados: «a dos días los vi cargados de broqueles, espadachines de noche y de día, colete de ante, cota hasta la rodilla, mejores para escuela de Marte que para las de Bártulo y Baldo» (*Alonso, mozo de juhos amos*, I-I). <<

[104] Cominchadas con otro, bien para difundir un rumor, bien para sonsacar información. <<

[105] Me partiesen la cara (del italiano «faccia») o me sacasen la tripas. <<

[106] Noche, al anochecer. En el cap. XI: «Salí a boca de noche de la ciudad como gran señor o como mercadante de banco roto». <<

[107] O «cuellierguido», soberbios. Anteriormente se habla de «endiosarse». <<

[108] Le acusa de «alcagüete» o «alcahuete». <<

[109] Tabernas. <<

[110] Como «huir del fuego para dar en las brasas».

«¡Helas! Helas por do vienen
la Corruja y la Carrasca:
a más no poder mujeres
...
mortales de mirada
y ocasionadas de cara,
el andar a lo escocido,
el mirar a lo del hampa».

(Quevedo, *Las valentonas*). «Carrasca»: encina; «*currusca*»: la punta de una barra de pan. <<

[111] «Guiñarse» o «guillarse» valía escapar, esfumarse. <<

[112] La tórtola era ejemplo de fidelidad al conyuge muerto o desaparecido. <<

[113] Se refiere a la asignación de 100 reales por parte del Almirante. «Pico»: boca. <<

[114] El último turno de la guardia nocturna. <<

[115] Quizá hay errata por «cargué». <<

[116] Lo que más es de lamentar, lo peor de todo. <<

[117] No localizo el refrán exacto, pero sí el siguiente: «Coles y membrillos no son todos amarillos». Por otro lado, «membrillo» vale por bisoño, ingenuo, débil de carácter. <<

[118] Regaliz. <<

[119] Pisada. <<

[120] Deliberadamente se introduce este cabo roto: «puta». <<

[121]

«¿Dormir sin hombre cinco noches? ¡Ox!
¡Cuál estuviera ya mi dingandux!»

(Soneto anónimo). <<

[122] En algunas procesiones de Corpus salía una sierpe o serpiente, la tarasca, que engullía las caperuzas de los rústicos que no se descubrían. <<

[123] De un romance anónimo: «De los desdenes de Menga / desdeñado se fue Blas / ... / ¡Vuelve a casa, pan perdido, / pues rogádotelo están!». En el cap. XI: «Ya no hay Bras, ni hay pan perdido». <<

[124] Reverencia. <<

[125] Porque el acuerdo que tenían era que Estebanillo la ensalzase para «encaminarle boquimuelles». <<

[126] Queda con Dios. <<

[127] Esclavo del peor amo. Góngora: «Amarrado al duro banco / de una galera turquesca, / ambas manos en el remo / y ambos ojos en la tierra / un forzado de Dragut / en la playa de Marbella / se quejaba al ronco son / del remo y de la cadena». Dragut fue un famoso pirata. <<

[128] Cañonazo con que se avisaba para zarpar. <<

[129] Provisiones. Es término de la marinería. <<

[130] Sin título, normales y corrientes. «Hubo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera... del Reino» (*Quijote*, II-XXXVIII). <<

[131] Angelical. <<

[132] Sin medida, descontroladamente. <<

[133] Fardo. <<

[134] Orig.: «enemigos». <<

[135] Molestaban. Estebanillo juega con «Dar o echar humo a las narices» y hacer señales de humo a un vigía o «atalaya». <<

[136] Orig.: «que pena». <<

[137] Instrumento de castigo formado por dos gruesos tablones que, unidos, sujetaban la garganta y muñecas del reo. <<

[138] Me poseyese, se adueñase de mí. Referencia a Tarquino, el violador de Lucrecia. También: Matrona romana que, violada por Sexto Tarquinio, se dio muerte con un puñal ante su padre y esposo tras exigirles venganza. Porcia, esposa de Bruto, se suicidó tragando brasas encendidas al saber la muerte de su marido en la batalla de Filipos. <<

[139] O «áspid pisado». Era frase hecha. En *El pasajero*, hablando de los «caballeretes de ahora» escribe Suárez de Figueroa: «No hay áspid pisado tan pronto a herir mortalmente como cualquiera éstos, irritado con ocasión ligera. Juzgan de ánimo vil no vengarse de toda intención, cuanto más de cualquier obra que se enderece a su agravio». <<

[140] Caí a lo largo. <<

[141] Suspendirme, subirme. «Virar» el cabrestante o torno es darle vueltas para alzar cosas de peso que haya que meter o sacar del barco. <<

[1] Vinarós, prov. de Castellón. <<

[2] Grandes arenas en la desembocadura de un río; aquí del Ebro. <<

[3] Prov. de Teruel, en el camino de Alcañiz a Zaragoza. <<

[4] De buena presencia, con aires de dama. <<

[5] El clérigo que celebra o canta la misa. <<

[6] O «fullona»: pendencia, lío. <<

[7] Del francés «maitresse». <<

[8] Nada como, otro. Nada mejor, vida mejor. Comparada con España, la vida en Flandes era mucho más permisiva. <<

[9] Conservadas en sal. <<

[10] Quizá «ochavo»: moneda de cobre que valía 2 maravedís. También podría tratarse de una porción o corte de la hogaza. <<

[11] El «dinero» en Aragón equivalía, poco más o menos, al maravedí en Castilla. <<

[12] Regidor municipal. En las capitales andaluzas solía haber veinticuatro regidores.

<<

[13] Estuvo situada en el popularísimo barrio del Coso. «Sólo digo que el día que la sortija se había de jugar, estuvo, en comiendo, la calle del Coso riquísimamente aderezada, y compuestos todos sus balcones y ventanas con brocados y tapices muy bien bordados, ocupándolos infinitos serafines, con esperanzas cada uno de recibir de la mano de su amante, o de la de alguno de aquellos caballeros aventureros, la joya que ganase» (*Quijote* de Avellaneda, XI). <<

[14] Convento madrileño a cuyas puertas se formaban corrillos de conversación.
«Gradas»: escaleras. <<

[15] Se trata de un arbitrista, tan ridiculizados en la literatura de la época. En el *Buscón* aparece uno que tenía bienpensado el modo de resolver definitivamente el cerco de Ostende (1601-1604) por parte de las tropas españolas: «... sacando de las faldriquetas un gran papel, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo:

—Bien ve vuestramerced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar: pues yo doy orden de chuparle todo, con esponjas, y quitarlede allí» (II-I) <<

[16] En mayo de 1643, en Les Ardennes. Fue la derrota decisiva de los ejércitos españoles. <<

[17] Suplo «y». <<

[18] Por los calzones de «bragueta encintada», como se lee más adelante. <<

[19] Muñeco de paja que en las fiestas de toros se colocaba en el centro de la plaza para que el toro lo voltease. <<

[20] Chalequillo. Del francés «pourpoint». <<

[21] Calzones anchos. <<

[22] Quizá el manuscrito decía «(y) la otra». <<

[23] Describe la típica fiesta de Moros y Cristianos que aún hoy se celebra en muchos lugares de España. <<

[24] Recuerda cierto pasaje del *Quijote*: «Tiene asimesmo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo» (II-XIX). La «de espadas» la explica muy bien el Tesoro: «... dánzanla en camisa y en greguescos de lienzo, con unos tocadores en la cabeza, y traen espadas blancas y hacen con ellas grandes vueltas y revueltas, y una mudanza que llaman la degollada, porque cercan el cuello del que los guía con las espadas, y cuando parece que se le van a cortar por todas partes, se les escurre de entre ellas». En cuanto a las «de cascabel» o cascabelada, las había de cascabel menudo y de cascabel gordo. Los danzantes, o bien el guía de la danza, se ataban a las pantorrillas sartales de cascabeles. <<

[25] Tapices. <<

[26] Cintos, cinturones. <<

[27] Practicar la poesía culterana, de la que Luis de Góngora era la referencia. «Los ingenios españoles merecen toda alabanza y estima, por la agudeza y erudición con que escriben... Algunos siguen de poco a esta parte un nuevo género de composición... fundado en escurecer los concetos con interposiciones de palabras, y ablativos absolutos, sin artículos, aunque cuidadoso en la elegancia de frases y elocuciones. Grandes son las contiendas que causó esta novedad entre los poetas de España, contradiciéndola por una parte muchos, como contraria a la claridad elegante, y por otra siguiéndola algunos, como exquisita y adornada de poéticos resplandores. Allá se lo hayan, que como ha algunos días que dejé los versos, no quiero entrar en estas controversias, ni declarar mi parecer en pro o contra» (Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias y artes*, CV). <<

[28] Ostentosa, pomposa. <<

[29] Llaneza, claridad. <<

[30] Orig.: «compaz». «Nivelar» es determinar la diferencia de nivel entre dos puntos.

<<

[31] Consonancia, una rima. <<

[32] Dice Covarrubias en el *Tesoro*: «Juan del Encina, a lo que yo entendí, fue un hombre muy docto y que leyó y escribió en Salamanca; y si no me engaño, fue canónigo de aquella santa iglesia, y está sepultado en la iglesia vieja debajo del coro. Éste compuso unas coplas ingeniosísimas y de gran artificio, fundado en disparates, y dieron tan en gusto, que todos los demás trabajos suyos hechos en acuerdo se perdieron, y sólo quedaron en proverbio *los disparates de Juan del Encina*, cuando alguno dice cosa despropositada... A este peligro se ponen los hombres graves, cuando por desenfado escriben algunas cosas livianas, aunque sean ingeniosas y de mucho gusto». <<

[33] Lo mejor, lo más estimado. <<

[34] De blanco marfil. <<

[35] Zafiro. <<

[36] Apetece, desea. <<

[37] Breve maravilla. <<

[38] Cuando el Sol se halla en el Trópico. <<

[39] Comiendo. <<

[40] Abrasado, quemado. <<

[41] Copias. <<

[42] Pedanterías, impertinencias. Se empleaba como «espabilado» y también como «parlanchín sin fundamento». <<

[43] Soldadesca festiva. <<

[44] Aplicar la mecha al arcabuz para dispararle. <<

[45] Ayuntamiento, regidores. <<

[46] Prov. de Granada. <<

[47] Ingenio de azúcar era la maquinaria para moler la caña. <<

[48] «Un cordón que cogiese todo el contorno de la plaza» se lee más abajo. También se llamaba «trinchería de vuelta». <<

[49] Los enlaces que facilitan a los defensores desplazarse de una a otra línea de trinchera. En la defensa de la plaza solían construirse 2 o 3 líneas paralelas de trincheras. <<

[50] «Caballero» se llama a una fortificación interna a las murallas y más elevada que éstas; pero aquí, pues se habla de «labrados de tierra» y «contorno de la plaza», se refiere a los terraplenes que circundan de las murallas para dificultar la llegada de los infantes y máquinas de asalto. Nótese que más adelante se lee «sitiado» con la poco habitual acepción de «prevenido», «asegurado», que recoge el Dicc. de *Autoridades*: «Metaphoricamente» vale quitar, ò impedir todos los medios para conseguir alguna cosa, ò para librarse de algún peligro. <<

[51] Depósitos, silos. <<

[52] Escardillo, azada. <<

[53] Voz para ahuyentar a los gatos. <<

[54] Tramos, segmentos. Recuérdese que habla un «señor matemático». <<

[55] Orig.: «aquell». Creo que se refiere a la «hechura» o tipo de las palas. <<

[56] Por la profundidad en ese punto. Se alude a la técnica de construir galerías bajo la fortaleza sitiada, para luego colocar explosivos y volarla. Los sitiados construían «contraminas», bien para sorprender a los excavadores, bien para, volándola, hundir la que estuvieran excavando. «Siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y... lo que puede hacer es dar noticia a su capitán... para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo... esperando cuándo... ha de subir a las nubes sin alas» (*Quijote*, I-XXXVIII). <<

[57] Libro de rezos. <<

[58] Cuchillo de zapatero. <<

[59] Orig.: «para el castillo». <<

[60] Se habla de cañones de pluma de escribir. <<

[61] Cañón, en la jerga militar. <<

[62] Lanas. <<

[63] A causa de la harina. <<

[64] O «gullurías», extravagancias, exquisiteces, cosas imposibles. <<

[65] Parte de la muralla, entre bastiones. <<

[66] Dignas de un rey, excelentes. <<

[67] Orig.: «les».<<

[68] «Matemáticos» debiera decir el bueno del regidor. <<

[69] Incentivo. «Luquete» era una pajuela humedecida en azufre, con que se encendía o avivaba el fuego. <<

[70] Caímos bien, contentamos. <<

[71] En la época había dichos del mismo estilo, como «Bailá, Pero Antón, que vos facen el son» y «Tocá, Pero Sastre, que la villa vos lo paga». <<

[72] Hoy diríamos que «tenía el día bueno». Antes se leyó: «por no dar muestras de su flaqueza y por darnos alegría...». <<

[73] Maricón el último. <<

[74] Las ciudades solían cerrar sus puertas durante la noche. <<

[75] Gato índico cuyo sudor se empleaba como sustancia aromática. De igual modo, el caballo que participaba en el juego de cañas acababa sudoroso. Estebanillo debía tomar sudores para curarse. <<

[76] Sudoroso. <<

[77] «Mira la llaga, mira la plaga, y cierra la bolsa y no le des nada». <<

[78] No sé qué entiende Estebanillo por «pajarillas». Quizá «sesos». <<

[79] Jadear como el perro. <<

[80] Suplo «a», que pudo extraviarse con el salto de línea. <<

[81] El «mal de San Lázaro» era la sífilis, y se llamaba «lazareto» el hospital para infecciones contagiosas; pero aquí parece aludirse a «el auto de *Lázaro y del rico avariento*», ya mencionado en el cap. III. <<

[82] Citándoles, autorizándome «... una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros» (*Quijote*, I-Plgo.). <<

[83] Doblado que se hace en los bajos de la falda. <<

[84] Descocada, de vida ligera. De una jácara de Quevedo: «Su amiga la Coscolina / se acogió con Cañamar, / aquel que, sin ser San Pedro, / tiene llave universal». <<

[85] Así empieza un romance de Quevedo:

«... desde que salió de Virgo,
Venus entró en su lugar,
, en el Cáncer sus narices
y en Géminis lo demás...». <<

[86] Probable errata. En germanía, «remedio» era el Procurador. <<

[87] La diversión que proporciona. O «cucaña»: diversión, comodidades. <<

[88] Mudez, silencio. <<

[89] El de voz más aguda del coro. <<

[90] Bastón con puño en forma de T. <<

[91] Recuérdese del cap. I: «Bajé la cabeza y, orejeando como pollino sardesco...». <<

[92] Mantilla. <<

[93] Cinta de seda.

«CRISTINA: Esa próspera fortuna
para mí no está guardada,
que soy una pecadora
inútil, una mozuela
de mantellina y chinela,
no buena para señora».

(Cervantes, *La entretenida*, jorn. II). Zapatillas de casa, sin talón. <<

[94] Apolo. «Cuarta esfera» es la del Sol, según las teorías de Juan de Sacrobosco. Las «esferas» o «regiones» eran: la tierra, el agua, el aire y el fuego. <<

[95] Pesa. <<

[96] ¡Cuidado con...! <<

[97] Documento, carta. <<

[98] Club, diríamos hoy. <<

[99] Documentalmente. <<

[100] O «cuclillas». <<

[101] Orig.: «la». <<

[102] Transilvania se encuentra en la actual Rumania. El autor lo emplea como ejemplo de país remoto y exótico. <<

[103] Orig.: «la». <<

[104] Prov. de Navarra. <<

[105] Del cantarcillo: «Molinico, ¿por qué no mueles? Porque me beben el agua los bueyes». <<

[106] Estropearne. <<

[107] Casaca. <<

[108] Inscripción, indicación; aquí con el claro sentido de «epitafio».<<

[109] Carta credencial. <<

[110] El cerco. <<

[111] Orig.: «esguzaro». «Españolado»: que entiende el español o castellano. <<

[112] Reverencias acostumbradas. El «rastreado» era un baile popular de la época. <<

[113] Prebenda eclesiástica, en algunas catedrales. <<

[114] Comido gratis. <<

[115] Pesos acuñados en Méjico. <<

[116] Orig.: «conterjarle». <<

[117] Indulgencias eclesiásticas, como las que se concedían por contribuir económicamente a las Cruzadas. Había quien se ganaba la vida vendiendo bulas falsas a los incautos. <<

[118] Mecha, es decir: a la luz de un candil. <<

[119] Recuérdese el discurso de don Quijote sobre agravio y afrenta (*Quijote*, II-XXXII).

<<

[120] Enarbolé, alcé el candil. <<

[121] Por mancharle de aceite. <<

[122] Salida. <<

[123] Espada vieja. <<

[124] «Toque de queda» era el que daban las campanas por la noche, para que los vecinos se recogiesen en sus casas. <<

[125] Sidra. <<

[126] Lanza pequeña. <<

[127] O Manzanares el Real, villa de la prov. de Madrid. Estebanillo la alude por convenirle «manzana». <<

[128] Por «fragata». <<

[129] Suplo «se», que no falta en otros pasajes. <<

[130] Hospedera. La frase equivale a «calcular por lo bajo». En efecto, lo de los limones no acabará muy bien para el protagonista. como se leerá en el sgte. cap.<<

[1] El canal de La Mancha. <<

[2] Se ofrecen, se exponen. <<

[3] La mar, evidentemente. <<

[4] Heno. <<

[5] Mantenernos. <<

[6] Debilitábamos. <<

[7] Inclínándose la nave a un costado y al otro. <<

[8] Debe tratarse de Falmouth, castellanizado. En sus obras, Suárez de Figueroa usa «Plemua» por Plymouth y «Artemua» por Dartmouth. <<

[9] Orig.: «i me». <<

[10] O «de las pascuas»: insultos, denuestos. <<

[11] Vapuleado, medido las espaldas con la «vara» o palo. Recuérdese que la vara es una unidad de medida de longitud. «La causa dese dolor debe de ser... que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas» (*Quijote*, II-XXVIII). <<

[12] O «resistero»: las horas en que más hiere el sol. Aquí el autor lo usa por «inclemencia». <<

[13] Helados, congelados. <<

[14] Angustiad0s. <<

[15] Chistecillo de la época. El loro respondía: «¡Como cautivo!». <<

[16] Dando la réplica. «Taba» es el hueso del pie del carnero, con que se juega lanzándolo cual un dado. «Tarabilla»: lengüeta que tabletea con el giro del molino.

<<

[17] Lluvia. <<

[18] Voz para espantar gallinas y otros animales. <<

[19] Al mayor, toda la remesa. <<

[20] Flechas. <<

[21] Afilar, ejercitar las uñas. «Salgámosles al encuentro, y date un filo a la lengua en la piedra de la adulación; pero no despuntes de aguda» (Cervantes, *El retablo de las maravillas*). <<

[22] Había acción. Hoy diríamos «revuelto el gallinero». Del dicho popular: «*El Diablo está en Cantillana, urdiendo la tela y tramando la lana*». La comedia *El Diablo está en Cantillana*, de Vélez de Guevara, se inspiraba en las tropelías cometidas en la comarca de Sevilla por cierto capitán. <<

[23] Por el ruido que haría al sorber. <<

[24] Fiesta popular. <<

[25] Disfrutábamos. <<

[26] Mástiles. <<

[27] Orig.: «hieron». <<

[28] Buena ventura. <<

[29] Nieuwpoort, en Bélgica. <<

[30] Orig.: «lo». <<

[31] De «escotar», porque iba al escote con muchos. Recuérdese el pasaje del *Buscón*: «volvime a ella y roguela me... dijese si me había concebido a escote entre muchos o si era hijo de mi padre». <<

[32] Orig.: «qui». <<

[33] Quizá haya errata por «aplausos». <<

[34] Inconstante, voltaria. «Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y, sin mudarse de un lugar, es la más movable y voltaria mujer del mundo» (*Quijote*, II-XIV). «Vueltas de Troya» se refiere a los cercos o asedios que sufrió. <<

[35] Expresión con que el jugador apostaba todo su resto. <<

[36] Pierda la mano, tenga mala suerte. <<

[37] Cargado de monedas, como una parra lo está de uvas. Si Estebanillo lo aplica al vestido («la nueva gala»), habrá que entender que sería de brocado. También: Tela entretejida con hilos de oro o plata. <<

[38] En la prov. de Cáceres. <<

[39] Desemboca en la bahía de Nápoles. <<

[40] O «Escamandro», el río próximo a Troya. <<

[41] Orig.: «Patheolo». Por haberse bañado Midas en él, llevaba arenas de oro. <<

[42] El coloso de Rodas estaba en la bocana del puerto. <<

[43] Éfeso, donde estaba el templo de Diana. <<

[44] Orilla, ribera, bahía. También «alrededores». <<

[45] A la perla también se la llamaba «margarita», y Margarita se llamó la esposa de Felipe III. <<

[46] Orig.: «Reyno estable». <<

[47] La emperatriz María murió a mediados de mayo de 1646. <<

[48] Multitud. <<

[49] Ciprés. <<

[50] De una letrilla de la época: «Aprended, flores, de mí / en lo que va de ayer a hoy:
/ que ayer maravilla fui / y hoy sombra mía aun no soy». El autor la glosa al final del
texto. <<

[51] O «rampantes», término de la heráldica. Con las garras extendidas. <<

[52] Orig.: «Vuesecelencia». <<

[53] El Valle de Josafat (donde se ha de celebrar el Juicio Final). «A reveder»: hasta la vista, como el frances «*au revoir*». <<

[54] La amante. <<

[55] Disimulaciones, dobleces. <<

[56] Cuando había riesgo nunca mostré ánimo. <<

[57] De tres mástiles, mayor que la galera ordinaria. <<

[58] Vino turbio. <<

[59] Maduraron, se ablandaron. Recuérdese la expresión «¡Alón, que pinta la uva!», que decía el mozo al despedirse de su amos. <<